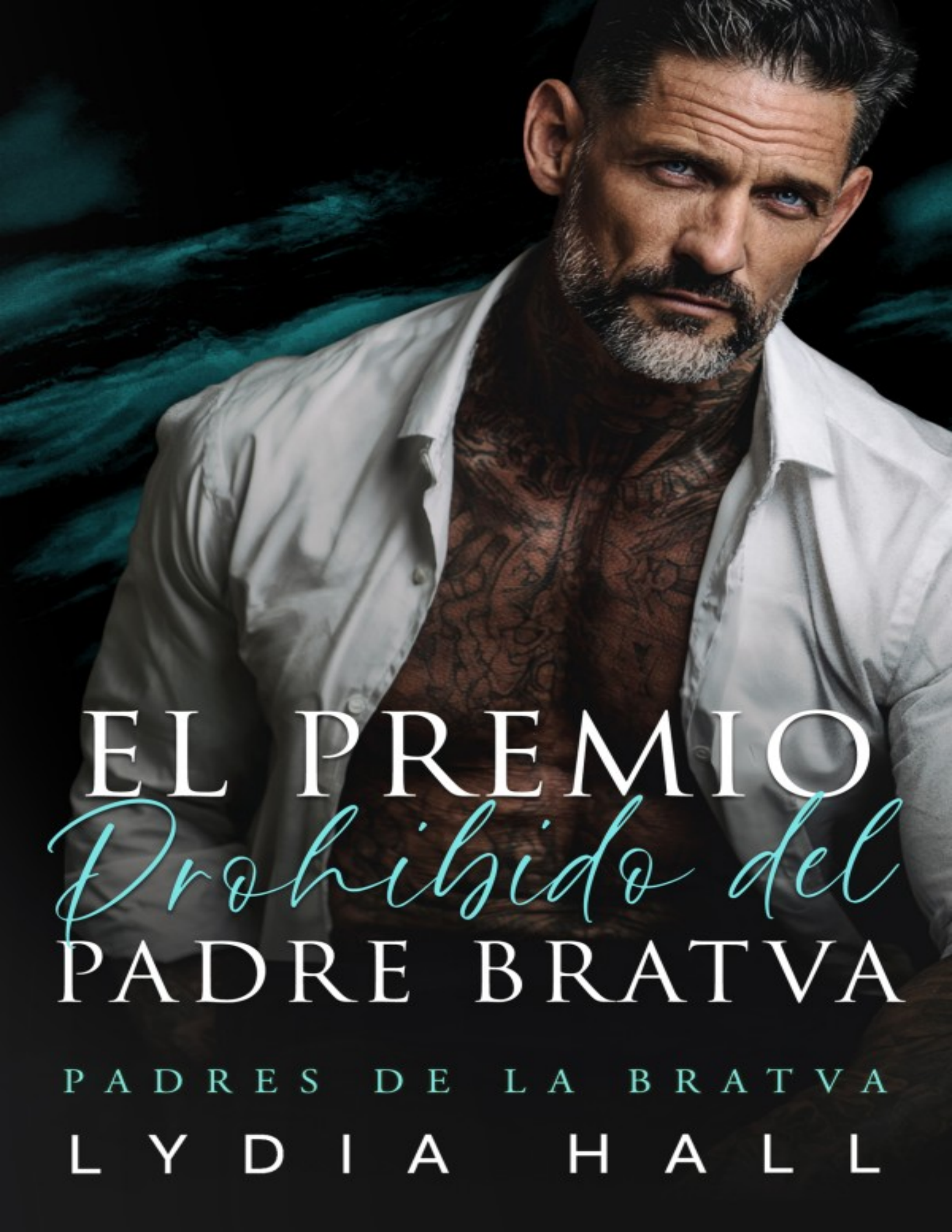


EL PREMIO Prohibido del PADRE BRATVA

PADRES DE LA BRATVA

LYDIA HALL

EL PREMIO PROHIBIDO DEL PADRE BRATVA

LYDIA HALL

Copyright © 2026 por Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá reproducirse, en ningún formato ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo en el caso de breves citas empleadas en reseñas bibliográficas.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Ember
2. Roman
3. Ember
4. Roman
5. Ember
6. Roman
7. Ember
8. Roman
9. Ember
10. Roman
11. Ember
12. Roman
13. Ember
14. Roman
15. Ember
16. Roman
17. Ember
18. Roman
19. Ember
20. Roman
21. Ember
22. Roman
23. Ember
24. Roman
25. Ember
26. Roman
27. Ember
28. Roman
29. Ember
30. Roman

31. Ember
32. Epílogo

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Es mi empleada.

La persona favorita de mi hija.

Y la única mujer que nunca debería tocar.

Soy un pakhan de la Bratva con las manos manchadas de sangre.

Un padre viudo que gobierna mediante el miedo y la lealtad.

El amor quedó enterrado con mi esposa.

Hasta que ella entra en mi club—

lengua afilada, manos firmes, una mirada que no se inmuta.

Me dice que no.

Desafía mi poder.

Hace que mi hogar vuelva a sentirse vivo.

Se suponía que era solo control.

Un error. Una noche.

Ahora los federales vigilan.

Mis enemigos me acechan.

Y ella esconde algo que podría destruirme.

No te preocupes, solnyshko.

Papá protegerá lo que es suyo… cueste lo que cueste.

Nota de la autora: Un romance oscuro y emotivo de la Bratva protagonizado por un padre mafioso viudo, con atracción prohibida, tensión por la diferencia de edad y secretos peligrosos. Sin final abierto. Final feliz garantizado.

1

EMBER

No me puedo creer que esté sentada en el aparcamiento de un club de striptease. ¿De verdad es esto en lo que se ha convertido mi vida?

No puedo dejar de pensar en mi padre y en lo que probablemente pensaría si pudiera verme ahora mismo. Joder, casi puedo oírle riñéndome con ese tonillo tan suyo.

—Las cosas les pasan hasta a los mejores, campeona, pero no puedes dejar que un cretino te saque de tus principios. Al final del día, es lo único que te queda.

Seguro que habría encontrado la manera de meterme a currar en la emisora o habría buscado algún trabajo cutre solo para impedir que siquiera me planteara esto. Y lo peor es que probablemente habría aceptado uno de esos trabajos cutres porque, Dios me libre, iba a permitir que mi imbécil de exnovio «me sacara de mis principios». Después de todo lo que ha pasado, ya ni siquiera sé qué significa eso.

Maldito Ricky. Todo esto es culpa suya. Todas las mierdas por las que me hizo pasar: ir a mi trabajo a montar escenas cada vez que se le metía en la cabeza que le engañaba, para que luego, después de

que me despidieran, me enterara de que él mismo tenía una tía a parte. La ironía es casi de risa, y quizás hasta me estaría riendo si no hubiera añadido insulto a la herida llevándose hasta el último céntimo que había estado ahorrando estos últimos cinco años.

Cinco años... Ese dinero lo estaba guardando para montar mi propio club algún día. Era el dinero con el que aseguraba mi futuro. *Nuestro* futuro. El muy cabrón se lo llevó todo y me dejó tirada. Me costó el trabajo y el colchón económico sobre el que podría haberme apoyado hasta recomponerme.

Cierro los ojos y respiro hondo. El coche sigue encendido y el aire huele levemente a freón, o lo que sea que usen ahora, del aire acondicionado. Casi me siento aislada del mundo exterior dentro de la atmósfera regulada de mi coche. Fuera, hace calor, hay bochorno y apesta a asfalto y humo de escape. La ciudad huele al caos que tengo que aprender a sortear solo para poder pagar las facturas.

No me hago ningún favor poniéndome de los nervios antes de la entrevista. Natasha me ha dicho que este puesto de encargada me va a pagar más que de sobra para poder recuperarme y, además, me dará la experiencia que voy a necesitar cuando por fin abra mi propio club. Solo necesito mantener la cabeza fría el tiempo suficiente para no fastidiarlo. Pienso en cómo esa moral tan flexible de Natasha siempre ha hecho que nunca le falte un techo. Ojalá tuviera yo el valor de bailar desnuda por dinero. A estas alturas seguro que ya habría reunido lo que necesitaba. Voy a recuperar lo que me quitaron.

Algún día. Gracias a Ricky, tengo que posponer aún más todo esto. Lo juro, más le vale no asomarse por aquí a no ser que lleve un hacha clavada en la cabeza.

Tomo un momento y bajo el parasol, levantando el espejo. Estoy bien. Profesional. Los rizos de mi pelo aún no han sucumbido a la humedad. Es rubio ceniza que se funde en dorado en las puntas, igual que el de mi padre cuando era joven. Él siempre lo llevaba corto, así que durante casi toda mi vida parecía que se estaba

quedando canoso antes de tiempo. Nunca le vi con el pelo largo. Ni siquiera en fotos antiguas. A menudo me pregunto lo guapo que habría estado si alguna vez se lo hubiera dejado crecer.

En cuanto a mí, me gusta mi color de pelo, aunque a veces me dan ganas de teñírmelo, y *ahora* más que nunca. La gente tiende a ver el pelo rubio y los ojos azules y enseguida piensa que la mujer que los lleva no sabe hacer otra cosa que sonreír y ser bonita. Aquí estoy, con el pelo súper rubio y los ojos azul hielo. Y para colmo, tengo pecho. Igual por eso los hombres siempre han pensado que podían pasarme por encima.

Hum. Me revienta que uno de ellos se haya salido con la suya.

Buf, *concéntrate, Ember.*

Vuelvo a subir el parasol y respiro hondo una vez más. *Protege tu corazón, mantén la cabeza fría.* Palabras sabias de mi padre. Voy a dejar que me acompañen en esta nueva etapa de mi vida.

Cojo mi cartera del asiento del copiloto, salgo y me enfrento al aire denso de finales de verano. Solo son las cinco, pero ya puedo oler la tormenta que debería romper el bochorno. Espero que no empiece antes de que llegue a casa. Me detengo para mirar el letrero sobre la puerta. *The Kitten's Paw* está escrito en letras rosas junto a un dibujo de una gata con bikini, mirando por encima del hombro con aire travieso; su larga cola se arquea en el aire.

—Bienvenida a The Kitten's Paw —dice el tío de la puerta, echándome una mirada de arriba abajo. Lleva una camiseta de tirantes blanca y una gorra de béisbol que casi le cubre los ojos. Además, pesa como unos ciento treinta o ciento cuarenta kilos. Parece una gran bola de gelatina encaramada al taburete junto a la puerta. Los lados de ese trasero enorme se desbordan y casi hacen desaparecer del todo el asiento bajo él.

Él sonríe, y tengo una visión completa de varios dientes amarillos y podridos. —¿En qué puedo ayudarte, guapa?

—He venido para una entrevista. —Hago una pausa y añado rápidamente—: Para el puesto de encargada.

Él arquea las cejas. —¿Ah, sí? ¿Una chica tan mona como tú? ¿Estás segura de que no prefieres hacer una prueba para el escenario? Apuesto a que harías estragos con esa barra.

Ugh. Estoy por irme de aquí ahora mismo.

—¡Em! ¡Eh, Em! —Miro y veo una imagen reconfortante. Natasha me saluda con la mano mientras se acerca. Con esta luz, su pelo oscuro se funde con el fondo poco iluminado, reflejando solo un leve brillo al moverse. El resto de ella va casi sin cubrir. Lleva un conjunto plateado de sujetador y braguitas, con liguero, medias y unos zapatos de tacón imposible con la suela transparente.

Sonrío cuando me abraza deprisa. —¡Has llegado! Y justo a tiempo. Omar te está esperando arriba.

Me coge de la mano, pero la mole de la puerta la detiene. —Oye, Nat. ¿Y la entrada? —Me mira y me lanza un guiño—. Claro que es gratis, si quieres replantearte lo de probar la barra.

—Bonita forma de hablarle a tu futura jefa —dice Natasha con un gesto desafiante de la cabeza. Me tira de la mano para alejarme—. No le hagas caso a Junie. Habla mucha mierda, pero no hace más que estar ahí plantado, como una gárgola con el culo gordo.

Me entra la risa mientras tira de mí a través del club. No puedo evitar mirar a mi alrededor mientras avanzamos. Está desierto ahora mismo. Las mesas están casi vacías con solo unos pocos clientes mirando sin interés a las pocas chicas sobre el escenario. Dos de ellas mueven las caderas en las barras de pole dance con una expresión completamente apática.

—¿Siempre está tan muerto esto? —le pregunto a Natasha en cuanto nos detenemos cerca de la entrada de empleados al fondo del local.

—Es temprano —responde—. El sitio no se anima de verdad hasta las ocho o nueve de la noche.

Echo otra mirada al local, escéptica. Abierto tres horas antes con apenas nadie. —¿Por qué estáis abiertos tan pronto? Solo mantener las luces encendidas a esta hora ya debe de ser más caro que abrir más tarde.

Se encoge de hombros con indiferencia. —No sé. Es un buen momento para practicar sin que nadie te moleste —dice—. Anda, que Omar te espera.

Me guía por una puerta y entramos en un pasillo largo con puertas a ambos lados. La primera está abierta. Echo un vistazo y veo un vestuario, taquillas y tocadores de maquillaje, en su mayoría. Está relativamente limpio, excepto por las encimeras de los tocadores, manchadas con los diferentes polvos y brillos de las bailarinas. No hay nadie y nadie vigila las cosas de las chicas. Qué raro.

Más adelante están los baños, un armario de la limpieza, otra puerta marcada como *Manager*, y al fondo, una puerta entreabierta con una escalera que sube.

Nos detenemos frente a esa puerta y le pregunto a Natasha: —¿Omar está siempre en su despacho durante el horario de trabajo?

—Casi siempre —responde Natasha entre risas—. Es mortal para mis gemelos subir y bajar estas escaleras cuando me toca atender quejas por él en la sala.

Subimos la escalera, y en lo alto hay un pequeño pasillo que lleva a una sola puerta abierta. Natasha me pone las manos en los hombros y, con una sonrisa amable, dice: —Mucha suerte, mejor amiga.

—Gracias —respondo. Me abraza y luego desaparece escaleras abajo. Me vuelvo hacia la puerta y respiro hondo. *Protege tu corazón, mantén la mente centrada.*

Entro por la puerta, dando unos golpecitos suaves para anunciarme. El despacho parece más un palco de estadio. Una pared es de cristal y da al club, imagino que para tenerlo todo controlado. No me fijé al entrar, así que me pregunto si lo que se ve desde abajo es en realidad un espejo de los de doble visión.

—Señorita Lorenzo. Bienvenida.—

Me giro hacia la voz. Un hombre con camisa de vestir informal y pantalones oscuros se levanta tras el escritorio donde estaba sentado, que, por cierto, está hecho un desastre; papeles por todas partes rodeando lo que parece un ordenador obsoleto. En la pared tras él hay varios desplegables descoloridos y una pizarra blanca teñida de verde por viejos rotuladores de borrado en seco.

Me fijo en el dueño. Parece joven. Al menos de mi edad. Pelo y ojos oscuros, piel oliva. Es indudablemente atractivo y bien arreglado para ser el dueño de un local como este.

Sonríe mostrando unos dientes increíblemente blancos y me tiende la mano. —Omar Rodriguez —dice. Entro y le estrecho la mano con cortesía.

—Ember Lorenzo —respondo—. Es un placer.

—Por favor, siéntate —indica la silla frente a su mesa mientras rodea el escritorio, aún trasteando con los papeles—. Disculpa el desorden. Estoy intentando ponerme al día con los libros de cuentas. Mi anterior encargada dejó todo manga por hombro.

Asiento, observando cómo mueve y apila papeles. Debajo hay un libro de cuentas enorme con notas manuscritas. —No recuerdo la última vez que he visto un libro de cuentas de verdad y no en un ordenador.

—Sí —se ríe—. Era muy de la vieja escuela. Decía que prefería el papel porque es más permanente, pero creo que era solo una excusa porque le daba miedo usar el ordenador. Por cierto, ¿has

traído tu currículum? No me obligues a encender ese fósil para buscarlo.

Le sonrío educadamente y saco de la cartera que llevo mi copia del currículum y la carta de presentación. Las revisa mientras se sienta. —Veamos… ¿Encargada en el restaurante Schecky diez años? Y tienes una licenciatura en empresariales. Vaya. ¿Qué te ha hecho querer solicitar trabajo aquí?

Tengo respuestas preparadas para esto. Las he oído mil veces cuando yo llevaba el otro lado del escritorio. Pero viendo esta sala, el estado de su mesa y todo lo demás, sé dos cosas. Una, Omar Rodriguez no tiene tiempo para tonterías. Es un hombre al que acaban de tirar al mar sin chaleco salvavidas. Dos, yo tampoco tengo ni tiempo ni ganas de tonterías. Me guste o no, necesito este trabajo. Así que, probemos otro enfoque.

—¿Sinceramente? —le digo—. He tenido una mala racha con el hombre equivocado y ahora necesito un trabajo estable para reconstruir mi vida.

Él arquea una ceja. —¿El hombre equivocado?

—Es una larga historia, pero la versión corta es que me enamoré de un hombre que me engañó y se largó con mis ahorros. Además, si puedo ser franca… bueno, viendo todo lo que he visto hasta ahora, necesitas a alguien que ponga este sitio en orden y haga que genere mucho más dinero del que está generando ahora.

Entorna los ojos, analizándome con astucia. —¿Lo que has visto hasta ahora? —repite—. ¿Te refieres solo a pasear por el club? Eso sí que es lanzarse. Pareces muy segura de cuánto dinero mueve este club.

—No estoy segura, pero sé que si de verdad estuvieras ganando lo suficiente, no abrirías tan pronto. Además, tendrías un ordenador más moderno, quizá una decoración un poco mejor.

Frunce los labios, escéptico, y tamborilea con el dedo en el escritorio. Uf. Mierda. ¿He juzgado mal esta situación? Bueno… ya que estamos, toca jugársela del todo. Hay que ir a por todas aquí.

—La cuestión, señor Rodriguez —continúo—, es que soy una trabajadora incansable y, lo que es aún más importante, tengo ya diez años de experiencia dirigiendo un negocio muy exitoso. Da igual cómo estén tus cuentas, puedo hacer que crezcan y duplicar tus beneficios antes de que acabe el año.

Él esboza una sonrisa. —Vaya. Eso sí que es confianza… interesante. Si eres tan buena, ¿por qué ya no trabajas en Schecky's?

La respuesta obvia se me viene rápidamente a la cabeza, junto con la vergüenza que trae consigo. Me trago el orgullo y digo: —Hay rupturas más complicadas que otras. Yo… tuve algún problemilla para mantener a mi ex alejado de mi lugar de trabajo.

Él chasquea la lengua. —Eso no es algo que me resulte desconocido por aquí. Créeme. Pero también es algo que no puedo tolerar demasiado, si me entiendes.

—Por supuesto. Eso quedó atrás. Ahora mismo estoy soltera y pienso seguir así por una buena temporada. Escarmentada, como suele decirse.

Asiente despacio. —Tienes mucha cabeza y, desde luego, sabes venderte. —Me examina un instante, entornando los ojos.— También eres una mujer muy guapa. Sé que no debería decir algo así en una entrevista, pero tengo que tenerlo en cuenta.

Me recoloco en el asiento, incómoda. Genial. Ya está. Yo que pensaba que íbamos a hablar de negocios de verdad y no de… lo que demonios sea esto. Percibe mi incomodidad instantánea y añade: —Tranquila, no estoy intentando ligar contigo. Aunque fueses mi tipo, aprendí hace mucho que nunca hay que mezclar negocios con placer en un club de striptease.

Inclino la cabeza hacia él. *¿Vale…?*

—Lo menciono porque conozco el trabajo un poco mejor que tú. ¿Una mujer guapa como tú? Vas a tenerlo difícil para ganarte el respeto aquí dentro. A los hombres les pasa algo cuando entran en un club de striptease. Se les mete en la cabeza que, entre estas paredes, cualquier mujer que vean ya está en el mercado. Como si las reglas de la decencia común ya no contaran aquí.

Me enderezo un poco, intentando demostrar que esa idea no me afecta, aunque sí que me molesta. —Eso no me asusta. Sé defenderme sola.

—Eso espero de verdad. No quiero tener que sacarte de apuros cada vez que a algún idiota se le ocurra sacar la chorra.

Eso me provoca una media sonrisa. No es un hombre bajo, ni particularmente enclenque, pero tampoco da la impresión de haber pegado un puñetazo en su vida. Seguro que tendría más éxito llamando al gárgola de la puerta.

—Creo que podré arreglármelas sola.

Él asiente, sin borrar esa sonrisa pícara. —Supongo que lo veremos, ¿no? ¿Cuándo puedes empezar?

Y, así sin más, vuelvo a estar empleada. Sonrío y le digo: —¿Cuándo me necesitas?

—Mañana por la noche. Ven sobre las cuatro, así repasamos el papeleo y todo eso.

Le estrecho la mano, le doy las gracias y me marcho. Me cuesta no bajar las escaleras dando saltos de alegría.

Cuando regreso al club, Natasha me está esperando en la entrada de empleados. —¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

—Saluda a la nueva gerente.

Ella chilla de felicidad y me abraza. —¡Lo sabía! ¡Sabía que serías perfecta para el puesto! Es la mejor noticia. Tenemos que salir a

celebrarlo. ¿Quedamos después de que termine hoy?

—Claro —respondo. Me vendrían bien un par de copas.— Ahora mismo, necesito llegar a casa y echar un vistazo a mi armario, a ver cuántos trajes de chaqueta tengo. Quiero estar impecable mañana por la noche.

Bromeamos mientras me acompaña hasta la puerta. Estoy tan en las nubes que ni veo quién está al girar para salir.

Me choco de lleno con lo que parece un muro de músculo y caigo de culo al suelo. Aterrizo de golpe, los pies por los aires, el monedero rodando por el suelo. El dolor me recorre las palmas al intentar frenar la caída contra el suelo duro.

Vaya vergüenza. Joder, espero no haberme hecho nada…

Alzo la vista y lo veo de pie sobre mí. Lleva una camiseta negra sin mangas que se ajusta a su torso musculoso y unos brazos tatuados de los hombros hasta el dorso de las manos. El pelo oscuro, con canas en las sienes y algunas salpicadas en la barba. Me mira desde arriba con unos ojos color océano y una expresión amenazante.

Esa expresión se suaviza en cuanto nuestras miradas se cruzan. Inclina la cabeza y dice: —Mierda. ¿Estás bien?

2

ROMAN

Me sentí como si alguien me hubiera dado un bofetón en el pecho de repente. Ella chocó contra mí justo cuando me giraba, alejándome de Ares, que acababa de decir algo sobre tomar algo antes de la reunión.

Todo ocurrió como un accidente de coche. Un momento estoy dándole vueltas en la cabeza a la conversación que voy a tener con Rodriguez y, al siguiente, estoy de pie, mirando a esta preciosidad en el suelo ante mí.

Preciosa, de hecho, se queda corto. Es *hermosa*. En el suelo, su falda se ha subido ligeramente por encima de las rodillas, que mantiene juntas en un intento torpe e inconsciente de proteger su ropa interior del mundo. El primer botón de su blusa ha saltado y alcanzo a ver un destello del encaje blanco de su sujetador. Me mira desde abajo, a través de su melena rubia desordenada y larga, con unos ojos azules, fríos como el hielo, que me fulminan acusatoriamente.

Le pregunto si está bien y se incorpora, el moreno de sus mejillas enrojeciéndose de vergüenza. Doy un paso adelante y le ofrezco la mano.

La acepta y la ayudo a ponerse en pie. —Perdona —digo—. No te había visto.

Ella se arregla la falda y entonces descubre el botón que falta, soltando una maldición de frustración. A mí me dice: —No pasa nada. Debería haber mirado por dónde iba.

Parece que busca algo con la mirada. Ambos localizamos la cartera en el suelo, pero ella es más rápida y la recoge primero.

Mierda. Está a punto de irse. Puedo ver que está a punto de rodearme a mí y a los míos sin dedicarme apenas un pensamiento. —Una mujer tan guapa como tú no debería tener tanta prisa —comento, y consigo que se detenga—. Quizá puedas quedarte un rato y te invito a una copa.

Me sostiene la mirada, luego sus ojos suben y bajan, analizándome a toda velocidad. —No lo creo —responde.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿No te gustan los hombres con tatuajes?

—Simplemente no me gusta el lío. Y lo llevas escrito por todas partes.

Dicho esto, se marcha. La sigo con la mirada hasta que desaparece al cerrarse la puerta.

—Tortazo y hundimiento —dice Ares, dándome un codazo—. Mejor así. Me parece un poco estirada.

—Ya… —respondo sin ganas. Joder. Hacía tiempo que nadie me dejaba tan pillado.

—¿Y qué hay de esa copa?

—Después. Vamos, nos esperan.

Atravesamos el club desierto hasta la zona trasera, donde está el despacho de Rodriguez. Nadie nos detiene, en parte porque saben quiénes somos, pero sobre todo porque aquí apenas hay seguridad.

Rodriguez me dijo una vez que le gusta que yo y los míos pasemos por aquí, por si a alguien se le ocurre hacer el tonto y montar problemas. Da igual que a veces esos tontos sean de mi propia gente.

Su puerta está abierta al entrar, y percibo una nube de perfume. El mismo aroma que me envolvió al toparme con esa criatura tan hermosa en la entrada. Dulce, afrutado y floral. Flota en el aire como una tarjeta de visita.

Rodriguez está sentado detrás de su escritorio, mirando la pantalla de su ordenador. Puedo oír el mecanismo de la torre bajo la mesa, zumbando como el motor de un avión. Ese cacharro probablemente es tan viejo como yo.

—¿Omar? —llamo. Me mira y su expresión cambia; la mueca se borra de golpe y sonríe, aunque en sus ojos se nota una pizca de pánico.

—Hola, Roman. —Se levanta, arreglándose la camisa—. Llegas pronto. No te esperaba hasta más tarde.

—Estaba por la zona. —Noto a Ares pegado a mi espalda. El resto de los míos anda desperdigado por el club. Tienen orden de no meterse en líos mientras estén aquí, pero sé que al menos uno de ellos ya está tonteando con alguna de las bailarinas de abajo—. ¿Qué tal va el negocio?

Como si hubiese apretado el botón de "páseme la pasta", reacciona dirigiéndose a la caja fuerte del rincón, justo detrás de él. —Bien, bien —dice mientras la abre, mete la mano y saca un sobre grueso —. Las tetas siempre pagan las facturas.

Asiento cuando me entrega el sobre. —Vaya si las pagan. Gracias.

Miro por encima del hombro a Ares para darle la señal de que se puede ir. —Nos vemos el mes que viene.

—En realidad, ya que estás aquí —interviene él, con un punto de desesperación temblorosa en la voz—, hay algo de lo que quería hablar contigo.

—¿No te han dado problemas los polis?

—No, no, en absoluto. No desde la última vez —responde, restregándose nervioso las manos en los pantalones. No me gusta hacia dónde va esto—. Nada de redadas. Por cierto, nunca te di las gracias por aquello.

—No, no lo hiciste —digo, haciendo palmear el sobre gordo contra mi mano—. El pago es agradecimiento suficiente.

—Sí, claro. Bueno, en fin… Me ha surgido una oportunidad. Hay una empresa que ha montado mi primo. Está vendiendo un nuevo producto de limpieza que se puede usar en cualquier superficie. —Vuelve corriendo a la caja y saca un bote de limpiador. Viene y me lo pone en la mano—. Hemos empezado a usarlo en los baños. Limpia como nada que haya visto. Sangre, orina, toda clase de porquería. Deja los azulejos y las encimeras como si no hubiera habido nada ahí.

La botella parece como cualquier otro producto de limpieza que haya visto jamás. Es transparente, con un líquido morado y una etiqueta que pone, *¡Cleantastic!* en letras grandes y llamativas.

—Interesante —digo, devolviéndole la botella—. ¿Y qué tiene esto que ver conmigo?

—Bueno, acaba de empezar, ya sabes. Intenta hacer que su nombre suene. El caso es que no tiene mucho dinero. —Coge la botella con desidia y vuelve a su mesa, dejándola entre sus papeles—. Y ya sabes lo caro que puede salir poner en marcha un negocio. Si sumas los materiales, la publicidad… Y el local. Está mirando un almacén para empezar a producir esto—

—Necesitas dinero de mí —digo, yendo al grano.

Se para y asiente—. Sí. Aunque no es mucho. Solo cincuenta mil.

Me burlo. Oigo a Ares reírse por lo bajo detrás de mí. —¿*Solo* cincuenta mil? ¿Piensas que voy por ahí con esa cantidad en el bolsillo, eh?

—Bueno, claro que no —responde con una risa nerviosa—. Pero sabes dónde encontrarlo. Y no te estoy pidiendo limosna. Te lo devolveré. Se acerca la temporada navideña, ya sabes cómo es esto para mí. Y creo que si me adelantas los cincuenta mil ahora, podré devolvértelos sin problema antes de que acabe la temporada.

—Interesante propuesta.

Asiente, y se le iluminan los ojos de emoción.—Acabo de contratar a una nueva gerente también. Y es una verdadera joya. Va a revolucionar este lugar con una visión fresca. Te aseguro que vamos a duplicar los beneficios en nada.

Frunzo un poco el ceño.—¿No dijiste algo parecido de tu anterior empleado? ¿Cómo se llamaba?

—Jorge. Sí, bueno, era bueno, pero muy chapado a la antigua, ¿sabes? Lo que necesitamos es sangre nueva, alguien que haga que el dinero fluya de verdad por aquí.

Entorno los ojos. Este negocio que quiere montar su primo o lo que sea, tengo la sensación de que probablemente no es más que otra de las fantasías imposibles de Rodríguez. De vez en cuando se le ocurre algo así y me pide dinero. Yo se lo doy y, aunque siempre lo devuelve, nunca sale nada de lo que apoya con su dinero.

Y nunca me había pedido tanto antes. Si no me lo devuelve, tendré que recordarle que soy cualquier cosa menos un banco.

Aun así… si le sale bien, podría significar una oportunidad para mí en el futuro. Algún día, cuando los productos de limpieza de su hermano estén a punto de hacerse famosos, apareceré en su puerta

y le diré que nada de eso habría sido posible sin mí, y que debería rendirme tributo por agradecimiento.

Y si fracasa, el seguro de este negocio moribundo compensará con creces lo que me debe cuando lo reduzca a cenizas.

—¿Cincuenta mil dólares? —le pregunto—. ¿Eso es lo que necesita?

—Eso es todo. Ni más ni menos. Con ese dinero, podrá empezar.

Asiento.—Un mes, Omar —le digo—. Y veinte puntos. Quiero cada céntimo en la mano exactamente dentro de treinta días.

—¿Veinte? Eso son diez mil dólares encima de los cincuenta que te debo.

Le sonrío.—Tú me has traído esto, amigo. O quieres el dinero o no. A mí ni me va ni me viene.

—Eso no es justo—

—¿Quién te crees que soy? —borro la sonrisa y ladeo la cabeza—. ¿Crees que soy un benefactor caritativo? ¿Tu hada madrina? ¿Piensas que esto es un juego?

Se lo piensa un momento, mordiéndose el labio inferior y cambiando el peso de un pie a otro.—Dame seis meses.

Me burlo.—No hay trato.

—Puedo devolverte los intereses poco a poco con los pagos habituales —dice—. Cada mes como siempre. Y al final de los seis meses, te devuelvo los cincuenta. Venga, Roman, no puedes mejorar eso. Durante seis meses estarás ganando a manos llenas y al final una buena prima en primavera.

Asiento y lanzo una mirada a Ares.—También podría darte una paliza ahora mismo y cobrármelo de tu pellejo.

—Claro —responde con una carcajada nerviosa—. Pero, ¿dónde está la gracia en eso? Si me partes la cara solo conseguirás lo que hay en

la caja fuerte, que no llega ni al diez por ciento de lo que ganarías en medio año.

No le falta razón. Tirarlo por la oficina solo porque se cree que soy un banco sería divertido, pero no me serviría de mucho. Llegar a un acuerdo significa que gano dinero de todas maneras.

—Firma la propiedad del club a mi nombre.

Parpadea.—¿C–cómo? Espera un momento—

—Te doy los seis meses con los pagos mensuales. Pero quiero el club como aval. Así ambos jugamos limpio.

Parece pensárselo un instante, después asiente.—De acuerdo. Trato hecho.

—Bien. Seis meses. Punto y tres cuartos encima de los pagos habituales durante los próximos seis meses. Y en primavera, te cubriré los restantes cincuenta mil.

Por fin relaja los hombros y se le va la tensión del rostro.—Gracias, Roman.

—Guárdate las gracias para la primavera. Mañana por la noche Ares irá con el dinero. —Asiente mientras empieza a girarse y a volver a su mesa a sentarse—. Y Omar, no me la juegues.

Se ríe nervioso.—Claro que no. Puedes contar conmigo.

Ares y yo salimos de la oficina sin decir ni una palabra más. Las típicas palabras con las que se despide alguien antes de acabar metiéndose en un lío, si es que alguna vez las he oído.



La lluvia no llegó hasta esta mañana temprano. Sabía que vendría en cuanto me despertara. Anoche, pude olerla en el aire durante las

primeras horas antes del amanecer, mientras mi chófer paraba frente a mi puerta.

Últimamente, he estado llegando a casa cada vez más tarde desde que Sasha está en el campamento. Esta casa enorme, con todas sus habitaciones, se me hace mucho más grande cuando ella no está. Prefiero no pasar demasiado tiempo aquí solo si puedo evitarlo.

Por suerte para mí, volverá dentro de poco, o eso decían sus mensajes de anoche. El autobús dejaba a todos en el colegio y tenía pensado enviar a mi chófer para recogerla allí, pero insistió en que no hacía falta. La madre de una amiga se ha ofrecido a traerla.

Me he dado cuenta de que ni siquiera mencionó qué amiga era ni el nombre de la madre. Hace ya unos años que no conozco a ninguna de ellas y aún más desde que dejé de reconocerlas por la cara. Antes de la muerte de Mila, solía acompañarla a las reuniones del AMPA y a las tutorías. Y después, hice todo lo posible por seguir el ritmo de la educación de Sasha porque, como decía ella, —es fundamental que estemos presentes como padres—. Pero…

No lo sé. Lleva diez años fuera. En ese tiempo, miembros de la Bratva han vivido y muerto. Se han construido edificios y negocios se han ido a pique. Y durante todo ese tiempo, Sasha ha cambiado ante mis ojos a pasos agigantados. Últimamente, es como si parpadease y hubiese pasado de ser mi niña pequeña, con sus rizos colorados recogidos en coletas, a convertirse en el inicio de una joven preciosa.

Huelo el aroma intenso del café mientras bajo las escaleras hacia la cocina. Debe de ser que Ares ha venido temprano esta mañana para asegurarse de que el desayuno estuviese listo cuando llegase Sasha. Siempre le repito que no tiene por qué hacer estas cosas. Sus talentos servirían mejor fuera de mi cocina. Y, sin embargo, siempre acabo encontrándomelo allí en mañanas como esta.

Me detengo en la puerta de la cocina y le veo de pie frente a los fogones, cascando un huevo y echándolo en una sartén caliente.

Lleva una camiseta de tirantes y su melena oscura recogida en una coleta. Tiene un cigarro encendido entre los dientes mientras sazona el huevo que chisporrotea.

—¿Qué coño haces aquí? —digo.

Sonríe con suficiencia tras el cigarro—. Buenos días para ti también, hermano. —Hace una pausa para sacárselo de la boca. Lo sostiene entre dos dedos mientras vigila el huevo en la sartén—. ¿Has dormido bien?

No le contesto mientras me acerco a la cafetera. En cambio, digo—: ¿Quién te ha dejado entrar?

—De verdad eres un borde insoportable antes del café —murmura en ruso—. El gran Coloso se despierta de su letargo; que todos teman su ira. —Se ríe para sí mismo—. Son casi las nueve y tú acabas de levantarte. ¿Así quieres que te reciba tu hija? ¿Con resaca, sin desayuno, sin una bienvenida?

—Pareces nuestra madre —replico en inglés. Doy un sorbo al líquido negro. La sensación de calor bajando por la garganta y llegando al pecho me reconforta—. Y no tengo resaca.

Me doy la vuelta y le observo mientras camina hacia mi nevera y la abre—. Tienes que ir a hacer la compra —dice.

—Ya que te gusta tanto jugar a la ama de casa feliz, ¿por qué no vas tú?

—Eh.

Ambos nos quedamos quietos al ver a Sasha en el umbral de la cocina. Lleva puesta la sudadera con la que se fue y sus vaqueros azules le cuelgan flojos de las caderas. Tan solo han pasado dos semanas desde que se marchó y ya parece más delgada. Todo rastro de amargura se me borra en cuanto la veo.

—Hola, pequeña —le digo mientras me acerco para abrazarla. Su cabeza se apoya en mi pecho y es entonces cuando noto que sus

rizos, que cuando se fue le rozaban los hombros, ahora apenas le llegan a la nuca. Instintivamente llevo la mano a su pelo, pasando los dedos por los rizos cortos—. ¿Qué le has hecho a tu pelo?

Ella se aparta de mí, tocándose el cabello con inseguridad—. Necesitaba un cambio —dice.

Ahora que veo los rizos, me doy cuenta de lo distinta que le hacen parecer. Sigue pareciéndose a Mila, con los mismos grandes ojos marrones y el pelo rizado y rojizo. Las mismas pecas repartidas por toda la cara. Incluso la misma sonrisa traviesa que siempre parece asomar en las comisuras de los labios. Pero ahora lleva el pelo corto. Mucho más corto de lo que Mila lo tuvo nunca. Su rostro parece más alargado, más maduro.

—No te gusta —dice.

—Es distinto —es lo único que consigo decir.

—¿Y para tu tío no hay saludo? —Ares interviene, salvándome de meter la pata. Su sonrisa vuelve y se acerca a darle un abrazo.

—Hola, tío A —dice. Mira de reojo los huevos en la sartén—. ¿Estrellados por arriba?

—¿Así los quieres?

Ella asiente.

—Vale. Con la yema arriba, entonces.

—Genial. Voy a subir mis cosas a mi cuarto. —Le da un beso en la mejilla—. Ahora vuelvo.

Mientras se aleja, lo único que puedo hacer es suspirar. Mi niña nunca debería haber crecido tan deprisa.

—Podría haber ido mejor —dice Ares.

—Ya lo sé. Es que lo tiene jodidamente corto.

Se ríe mientras desliza el huevo en un plato—. ¿El tuyo lo quieres revuelto?

Le miro de reojo, casi sin prestar atención. Algo en mi interior se remueve por ese encuentro. ¿Cuánto me habré perdido ya de la vida de mi hija?

Y, lo más importante, ¿cómo puedo recuperar el tiempo que ya ha pasado?

3

EMBER

La llovizna que resbala por mi parabrisas brilla de color rosa mientras aparco en mi plaza reservada. El cartel nuevo queda de maravilla por encima de los techos de todos los coches y destaca bajo el resplandor de la lluvia sobre el asfalto. Ese trasto empezó a fallar como una semana después de que me contrataran y, en menos de un mes, tuve que llamar al electricista siete veces solo para arreglar el maldito gato parpadeante. Al segundo mes ya estaba pidiendo que lo cambiaran del todo. Hubo que insistir, pero Omar acabó dándome el visto bueno.

Ahora estamos en primavera y el letrero brilla como una invitación, la caligrafía de "Kitten's Paw" formando la silueta de una mujer hermosa tumbada de forma sugerente sobre las palabras. Sigue siendo provocativo, pero ya no resulta tan cutre. Omar dudaba al principio, pero en cuanto vio todo el aparcamiento iluminado como si fuera Navidad, se convirtió en creyente.

Cojo el paraguas y salgo del coche. Esta noche pienso ponerme con los antiguos libros de cuentas y notas de Jorge. He notado que las cuentas están cuadrando de forma extraña en el último mes. Al principio solo faltaban unos pocos dólares aquí y allá—pérdidas insignificantes, en realidad. Pero luego esas pérdidas empezaron a

crecer. La semana pasada, sin ir más lejos, nos faltaban casi mil dólares.

No sé qué está pasando, pero me toca a mí averiguarlo. Me llevo bien con todos. Me dolería pensar que alguno nos está robando.

Cuando me acerco a la puerta, Junie está bajo la marquesina. Ha perdido como cuarenta kilos y viste mucho mejor. La camiseta vieja y los vaqueros han desaparecido, igual que esa gorra de béisbol mugrienta. El traje que lleva esta noche le sienta bien y le marca la cintura, ahora mucho más delgada. Aún es un tipo grande, pero el bulto que solía estar sentado en el taburete de la puerta es ya cosa del pasado. Me siento orgullosa de la disciplina que ha demostrado. Me sonríe y asiente con respeto. —Buenas noches, señorita Lorenzo.

—Buenas noches —respondo cuando me abre la puerta—. ¿Todo en orden esta noche?

—Sí, señora. Todo tranquilo hoy.

—Perfecto. —Entro en el club y me detengo un instante para echar un vistazo. Es sábado, así que esta noche no cabe un alfiler. Los camareros se mueven como en una cadena de montaje, atendiendo a la avalancha de clientes en la barra. Todas las mesas están ocupadas, la mayoría siendo atendidas por una o dos bailarinas, y se ven un montón de bailes privados por ahí.

—¡Un aplauso para Na-TAsha! —resuena la voz del DJ por encima de mi cabeza. Alzo la vista y veo a Natasha luciendo solo un tanga, sus pechos firmes brincando mientras recoge billetes sobre el escenario. Me ve pasar camino de mi despacho y corre para acompañarme.

—¿Qué tal va la noche? —le pregunto.

Se encoge de hombros. Además del puñado de billetes en la mano, le sobresalen dólares de las tiras del tanga. —Muy bien. Llevo ya más de quinientos y solo llevo una hora aquí. He visto entrar a uno de mis habituales, así que en cuanto guarde esto me voy directa a la sala VIP.

—Que te diviertas —le digo—. Y no hagas nada que pueda hacernos cerrar.

—Sí, señora.

Se dirige al vestuario para guardar el dinero. Echo un vistazo por la puerta para comprobar si Cynthia está vigilando las taquillas, y sí, ahí la veo, sentada en una silla con su chándal rojo chillón, el mismo tono que la peluca que lleva. Me ve, asiente y golpea el suelo con el bastón que tiene al lado. Su aspecto no dice mucho, pero tiene una presencia que consigue que todas detrás se mantengan a raya. Dinero bien invertido al contratarla.

Llego a mi despacho. Todavía quedan bastantes cosas de Jorge aquí, incluido el fuerte olor a puro impregnado en la moqueta. He pensado en cambiar este escritorio viejo o hacerlo restaurar. No he decidido aún qué sale más barato. He tapado casi todos los desperfectos y arañazos con un protector-calendario, pero aún así tiene un aspecto bastante lamentable.

Dejo mis cosas y enciendo el ordenador. Es viejo y va lento, pero para lo que necesito, me sirve. He estado revisando sus antiguos libros de cuentas e introduciendo los datos en Excel para poder hacer un gráfico que dé sentido a todas estas discrepancias. Sigo pensando que quizá estoy exagerando. Tal vez todo esto tenga una explicación lógica.

Jorge era bastante desastroso llevando el control de los ingresos del local. Desde que estoy aquí, hemos duplicado con creces la recaudación de cada noche. Eso se debe sobre todo a algunos de los cambios que he hecho, pero al revisar estos libros antiguos, empiezo a percibir el otro gran problema de la contabilidad de Jorge.

Suspiro mientras reviso las últimas anotaciones. Jorge tenía la mala costumbre de no señalar a dónde iba el dinero. Y también está ese otro gasto extraño para el que Omar nunca me ha dado una explicación. Solo lo ha marcado como '*Security*'. Al principio pensé que tenía algo que ver con los porteros, pero es demasiado dinero

para eso. Aproximadamente diez mil euros al mes. Una cantidad que, hasta el mes pasado, había subido desde siete mil.

Creo que Omar y yo necesitamos hablar sobre lo que sea que es esto. Seguro que tiene una explicación razonable. Quiero decir, quizá la alarma para un sitio como este sea especialmente cara… aunque, *si* hay un sistema de alarma aquí, yo nunca he tenido constancia de él.

Llaman a mi puerta. —Adelante —digo en voz alta.

La puerta se abre y una de las bailarinas, Candy, asoma la cabeza. Normalmente lleva una sonrisa radiante en su cara pecosa, a juego con las coletas rubias que luce todas las noches. Ahora mismo, está más pálida que un papel.

—¿No estás ocupada ni nada por el estilo, verdad? —pregunta.

—No. ¿Todo bien ahí fuera?

—En el club todo va bien —responde—. Pero Omar… deberías echarle un vistazo.

Inclino la cabeza. —¿Por qué? ¿Qué pasa?

Entra completamente en la sala, como si no quisiera que nadie la oyera. —Verás, acabo de subir porque tenía que… darme algo. —Ignoro ese comentario. A pesar de lo que dice, he notado que a veces le gusta tontear con las bailarinas. No me gusta y me prometí a mí misma que, si alguna vez le pillaba, se lo echaría en cara.

—Pero no tiene buena pinta —continúa Candy—. Ha estado bebiendo mucho y no para de farfullar que le van a partir las piernas.

Me pongo en pie. *¿Cómo?* —Vale, iré a verle. Vuelve a la sala.

Candy asiente y se marcha. Con todas las presiones de llevar este club, lo último que necesito es que Omar tenga una crisis nerviosa.

Subo a su despacho y en cuanto cruzo la puerta, me golpea el fuerte olor a vodka. No veo a Omar por ningún lado, pero oigo un suave sollozo junto a su escritorio. Entro del todo hasta que puedo ver más allá de la esquina de la mesa.

—…¿Omar?

Está sentado en el suelo, con una botella de vodka medio vacía a su lado. Da un salto al oír mi voz y se vuelve hacia mí. Tiene los ojos enrojecidos y la piel, habitualmente color moka, está pálida y enfermiza. Avergonzado, baja la mirada. Su camisa está arrugada y tiene manchas por todo el pantalón. ¿Cuánto tiempo lleva aquí encerrado?

—Ey. —Solloza mientras se pone en pie. Le cuesta un poco porque está tambaleándose—. ¿C–Cómo va todo esta noche?

—Creo que la pregunta es qué te pasa a ti. ¿Estás bien?

Intenta sonreír, pero no lo consigue. El rostro se le descompone en pura desesperación mientras niega con la cabeza. —Me temo que no, Ember.

Me acerco y le cojo de la mano, llevándole hasta su silla. —Déjame que te traiga un poco de agua —digo, una vez que está sentado. Mientras le sirvo un vaso de agua del dispensador en la esquina, le oigo sollozar de nuevo.

—Lo siento —dice—. No quería que me encontraras así. Vaya ejemplo de liderazgo, ¿eh?

Le doy el vaso y me siento en el borde de su escritorio. —Bueno, todos tenemos derecho a nuestros momentos. Y está claro que este es uno de los tuyos. ¿Quieres hablar de ello?

Se queda en silencio, mirando el agua en su vaso, luego sacude la cabeza despacio. —Es… complicado.

Me encojo de hombros. —Inténtalo. Quizá te venga bien soltarlo.

Me lanza una mirada tímida antes de vaciar el vaso de cartón y aplastarlo en la mano. —Mi hermano acaba de declararse en bancarrota.

Ahí se queda. No dice nada más. Me aclaro la garganta. —Qué desastre. Es el hermano de los productos de limpieza, ¿no?

Asiente. Esta noticia puede que le pille por sorpresa a él, pero al resto no tanto. Cuando me contrataron, Omar usaba ese *Cleantastic!* de marras. Ya en la segunda semana descubrí que atraía a las hormigas a montones, así que tuve que pedir al equipo de limpieza que cambiara el sistema. Nunca se lo conté a Omar, sobre todo porque sé que quería apoyar a su hermano.

Ahora me siento un poco mal por no haberlo hecho. Si hubiera sabido que se lo iba a tomar así de mal…

—El dinero simplemente no entraba —dijo—. Invertí unos cincuenta mil euros ahí.

Inclino la cabeza, intrigada. *¿Cincuenta mil?* ¿Iba de eso el misterioso fondo de *seguridad*? ¿Por qué intentó ocultar algo así?

—Se suponía que iba a recuperar todo eso y algo más —dice—. El dinero del club… desde que entraste ha ido de maravilla. Pero no ha sido suficiente para cubrir los cincuenta mil que perdí.

—Pues los recuperarás —le digo—. El club está generando grandes ingresos últimamente. Nuestro margen de beneficio crece un poco cada semana. Estamos perfectamente en lo económico. Por lo que yo veo, estás muy lejos de perderlo todo. Y en unos tres o cuatro meses más, tendrás esos cincuenta mil de sobra. Estoy segura.

Me observa un momento y luego baja la mirada al vaso de papel aplastado en sus manos. —Sí. El club va bastante bien.

—Va genial. Mira, solo espera al verano. Todo irá bien.

Toma aire y se levanta. Le observo mientras camina despacio hasta la papelera para tirar el vaso de cartón aplastado. Todavía parece

como si hubiera perdido a su mejor amigo.

—¿Es por tu hermano? —le pregunto—. Porque la bancarrota no es el fin del mundo. Puede montar otra cosa en cuanto liquiden sus deudas. Y muy pronto, tú mismo podrás echarle un cable—

—No lo creo, Ember —dice con una leve sonrisa en el rostro—. Es... se ha acabado, ¿sabes? —Se aclara la garganta y se endereza—. Tienes razón. Él estará bien y nosotros estaremos bien. Supongo que solo... Solo estaba exagerando.

Le correspondo la sonrisa, aunque todo esto sigue pareciéndome raro. Omar nunca me ha parecido el tipo de persona histérica. No puedo evitar preguntarme qué le ha hecho perder así los papeles.

—¿Cómo nos va esta noche hasta ahora? —me pregunta.

—Bien —respondo. Parece el peor momento para sacar el tema de las finanzas. Si el negocio de su hermano le afecta así, no quiero imaginar lo que podría hacerle este asunto de la 'seguridad'—. Todos están ganando bien ahí abajo. Esperaba que nos incluyeran en *Back Door* para finales de mes. Y deberíamos empezar a hablar de preparar algunas promociones para el verano…

—Sí, sí. Tienes razón. Me gustaría sentarme a hablar de todo eso —se aclara la garganta, luego añade—: ¿Por qué no planeamos algo antes de abrir? ¿Quizá mañana por la mañana?

Asiento. Claramente sigue sin estar bien, pero al menos ya no está llorando. —Pasaré sobre las diez. ¿Te viene bien?

—Perfecto. Gracias por preocuparte por mí.

—No hay de qué. —Me levanto y, al salir, cojo la media botella de vodka del suelo—. Me la cambio por un café.

—Buena idea. Gracias.

Salgo de su despacho y empiezo a hacer una lista mental de los temas que tendremos que tratar en la reunión de mañana.

Espero que esto no sea una señal de que Omar está perdiendo la estabilidad. Siempre me ha parecido muy seguro de sí mismo hasta esta noche. Bueno, supongo que todos tenemos un mal día de vez en cuando.



POR MUCHO TIEMPO QUE PASE, sigo levantándome sobre las seis de la mañana todos los días. Creo que es algo que me metieron en la cabeza cuando trabajaba en el restaurante. Desde que cambié nuestro horario de cinco a siete, normalmente ni aparezco por allí antes del anochecer, a menos que ocurra algo que requiera mi atención.

Esta mañana, me he despertado pensando en Omar. No consigo quitarme de la cabeza su extraño comportamiento. Cuanto más le doy vueltas, más me doy cuenta de que no era solo desesperación. Parecía que estaba evitando decirme algo. He intentado distraer mi mente durante el desayuno, pero…

¿Y si ha hecho algo ilegal? ¿Y si está metido en algún asunto que podría ponerle en peligro?

Mi padre solía contarme historias sobre las actividades de las organizaciones criminales. Camino al club, enseguida me acuerdo de una historia que me contó una vez sobre el dueño de una charcutería al que encontraron hecho pedazos por toda la ciudad. Decía que los demás comercios pagaban 'protección' a unos tipos de la Mafia y ese hombre se negó a hacerlo un día.

Esto me hace pensar en ese raro concepto de 'seguridad' en los libros de cuentas. ¿Será para eso? ¿Es Omar tan insensato como para meterse en algo así?

Hasta suena absurdo plantearlo siquiera. Omar puede tener sus cosas, pero nunca pensé que fuera tan ingenuo como para enredarse en una historia así. Intento recordar si he visto a alguien

sospechoso merodeando cerca de Omar, pero, siendo sincera, en un club de striptease *todo el mundo* tiene un aire algo sospechoso. La mayoría de los hombres que vienen a Kitten's Paw a ver bailar a mujeres desnudas suelen comportarse de manera sospechosa precisamente porque no quieren que nadie les vea allí.

Aparco en mi sitio y bajo del coche. Todavía no veo el coche de Omar. Supongo que viene con algo de retraso.

El vigilante nocturno, Joey, me ve al salir del aparcamiento y me espera en la puerta. —Buenos días, señora Lorenzo —me saluda cortésmente—. ¿Tiene una reunión?

Asiento. —Sí, el señor Rodriguez debería llegar en un minuto. ¿Podría avisarle que estaré esperando en mi despacho? —Frunce el ceño, confuso—. ¿Qué pasa?

—Eh, el señor Rodriguez ya ha pasado por aquí.

Me lo quedo mirando, luego miro alrededor del aparcamiento. Mi coche es el único. —¿Ha venido conduciendo?

—Sí. Estuvo aquí hace como una hora. Aparcó, entró y luego se fue.

¿Hace una hora…? —Bueno, le llamaré. Gracias.

Entro en el club y, mientras me dirijo a las salas traseras, marco su número en mi móvil. El tono suena en mi oído justo cuando abro la puerta del pasillo que lleva a nuestras oficinas…

Es entonces cuando oigo un teléfono sonando en algún lugar. Me detengo y escucho. Sin duda viene de su despacho.

Acelero el paso y avanzo por el pasillo y escaleras arriba.

Aquí no hay nadie. Su mesa está completamente despejada, sin los montones de papeles de siempre. Ahora solo está el ordenador y su móvil, que vibra y se desplaza sobre el escritorio. Cuelgo mi móvil y me acerco a la mesa. El teléfono reposa sobre una única hoja de papel. Muevo el móvil y leo lo que pone.

He tenido que irme de la ciudad. Lo siento por todo.

—Omar

4

ROMAN

—En el pueblo corre el rumor de que el local está ganando mucho dinero —dice Ares mientras conducimos hacia el club —. Y la última vez que estuve, parecía que habían hecho algunas reformas.

Asiento. Es una buena noticia. Parece que Rodríguez tenía razón al confiar en que su nuevo encargado le daría la vuelta al negocio. Me alegro por ello. No me apetecía nada tener que hacerle daño por intentar estafarnos.

Ares me echa una mirada de reojo. —Entonces... ¿crees que tendrá el dinero?

—Da igual lo que yo crea —respondo—. O lo tiene y todo va bien, o no lo tiene y todo va mal. Así de simple.

—Ya, bueno, espero que vaya bien. Obi se supone que se casa en unos meses. Algunos estamos hablando de organizarle una despedida de soltero. Ahora que el Kitten's Paw es de clase alta y tal—

Me río por lo bajo. —¿De clase alta? Solo han pasado seis meses. ¿Ha cambiado tanto?

—Me refiero a que está bastante mejor. Más limpio. Las chicas son de mucha mejor calidad. Nivel A, de verdad. —Hace una pausa y me lanza una mirada de soslayo—. Deberías plantearte venir algún día. No por trabajo, simplemente por venir. A lo mejor así se te va ese aire mustio que llevas encima.

No respondo. Últimamente, las mujeres que van y vienen de mi vida no me interesan lo más mínimo. Son todas preciosas, siempre. Ese aire peligroso que arrastro las atrae como moscas. Pero cuando rascas la superficie, las encuentro insulsas y débiles de carácter. Demasiado fácil romperlas. No me han puesto a prueba desde... bueno, desde Mila. Dudo que vuelva a ocurrir.

Y esté donde esté la "adecuada" para mí, desde luego no va a estar meneando las tetas en un club.

Entramos en el aparcamiento vacío y solo hay un coche. No tardo en darme cuenta de que no es el de Rodríguez. Él conduce un coche de lujo negro y este simplemente es un utilitario azul claro. Puede que se haya comprado otro coche. Miro la hora en el móvil. Sabe que veníamos esta mañana. Si aún no ha llegado, será mejor que ya esté de camino.

Aparcamos y el vigilante sale de su caseta. —Buenos días, caballeros.

—Buenos días —respondemos los dos, y entonces Ares añade—: Buscamos a Rodríguez.

Se ríe. —Hoy es un hombre solicitado. Su encargada también le estaba buscando.

Ares se detiene y me mira de lado. —¿Así que no está?

El guardia niega con la cabeza. —Ha estado aquí antes. Se quedó como una hora y después se fue. Creo que va a volver. Su encargada ha dicho que le esperaba para una reunión.

Eso no me gusta nada. —¿Por qué no nos dejas pasar? —dice Ares —. Le esperamos dentro.

El vigilante parece algo dubitativo. —La verdad es que no debería hacer eso. Ya sabéis... no sois empleados ni nada por el estilo—

Ares se le acerca hasta casi rozarle, y sus ojos azules se clavan en él, fríos como el hielo. —Tenemos asuntos pendientes con el señor Rodríguez —gruñe—. Querría que le esperásemos dentro. ¿Lo entiendes?

Me quedo quieto, observando cómo el guardia se derrumba bajo la mirada de Ares. Le tiemblan las manos mientras busca las llaves. —Vale, vale. Ningún problema. Dejadme encontrar las llaves.

Se aleja de nosotros, dirigiéndose a la puerta. Le lanzo a Ares una mirada muda de aprobación. Mi hermano sigue teniendo un carácter afilado. Prefiero no pensar qué habría pasado si el vigilante nos hubiera negado la entrada.

Nos deja pasar y pregunta: —Sabéis dónde ir, ¿verdad?

—Sí. Gracias —respondo y empiezo a marcharme, pero me detengo y me vuelvo hacia él—. Cuando llegue... no dirás ni palabra de que hemos venido. ¿Verdad?

Duda un momento, y veo cómo se le mueve el engranaje de la cabeza. Para ser justos, lo pilla rápido. —Claro, claro. Boca cerrada, no os preocupéis.

Se marcha y nosotros cruzamos el club vacío en dirección a la puerta del personal, al fondo. Todo el local huele a cerveza rancia con un toque de perfume flotando en el aire. Te juro que no hay nada más miserable que el olor de un bar cerrado.

—Lo último que necesito es que este tío le ponga nervioso —mascullo mientras caminamos—. Si no tiene nuestro dinero, como aparezca y...

—No es tan insensato —dijo Ares—. Seguramente ha salido a buscarlo.

Le miro mientras abro la puerta del personal. Dudo que sea eso.

Al cruzar el pasillo, percibo un débil aroma a fruta floral en el aire. Más perfume, más intenso esta vez. Me resulta familiar, de algún modo...

Llegamos a su despacho. Está vacío salvo por una mujer que se encuentra de espaldas, en medio de la sala. Lleva el pelo rubio platino recogido en una coleta y viste una blusa rosa suave. Ese perfume afrutado y floral flota a su alrededor cuando nos acercamos. —Perdone.

Ella se sobresalta y gira la cabeza por encima del hombro. La reconozco al instante. Aquella preciosidad con la que literalmente me topé hace unos meses. Su rostro lleva rondando mis sueños desde entonces. Me mira fijamente con unos ojos azul hielo que se agrandan, sorprendidos.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta ella, tensando todo el cuerpo.

—Busco a Omar.

Se da la vuelta por completo y veo que tiene un folio de cuaderno en la mano.—No está aquí —dice. Sus ojos se entrecierran con desconfianza—. ¿Cómo has entrado?

—El de seguridad —le digo.

Ares añade:—Se lo pedimos amablemente.

Sus ojos van de uno a otro y poco a poco, veo cómo se mezcla el temor con la curiosidad en su mirada… y quizá también un poco de asco. Se aclara la garganta y dice:—Bueno, no deberíais estar aquí ahora mismo. Estamos cerrados.

—Quedo con él todos los meses —digo—. Tenemos una cita fija.

—¿Ah, sí? —responde, alzando las cejas. Acabo de responder a una pregunta que tenía. Tal vez algo que pretendía preguntarle precisamente hoy. Si es tan buena con las cuentas como insinuó Omar, no cabe duda de que tenía respuestas que buscar.

—Debes de ser la encargada que comentó que había contratado —digo, intentando relajar su tensión—. No he oído tu nombre.

—Eso será porque nunca lo he lanzado —contesta con sarcasmo. Me observa de arriba abajo y al final afloja los hombros—. Escucha, cualquier reunión que tuvieras con Omar, puedes ir dándola por cancelada indefinidamente. Se ha marchado de la ciudad.

Empiezan a sonar alarmas en mi cabeza.—¿A dónde se ha ido?

Ella se encoge de hombros y me tiende el papel.—Quizá seas tú quien deba decírmelo.

Leo la nota. Es breve y directa. *Hijo de puta.* Ares la ojea por encima de mi hombro y gruñe en señal de aprobación. El cabrón se ha largado igual.—Supongo que no te comentó que se iba de viaje, ¿verdad?

—¿Por qué iba a contarme algo así?

—Bueno, eres su encargada.

—No soy su niñera —responde, disgustada—. Es el dueño. Técnicamente, no tiene por qué decirme nada.

Omar de verdad mantenía a todos en la ignorancia sobre sus asuntos. Supongo que no debería sorprenderme... pero ella sí que va a sorprenderse en breve.

—Escucha —continúa—, no sé qué está pasando aquí, pero—

—¿Quieres que me encargue yo de esto? —dice Ares en un tono grave.

Ella interrumpe y le lanza una mirada fulminante.—Perdona, pero te estoy oyendo.

Ares ni siquiera la mira. Me está preguntando si puede sonsacarle a la fuerza el paradero de Omar. Probablemente algo que implique alicates y un soplete. No le culpo por no creerla. No deja nada al azar.

Le devuelvo el papel. Después, meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y le entrego mi tarjeta.—Llámame si vuelve. Es muy importante que hablemos.

Ella simplemente me mira, muda, con esos ojos y la boca suave y rosada entreabierta, casi preguntando. Si tan solo fuera otro momento...

—Por cierto, soy Roman —le digo.

Parpadea y balbucea:—Ember. Soy Ember Lorenzo.

—Encantado.

Me giro y hago un gesto a Ares para que me siga.

~

HA PASADO una semana desde que estuvimos allí y no hay ni rastro de Omar. He corrido la voz entre nuestras bandas aliadas por todo el país, y hasta ahora, nadie lo ha visto. El cabrón ha desaparecido como por arte de magia.

Es curioso. Si hubiera estado allí sin el dinero, no había garantía de que fuera a matarle. Hacerle daño, quizá, pero si soy sincero, matarlo no fue una opción clara hasta ahora. Huir es mucho peor. No tolero esa clase de desprecio.

Estoy sentado en mi despacho mientras Ivan teclea en su ordenador. Como mi *obshchak*, su trabajo normalmente consiste en controlar el dinero que pasa por la Bratva. Ahora mismo, necesito que haga algo más que eso.

Deja de escribir y se inclina hacia la pantalla, ajustándose las gruesas gafas sobre la nariz. Cuando Ivan lleva manga larga, parece un contable. Su cabello castaño está corto y peinado de manera conservadora, y suele tener un gesto serio. Pero sus brazos están tatuados de hombro a muñeca como nosotros, narrando la historia de su camino por la Bratva. Lleva conmigo al menos diez años y, antes de eso, trabajó para mi mentor. Aunque sé que no debo fiarme plenamente de nadie dentro de la Bratva, él nunca me ha fallado.

Se reclina y al fin dice:—Según los registros públicos, el Kitten's Paw solo ingresó unos cuatrocientos mil el año pasado. Para un club de ese tamaño, es una cifra razonable. No lo llamaría precisamente un club de éxito.

Me acomodo en la silla, meditando el asunto en silencio. Ares lleva todo este tiempo apostado en la esquina más alejada, fulminándome con la mirada. La huida de Omar le lleva de cabeza toda la semana.

—¿Entonces, qué significa? ¿Ha estado guardando dinero? —pregunta Ares—. Quiero decir, si el beneficio se ha duplicado...

—No sabemos seguro si se ha duplicado —responde Ivan—. Quiero decir, podría ser, pero hasta que no echemos un vistazo a sus cuentas, no sabremos nada de eso.

Ares pone los ojos en blanco.—Tenía que estar guardando efectivo. ¿De dónde sacó el dinero para esas reformas? ¿Y para fugarse? Se llevó nuestros cincuenta mil y se largó con ellos, Roman.

No le falta lógica. Pienso inmediatamente en su encargada. La preciosa Ember, de melena dorada. ¿Habrá hecho tan buen trabajo que lograron suficientes beneficios para que él pudiera desaparecer?

Supongo que nada de eso importa ya. Necesito que se me compense por su metedura de pata.

—¿Cuánto nos pagaría el seguro si prendiéramos fuego al local? —le pregunto a Ivan.

Ivan suspiró, reflexionando.—Según la póliza que sacaste hace seis meses, podrías recibir entre medio millón y algo más de un millón de dólares. Un buen colchón para nuestras arcas.

—Y bien merecido que lo tiene —dijo Ares—. Que le den. Yo voto por quemar el local hasta los cimientos.

Es una idea. Reconozco que estoy tentado. Asiento a Ivan y le digo: —Ve allí y consígueme esos registros financieros. Llévate a alguien contigo.

—Sí, señor. —Cierra su portátil y sale, dejándome a solas con mi hermano.

—¿No estarás planteándote seriamente dejar ese sitio en pie, verdad? —me pregunta.

—¿Y si así fuera? —Él resopla—. ¿Qué ocurre?

—Ese hijo de puta seguramente ya ha puesto pies en polvorosa. Tenemos que dar ejemplo para que todo el mundo sepa que no se puede huir sin consecuencias.

Supongo que tiene razón. No… Sé que tiene razón. No estoy seguro de por qué dudo. La mejor jugada *es* sacar el mayor beneficio posible, y para eso, habría que asegurarse de que ese sitio acaba reducido a cenizas y cobrar el dinero del seguro.

—¿Cuál es el problema, Roman? —pregunta Ares—. Esto es de manual. "Cuando se escapan, les hacemos pagar." Encontramos a sus familias, quemamos sus propiedades…

—Todo eso ya lo sé —le contesto—. También sé que el Kitten's Paw no era más que un tugurio hasta que consiguieron remontar el negocio. Presumiblemente gracias a la nueva gestión. Si aprovechamos eso, podríamos sacar más pasta de la que sacaríamos si lo quemamos. —Me sostiene la mirada desafiante, el ceño fruncido y una comisura de la boca curvada en un gesto de asco.

—Ya, claro. —Vuelve a resoplar y empieza a pasear por la habitación como un león enfurecido. Va a acabar haciéndole un agujero a la carísima alfombra persa que pisa.

—De verdad que tienes una obsesión con esto.

—Simplemente no me gusta que nadie nos tome el pelo. Eso es todo.

Me levanto de mi asiento en el escritorio y rodeo la mesa hasta llegar a él, apoyando las manos en sus hombros para detener sus paseos.—Nadie nos está tomando el pelo. Me estoy encargando. ¿Vale? Hay más de una forma de matar a un gato. Ahora el dueño del edificio soy yo, ¿recuerdas? Pase lo que pase, Omar no va a sacar ni un céntimo más de ese sitio. Da igual si lo quemamos o si lo mantenemos. Pase lo que pase, salimos ganando.

Ares me mira con escepticismo, pero finalmente asiente.—Está bien. Pero si lo encontramos…

—Puedes cortarle la cabeza y ponerla en una pica delante del club —le digo. Sólo lo medio digo en broma.

~

Unas horas más tarde, Ivan me llama y eso me pone en marcha. No sé por qué, pero necesito poner el pie dentro de ese sitio. Tengo que verlo con mis propios ojos.

—No sé cómo lo han hecho —me había dicho Ivan—, pero el valor del club se ha duplicado, así es. Si mis cálculos son correctos, para finales de verano llegarán tranquilamente al millón de dólares.

Miro el resplandor rosado del cartel sobre la puerta. Han abierto hace apenas una hora y el aparcamiento ya casi está lleno. Antes no me había fijado en las reformas, pero ahora me pregunto cuántas habrán hecho en realidad. Tendré que pedirle a Ivan que me prepare una lista de cada euro invertido en levantar este sitio para el seguro.

Por otro lado, también podría ver cuánto más podríamos ganar si el local sigue abierto. Por no hablar de que podría ser un negocio muy rentable para algunos de nuestros aliados. Todos los tratos que podrían cerrarse en las salas VIP…

El pequeño coche azul de Ember está aparcado en su sitio reservado cerca de la entrada. Pase lo que pase, siento una extraña obligación de hablar con ella. No sé muy bien por qué. Quizá quiera ver su reacción cuando descubra que he sido su jefe desde el principio.

Eso me atrae. Parece dura… y lista. También me caló en cuestión de segundos aquel primer día que nos cruzamos. Me pregunto cómo sonará una mujer así suplicándome que me la folle. Cómo se verá cuando tenga la cara enterrada en la almohada, ese culo de melocotón en mis manos…

En fin. Ahí está esa chispa que llevaba buscando todo este tiempo. Puede que aquí haya algo que me convenga explorar.

Ares y yo nos bajamos del coche y vamos hacia la puerta. Antes solía haber un hombre corpulento sentado en un taburete justo fuera, bajo el toldo. Ahora lo ha reemplazado un tipo delgado con traje de negocios. En cuanto me ve, se le ilumina la cara.

—Señor Orlov —dice—. Me alegra volver a verle.

Me detengo para mirarle. Está más delgado… pero si me lo imagino con gorra de béisbol y una camiseta de tirantes sucia…—Junie… ¿verdad?

—Eso es.

—Vaya. Casi no te reconozco. Estás bien.

Se palmea la inexistente barriga.—Había que ponerse en forma, ¿sabe cómo va esto?

Simplemente asiento y sonrío.—Entonces, ¿está la encargada por aquí? Tengo que hablar con ella.

—Sí, está en su despacho. —Lleva la mano al walkie-talkie que lleva en el cinturón—. ¿Quiere que le avise de que está usted aquí?

—Por favor.

Coge su walkie-talkie y me anuncia. Casi esperaba que respondiese diciendo que no está, pero no lo hace. En su lugar, dice: —Enseguida voy.

—Déle un segundo —me dice Junie.

Asiento con conformidad.—Nos vamos a tomar una copa al bar.

Vamos a la barra y pedimos una copa. Mientras el camarero hace su magia, me doy cuenta de que los ojos de Ares siguen el trasero de una camarera mientras pasa. No puedo culparle por distraerse. Miro a mi alrededor y veo cómo este lugar provoca una reacción así en él… y en todos los demás. Casi todas las mesas están llenas. Todas las chicas son increíblemente guapas. Unos pechos de silicona rebotan delante de mí mientras una bailarina lleva a un cliente de la mano hacia la sala VIP.

Las bailarinas en las barras son auténticas artistas. Mientras el camarero desliza las copas hacia nosotros, me sorprendo fijándome en una de pelo oscuro, con una tanga roja brillante, que gira alrededor de la barra, se impulsa hacia arriba y aterriza en un split sobre el escenario. El público le muestra su aprobación lanzándole billetes de dólar.

—Esto parece un mundo de fantasía —oigo decir a Ares por encima de la música atronadora—. ¿Te importa si me uno a algunas de las festividades mientras tú…?

—Adelante. Pero no te pierdas.

Se toma de un trago el chupito que ha pedido y se pone en pie, mirando a una rubia con coletas y disfraz de colegiala.—A la orden, jefe.

Se aleja, y yo vuelvo a centrar mi atención en el escenario. La chica morena recoge el dinero mientras empieza la siguiente canción y otra mujer entra pavoneándose al escenario. La voz del DJ resuena a nuestro alrededor. *¡Un aplauso para Brandyyyyy!*

—¿Disfrutando del espectáculo, señor Orlov?

Miro a mi alrededor y veo a Ember de pie a mi lado. Parece un ángel en la oscuridad. Su pelo blanco le cae más allá de los hombros, con tirabuzones dorados en las puntas. Lleva una blusa de tono claro que refleja las luces titilantes del escenario y una falda lápiz que termina a mitad de muslo. Un lado de su boca se curva en una sonrisa traviesa mientras me observa.

—Lo estoy. Mucho, de hecho —respondo. Ella suelta una risita.

—Bueno, supongo que no has venido solo por la vista, ¿verdad?

—No. Para nada.

Asiente, todavía con esa sonrisa cortés en el rostro a pesar de la pregunta que asoma en su mirada.—¿En qué puedo ayudarte?

Tomo un sorbo de la copa que acabo de pedir. Mmm. Whisky. Y de calidad.

—Esperaba que, si tienes un momento, pudiéramos hablar de lo que viene ahora para este sitio, ahora que Omar ya no está.

Entrecierra un poco los ojos, luego asiente y dice:—Tú eres quien envió al señor Stanislov a revisar nuestros libros. No sabía que tuvieras participación en este negocio.

—Más que una participación —digo, alzando una ceja.

Ella asiente lentamente.—Así que, supongo que esto es tu forma de decirme que tú y tu organización vais a tomar el control como propietarios, ¿no?

No puedo evitar reír.—¿Mi "organización"? ¿Qué sabes tú de mi "organización"?

—Solo lo que he podido investigar. Su nombre es conocido por las autoridades, señor Orlov. Se rumorea que tiene conexiones con la mafia rusa.

—Mentiras —digo al dar otro trago—. Historias que se cuentan para asustar a los hijos de inmigrantes rusos y que se porten bien. Pura mitología. No me das la impresión de ser de las que creen en cuentos de hadas, señorita Lorenzo.

Ella suspira y se cruza de brazos.—Podemos dejar de decir gilipolleces, señor Orlov. No me dedico a codearme con criminales. Me gusta estar siempre en el lado correcto de la ley en todos los aspectos de mi vida. Dicho esto, si tú y tus amigos de la Bratva pensáis tomar el control, yo me marcho. No quiero saber nada de vuestras actividades.

Me mira, con el mentón alzado, y sonrío. Está claro que está faroleando. Es admirable. Algo ingenuo, pero admirable.—Has conseguido transformar este sitio —le digo.—El señor Stanislov me ha contado que, para final de año, este club podría superar el millón, gracias a los cambios que has implementado. Tienes una mente estupenda para los negocios.

—Gracias —responde con rigidez.

—De nada. Resulta curioso que hayas trabajado tan duro en levantar este lugar solo para anunciarme que piensas dejarlo. Y todo por un cuento de hadas, nada menos.

Cambia el peso de un pie a otro, insegura.—Tengo principios, señor Orlov. No los voy a comprometer por mucho dinero que me ofrezcan. Se me puede dar bien este trabajo, pero al fin y al cabo, no deja de ser eso: un trabajo. Nada más. Puedo encontrar otro.

—Ajá. Por eso trabajas aquí con tus elevados principios —le rebato. —En vez de tener tu propio club.

Su sonrisa ha desaparecido y ahora me fulmina con la mirada.—Ser propietaria de un club es distinto a gestionarlo.

—Ya veo. Bueno, si te falta esa habilidad, podría echarte una mano. Eso es, *si* decido mantener este sitio abierto.

Inclina la cabeza.—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Nos quedamos mirando durante unos largos segundos, luego ella niega despacio con la cabeza.—No puedes hacer eso. Este es el club de Omar.

—Es *mi* club, *milaya* —le digo.

Ella me observa, tratando de averiguar si miento o no. Cuando no encuentra la mentira, suspira y sacude la cabeza.—Joder —dice.

Apuro mi copa y me acerco a ella. Huele a gloria. Cuando levanta la mirada hacia mí, noto cómo su energía cambia y se inclina hacia mí, sin esfuerzo. Es capaz de parecer dura, pero en este instante el hielo de sus ojos se está derritiendo.

—Vete si quieres —le digo.—Pero hace frío ahí fuera. ¿No preferirías trabajar bajo mi tutela antes que luchar sola?

Veo cómo le trabaja la mente detrás de esos ojos de turmalina. El dilema entre la luz en la que seguramente ha crecido y la atracción por mi oscuridad.

—Tú… tú supones mucho sobre mí —balbucea. Intenta apartar la mirada pero no lo consigue. Sus ojos siguen fijos en los míos.

—Mira, te propongo algo —digo.—Te doy hasta el final de la jornada de mañana para decidir qué quieres hacer. Me aparto de ella y termino mi copa, dejando al camarero una propina de cien dólares.—Tienes mi número, señorita Lorenzo.

Me tomo un momento para buscar a Ares. Está hablando con una de las bailarinas, pero consigo que me mire. Se despide y se une a mí cuando nos dirigimos a la salida del club. No miro atrás, pero siento sus ojos clavados en mí. Tarde o temprano, llamará.

5

EMBER

Natasha casi se atraganta con la bebida al reírse. La mezcla de vodka y arándano sale disparada de su boca antes de que logre tapársela con la mano.

—Jolín —digo mientras cojo el paño de cocina de la mesa baja y se lo tiendo. Ya ha terminado la noche y estamos sentadas en el sofá de mi humilde apartamento tomando unas copas. Por suerte para mí, ella vive en el piso de enfrente, porque después de esta noche y de esa conversación tan ardiente con Roman Orlov, no he conseguido pegar ojo.

Se recompone, limpiando la bebida de su camiseta descolorida de grupo metalero, grande y vieja. —Vaya —dice, soltando una tos residual.

—¿Qué? ¿Ha dicho que soy una zorra o qué? ¿Qué tiene tanta gracia?

—No es eso, es solo que… —Se toma un momento y vuelve a dar un sorbo. —*Milaya* significa cariño o cielo, pero no así, en plan de amigas, ¿sabes?

Niego con la cabeza. —La verdad es que no, ¿es en plan amenazante?

—No, no. Es una forma cariñosa de dirigirse a alguien. Ya sabes, como cuando hablas de un novio o una pareja.

Me pongo tensa solo de pensarlo. No es que Roman no sea atractivo. De hombres, él es increíblemente guapo. La forma en que me miraba, con esa mirada penetrante y esos ojos tan azules que me recuerdan al mar… Ese momento entre los dos, sentí que me caía al vacío. Como si con unas pocas palabras hubiese echado un hechizo sobre mí. De repente, me descubrí deseando que me tomara entre sus brazos y…

Ay, madre. Tengo que controlarme.

—Es bonito —continúa Natasha—. Está claro que le gustas.

Recojo las piernas y me acomodo en mi lado del sofá. —A muchos hombres les gusto. No es nada nuevo.

Natasha arquea una ceja. —¿Y eso qué significa? ¿Que no te interesa? ¿En serio? Es tan *tu* tipo. Alto, moreno, musculoso, algo imponente. Es todo lo contrario a Ricky, ¿sabes?

—También es un criminal, Tash. ¿De verdad piensas que podría estar con alguien así? Y todo eso de enseñarme el negocio… No quiero meterme en algo ilegal. Sobre todo después de todo lo que pasó con Ricky. No salí de aquel lío para meterme en otro por voluntad propia.

—A ver, para empezar, no *sabes* si es de la Bratva.

—Le busqué, Tash. Después de aquel día en que vino a buscar a Omar. —Bebo de mi vaso, agradeciendo el efecto calmante del alcohol—. Sabes que tiene antecedentes para parar un tren. Crimen organizado, robo mayor, *múltiples* cargos por agresión… Seguro que el FBI le está montando un caso RICO. Es como dos metros de problemas, Tasha.

—Bueno, ha tenido algún que otro lío. Pero eso no significa que esté metido en todo ese rollo —dice ella—. Aquí hay muchos tíos que acaban metiéndose con la ley de vez en cuando. Es más habitual de lo que crees.

—Eso es posiblemente lo más deprimente que te he oído decir nunca —me río y doy un sorbo a mi vino—. Pero el caso no es si quiero acostarme con él o no. El caso es que está esperando para dejarme tirada. Sabes lo mucho que tardé en encontrar trabajo después de que Ricky desapareciera. No puedo ir por ahí y buscar otro trabajo así como así.

—Lo sé. Y de verdad has hecho mucho como encargada del club. A Omar y Jorge siempre les importamos un comino las chicas. Siempre teníamos problemas con los clientes, entre nosotras—

La corto con una mano. —Lo sé, lo sé. El sitio ha mejorado desde que llegué. Ya.

Bebo mi vino mientras le doy vueltas a la cabeza. Ella se acerca a mí. —Pero no estarás pensando en dejarlo, ¿verdad?

—No quiero, Tash. Pero mira mis opciones. O trabajo para un jefe criminal, o conservo mi alma y me voy. Y volver a estar en paro sin saber cuánto tiempo. Que me echen, vivir en la calle… —Niego con la cabeza—. Y justo cuando había conseguido ponerme al día con las facturas.

Ella se muerde el labio y me mira con ojos preocupados. —¿Tú crees que de verdad va a quemar el lugar si te vas?

—Ha sido bastante claro al respecto. —Froto el dedo contra el vaso, produciendo un suave zumbido que retumba. Es una sensación reconfortante.— Ha investigado cómo han subido los ingresos del club. Sabe todo el trabajo que he puesto en ese sitio. La verdad, creo que le da igual. Sale ganando si me voy y sigue ganando dinero si me quedo. —Niego despacio—. O soy yo o nada, supongo.

Natasha frunce el ceño y hace girar el líquido rosa en su copa, pensativa. —Tu padre estaría orgulloso de ti si te fueras —dice.

Mi padre estuvo en la policía toda mi vida hasta que un chiflado cualquiera lo mató cuando yo tenía quince años. Siempre he hecho todo lo posible por mantenerme en el buen camino. Incluso cuando mis amigas me llamaban 'niña buena'. Incluso cuando eso significaba perderme fiestas porque sabía que habría alcohol para menores.

He honrado la memoria de mi padre hasta ahora. Incluso en un sitio donde Omar y Jorge harían la vista gorda ante las actividades extraoficiales de sus empleados, yo me he mantenido recta todo este tiempo.

No es justo. Me merezco algún tipo de recompensa por todas las cosas correctas que he hecho. Por mucho que intente negarlo, toda esta situación me parece un castigo por haber sido una chica buena. Ninguna buena acción queda sin castigo y todo ese rollo.

—Mi padre —digo en voz alta— no habría aprobado que aceptara este trabajo desde el principio. Me habría dicho que buscara trabajo de secretaria o de camarera antes que gestionar un club de striptease. Puedo oírle perfectamente en mi cabeza. *'Claro, no pagan tanto como en el último trabajo, pero es un trabajo honrado. Y eso no tiene precio.'* —Suelto una risita y niego con la cabeza—. Bueno, sorpresa, papá. Resulta que sí que tiene precio.

Natasha deja su copa y se gira hacia mí, cruzando las piernas bajo ella. —Entonces, ¿qué vas a hacer? Quiero decir, te apoyaré decidas lo que decidas.

—¿Incluso si me voy? Llevas en Kitten's Paw los últimos cinco años. Tú también tendrás que buscar trabajo otra vez.

—Las tetas y el culo son anticrisis —responde con una pequeña sonrisa—. Vamos, que casi tengo treinta años, pero sigo pareciendo de veintidós. Sobre todo si me pongo coletas. Seguiré encontrando trabajo aunque Kitten's Paw cierre. —Hace una pausa, mirando

pensativamente su copa—. Aunque no será tan bueno como hasta ahora. Sea como sea, Em, has sido una gran encargada. Todas te estamos muy agradecidas por lo que has hecho por el club y por nosotras.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Me coge la mano y la aprieta. —Pero lo que te he dicho va en serio. Hagas lo que hagas, estoy contigo.

Seguimos bebiendo y charlando. Natasha empieza a contarme que sale con un chico nuevo. Lo ha conocido por Internet y él no tiene ni idea de a qué se dedica. Llevan saliendo casi un mes y aún no ha llegado a decírselo. Yo sigo diciéndole que debe solucionarlo antes de que él se entere 'por accidente' en alguna despedida de soltero de un amigo o algo así.

Me da un poco de envidia Natasha. Su vida ha sido casi lo opuesto a la mía. Unos padres negligentes, rozando el maltrato, le forjaron esa actitud moralmente ambigua ante la vida. En el instituto, Natasha era popular de una forma que parecía más auténtica que las animadoras. Se rodeaba de gente que la quería por su personalidad, no porque fuera guapa o llevara ropa a la última, aunque eso tampoco le venía mal.

Siempre he sentido admiración por cómo le daba absolutamente igual lo que pensaran los demás de ella. Hacía, por lo general, lo que le venía en gana, cuando le venía en gana. Y cuando cumplió los dieciocho y decidió que no podía seguir viviendo en casa de sus padres, empezó a ganarse la vida como stripper. El problema que yo he tenido de un hombre robándome el dinero es algo que jamás le ha pasado ni creo que le pase nunca. En muchos sentidos, ha sido más libre de lo que yo podría llegar a ser.

Se termina el último trago y mira la hora en el móvil. —Será mejor que me vaya —dice—. Mañana tengo cita con el médico y quiero pasarme por el gimnasio temprano. —Se pone en pie y me mira de

nuevo—. ¿Te vienes? Igual sudar un poco te ayuda a quitarte la ansiedad.

—Avísame antes de irte —le digo mientras me levanto. La abrazo para despedirme y la acompaño a la puerta. Cuando se ha marchado, miro el reloj que hay sobre la puerta. Son casi las cuatro de la mañana. Sí que es tarde.

Mientras me preparo para dormir, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que dejar el club es una mala decisión. Quizá sea porque estoy ganando lo suficiente para vivir y, con el tiempo, podré ganar mucho más. Podré reconstruir mis ahorros y tal vez volver a encauzarme para tener mi propio club algún día.

Y si me quedo, él me enseñará a ser dueña. Si pudiera creerle.

Me imagino inclinándose sobre mi hombro, su aliento cálido en la nuca mientras me explica algún papeleo aburrido…

Puedo resistirme a acostarme con él. Seguro que sí. Si lo consigo, merecerá la pena tener una oportunidad para dirigir mi propio club algún día.

Me lavo la cara, me cepillo los dientes, me pongo el pijama y me meto en la cama. Mañana, todo estará más claro. Me levantaré, iré a entrenar con Natasha y, con la luz del día, la decisión correcta prevalecerá. Me iré y no pasará nada.

O no. Dios, ¿será lo correcto irme? ¿Podré permitirme estar sin trabajo otra vez? Y esta vez, ¿cuánto tiempo pasará hasta que encuentre algo? Me tumbo en la cama y miro al techo, mientras esas preocupaciones me dan vueltas y vueltas por la cabeza.

No tengo que quedarme para siempre. El pensamiento irrumpe como un helicóptero de rescate. Necesito volver a ahorrar. Y si Roman cumple su palabra, al final también tendré una nueva serie de habilidades. Cuando eso esté hecho, y algo más, podré comprar mi propio club. Un sitio agradable con un piano bar y quizás una

banda de jazz. Un lugar con gente adinerada y elegante que busca pasar una buena noche, no tetas, cerveza y problemas.

Sin embargo, no puedo dejar que él me menosprecie. El poco respeto que tengo en el club me lo he ganado, y pienso mantenerlo. Quizás pueda convencerle de que mantenga a los indeseables alejados del club.

Y seguiré limpia al final del día. Roman se mantendrá alejado y para mí no cambiará nada.

Me doy la vuelta y cojo el móvil. Es casi el amanecer y probablemente debería esperar hasta más tarde... Pero no voy a poder dormir hasta que haya dicho lo que tengo que decir.

El teléfono suena tres veces en mi oído antes de que descuelgue. Su voz grave y adormilada llena mis sentidos, vibrando de manera seductora por todo mi cuerpo. —¿Sí?

Respiro hondo. Aquí estoy, sentada en mi cama, hablando con un mafioso. —Hola. Eh... ¿Señor Orlov? Soy Ember Lorenzo.

Oigo movimiento. Me viene a la mente la imagen de él, con el torso desnudo en la cama, luciendo sus tatuajes con orgullo sobre los músculos. —Señorita Lorenzo —dice—. Es muy temprano. ¿Está bien?

Dudo. —Sí. Estoy... estoy bien. Gracias.

Su voz retumba de esa manera que sólo puede significar que se está desperezando. —Nadie me llama a estas horas salvo que alguien haya muerto o esté a punto de hacerlo. Así que, discúlpame la sorpresa. Imagino que me llamas porque has reflexionado sobre tu situación.

—Así es. Dios, ¿qué estoy haciendo? ¿De verdad voy a hacer esto? —Si voy a seguir como gerente, tengo algunas condiciones.

Carraspea. —Te escucho.

—No cambia nada en cuanto a cómo he estado gestionando el club —digo—. Y cuando digo nada, es nada. Creo que ambos estamos de acuerdo en que soy la razón por la que los beneficios se han duplicado en los últimos seis meses. Si quieres que eso continúe, no puedes atarme las manos.

—De acuerdo —dice—. Sin embargo, está el asunto del dinero que Rodríguez me debía antes de su desaparición. Ese préstamo tiene que devolverse.

Eso me hace detenerme. —No sé nada de ningún préstamo.

—Sea como sea, sigo teniéndolo pendiente —suspira, y suena realmente bien. El mero sonido de su aliento me da un escalofrío entre las piernas—. Tu antiguo jefe me debía unos cincuenta mil dólares. Sin contar los diez mil al mes que me pagaba para asegurar que la policía no le molestase.

Estoy casi sin palabras. Maldito Omar. Si vuelvo a verlo, lo mato. —No pretenderás que me ocupe de eso, ¿verdad? Esa no es mi deuda.

—Pero sigue teniendo que pagarse. Puedo conseguirlo mediante el seguro, si lo prefieres.

—No lo hagas, ¿vale? —Mi mente da vueltas—. Mira, ¿qué te parece si lo restas de lo que costaría enseñarme a ser dueña de un club?

Él se ríe. —Astuta. Pero no creo que sea suficiente.

—Las clases de negocios cuestan miles de dólares —digo—. Si tuviera que pagarle a otra persona por esa información, probablemente se compensaría.

—Hmm —guarda silencio unos segundos, y pienso que quizá he apretado demasiado. Entonces dice—: Te propongo algo. ¿Por qué no lo hablamos cenando? Mañana por la noche.

Me quedo boquiabierta, sin saber qué responder. —Sólo negocios, ¿verdad?

—Por supuesto.

Menuda idea nefasta. Me estoy metiendo en más de lo que imagino. Pero la alternativa... Joder. Me tiene completamente cogida.

—Escucha —digo, frotándome el puente de la nariz. Esta conversación me está empezando a dar dolor de cabeza—. No creo que debamos ir a cenar, sin embargo... Voy a arrepentirme de esto. —Sin embargo, supongo que tengo que aceptar las condiciones que tenías con Omar: diez mil al mes, directamente de lo que saques de los beneficios del club. Y lo de los cincuenta mil que debe Omar, olvídalo. Esa no es mi deuda y no la voy a asumir. Tal como lo veo, nos la ha jugado a ambos. Si logras dar con él, se merece lo que le hagas por dejarme colgada así.

Estoy jugueteando con las pelusas de la manta, esperando su respuesta. Nunca he negociado antes con un mafioso. Espero que no se tuerza la cosa.

—De acuerdo —dice, por fin—. Me ocuparé de su deuda internamente, entonces.

—¿Así que... así que hay trato? ¿Y me enseñarás los entresijos de tener un club?

Se ríe entre dientes. —Soy un hombre de palabra, pese a lo que puedas pensar de mí. Tienes un trato.

—Gracias.

—Incluso invito yo a la cena.

Me sonrío a pesar de la rabia que me da. —La respuesta sigue siendo no.

—No puedes culparme por intentarlo. Buenas noches, señorita Lorenzo.

Cuelgo y me tumbo de nuevo. Natasha va a partirse de risa cuando se entere de lo acertada que estaba en que le gusto.

6

ROMAN

—Tened cuidado. No rayéis las paredes.

Observo desde el otro extremo de la sala cómo los mudanceros traen el sofá. Siempre he pensado que el despacho de Omar carecía del respeto y la presencia que debería tener por ser él el propietario. Mientras trabajan, me fijo en una fina capa en la ventana de espejo unidireccional que da al club de abajo. Hace que todo se vea difuso. Tendré que cambiarla también.

He llegado temprano, mucho antes que nadie, con la esperanza de que todo estuviera listo antes de que apareciera alguien. Esta primera semana, he cumplido mi parte del trato, manteniéndome al margen de la gestión básica mientras Ember lo dirige como ha hecho los últimos seis meses. Ella también me ha preguntado cosas sobre la parte administrativa y, cuando estoy aquí, le muestro lo más básico de todo. El calendario de los impuestos y ese tipo de cosas. Me tienta enseñarle otras cosas. Como, por ejemplo, cómo mantener a la policía lejos y cómo redirigir dinero a las arcas de mi Bratva.

Todavía no está preparada para eso. Espero que lleguemos pronto a ese punto.

Mis chicos han sido clientes habituales, o al menos eso me dice Ares. Les he pedido que cuiden su comportamiento. Esta es una situación delicada. No quiero que lo estropeen.

Los mudanceros consiguen meter el sofá por la puerta y les indico que lo dejen delante de la ventana, donde estaba el viejo sofá y la mesa de centro. Voy a cambiar toda la disposición. El sofá antiguo tenía una tapicería con manchitas y marcas de quemaduras. Parecía algo que Omar habría recogido de la acera de alguien. Éste es de suave cuero. La mesa de centro que he comprado es de cristal lacado con una base de mármol. Es elegante. Impecable. Justo lo que cabe esperar en el despacho de un propietario.

Los mudanceros colocan el sofá y luego salen a por la mesa de centro. Mi móvil vibra cuando se van. Es Sasha.

—Hola, papá —dice—. Me preguntaba si podría pasar la noche en casa de Laura. Mañana tenemos un examen muy importante y quiero aprovechar para estudiar.

Frunzo levemente el ceño. —¿No puedes aprovechar el día para eso? ¿O ir a la biblioteca?

—Laura tiene entrenamiento de animadoras toda la semana. Sabes, le vendría incluso mejor que a mí. Está suspendiendo Álgebra. Sus padres la van a matar si no mejora las notas.

No sé por qué, pero me suena un poco raro. Quizá porque sólo he conocido a los padres de Laura una vez. Aunque parecían bastante agradables.

—Bueno— empiezo a decir.

—¿Se puede saber qué está pasando? ¿A dónde vais con eso?

La voz viene de la escalera y ya sé quién habla. Mierda, no esperaba que ella viniera esta mañana. —Oye, cariño, tengo que dejarlo—

—¿Entonces es un sí? —pregunta Sasha.

Oigo pasos que suben la escalera hacia la puerta. Ya estamos. —Sí, lo es. Pero avísame por mensaje cuando llegues a su casa, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Te quiero.

Ember aparece en el umbral, su bonito rostro torcido en una mueca de enfado.

—Yo también te quiero —le digo a Sasha en ruso y cuelgo el teléfono —. Señora Lorenzo—

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí dentro? ¿Por qué hay mudanceros llevándose los muebles?

—Pensé que este espacio necesitaba una renovación —le digo. Ella me mira, incrédula.

—¿Así que simplemente lo has decidido? ¿Sin consultármelo antes?

Aprieto la mandíbula para contener una reprimenda. Tiene una boca... —No necesito tu permiso.

Resopla. —Sabes a qué me refiero. Llegamos a un acuerdo: yo me quedo y tú no te metes en el negocio del club.

—Dime en qué parte de esta sala hay negocio del club —le digo, acortando la distancia entre nosotros—. ¿Es en lo que queda de esa mesa de centro? ¿O quizá ese sofá que huele a cerveza rancia y a coño? Esta sala es un auténtico agujero.

—¿Y qué? —dice ella, dando medio paso atrás—. ¿Por qué demonios te iba a importar siquiera?

Intenta mostrarse fuerte, pero sus ojos no dejan de mirar en todas direcciones, nerviosos. Yo me acerco aún más a ella. —Porque este es mi despacho. Y yo soy quien manda. ¿Lo entiendes?

Sus ojos recorren mi rostro, tratando de descifrar los signos de peligro. —Tú dijiste—

—Allí abajo, puede que seas la reina de la casa. Pero aquí, yo soy el rey. No te vendría mal recordarlo de vez en cuando.

Ella traga saliva con dificultad, reuniendo todo el valor que le queda. —No sé quién te crees que eres —dice, la voz temblando y delatándola—, pero tú no eres *mi* rey.

—Todavía no —respondo con una sonrisa ladeada.

Ella se da la vuelta y se marcha enfadada. Mientras la veo alejarse, noto cómo el corazón me late desbocado y, que Dios me ayude, estoy completamente excitado. Esa parte antigua de mí que disfruta de la persecución y el desafío ha despertado de golpe, bien dentro de mí.

No eres mi *rey.*

Cuánto deseo hacerla mentir.

Me aparto de la puerta, alejándome de la estela de su perfume. Hace años que ninguna mujer había conseguido despertarme algo así. Mientras me acerco a la ventana, la veo pasar junto a los mozos que traen la base de mármol para la mesa de centro. Algún día, será mía.



Para cuando se abre el club, la reforma del despacho está prácticamente acabada. Hice venir a un equipo de pintores para renovar las paredes y a una empresa de limpieza para hacerse cargo de las múltiples manchas de la moqueta. Cuando todo estuvo terminado, el despacho apenas parecía el mismo de antes. Con el sofá y la mesa nuevos, y el escritorio con un ordenador actualizado, he conseguido devolverle un poco de dignidad a este lugar.

No tenía pensado quedarme aquí esta noche, pero como Sasha pasa la noche en casa de una amiga, me encuentro con la opción de estar

solo en esa casa enorme o estar aquí. No es precisamente el mejor sitio del mundo, pero estoy cansado de beber solo en casa.

Además, aquí las copas son mejores. No sé dónde encontró Ember a ese camarero, pero puedo decir con total seguridad que nunca me he tomado un whiskey sour tan suave. Tendré que ver si da clases.

Estoy de pie, observando el club cobrar vida desde la ventana. Es una buena noche. Casi todas las mesas están ocupadas. Las bailarinas están en su mejor momento, hipnotizando a los clientes…

Y ni rastro de Ember. Al menos por ahora. Imagino que estará en su oficina, abajo. Por muy testaruda que parezca, no me da la impresión de ser alguien que se tome la noche libre solo porque su jefe la haya cabreado.

Veo un pequeño revuelo en la puerta, luego entran varios hombres juntos. El de delante tiene mis mismos ojos azules y lleva el pelo largo recogido en una coleta.

Ares. Supongo que él y sus hombres han querido venir a ver a qué venía tanto alboroto. Mira hacia el cristal espejado, luego le comenta algo al brigada más cercano antes de avanzar hacia el fondo.

Sabe que estoy aquí. Ares siempre se encarga de saber en todo momento dónde me encuentro. Normalmente llama para saber dónde estoy, pero hoy no lo ha hecho. Imagino que ha rastreado mi móvil.

O ha hecho una suposición razonada. Esta noche, si no estoy en casa, hay pocos sitios donde podría estar.

Pocos minutos después, llaman a la puerta. —Adelante.

Ares entra y me saluda con un abrazo. —Buenas noches, hermano —dice—. ¿Reinando sobre tu reino esta noche? —Hace un gesto hacia la ventana que da al club.

—Algo así. Siéntate. Puedo decirle al camarero que nos traiga unas copas.

—Gracias, pero no. En realidad he venido por trabajo.

Nos sentamos los dos en el sofá, aunque Ares lo hace en el borde, como si estuviera a punto de levantarse de nuevo.

—¿Qué ocurre?

—Hay un rumor rondando sobre cierto individuo que quiere hablar contigo.

Frunzo el ceño; el código que utiliza me resulta clarísimo. Alguien quiere buscarme problemas. —¿Alguien que conozco?

—Oh, sí. Sergei Durov. —Debo de poner cara de no entender, porque añade—: Le conoces.

Tengo que hacer una pausa. Me invade cierto desasosiego. —Conozco el apellido.

—Sí. Por lo visto, dice ser hijo de Pyotr.

Niego con la cabeza. —Pyotr ya no tiene hijos. Nos aseguramos de eso, Ares.

Él se encoge de hombros. —Parece que se nos pasó uno.

Un viejo rencor ancestral se me enciende en el pecho. Viejas cuentas. Un asunto que debería estar zanjado desde hace mucho. —Pero solo es un rumor. No sabes a ciencia cierta si ese tal Sergei es realmente hijo de Pyotr, o si siquiera existe.

—No te lo traería si pensara que solo es un rumor, Roman.

Tiene razón. Ares lleva siendo mi *sovietnik* el tiempo suficiente como para saber que no mencionaría esto salvo que hubiera algo de verdad detrás. Y un hijo superviviente de Pyotr Durov es, sin duda, un problema del que debo estar al tanto.

—¿Qué quieres hacer al respecto? —me pregunta.

—Por ahora, mantente atento —le digo—. Si puedes, averigua más sobre él. Mira si puedes seguirle la pista.

—¿No quieres reforzar la seguridad?

—No, todavía no. Aquello ocurrió hace años, y no sabemos exactamente lo que esa persona sabe de nosotros. Puede que solo esté metiendo las narices donde no le llaman.

—Eso también es un problema.

—Sí, pero no uno que necesariamente requiera usar la fuerza… todavía. Solo mantén los ojos bien abiertos.

—Sí, señor. —Se pone en pie y dice—: Será mejor que baje de nuevo. Si dejo solos a tus hombres demasiado tiempo, pueden provocar—

Se oye un suave golpe en mi puerta. —¿Sí? —digo en voz alta.

La puerta se abre despacio. Una de las camareras asoma la cabeza. —Uno de los clientes pregunta por usted… ¿señor Orlov?

Mi hermano y yo intercambiamos una mirada. No estoy seguro a cuál de los dos se refiere, pero da igual. Si hay alguien causando problemas, es asunto de los dos.

Le doy las gracias y, junto a Ares, dejo mi despacho y bajamos al club. Inmediatamente, localizo el problema. Algunos de mis boeviks están agrupados alrededor de dos o tres de las bailarinas. Todos están de pie y, incluso con la música, se oyen las voces elevadas…

Y veo un mechón rubio entre los hombros de dos de mis hombres. Mierda.

Me apresuro hasta allí. En cuanto uno de ellos me ve, da un codazo al que tiene más cerca y se acaba la discusión. Se apartan y ahí está Ember, de pie junto a tres de las bailarinas. Está mirando al que tiene más cerca, con los ojos abiertos de ira.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunto—. ¿Hay algún problema?

—Puedes apostar que sí hay un problema —dice Ember—. Necesito que les digas a tus amiguitos que esto no es una ONG. Si quieren bailes privados, tienen que pagarlos.

—Eh, cuidado con eso de amiguito, zorra —suelta uno de ellos. Le doy una bofetada en el hombro y se encoge.

—Cuida esa puta boca —le gruño. Se aparta de mí y levanta las manos en señal de rendición.

—Perdón, jefe.

Miro a mis tres boeviks, todos grandes recaudadores a las órdenes de uno de mis brigadiers y famosos por buscar líos cuando van juntos. Esta noche no necesito esto.

—¿Entonces? ¿Pensáis que no tenéis que pagar solo porque trabajáis para mí? —les pregunto. El que he abofeteado, Mikhail, mira con cautela a Ares.

—Creímos que daba igual porque—

—No le mires a él. Quien habla soy yo. —Me planto directamente delante de él—. Responde a mi puta pregunta. —Sigo en Fenya—. ¿Pensáis, cabroncetes, que no os arranco la cabeza por andar liándola en uno de mis negocios?

—Eh, eh —dice una de las chicas—, la morenita que siempre veo con Ember. En ruso, dice—: No pasa nada. Podemos bailar gratis para tus chicos.

—No lo creo —le contesto en inglés. Me giro hacia Ember—. Pagarán todo lo que deben.

—Vamos, jefe —dice otro de ellos, Stephan—. ¿Ni siquiera tenemos descuento?

—Quizá lo habríais tenido si no hubieseis decidido comportaros como imbéciles —contesto—. Por vuestra tontería de esta noche, vais a pagar el precio completo por los bailes privados y todo lo demás

aquí hasta que yo decida que os habéis ganado el derecho al descuento. ¿Ha quedado claro?

Los tres asienten.

—Bien. Seguid con lo vuestro. —Me doy la vuelta para irme y escucho tacones acercarse por detrás.

—Espera un momento. —Ember se me cruza por delante y me corta el paso—. No puedes hacer eso.

La miro, confuso—. ¿De qué estás hablando? Tenías un problema y lo he solucionado.

—No era un problema tuyo que solucionar —dice—. Así no llevo yo las cosas, señor Orlov. Dijiste que no te meterías en cómo gestiono este sitio.

Es *increíble*. ¿De verdad esta diminuta cree que puede controlar a mis hombres? —Estabas fuera de tu alcance, créeme.

—¿Por qué? ¿Porque para ti solo soy una niñita frágil y ellos la temible Bratva? No soy tan vulnerable como piensas. Y además, ese problema era mío. No tuyo.

—Esta noche no lo era. —Nos quedamos mirando bajo las luces de colores y el ritmo atronador de la música durante unos segundos.

—Simplemente quédate al margen, ¿vale? Yo me ocupo.

Y, otra vez, se marcha hecha una furia. Te juro que esta mujer va a volverme loco.

7

EMBER

Estas últimas semanas han sido *brutales*. Me alegro de tener la noche libre hoy.

Casi no la cojo, la verdad. Cada noche, parece que hay un incendio u otro que tengo que apagar. Te juro que las cosas no eran tan caóticas antes de que Roman Orlov y su banda de alegres compinches se metieran en el asunto.

Tengo sentimientos muy contradictorios hacia él. A veces, le odio a muerte. Sobre todo cuando interviene para solucionar un problema que debería estar resolviendo yo. Y luego otras veces, cuando estamos solos y me explica cosas como las leyes de urbanismo, me siento... no sé. Atraída por él.

Ayer por la tarde, estaba hablándome apoyado en su escritorio, sus ojos deslizándose hacia mis piernas mientras las cruzaba. Yo le pongo, probablemente tanto como él a mí. Y no hay ninguna parte de él en la que pueda fijarme que no me arrastre fuera de esa línea de pensamiento. Incluso la aspereza de sus manos me pone la piel de gallina.

He de decir que el hecho de que él esté ahí es una ventaja en algunos sentidos. Por un lado, la cantidad de alborotadores

borrachos ha disminuido notablemente. Cuando me entero de que alguien está causando problemas, ya hay varios de los hombres de Roman sacándoles a rastras y echándoles por la puerta. Siempre parece tener a alguien merodeando por el club. Se esconden a plena vista, como ninjas. Llevo tiempo intentando descubrir cómo distinguirles. La única forma real es si alguno lleva los tatuajes a la vista, lo cual es raro. Todos prefieren llevar trajes caros que los cubren casi por completo.

En esa línea, también he notado que es especialmente protector conmigo y con las demás mujeres del club. No sé. Siempre había oído que de todas las cosas que son estos tipos 'conectados', precisamente feministas no son. No esperaba que se molestara en impedir que los imbéciles se pasen de la raya por aquí. Supongo que este dinero que pago por la 'seguridad' está valiendo al final.

De momento va bien, pero me pregunto cuándo acabará subiendo el precio. Algún día, estos matones me van a dar problemas que no necesito.

Es temprano y acabo de terminar mi carrera matutina. Me he parado en una cafetería cercana para darme mi recompensa: un café con leche helado, y estoy haciendo cola. El mundo 'normal' empieza a resultarme ajeno. Miro a mi alrededor y veo a mamás futboleras al móvil en la fila, ejecutivos con sus trajes revisando el reloj y el móvil para ver cuánto llegan tarde...

Durante todos estos meses, he trabajado tanto tiempo en la oscuridad que se me ha olvidado cómo es el mundo a plena luz del día. Tranquilo y discreto, sin tíos musculosos y tatuados custodiando la puerta. Hoy aquí no va a haber peleas, ni nadie va a soltarme un insulto en ruso.

Es un poco aburrido, lo admito, pero quizá es justo lo que necesito.

Recojo mi café y salgo de la cafetería. Mientras miro el teléfono para ver la hora, se me erizan los pelos de la nuca.

Alguien me está mirando. Levanto la vista y no veo a nadie a simple vista. Al otro lado de la calle, la gente espera en la parada del autobús. Uno lleva gorra y está mirando el móvil. Hay un coche un poco más arriba con dos personas dentro, conversando. Un hombre está en la esquina esperando que el semáforo cambie.

Cosas normales. Demasiado normales, en realidad.

Me acuerdo de algo que solía decir mi padre cuando salíamos a pasear por las mañanas. *Si todo parece demasiado normal a tu alrededor, probablemente es porque no lo es en absoluto.*

Hago todo lo posible por no mirar fijamente y mantengo la cabeza gacha mientras observo de reojo a la gente de alrededor. Veo ojos que se giran hacia mí. El tipo de la parada del bus se pone a hablar solo... o con quien sea que tenga en el auricular.

Me están vigilando. Mierda.

Esto es lo que pasa por juntarme con perros. Ahora las pulgas han salido a morder. Yo y quizá el club estamos en el punto de mira de alguien. Alguien sabe lo de la implicación de Roman.

No sé. ¿Estoy sacando conclusiones precipitadas? El tipo de la esquina cruza al otro lado de la calle. De espaldas a mí, le veo echar un vistazo al coche donde conversa esa pareja. Desde aquí es imposible saberlo, pero me imagino a la pareja mirando en el retrovisor para verme a mí.

Guardo el móvil en el bolsillo y repaso mentalmente las posibilidades. Puede que esté paranoica. Quiero decir, he seguido aquí sabiendo perfectamente quién es Roman. Pero tampoco es que haya estado hablando con nadie sobre él. Bueno, salvo con Natasha, y ella ya tiene lo suyo con la ley. No me imagino que salga corriendo a la policía por la repentina presencia de la Bratva en el club.

Así que si no estoy loca y realmente me están vigilando, ¿cuál es el juego? ¿Llevan tiempo siguiéndole a él y de algún modo acaban de

enterarse de lo del club? Si es así, no les habría costado nada dar con mi nombre.

De camino a casa, mantengo los ojos bien abiertos, escuchando si me siguen los pasos, buscando gente que 'casualmente' esté parada en la calle, vigilando por si aparecen furgonetas sin distintivos. No corro largas distancias, así que no creo que les haya dado tiempo a plantar micrófonos... Pero bueno, nunca se sabe...

Llamo a Natasha. El teléfono suena un buen rato hasta que por fin descuelga. Contesta medio dormida. —¿Qué pasa?

—¿Te apetece quedar a tomar un café?

Oigo que se mueve por la casa y, entonces, —Em, son, no sé, las nueve de la mañana. Sabes que esta noche tengo que trabajar.—

Mi cabeza empieza a dar vueltas. No sé quién puede estar escuchando, incluso ahora mismo. —Deberías intentar no dormir hasta tan tarde de todos modos,— digo, esforzándome por sonar lo más casual posible. No lo consigo. La voz me tiembla.

—¿Estás bien?— pregunta. —No suenas como siempre.—

—Estoy yendo de camino,— le digo. —No hace falta que quedemos para tomar café, pero sí que tengo que pasarme. Uno de los clientes te dejó algo anoche y se me olvidó dártelo.—

—Eh, vale. Entonces nos vemos ahora en un rato.—

Cuelgo, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No creo que su piso esté pinchado, pero no tengo ni idea de hasta dónde llega la investigación policial. Tengo que asumir que ya conocen a mi círculo de amigos.

Debería andarme con ojo, en cualquier caso.



NATASHA ABRE la puerta sólo con una camiseta grande puesta. Se pasa una mano por el pelo negro azabache, revuelto, y me mira con los ojos medio cerrados por el sueño. —Hola,— dice.

—Hola.—

Se aparta y me deja entrar. Enseguida empiezo a mirar alrededor de su piso, repasando mentalmente los posibles sitios donde podrían haber puesto un micro escondido. Hay demasiados. Bajo la pantalla de la lámpara en la mesa del sofá, debajo de la mesa del salón, detrás de la tele en la pared…

—¿Entonces, qué cliente era?— pregunta. —Seguro que ha sido Gino. Lleva viniendo desde que empecé. Es un encanto.—

—Ajá.— Asiento. Veo su balcón. —¿Te importa si te lo enseño allí fuera, en la terraza?—

Abro bien los ojos, esperando que me lea la expresión para darse cuenta de que algo pasa de verdad. Ella duda un instante y dice: —Supongo... ¿Seguro que tú...?—

—Perfecto.— Le cojo de la mano y atravesamos juntas las puertas correderas. Una vez fuera, deslizo la puerta hasta cerrarla.

—Oye, podías haber esperado a que me pusiera la bata, al menos. Hace frío aquí.— Tiritando, se frota los brazos.

—Creo que me están vigilando.—

Se me queda mirando un segundo, procesando lo que acabo de decir. —¿Qué?—

—He salido a correr y después a tomar café y creo que había polis controlándome. Creo que me están siguiendo.—

Me lanza una mirada escéptica. —Em, ¿por qué la policía iba a vigilarte? No has hecho nada.—

—He dejado que un jefe de la Bratva convierta el club en su cuartel. — susurro con rabia. —De alguna manera, alguien se ha enterado y

ha ido con el cuento y ahora—

—Espera, espera, relájate. Montar una vigilancia es algo muy serio. ¿No decías que antes hacía falta hasta una orden judicial y todo eso para montarlas?—

—Sí, pero eso no significa que no lo hayan hecho.— Miro alrededor del balcón. Estamos solas, en un tercer piso. Los otros balcones cercanos están vacíos. Solo estamos nosotras dos en el aire fresco de la mañana. Y, aun así, siento como si alguien nos estuviera observando.

—¿Por eso estamos aquí fuera, pasando frío?— pregunta. —Vamos, que no han pinchado mi casa, si eso es lo que piensas.—

—No puedes saberlo, Tash. Los fines de semana estás fuera toda la noche. Tiempo y oportunidades de sobra para llenar esto de micros. —

—Vale, Em, estás empezando a sonar un poco paranoica.—

Suelto un suspiro y me apoyo en la barandilla. —Sé lo loca que sueno... pero ¿de verdad es tan absurdo pensar que alguien me vigila? ¿O a ti? ¿O a cualquiera relacionado con el club? Tenemos mafiosos rusos auténticos a nuestro alrededor a todas horas. Si ahora mismo nadie nos está mirando y todo es paranoia, lo es... de momento. Pero en cuanto menos lo esperemos, alguien aparecerá preguntando por Roman o por cualquier otro de su banda.—

Ella suspira y se queda conmigo apoyada en la barandilla. —¿No habrían venido ya a por nosotras? O sea—

—Seguramente aún no tienen pruebas. Pero es cuestión de tiempo. — Niegue con la cabeza. La maldita sensación de que esto iba a ser inevitable ha llegado muchísimo antes de lo que pensaba. —Voy a tener que largarme. Joder, si es que ni siquiera ha pasado un mes.—

—Eh, para el carro. Pensé que habíamos quedado en que era mejor que te quedaras. ¿Te acuerdas de lo del incendio y todo eso?—

—No quiero marcharme,— digo demasiado alto, —pero si la poli empieza a investigar a mí o al club, ¿qué otra opción me queda?—

—Vale, Em. Vamos a calmarnos. No has hecho nada. Has estado llevando el club de manera legal con todo en regla, ¿verdad? No pueden meterte en la cárcel por estar al lado de un criminal.—

—Sí pueden si creen que el dinero que ganamos va para algo ilegal. Tengo que darle a Roman parte de la caja cada mes. ¿Y si ese dinero ha servido para que roben o maten a alguien? Podrían relacionarme sólo por estar vinculada a él.—

Me observa, mordiéndose el labio inferior. —¿Y qué hay del resto? Quiero decir, nosotras trabajamos para él. Nosotras ganamos el dinero que tú le das.—

—Ninguna de vosotras le entrega el dinero directamente como yo.— Me cubro la cara y gimo de pura desesperación entre las manos. —Estoy jodida.—

Nos quedamos en silencio durante varios minutos. Espero estar paranoica. Pero, aunque esta vez lo estuviera, ¿qué pasará el día que realmente empiecen a seguirme?

—Voy a dejarlo,— digo al fin. —Es demasiado arriesgado. Fui una ingenua creyendo que podría ser de otra manera.—

Rodeo a Natasha para ir hacia la puerta y ella me para sujetándome el brazo. —Espera, ¿no lo vas a hacer ahora, verdad?—

—Sí.— le digo. —Roman a veces llega pronto, así que voy a ir a la oficina y hablar con él si está allí. Y si no, esperaré para verle y hablar con él entonces.—

Asiente. —Se va a poner hecho una furia.—

—Ya se le pasará. Hasta luego.—

Salgo del piso. Mientras bajo a la calle, no puedo dejar de preguntarme si todo esto ha merecido la pena en algún momento.

8

ROMAN

Hay algo en estar aquí fuera de horario que resulta casi trágicamente triste. Cuando entro, el aire está quieto y percibo ese suave aroma a perfume mezclado con cerveza rancia que siempre parece envolverlo todo. Llevo tiempo preguntándome si habrá alguna forma de eliminarlo. Sé que Ember se asegura de que el local esté siempre limpio de arriba abajo todas las noches antes de cerrar.

Solo estoy aquí porque, de alguna manera, me dejé la cartera en mi despacho. Tengo un día por delante y, tras dejar a Sasha, el plan es entrar corriendo, coger mi cartera e irme.

Lo curioso es que pienso en cómo Ember debe de estar aquí en algún sitio. Seguramente en su despacho. He visto su cochecito azul desde la carretera. Sé que es una perfeccionista, pero rara vez la veo por aquí durante la mañana, si es que la veo. Espero que todo esté bien.

Camino por la sala principal y paso junto a las sillas apiladas sobre las mesas. Probablemente esté en su despacho, así que dudo que se dé cuenta siquiera de que he estado y me he marchado. Me dirijo a la entrada de empleados y atravieso el pasillo trasero. Al pasar junto

a su despacho, veo que la puerta está cerrada. Qué raro. Normalmente la deja abierta cuando está dentro.

Cruzo la parte de atrás y subo las escaleras sin esfuerzo. En cuanto llego a mi puerta, percibo su fragancia, ese aroma frutal y floral. ¿Está… en mi despacho?

Abro la puerta y la veo sentada en el brazo del sofá, mirándome expectante. Lleva una camiseta de tirantes y unos leggins ajustados de yoga, con el pelo recogido en una coleta. Parece recién salida del gimnasio.

—Señorita Lorenzo —digo—. ¿Qué hace aquí?

—Tenemos que hablar —contesta ella.

Uf. En toda mi historia con mujeres y relaciones, esas palabras nunca han significado nada bueno. Entro del todo y cierro la puerta tras de mí. —Solo he venido a por mi cartera. Así que, si tienes algo de lo que quieras hablar, deberíamos hacerlo en horario laboral…

—Voy a dimitir.

Me quedo paralizado, mirándola. No está bromeando. Tiene las manos entrelazadas en el regazo y una expresión de ligero pánico en los ojos. —¿De qué estás hablando? Teníamos un trato.

—Lo sé, y pensaba cumplirlo… pero ha surgido algo y necesito marcharme.

—¿Qué ha pasado? —Siento la rabia arder dentro de mí según me acerco—. Si es por otro trabajo, igualaré lo que te estén ofreciendo…

—No es otro trabajo, es solo que esto fue una mala idea. —Hace una pausa y sus ojos adquieren un brillo dulce, casi inocente—. No puedo quedarme aquí más tiempo.

—No digas tonterías, claro que puedes.

Ella pone los ojos en blanco. —No empieces. Quiero decir, es solo trabajo…

—¿Tienes la más mínima idea de con quién coño estás tratando, niña? —gruño—. No se puede echarse atrás de un trato conmigo. *Nadie* se echa atrás de un acuerdo que haya hecho conmigo.

Ella me mira con inseguridad y, entonces, se levanta despacio. —Señor Orlov, yo no formo parte de su mundo. No tengo por qué seguir sus normas…

—No se hacen pactos con la Bratva para luego romperlos —le suelto, acercándome aún más—. Hay quien ha pagado un precio muy alto por hacer precisamente eso.

—¿Sabes que el puto mundo no gira en torno a ti, Roman Orlov? —dice en un susurro bajo, casi conspirador—. Si quiero irme, me iré y no puedes retenerme aquí…

La agarro por la nuca antes incluso de darme cuenta. La atraigo hacia mí, sujetándola firme mientras ella me agarra la muñeca y veo el pánico subirle a los ojos.

—No vas a irte a ninguna parte —gruño—. No a menos que yo lo diga. Soy la razón de que este club siga en pie. Yo soy quien pone dinero en tus bolsillos.

Me mira desafiante. Ahora estamos casi nariz con nariz. Su aliento cálido roza mi rostro. —Suéltame —susurra.

—Te quedas, Ember. Ese era nuestro trato y vas a cumplirlo.

La aparto de un empujón. Tropieza, se cae por el brazo del sofá y acaba de espaldas, con las piernas abiertas sin darse cuenta, dejando ver el triángulo entre sus piernas. Puedo adivinar las líneas de sus labios a través de la tela ajustada. Ella me mira desde el sofá, la determinación surgiendo en su gélida mirada azul.

—¿Quieres que me quede? —dice sin aliento, pero con voz firme—. Oblígame.

El aire entre nosotros ha cambiado. Ella me desafía con la mirada, incitándome a dar el primer paso. Estoy tan empalmado que me

arde. Creo que nunca he deseado a una mujer tanto como la deseo ahora mismo.

—No me tientes —le advierto, y lo digo en serio. No tiene ni idea de adónde puede llevarnos esto si sigue así.

Se me queda mirando unos segundos. Luego se incorpora y carraspea. Se arregla esos mechones que se le han soltado de la coleta. —Me voy, Roman —dice—. Si no quieres que lo haga, te sugiero que averigües cómo impedirlo.

Se pone de pie y comienza a rodearme. Instintivamente le rodeo la cintura con el brazo. Ella se detiene y, ahora, estamos codo con codo, mirándonos a los ojos mientras ella me alza la vista.

Sus labios, rosados y húmedos de expectación, y sus ojos se oscurecen mientras clava la mirada en mi boca. —Tú no quieres esto, Ember —le digo con un gruñido bajo.

Su mano se desliza hasta mi entrepierna, acariciando mi polla a través del vaquero. —Pero tú sí lo quieres —susurra—. Has declarado tus propias normas, rey de la Bratva. ¿O es que no eres hombre suficiente para hacerlas cumplir?

Le sonrío desde arriba. Una mujer acostumbrada a tener el control puede resultar muy, muy intrigante. —No te he dado permiso para tocarme.

Ella cambia un poco de expresión, pero aparta la mano. Yo le sujeto la muñeca, inmovilizándola. —¿De verdad quieres que imponga mi voluntad sobre ti, Ember? Si empezamos con esto, no serás tú quien lleve el control.

Conozco esa mirada. Para quien no sepa leerla, podría parecer aprensión. Incluso miedo. Pero no es eso.

La estoy poniendo a cien. Parpadea y dice: —Tú mandas… ¿no?

—Sí. Eso significa que tienes que hacer todo lo que te diga. Para mí eres solo una niña pequeña. Dulce, frágil… Perfecta.

Ella sonríe un poco y dice: —¿Eso te convierte en mi papá?

—Si quieres. En cualquier caso, aquí se hace lo que yo diga.

Ella traga saliva de nuevo y responde: —Está bien.

La suelto y le rodeo la cintura con los brazos, bajando las manos hasta su culo y apretando. No lleva bragas. —Me gusta cuando te revuelves contra mí —le murmuro—, pero la desobediencia no me hace ninguna gracia. Engancho los pulgares en la cintura elástica de sus pantalones de yoga y se los bajo por el trasero. —Por eso tendrás que responder antes.

Su respiración es caliente y temblorosa en mi cara, y sus ojos recorren las comisuras de mi boca. —Quiero besarte.

Le doy una palmada en el culo desnudo. Da un respingo y se muerde el labio, conteniendo un quejido.

—No —digo—. Aquí no pasa nada hasta que yo lo diga. ¿Entiendes?

Asiente y le doy otra palmada. Sus ojos se ponen en blanco un segundo y gime un poco, con la boca cerrada.

—Necesito oírte —le digo—. ¿Me entiendes?

Deja de morderse el labio y le tiembla un poco. —Sí.

—Sí… señor. —Le doy otra palmada en el culo—. Dilo.

Sus ojos se oscurecen y las comisuras de sus labios se curvan. Aprieto más su cintura, pegándola a mí. —¿Te gusta desobedecer?

Con mi mano libre, le azoto el culo una y otra vez. Se aferra a mi camisa, clavando las uñas a través de la tela. Aguanta cada azote bien, conteniendo los gemidos mientras el sonido de mi mano contra su trasero llena la habitación. Cuando estoy seguro de que su nalga izquierda está roja como el fuego, paso la mano por su piel enrojecida. Tiembla bajo mi toque.

—Sí… ¿qué?

Sin aliento, me mira, con los ojos casi agradecidos. —Sí, señor.

Me gusta cómo suena eso en sus labios. —Quiero oírte, Ember —le digo—. Ni se te ocurra contenerte.

—No lo haré… —Se detiene, y yo levanto la mano—. Señor.

—Debería darte otro azote por eso —le digo, aunque me gusta cómo juega conmigo. La suelto—. Quítate la ropa.

Sin dudar, se quita los pantalones de yoga del todo y los lanza por la habitación. Sus muslos suaves y cremosos y sus caderas me llaman. Y ese triángulo pálido de vello entre las piernas… Estoy casi salvaje por ella.

Cuando empieza a quitarse la camiseta, la detengo, le sujeto los brazos y se los inmovilizo por encima de la cabeza mientras la empujo contra la pared más cercana. La camiseta se ha quedado a la altura de la mitad superior de su cara, cubriéndole los ojos. Sus labios suaves dejan escapar un jadeo cuando le aprieto las muñecas contra la pared, manteniéndola allí, ciega y expuesta.

Tampoco lleva sujetador. Sus pechos firmes rebotan levemente mientras forcejea un poco. Las marcas del bikini dibujan la forma de la parte de arriba y dejan a la vista su piel blanca y natural sobre los pezones rosados. Su piel huele dulce y ácida, con ese aroma a sudor viejo mezclado con los restos del perfume que lleva cada día. Se me hace la boca agua.

Me inclino y beso el hueco de su garganta, mordiendo parte de su hombro. Mientras arrastro la lengua por el centro de su pecho, su respiración se vuelve entrecortada. Su piel salada y dulce me despierta aún más el hambre mientras aprieto uno de sus pechos, frotando el pezón entre mis dedos al tiempo que mi lengua juega con el otro.

Respira entrecortadamente y noto cómo intenta soltarse de mi presa. Paro y la empujo de nuevo contra la pared. —¿Quieres que te chupe esas tetitas tan bonitas, verdad? ¿A que sí?

—Sí —susurra.

Le muerdo el pezón y su jadeo resuena alto, lleno de sorpresa. —Sí, *señor*.

Ella traga saliva. Su pequeña resistencia muda es música para mis oídos. Le lamo el pezón y luego lo muerdo otra vez. Un gemido tembloroso se escapa de sus labios.

—Sí… *señor* —repito—. Dilo, Ember.

—Sí, señor —dice con una vocecita.

—Esa es mi chica. —Le chupo los pezones, encantado al notar cómo se endurecen contra mi lengua. Empieza a retorcerse y suaves gemidos le salen del pecho. Los atrapo entre mis dientes y los muerdo despacio. Sus gemidos crecen y suelta una palabrota.

—R–Roman —jadea—. Son muy sensibles… espera… *joder…"*

Vuelvo a jugar con ellos con la lengua y su cuerpo reacciona. El pecho se le pone rojo mientras sigue retorciéndose y gimiendo. Sus protestas desaparecen al relajarse bajo mi control.

—Qué chica tan buena, tan, tan buena —murmuro contra su piel.

Sabe y huele de maravilla. Quiero hundir la cara entre sus muslos sudados, llenarme del olor a esfuerzo. La suelto y le quito del todo la camiseta de tirantes, lanzándola tras de mí.

Cojo sus piernas y la levanto. Es ligera como una pluma mientras sus muslos montan sobre mis hombros. Su espalda se apoya en la pared y la sostengo arriba mientras mi lengua busca su clítoris, su sexo pegado a mi cara y mi barba, ese olor dulce y a sudor llenando mis sentidos.

Le chupo el clítoris en movimientos lentos y rítmicos y siento sus manos en mi pelo. Aguanta los gemidos unos segundos, pero no tarda en empezar a dejar que salgan de su garganta. Pronto, sus

jugos empapan mi barba mientras pequeños temblores en los muslos me rodean la cara.

—Roman —gime—. Ay, joder… Ay, Dios, Roman…

Sonrío contra su muslo derecho y le doy una palmada en el culo desnudo. Da un brinco de sorpresa, a punto de caerse de mis hombros. —Puedes llamarme "Señor" —le digo, alternando con lametones lentos a lo largo de sus labios internos—. Puedes llamarme Roman. Nada más.

—Sí, Señor —responde. Aprende rápido.

La mantengo sobre mis hombros, pegada a la pared, mientras le chupo el coño perfecto y dulce. Sus jugos empiezan a correr como un río por mi cara y sus caderas se mueven siguiendo mi ritmo.

Estoy tan duro que siento que la cremallera de los vaqueros va a estallar. Por fin tengo que bajarla al suelo y darle la vuelta, trayéndola hacia mí mientras la libero de mis pantalones.

—¿Sigues queriendo irte, princesita? —pregunto mientras empujo la punta de mi polla dentro de ella. El tamaño y el grosor la sorprenden y se estremece, la boca abierta en un gemido mudo. Después arquea la espalda cuando empiezo a embestirla con fuerza.

La sujeto por las caderas mientras la follo. Ella gime alto y ronco contra la pared. —De aquí no te vas —gimoteo mientras su coño apretado y mojado me aprieta—. Dilo, pequeña. Dime que te quedas.

Le doy otra palmada en el culo y tiembla. —Sí, Señor —gime—. Me quedo. Me quedo, joder.

Le levanto la pierna y la sujeto mientras la penetro más profundo. El muslo le empieza a temblar entre mis brazos. —¿Lista para correrte, *milaya*? ¿Quieres que vea cómo te corres por toda mi polla?

—Sí, Señor —gime—. Me voy a correr tan jodidamente fuerte.

—¿Sí? Demuéstramelo, cariño. Enséñame cómo te rompes de placer.

Sus paredes se agitan y se aprietan y sus gemidos alcanzan un tono alto y febril. Le paso el brazo libre por la cintura mientras se deja llevar, temblando entre mis brazos.

Entierro la cara en la nuca mientras ella sigue, mi propio orgasmo a punto de llegar. —No pares —repite una y otra vez—. Por favor, no pares, Roman. No se te ocurra parar.

Ella me rodea con el brazo y agarra la parte trasera de mi cabeza, sus dedos enredándose en mi pelo. Exploto como un cohete, llenándola mientras embisto con fuerza, alcanzando el mismísimo centro de su interior.

—Oh, Dios mío —murmura ella—. Es tan bueno…

—¿Quieres más, cariño? —le digo, besándole el cuello.

—Sí —responde casi al instante—. Por favor, papi. Dame más.

Papi. Me gusta cómo suena eso. Basta con oírla llamarme así para que se me vuelva a poner dura. La giro y la llevo hasta el sofá. Ella quiere correrse, así que le daré todo lo que pueda desear.



Estamos tumbados en el sofá, adormilados mientras la luz de los ventanales altos del club empieza a cambiar conforme avanza la tarde. Diez años de energía contenida acaban de estallar dentro de mí como un volcán. Lo único que quiero es dormir.

Ella está tumbada encima de mí, su cuerpo desnudo es más cálido y suave que cualquier manta. Me tienta la idea de levantarme, cerrar la puerta con llave y quedarme aquí para siempre, follando hasta perder el sentido.

Se mueve un poco, luego levanta la cabeza y me mira durante unos segundos. Frunce el ceño al apartar la mirada. —Debería irme.

Alzo una ceja. —No hace falta que te vayas aún. Faltan horas para que abramos.

Ahora se está poniendo de pie y busca su ropa. La observo moverse con soltura alrededor del sofá, hasta la pared de la esquina donde cayeron sus leggings de yoga. Me incorporo, una punzada de preocupación real me invade. —¿Pasa algo?

—No, no —dice de inmediato. Se mete en los pantalones mientras habla—. Esto ha estado genial. Ha sido… —Se queda callada. Durante unos segundos, se queda ahí de pie, sin camiseta, mirando a todas partes menos a mí.

—¿Ember?

—Esto no debería haber pasado —dice. Ve su camiseta y camina hacia ella, que está al otro lado del sofá—. Ha estado mal en todos los sentidos. Acostarnos ha sido un puto error.

—Si crees que esto ha sido un error… —me río—. Entonces no quiero imaginarme lo que haces a propósito. Ella no responde. Solo le da vueltas a la camiseta entre las manos, y al darse cuenta de que está del revés, empieza a ponerla del derecho.

—No me digas que no lo has disfrutado —le digo.

—Ese es el problema —dice. Se detiene y me mira por primera vez —. Roman… No vine aquí para hacer esto, ¿vale? No sé qué me ha pasado, pero no quería intercambiar mi cuerpo por este trabajo. No soy ese tipo de persona.

Por fin consigue ponerse la camiseta, tirando de ella por encima de la cabeza. —No estoy en venta, Roman.

—Bien. Yo tampoco —me levanto y me acerco a ella. Sus ojos bajan a mi polla antes de girarse, visiblemente sonrojada—. ¿Querías follarme? —le pregunto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una honesta. ¿Lo querías?

Suspira, aún evitando mirarme. —¿Puedes vestirte de una maldita vez?

—Respóndeme, Ember. —Acorto la distancia entre nosotros, suficientemente cerca como para notar el aroma a sexo y flores que flota entre ambos. Ella me mira, el hielo de sus ojos empieza a derretirse.

—Por supuesto que sí —dice suavemente—. Quizá en otra vida… —apartando la mirada, da un paso atrás—. Aun así, voy a dimitir. Es lo correcto. Moralmente. Éticamente. Ya no puedo seguir siendo tu encargada.

Asiento despacio. Supongo que la claridad post-polvo es una putada para algunos. —Lo entiendo. Pero aún no puedes irte.

—Roman—

—Acabas de contratar a nuevo personal y la seguridad aún se está adaptando. Si meto ahora a alguien nuevo y lo cambia todo, este sitio se hundirá más rápido de lo que subió. Es demasiado pronto. —Ella me mira con auténtica tristeza mientras hablo. El modo en que su pena parece tironear de mi corazón…

—Creía que te daba igual este sitio —dice—. La última vez que te oí, parecías tan dispuesto a prenderle fuego como a mantenerlo abierto.

Me encojo de hombros. —He cambiado de idea. Quédate, Ember. —Ella se abraza a sí misma, cruzando los brazos sobre la cintura—. Tres meses —le digo—. Dame tres meses más. Para entonces, todo estará en su sitio y aceptaré tu dimisión sin rechistar.

Ella pone los ojos en blanco. —No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —No responde. Se queda ahí parada, mirándome con esos ojos—. Este sitio se vendrá abajo si te vas antes de montar una infraestructura y lo sabes. Si te soy sincero, preferiría que no fuera así.

Me observa, sus ojos azul ártico repasando mi cara. —Está bien —dice—. Tres meses… con una condición.

—Dímela.

—Mantén a tus chicos a raya. No quiero más discusiones sobre quién tiene que disciplinarlos cuando se pasen de la raya.

—De acuerdo.

—Y necesito que mantengas tus… asuntos fuera del club. Nada ilegal en el local.

—Eso no puedo prometerlo.

Ella resopla. —¿No podéis tú y tus desalmados hacer negocios en otra parte? Mira, no creo que sea descabellado pedir que este sitio sea legal a pesar de la presencia de la Bratva. Seguro que también os beneficia a ti y a los tuyos. Si alguien viene aquí a hacer preguntas…

—¿Y quién iba a venir aquí a preguntar nada?

Hace una pausa y luego, —Ni se te ocurra quedarte ahí con la polla al aire actuando como si fueras un monaguillo. La cuestión es que no quiero problemas aquí. Si me quedo, eso lo voy a exigir.

Lo pienso un instante. La mayoría de mis negocios no son más que tapaderas para otras actividades. Tradicionalmente, el club de striptease siempre ha sido el mejor sitio para manejar nuestras redes de drogas y prostitución. Había pensado en empezarlo aquí también.

Sin embargo, no le falta razón. Acabo de quedarme con este club. Si llamo la atención de alguien, puede que sea el primer sitio que investiguen.

—Vale —digo—. Trato hecho. Si me das tres meses, me aseguraré de que todos mantengamos las manos limpias mientras estemos aquí dentro.

Ella asiente mordiéndose el labio y me tiende la mano. —Sella el trato.

Le estrecho la mano. Dicho esto, me esquiva. —Si me disculpas, hoy es mi día libre.

—¿Seguro que no quieres pasar el día aquí conmigo? —digo, mirando cómo su culito prieto se aleja de mí—. Puedo cerrar la puerta. Nadie nos molestará en lo que queda de noche.

Ella me mira por encima del hombro, pero no dice nada. La observo marcharse y, tras unos segundos, respiro el aroma de sexo, sudor y su piel perfumada. Pase lo que pase, si es que pasa algo, esto ha estado bien.

9

EMBER

Locura transitoria. Es la única explicación que encuentro para lo que ocurrió.

Durante la última semana, le he estado dando vueltas una y otra vez. Fui allí para hablar. Solo hablar. Fui directamente desde mi carrera, sin maquillar y aún con la ropa de deporte. Se suponía que iba a ser solo una reunión. Negocios, nada más. Me resulta extraño que lo fuera… hasta que dejó de serlo.

Lo peor de todo es que ni siquiera puedo culparle. Lo deseaba. *De verdad* lo deseaba. Fue como si toda la atracción que llevaba negando saliera de golpe a la superficie y, de repente, necesitaba acostarme con él como si no hubiera un mañana.

Y mereció la pena. La mezcla de su olor con el mío, cómo tomó las riendas y cómo me sostuvo en sus brazos… Durante esas pocas horas juntos, sentí que nada podría hacerme daño mientras estuviera bajo su abrazo.

Me siento como una adolescente tonta. Probablemente sería mejor no pensarlo demasiado. Esta semana entera he estado evitándole y parece que él ha hecho lo mismo. Nuestras pequeñas lecciones se

han detenido casi del todo. Yo no le he preguntado nada y él tampoco ha ofrecido.

Tampoco ha entrado más que tres veces esta semana y, cada vez, hemos conseguido no cruzarnos la mirada. Cuando paseo por el club, ocupándome de los problemas del personal o a veces de los clientes, él está en su despacho. Fuera de la vista, pero no de mi mente. A veces, siento sus ojos en mi nuca, observándome desde el espejo unidireccional situado encima de mí.

Esta noche he decidido pasar la mayor parte de la velada cuadrando las cuentas. Este mes nos está yendo muy bien, gracias al anuncio que acabo de pagar. Los letreros en la autopista han traído últimamente una avalancha de camioneros, que además gastan bastante. Y como la mayoría son hombres de mediana edad o mayores, dan menos problemas encima.

Me recuesto en la silla y observo los cuadros que acabo de preparar con nuestras previsiones para el próximo año. Requerirá algo de esfuerzo por mi parte, pero este club debería poder valerse por sí mismo cuando finalmente dimita.

Es una pena irme… pero tengo que hacerlo. No es un juego en el que me pueda sentir segura. Especialmente con Roman y sus chicos de la Bratva respaldando todo esto. Siento que estoy a merced del viento.

Escucho gritos justo fuera de mi puerta. *Mierda. ¿Y ahora qué?*

Para cuando asomo la cabeza por la puerta, los gritos han ido a más. Natasha y otra chica están en el pasillo mientras uno de los clientes se planta ante la puerta. Lleva la chaqueta medio colgando y tiene una sonrisa turbia mientras las mira por encima.

—Eh, me debéis una, ¿vale? —balbucea—. No podéis dejarme tirado así.

¿Pero qué demonios? ¿Dónde está seguridad? Salgo y pregunto: —¿Ocurre algo?

Él me mira por encima de sus cabezas, ensanchando la sonrisa. —Joder… ¿Cuándo sales tú? Ese rollo de traje de ejecutiva me pone a mil.

—No es una bailarina —responde Natasha—. Es la gerente.

Me acerco a ellos, con la cabeza a mil. No he visto a Roman y Cynthia tampoco está. Miro de reojo al vestuario y compruebo que ella no está en su sitio habitual.

—Señor, aquí no puede estar —le advierto al borracho.

—Uy, *señor*… —Se inclina e intenta tocarme el pelo—. Eso está bien, rubia.

Me aparto y digo: —Voy a pedirle que vuelva—

—Eh, no sé qué chanchullo tenéis montado vosotras, zorras—

—¿Zorras? —agrega Natasha—. ¿Tú de qué vas, gilipollas?

—¡Tú, zorra! —espeta él, imponiéndose sobre ella. Joder, esto se está desmadrando de verdad.

—¡Eh! —resuena una voz detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo a Roman acercándose. Tiene la vista clavada en el tipo y la mandíbula apretada. Madre mía.

El cliente le mira y la sonrisa ebria se le borra por un instante. —¿Y tú quién coño eres?

—Un problema —responde Roman. Da un paso y se planta frente a él—. Sobre todo, si no te largas de aquí ahora mismo.

Roman le saca al menos una cabeza. Y debe pesarle como mínimo treinta kilos más. Se pone justo delante de él, mirándole desde arriba, dispuesto a cebarse si se atreve a intentar algo.

El cliente, animado por el orgullo borracho, se yergue un poco más y suelta: —Aquí nadie te ha llamado, así que no te metas—

—Ahí es donde te equivocas. Y mucho. —No está gritando. Ni siquiera parece tenso. Habla bajo y con calma—. Esta es un área restringida. Solo empleados, y no recuerdo haberte contratado. Date la vuelta y lárgate. Ahora.

—Eh, escucha… —

—Elige bien tus próximas palabras —dice Roman—. Lo que digas a continuación decidirá si sales de aquí andando o te llevan a rastras. De todos modos, vas a salir de este club.

Toda la sangre abandona la cara del cliente mientras Roman le mira fijamente. Da medio paso atrás y dice: —Vale, vale. Me voy andando, ¿de acuerdo? —Levanta las manos en señal de defensa—. No hace falta ponerse agresivo.

Empieza a alejarse. Roman, aún vigilándole, dice: —¿Estás bien?

—Sí —contestamos ambos al unísono.

Luego se aleja, siguiendo al hombre fuera del área trasera. Me giro hacia Natasha.—¿De verdad estás bien? ¿Ese tío no se ha puesto violento ni nada parecido?

Ella niega con la cabeza.—Ha sido culpa mía. Estaba empezando a hablar raro, ¿sabes? Preguntando por mi "nombre real" y queriendo saber dónde vivía. Ese tipo de cosas. —La puerta se abre de nuevo y Roman regresa, deteniéndose para escuchar mientras Natasha continúa.—A veces pasa, ¿sabes? Los tipos empiezan a pensar que es más que un simple baile y se ponen en plan inquietante. Paré el baile y le dije que se estaba pasando de la raya, y me fui. No pensé que realmente me iba a seguir hasta aquí. Debería haber llamado a seguridad desde el principio.

—No ha sido culpa tuya —dice Roman antes de que yo pueda hacerlo—. Es adulto. Debería saber que no puede andar siguiendo a mujeres. ¿Seguro que estás bien?

Ella asiente y dice:—Estoy bien. De verdad. —Luego, con una sonrisa que desarma, añade:—De todos modos, ya he ganado suficiente dinero esta noche. Probablemente esto sea una señal de que no hay que ser demasiado avariciosa.

Roman asiente y luego me lanza una mirada.—Si ese payaso vuelve… —

—Avisaré a seguridad para que estén atentos —digo, y casi me trabo con mis palabras—. Gracias, Roman.

Simplemente asiente y se aleja. Me obligo a no mirarle mientras se va.

—Vaya —dice Natasha—. Ha entrado como Superman. Bastante atractivo.

—Solo está haciendo su trabajo —respondo.

—Lo ha hecho muchísimo mejor que Omar jamás lo hizo.

No puedo negarlo. Me costaba más echar a los indeseables cuando él estaba porque tenía la costumbre de esconderse en su despacho a menos que fuera yo personalmente a buscarle.

—¿Qué te pasa últimamente? —me pregunta. Parpadeo, perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—No lo sé. Toda esta semana has estado… rara, supongo. De hecho, tanto tú como el jefe habéis estado raros. ¿Habéis tenido alguna pelea o algo fuera del horario?

No tengo ni idea de cómo responder a eso. Balbuceo un segundo, luego carraspeo.—Simplemente estamos ocupados con nuestro trabajo, eso es todo.

Ella entrecierra los ojos levemente en mi dirección.

—Tash… —

—Hace una semana viniste a mi piso toda alterada porque creías que te seguían. También dijiste que ibas a dejar el trabajo —dice—. Me dijiste que ibas a contárselo y que ahí se acababa todo. Aquí estamos una semana después y sigues aquí. *Y además* lleváis toda la semana evitándoos como si tuvierais la peste. ¿Qué pasa? ¿Te ha amenazado él o algo?

Ojalá. Eso sería mucho más fácil de explicar.—No —le digo. Sé que va a seguir pinchándome con esto.—Ven aquí. —La agarro del brazo y la llevo hacia mi despacho.

La hago entrar y cierro la puerta, apoyándome contra ella como un ancla. Me mira con los ojos muy abiertos y una sonrisa cautelosa.—Vale, ahora sí que me estás asustando un poco, Em. ¿Qué ha pasado? ¿De verdad te ha amenazado?

—No, no lo ha hecho —repito—. Pero ha pasado algo… y necesito que lo mantengas en secreto. Nadie puede enterarse, Tash. Y cuando digo nadie, es nadie.

—Vale —dice ella—. ¿Qué es?

Me detengo. Natasha siempre ha guardado mis secretos. Nunca la he visto ir contando las cosas de las que hablamos. Pero esto no es como lo demás. Si alguien se entera de lo que ha pasado entre Roman y yo…

—Lo digo en serio, Tash —le advierto—. No puedes hablar de esto con nadie.

Cruza los brazos, perdiendo la sonrisa.—Ahora sí que me estoy asustando. ¿Qué te ha hecho?

Suspiro.—Nada que yo no quisiera. —Ella ladea la cabeza.—Nos… acostamos.

—¿Qué?

—Lo sé.

—¿Cómo narices ha pasado eso?

—No lo sé. Estábamos hablando y, de repente, me tenía con los tacones apuntando al cielo en el sofá de su despacho.

Sus ojos miran hacia arriba, en dirección al despacho de Roman.—*¿Te has acostado con Roman Orlov aquí? ¿En su despacho?* —Alza la voz. Me acerco a ella y la hago callar rápidamente.

—Eh, baja la voz —le digo—. Y… sí, nos acostamos, tuvimos sexo, lo que quieras.

Se detiene, los ojos llenos de preguntas.—Vaya —susurra, y luego se inclina hacia mí—. ¿Y qué tal?

—No es exactamente de eso de lo que va esto.

—Pues yo creo que sí. Si hubiera sido terrible, eso es justo lo que el rey Bratva de ahí arriba no querría que se supiera.

—Fue bueno. De hecho, fue genial —digo—. Probablemente el mejor sexo que he tenido nunca.

Ella se tapa la boca, sofocando una risita.—De verdad que te has acostado con el jefe de la Bratva.

—No fue intencionado… Bueno, sí, pero… —Gimo y me doy la vuelta. ¿Cómo se supone que voy a explicar esto?

—Pero a ver, ¿entonces cuál es el problema? ¿Por qué es un secreto? ¿Está casado?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Se me encoge el estómago al pensarlo.—No lo creo —respondo—. Mira, simplemente no debería haber pasado. Si la gente se entera de que tuvimos sexo, dejarán de tomarme en serio. Pensarán que solo estoy aquí porque me he acostado con el jefe. —Suspiro, enfrentándome por fin al verdadero problema—. El caso es que consiguió convencerme para que me quedara tres meses más.

—Joder, —dice ella—. Eres la última persona en la que habría pensado que acabaría colada por un tío por lo que tiene entre las piernas. Debe de ser de oro.

—No lo es. Y por si acaso, no quiero hablar de los detalles de lo que ha pasado, ¿vale? Ya es bastante embarazoso todo esto.

Frunce los labios. —Debes de estar bastante cabreada por todo lo del pasillo, ¿no?

Empiezo a responder, el 'sí' justo en la punta de la lengua, pero me contengo. De todas las emociones que estoy sintiendo por lo que acaba de pasar, el enfado no es una de ellas. Cierro la boca, tomándome unos segundos para analizar.

—¿Em? —pregunta—. Estás *cabreada* con él, ¿verdad?

—No, —le digo—. Es raro, ¿no?

—Bueno… —titubea—. ¿Por qué no estás enfadada?

No tengo respuesta para ella. Tiene razón. Debería estar enfadada. Él entró e hizo lo que yo debería haber sido capaz de hacer.

Pero aunque ese tipo me viera o no como una figura de autoridad, si las cosas se hubieran puesto feas, yo no habría podido evitar que le hiciera daño a Natasha. O al menos lo habría tenido mucho más difícil. Roman, en cambio…

—No lo sé. Quizá aún no me he dado cuenta del todo, —digo—. Da igual, sinceramente. Me iré de aquí en tres meses. Mientras no nos crucemos demasiado, todo irá bien.

—Claro, —dice ella—. Aplausos para Superman, que nos mantiene a salvo, y para Superwoman, por mantenernos a flote.

Asiento con una sonrisa. Menos mal por eso.



El resto de la noche transcurrió como siempre. Pasé la mayor parte en mi despacho, intentando mantenerme lejos del escrutinio de Roman.

Todavía me desconcierta cómo me hace sentir. Quizá es sólo porque se supone que es el malo de la historia. Es el hombre del saco del que mi padre intentó advertirme durante años. El gran villano al que temía muchísimo que me lo arrebatara... y al final lo hizo. Fue alguien como él quien me dejó huérfana de padre.

Así que, ¿por qué no me importó que interviniera y espantara a ese tipo esta noche? Probablemente esto nunca lo admitiré en voz alta, pero me siento un poco más segura cuando él está cerca. Y veo la misma especie de tranquilidad en todas las bailarinas cuando él está aquí. No lo entiendo. Tampoco entiendo del todo por qué acabé acostándome con él.

Bueno. A nivel carnal sí lo entiendo. Es un hombre guapísimo y hace tiempo que no me acostaba con alguien en condiciones.

Todos estos pensamientos me cruzan la mente mientras hago las últimas comprobaciones de la noche. Las pocas bailarinas que vinieron un par de horas antes de cerrar ya se han marchado. Los camareros han limpiado sus zonas y se han ido hace rato. El DJ también, las sillas están subidas a las mesas, y estoy sola.

Levanto la vista hacia el cristal espejado que da al club. Bueno... quizá no del todo sola.

—¿Me estabas buscando?

Me giro y veo a Roman acercándose a mí. Esta noche va tan de elegante informal, con su camisa y sus pantalones de vestir. El pelo oscuro y corto empieza a estarle largo por los lados. Parece que le va tocando un corte, la verdad.

Me doy la vuelta, centrada en poner la última silla sobre la mesa. —Sólo me preguntaba si ya te habías ido —digo. Está tan cerca que percibo su olor. Dulce, almizclado... con un toque de su sudor.

—Esta noche nos ha ido muy bien —dice él—. Este sitio te va a echar de menos cuando te vayas.

Levanto la vista y veo que sonríe. —Bueno, es lo que hay.

—¿Qué vas a hacer cuando ya no estés aquí? —pregunta—. Nunca terminaste tus lecciones conmigo.

Lecciones. Lo dice como si fuera algo formal. —No lo sé —confieso —. Quizá... me apunte a un curso, en vez de eso.

—Hay opciones más baratas.

Inclino la cabeza. ¿Seguiría enseñándome? Eso... no me lo esperaba. —Lo pensaré —digo. Me aparto y añado—: ¿Te vas a quedar mucho más? Necesito cerrar.

—Déjalo en mis manos —dice él—. No te preocupes. Si quieres, te acompaño al coche.

—No, gracias. —Lo digo rápido. Casi demasiado rápido. Creo que me he trabado un poco. Carraspeo.— Nos vemos mañana.

—Sí. Nos vemos.

Me alejo y noto cómo me sigue la mirada, justo en el trasero.

Salgo al fresco de la noche y me subo el cuello de la chaqueta. Huele a que va a llover otra vez... pero todavía no llueve. Menos mal. Mi pelo—

Un coche se detiene delante de mí y doy un salto hacia atrás. Es un coche negro, largo y de lujo, que parece recién lavado. Voy a rodearlo, pero la ventanilla trasera se baja. Una mujer de pelo corto y rojo oscuro me sonríe.

—¿Ember Lorenzo? —pregunta.

Me quedo helada. *Ups*. —¿Sí?

Saca su placa. Con esta luz no distingo los detalles, pero en la parte superior veo bien grande las letras *FBI*.

—Necesito que vengas con nosotras, por favor.

10

ROMAN

Otra noche más entre rejas… y sigo sin ser capaz de ver a Ember como *solo* una jefa, igual que hace una semana.

Pensaba que a estas alturas ya se me habría pasado. Creía que me bastaría con provocarla de vez en cuando, lanzando alguna indirecta coqueta. Pero no es así. En absoluto. Quizá tenga que ver con estos diez años alejado de cualquier cosa real, que me han dejado tocado.

En mis momentos de silencio, me sorprendo imaginando mi lengua en su clítoris otra vez, o pienso en estar dentro de ella, con sus manos enredadas en mi pelo, sus gemidos en mi oído. Esta noche, cada vez que ha salido a la sala por un motivo u otro, no he podido apartar la vista de ella. Es una belleza adictiva.

Lo peor de todo es que sé que tiene razón. Lo que ocurrió la semana pasada no debería haber pasado nunca. Y no por nada relacionado con el trabajo, sino más bien porque…

Ella no es de mi mundo. Hay una luz que la envuelve, que le sale de dentro. Es ese tipo de luz que ves en la gente común, en el supermercado o simplemente por la calle. Es centros comerciales los sábados y hacer la compra los domingos. Algún día, conducirá una furgoneta llena de niños. Su marido será uno de esos tipos con

entradas y barriga de padre que no se pierden ni un solo partido cada semana.

No tiene nada de malo ser así. En muchas ocasiones, ojalá yo fuese así. Pero cuando lo comparo con mi existencia, parece que viene de otro planeta.

La realidad es que los Bratva no suelen salir con mujeres ajenas a su círculo, y no les falta razón. Normalmente, acabamos arrastrando a personas como ella a nuestra oscuridad.

El coche se detiene y me saca de mis pensamientos. Mi chófer pone el coche en punto muerto y sale para abrirme la puerta. Ya estoy en casa.

Salgo del coche y, de repente, noto en los huesos lo tarde que es. Son las tres de la mañana. Dentro de tres horas, Sasha estará despierta y esperando el desayuno. Me he tomado como deber asegurarme de que la comida está lista cuando baja por la mañana.

—Buenas noches, señor Orlov —me dice mi chófer al pasar junto a él. Le saludo con un gesto de cabeza y subo las escaleras para entrar en casa. Cierro la puerta tras de mí y doy dos pasos hacia adelante… y entonces lo oigo.

Un golpe sordo, que viene de la planta de arriba. Me quedo inmóvil y miro hacia la escalera. Unos segundos después, otro golpe, seguido de un ruido de arrastre. Sasha debería estar dormida a estas horas. ¿Qué demonios estoy oyendo?

Subo las escaleras con la mano en la pistola. No paro de recordar la advertencia de mi hermano sobre Sergei Durov. En su momento no le di importancia, pero desde entonces me ronda la cabeza. Alguien que podría venir a buscarme es una amenaza que nunca desaparece del todo de mi horizonte.

Vuelvo a escuchar el ruido al llegar al rellano. Giro la cabeza al darme cuenta de que viene de la zona de la habitación de Sasha. Mierda…

Avanzo con sigilo, procurando no pisar las tablas sueltas bajo mis pies. Cuanto más me acerco a la habitación de Sasha, más ruidos oigo. Traqueteo, mucho movimiento… y el murmullo amortiguado de voces bajas. Saco la pistola de la funda.

Llego hasta la puerta y la abro de golpe, encendiendo la luz. Mi cerebro tarda medio segundo en asimilar lo que ve. Las mantas, bultos debajo, dos pares de pies al pie de la cama.

Asoman dos cabezas. Mi hija, los rizos revueltos y los ojos como platos… y un chico con el pelo tan corto que se le ve el cuero cabelludo.

Me miran aterrados y se quedan inmóviles. Es como si el tiempo se hubiese detenido para que yo pueda procesar la situación.

Mi hija adolescente tiene a un maldito crío en su cama.

—Papá —dice ella—, puedo expli—

Y yo ya me estoy moviendo. Rodeo la cama y agarro al chico por la nuca, lo saco de un tirón y lo tiro al suelo. Sasha grita mientras apunto a su cabeza con la pistola.

—¡S-señor Orlov! —exclama el chico. No lleva nada más que unos calzoncillos. Debería volarle los sesos y salpicar la alfombra.

—¡Papá! —Noto el peso de su cuerpo cuando me agarra por los hombros—. ¡Por favor, no le mates!

Tardo un segundo en recuperar la compostura. Veo a ese chaval, temblando como un flan, con el labio inferior tembloroso y los ojos llenos de lágrimas. No puede sacar muchos años a Sasha. Pecho de alambre, brazos y piernas delgaduchos. Y cuanto más lo miro, más se me antoja un crío.

Guardo la pistola. —Lárgate de una puta vez. —Él se queda mirando, temblando como una hoja en el suelo del dormitorio de mi hija—. ¡YA!

Salta de un brinco y se levanta torpemente, cogiendo su ropa mientras sale corriendo de la habitación. —¡Paulie, espera! —dice Sasha. Me giro justo a tiempo para verla saltar de la cama y salir corriendo detrás de él. La intercepto, la agarro del brazo y la empujo de nuevo sobre la cama. Un segundo después, oigo la puerta abrirse y cerrarse en algún lugar de la planta baja. Apostaría a que ni ha tocado el suelo con los pies desde aquí hasta la puerta principal.

—Papá, ¿por qué has hecho eso? ¡Ahora no va a volver a hablarme jamás!

—¡BIEN! —ladro. Ella da un respingo y cierra la boca de golpe. Sus grandes ojos marrones me miran asustada. —¡Estabas aquí arriba en la cama con un chico, Sasha! ¿Pero se te ha ido la maldita cabeza?

—Papá, sé cómo parece, pero... pero yo le quiero—

—Ni se te ocurra —gruño. —Si me dices que quieres a ese mindundi, te echo de aquí yo mismo.

Gime mientras vuelve a cerrar la boca. Al mirarla, un millón de miedos me suben a la superficie. Esta no es la hija que yo he criado.

—¿Entonces, ya está? ¿Ya os estáis tirando? —digo.

Ella abre la boca temblorosa, pero la vuelve a cerrar. Niega con la cabeza.

Echo un vistazo a su ropa. Lleva una camiseta de tirantes y un pantalón de pijama. Está prácticamente vestida. Sobre todo en comparación con 'Paulie'. La creo, pero si por cualquier motivo hubiese llegado un poco más tarde esta noche...

No puedo con esto. Lo único que quiero es sacar el puño por la pared. O salir corriendo detrás de ese cabrón y partirle las piernas de un golpe.

—No tengo ni idea de qué crees que haces, Sasha —digo—. Tienes quince años.

—A decir verdad, muchos chicos de mi edad ya tienen relaciones—

—Muchos chicos ya están camino del internado este año. ¿Quieres unirte a ellos?

Sus ojos se ponen del tamaño de platos. Sorpresa. Luego se pone de pie y dice: —No te atreverías.

—Oye, o eso, o te pongo un guardia aquí por las noches mientras estoy en el trabajo. ¿Tengo que llamar a tu tío para que patrulle la casa por la noche y asegurarme de que no te conviertes en una cualquiera?

Las lágrimas le llenan los ojos cuando grita: —¡No hables así de mí! ¡No soy una puta!

—¡Entonces deja de hacer cosas de fulana, Sasha!

Eso le ha hecho daño y ahora mismo, me da igual. Alguien tiene que hacerle daño para que no vuelva a hacer algo parecido jamás.

—Eres un puto monstruo —solloza—. Mamá nunca—

Mi mano se mueve sola, lista para darle en la cara con el dorso. Ella se encoge, cierra los ojos y levanta las manos para protegerse.

Mierda. Casi la lío. Doy medio paso atrás. —Estás castigada. Nada de pantallas y nada de salir de casa salvo para ir al colegio, durante un mes.

—¿Un mes?

—¿Quieres probar con dos?

Nos quedamos mirándonos, retándonos, hasta que finalmente baja la vista hacia sus zapatos, las lágrimas goteando de su cara.

—Vete a la cama —digo, y salgo de la habitación.

No me lo puedo creer. Vuelve del campamento y de repente se piensa que puede tirarse a los tíos en mi casa y...

Tengo que calmarme. Joder, igual debería cumplir mi amenaza y poner a mis chicos a patrullar la casa por las noches. Lo último que necesito es que Sasha empiece a salirse de madre.

Bajo a la cocina y me preparo una copa. Nunca he tenido presencia de seguridad en la casa a menos que estuviéramos en guerra. Sé que otros de la Bratva lo hacen por su propia seguridad, pero siempre me ha parecido demasiada paranoia para mi gusto.

Pero si hubiese tenido a alguien aquí de noche, esto no habría pasado. Supongo que un guardia armado es un gran disuasorio para que un chaval adolescente no se cuele por la valla para tirarse a tu hija.

Me quedo de pie junto al fregadero y sorbo el vaso de vodka que acabo de servirme. ¿Cuándo se ha vuelto tan complicado esto de ser padre? Podría haber matado a ese chico y enterrarle en mi jardín trasero tranquilamente. Nadie se habría extrañado demasiado si lo hiciera.

Excepto Sasha. Algún día me perdonará por castigarla. Pero nunca me perdonaría si realmente hiciera daño a ese enclenque de pecho de gorrión.

Mi vaso ya está por la mitad y el ardor empieza a hacer efecto sobre mi estado nervioso. Mi hija se me está haciendo mayor. Es demasiado pronto.

Percibo movimiento fuera, en el bosque al otro lado de la verja de mi propiedad. Los árboles se mueven entre las sombras y, de repente, se me erizan los pelos de la nuca.

Y veo una silueta, moviéndose entre la luz. Veo unos vaqueros sucios y una sudadera oscura…

Dejo el vaso en el fregadero y corro hacia la puerta trasera, abriéndola con la mano en la empuñadura de mi pistola. Para cuando llego, la figura ya ha desaparecido y los árboles oscilan al viento.

¿Me lo habré imaginado? No lo creo. Alguien estaba ahí fuera vigilando mi casa.

Me quedo unos minutos revisando el perímetro de mi jardín trasero. Esperando... algo. *Muéstrate*, pienso. *No seas cobarde, sal de una vez.* Me vendría bien alguien sobre quien descargar parte de esta rabia.

Nada. La noche fresca es tranquila y silenciosa. No hay nada ahí fuera en kilómetros a la redonda.

Entro de nuevo en la casa y cierro la puerta con llave tras de mí. Al amanecer pienso llamar a Ares y pedirle que traiga a unos cuantos más para inspeccionar los alrededores. Sea quien sea, más le vale estar replanteándose el saltar mi valla.

11

EMBER

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí.

Las paredes son de ladrillo y están cubiertas de pintura gris. El suelo está enmoquetado, pero no hay nada en él que sugiera que alguna vez estuvo limpio. Estoy sentada en esta mesa metálica y fría, con las manos apoyadas delante de mí.

Sabía que me estaban siguiendo. Echo un vistazo al espejo unidireccional y, al instante, me acuerdo de Roman. Esta vez, él no es mis ojos desde arriba.

La puerta se abre y la mujer pelirroja regresa con dos tazas de café. Ya se ha presentado como la agente Michelle Rastelli. Ya me ha hecho preguntas a las que no puedo responder. No sé por qué sigo aquí.

Deja la taza de café delante de mí y se sienta al otro lado de la mesa. —Perdona, no es gran cosa —dice con una sonrisa informal—. Pero está caliente y cumple su función.

Conozco mis derechos. Le he dicho que quería un abogado y han pasado horas. Esto es una tomadura de pelo.

—Bueno —dice con una sonrisa—. ¿Por dónde íbamos?

—Tú estabas consiguiéndome un abogado —le digo.

—Cierto. Siento que esté tardando tanto. Ya sabes cómo son estos de oficio. Les encanta ir con pies de plomo—

—¿Estoy detenida? —le pregunto—. Porque si no, no tienes derecho a retenerme.

Sonríe, y es una sonrisa que parece de madre. Suave y cálida. —Tienes razón. No tengo ningún derecho a retenerte. Sin embargo, puedo conseguir una orden para registrar el Kitten's Paw.

—Pues consíguela. ¿Qué más me da?

—Debería importarte. Sobre todo teniendo en cuenta que tu jefe es Roman Orlov.

Un escalofrío me recorre la espalda. Mierda, lo sabía. Sabía perfectamente que todo esto iba por ahí. —¿Qué pasa con él? —digo, fingiendo inocencia.

—Esperaba que me lo dijeras tú.

Cruzo los brazos y le lanzo una mirada desafiante.

—Me imagino que no lo sabes, pero el señor Orlov está siendo investigado por delitos. ¿Quieres adivinar por qué?

No digo nada. Pero es buena, desde luego. Tengo la respuesta sarcástica en la punta de la lengua.

—Por lo visto —continúa—, tu jefe está metido hasta el cuello en crimen organizado. Mis fuentes le señalan como el jefe de la Kostromo Bratva. Es una rama de la mafia rusa, por si no lo sabías. Llevamos tiempo vigilando sus movimientos, y este nuevo puesto como propietario del mismo club de striptease donde casualmente trabajas nos ha llamado la atención. —Hace una pausa, esperando mi reacción. No se la doy.

—Verás, tiene un montón de clubes y negocios en la ciudad —dice—. Todos plagados de elementos criminales. Principalmente, gente suya, por lo que sabemos. El Kitten's Paw es el único sitio donde aún no hemos observado nada ilegal. Bueno, algo hay—pero también es un club de striptease. Te alegrará saber que no ocurre nada peor que alguna falta menor.

Ahora sí que me muerdo la lengua. Está provocándome.

—Cuando nos enteramos de que la gerente era hija de un ex policía... bueno, nos picó la curiosidad.

—¿Por eso me habéis recogido? ¿Porque llevo un negocio legal?

—Un negocio legal gestionado por un conocido capo del crimen —dice, con una media sonrisa—. Dime, ¿cómo acaba alguien como tú trabajando para Roman Orlov?

Trago saliva con dificultad. —Yo ya estaba antes que él —le contesto —. No al revés.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Y ahí está. Seguro que ni siquiera ha llamado a ningún abogado. Así es como piensa pillarme. Nos quedamos mirando durante unos segundos, hasta que ella suspira.

—Voy a ser totalmente sincera. Tu padre fue policía durante más de veinte años antes de que le mataran en un control de tráfico. Con tu madre fallecida de cáncer años antes, te quedaste huérfana a los quince. Aun así, seguiste estudiando y lograste un buen trabajo como asociada en los restaurantes Breck and Myers. ¿Trabajaste en uno de sus locales? Schecky's. ¿No es cierto?

De repente, siento un frío enorme. La cantidad de información que tiene sobre mí es abrumadora.

—Tu novio de entonces —continúa—, provoca que te despidan. En estos tiempos, seguro que te costó encontrar trabajo, así que

aceptaste el único empleo que te ofrecieron, donde has sido encargada desde entonces.

—¿Cómo... ? —me detengo a tiempo. No creo que quiera saber realmente cómo sabe todo eso—. ¿Qué quieres de mí? No he hecho nada malo.

Frunce el ceño y se encoge de hombros con indiferencia.—Oh, no sé yo si es así. Creo que, como mínimo, tenemos un cargo de conspiración. Eso en lenguaje jurídico significa ser culpable por asociación.—

—Y, sin embargo, no me has acusado—digo.

—Eso no significa que no lo vayamos a hacer—responde ella, con la sonrisa altiva desvaneciéndose.—Solo queremos un poco de colaboración por tu parte.—

—Ya te lo he dicho. No sé nada. No tengo nada que ver—

—¿Sabías que las órdenes de registro pueden incluir los registros financieros?—dice, cruzando las piernas.—Orlov tiene desde luego muchos hombres con antecedentes deambulando por el club. Algunos de ellos parecen estar trabajando como seguridad, pero de manera extraoficial. Me pregunto cuánto costará eso.—

La náusea me invade hasta el punto de sentir la bilis al fondo de la garganta. Esos malditos pagos de 'seguridad'. Mierda, mierda, *mierda.*

—Escucha—digo al fin—, de verdad que no sé nada que os pueda servir. Yo... le pedí a Roman que me dejara a mí y al club fuera de sus... actividades. Ha cumplido su palabra en eso. En el club no pasa nada.—

Ella asiente lentamente.—Bueno, aunque eso sea cierto, dudo que vaya a seguir así para siempre. Deberías vigilarle por nosotros. Tal vez, si ves algo que podamos aprovechar, podríamos mirar hacia otro

lado respecto a cualquier cargo de conspiración que surja cuando lo detengamos.—

Me dan arcadas. Sé demasiado bien lo que les pasa a quienes delatan a jefes del crimen. Acaban en el fondo de un río o en pedazos repartidos por diferentes vertederos.

—Quieres que sea una chivata—digo.

—Es una palabra fea.—

—Pero es lo que quieres. Quieres que delate a Roman Orlov.—

Descruza las piernas y se inclina hacia delante sobre la mesa, entrelazando las manos como una orientadora escolar.—Solo quiero que mantengas los ojos bien abiertos y me informes de cualquier cosa que averigües.—

Semántica. Tonterías. Aparto la mirada de ella mientras intento contener las arcadas.

—Estás en la posición idónea para ello—continúa.—Como gerente del club, puedes acceder a todos sus documentos financieros, asistir a cualquier reunión a la que él acuda.—Me recorre la mirada de arriba abajo.—Igual si juegas bien tus cartas, puedes acercarte lo suficiente como para darnos más que lo que hay en el club.—Sus ojos vuelven a recorrerme unos instantes.—Eres bastante joven. ¿Qué tienes, unos veinticinco o treinta? A estos Bratva mayores les gustan las mujeres jóvenes. Y podría venirte bien mientras tanto. Tiene sus ventajas ser la novia del jefe. Tengo entendido que los mayores saben moverse en la cama.—

Suelto una carcajada.—Genial. Prostituirme en nombre de la justicia. —

—Al menos estarías del lado correcto en todo esto—responde.—Creo que tu padre lo aprobaría, sinceramente. Tienes que estar hecha un lío con todo esto. Hija de policía trabajando para un criminal. A

punto de acabar en la cárcel por ello. Al menos así, no mancharías su memoria.—

No digo nada. No puedo decir nada. Siento que el aire desaparece de la habitación.

—Te dejaré un poco más de tiempo para que lo pienses mientras busco a tu abogado. Debería haber alguien disponible ya, creo.—

Se levanta y, con esa misma extraña sonrisa maternal, vuelve a dejarme sola.



—Dadas las circunstancias—dice él,—es la decisión correcta. No quieres verte envuelta con esa gente.—

Por fin ha llegado mi abogado y nos han dejado a solas para poder hablar. Rastelli ha tardado una hora en 'encontrarlo'. Sospecho que probablemente ha estado esperando fuera todo el tiempo, tomando café y esperando a que le dieran paso.

Se acomoda las gafas de montura metálica mientras repasa los expedientes que tiene delante. Acaba de enseñarme fotos de vigilancia en las que aparezco yendo al banco, a por café, yendo a casa de Natasha después de aquel día en que pensé que me seguían…

—Ya estás en el radar del FBI—prosigue.—Y también Orlov y sus chicos. Cualquier cosa ilegal que hagan, especialmente en las instalaciones, te arrastrarán con ellos.—

—Pero no han hecho nada. Roman prometió—

—Orlov es un criminal, señora Lorenzo—dice con paciencia.—Lo que él haya prometido o dejado de prometer durará únicamente mientras le convenga.—Suspira y se recuesta en la silla.—Puedo decirte esto. Hoy no tienen pruebas suficientes para detenerte, pero

es cuestión de tiempo que lo hagan. Creo que colaborar con ellos es una decisión inteligente... y probablemente la única manera de estar a salvo si algo sale mal con esa gente. Pueden ofrecerte protección a cambio de ayudarles a meterlos entre rejas.—

Tiene razón. Joder, odio que la tenga, pero es la verdad. Por muy amable que haya sido conmigo o con los empleados, por muy bueno que sea en la cama o por lo que pueda o no pueda sentir por él, Roman Orlov es un jefe del crimen. Ignorar eso sólo puede acabar mal.

Inspiro hondo y digo:—Vale. Les daré lo que necesiten.—

12

ROMAN

—Vamos, Sash. Deja de hacer tiempo.

Camino de un lado a otro en la pista de atrás, cerca de la pared de cristal, mientras mi hija se arrodilla para atarse los cordones. Los últimos días ha estado que se sube por las paredes por estar encerrada en casa. Los dos necesitamos pasar algo de tiempo fuera.

Hace ya tiempo que no veníamos a las pistas de raquetbol. Cuando era más pequeña, solía sentarse en el lateral y ver cómo Mila y yo jugábamos un par de partidos. Para cuando cumplió doce años, ya me retaba a jugar.

Hoy también es un buen día para jugar. Es temprano, un domingo por la tarde, y el club cierra esta noche. En cuanto a mis actividades extraescolares con la Bratva, todo está tranquilo por ahora. Después de ver a esa persona extraña cerca de mi propiedad, puse a Ares a vigilar para ver si volvía a aparecer y así poder averiguar quién es.

Cada vez que pienso en ello, me entra una sensación extraña en el estómago. Como si estuvieras en un bote de remos en mitad del océano, rodeado de tiburones. Esta sensación de ser acechado me

pone los nervios de punta. Tengo que anticiparme antes de que quien sea decida atacar.

Mientras tanto, estoy aquí con Sasha. Todo lo demás queda olvidado. Incluso los motivos de su castigo.

Bueno, casi todo, en realidad.

Sasha se pone en pie, con una sonrisa radiante en la cara, mientras hace girar la raqueta.—Prepárate para la paliza, *starik*.

Me echo a reír.—Tengo cuarenta y cuatro años. No ochenta y cuatro. Estoy en mi mejor momento.

—Eres un viejo, viejo, *viejo*—me pincha en ruso.—Prácticamente deberías llevar andador.

—Ya verás tú lo viejo que soy. Venga, saca ya la pelota.

Se queda de pie, con la raqueta girando en una mano y la pequeña pelota azul de goma en la otra.—¿Te apetece darle un poco de emoción?

—No tienes dinero. ¿Qué emoción va a tener?

—Si gano, ¿me quitas el castigo?

—Ni lo sueñes.

Se ríe entre dientes.—Gallina.

Sasha es una pieza. Y menos mal que no me parezco en nada a mi padre.—No vas a conseguir sonsacarme, Sasha, por mucho que lo intentes.

—Vale.—Se queda pensando un momento.—Si gano esta, nos tomamos un helado después.

—Y si pierdes, friegas los platos toda la semana.

—¿Qué? Ni hablar.

—Tú querías darle emoción. ¿Quién es la gallina ahora?

—Vale—dice ella.—¿Listo?

Me coloco, me inclino hacia delante con la raqueta. Ella saca la pelota, la golpea contra la pared blanca llena de marcas, justo por encima de la línea oscura. La pelota regresa rápido y yo la devuelvo. Vamos de un lado a otro, golpeando la pelotita en esta sala que huele a sudor y al propio caucho de la pelota.

Nos acostumbramos al ritmo de movimiento y sonido hasta que doy un golpe fuerte y alto. La pelota impacta contra la pared con un *pop* sonoro y sobrevuela la cabeza de Sasha. Ella golpea al aire y la pelota cae detrás de ella.

—Mierda—dice.

—Qué mala suerte, niña—digo mientras me acerco a recoger la pelota. Al agacharme, me fijo de reojo en unas piernas largas y torneadas pasando a mi lado. Me enderezo.

Ember camina por el pasillo, secándose la cara con una toalla. Lleva unos pantalones de yoga bien ajustados que realzan cada curva de sus caderas y ese trasero perfecto como un melocotón. Su sujetador deportivo apenas consigue cubrirle los pechos, que se bambolean al andar. Su melena larga, de un dorado pálido, va recogida y no le tapa la cara sudada y sin maquillaje.

Es sorprendente lo mucho más atractiva que resulta sin siquiera intentarlo.

—Espera un segundo—le digo a Sasha mientras abro la puerta.—¡Ember!

Mi voz resuena como un trueno en las paredes del gimnasio. Ella se sobresalta y se detiene, mirándome. Hay un momento de duda, luego sonríe y se acerca.

—¿Qué haces aquí?—me pregunta.

—Hola a ti también.

Se le enrojece un poco la cara y dice—. Quiero decir, no pensaba que vinieras a este gimnasio.

Le dedico una media sonrisa.—¿Te crees que nací con este cuerpo?

Sasha carraspea detrás de mí, recordándome que sigue allí. Me hago a un lado y digo—. Permite que te presente a mi hija. Sasha. Sasha, ella es la señora Lorenzo. Es la gerente del club.

Sasha se acerca y le tiende la mano, con la mirada brillante.—Hola.

Ember le estrecha la mano con educación.—Encantada de conocerte.

—¿Eres la gerente de uno de los clubes de papá?—pregunta Sasha, ladeando un poco la cabeza.—¿No será el nuevo? ¿El club de striptease?

Ahora soy yo quien se pone rojo de vergüenza. Echo un vistazo alrededor y digo—. Dilo un poco más alto, a ver si en la recepción no te han oído.

—Perdón—dice ella.—Es que nunca había oído que una mujer lleve un club de striptease. Sin ofender, pero no parece precisamente el entorno más feminista.

—Bueno, no lo sé—dice Ember.—Las mujeres que trabajan allí a veces ganan miles de euros en una sola noche y eligen sus propios horarios. Son prácticamente autónomas.

—¿De verdad? O sea... ¿en serio? Pero tienen que desnudarse.

—Eso es decisión suya. No es algo que yo haría por ese dinero, pero cada una es diferente.—Me lanza una mirada de soslayo.—Al menos es legal.

Qué gracia. Ahora va de humorista.—Sasha—le digo—, ¿por qué no vas a por unas bebidas isotónicas o algo del estilo a las máquinas? Dame un momento con la señora Lorenzo.

—Vale. ¡Encantada!—Observo cómo se aleja dando saltitos, con sus rizos rojos rebotando alegremente a cada paso.

—No sabía que tenías una hija—dice Ember en cuanto Sasha sale del alcance del oído.

—Hay mucho que no sabes sobre mí.

Ella asiente. —Entonces… ¿eso significa que también tienes mujer?

—Hace mucho tiempo —respondo, esforzándome por no dejar ver lo bien que le sientan esos pantalones. ¿Por qué esto empieza a parecer un coqueteo? Si no supiera más, pensaría que está flirteando conmigo en este momento.

—No puedo decir que me haga mucha gracia que le hables a mi hija de quince años sobre lo maravillosos que son los clubes de striptease —digo, intentando desviar la atención—. Si piensas empezar a reclutar adolescentes…

—Yo no he hecho tal cosa —responde, bajando la voz hasta un siseo acusatorio—. Ella preguntó y yo contesté. Nada más. No es mi trabajo mantenerla alejada del tubo. Ese honor solo te corresponde a ti.

—Vale, de acuerdo —me gustaría enfadarme con ella, pero no me sale. Solo puedo pensar en la próxima vez que pueda ponerme entre ella y esos pantalones de yoga tan ajustados—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Siempre que puedo —dice—. ¿Tú crees que este cuerpo se hace solo?

Levanto una ceja. Está flirteando. Eso sí que no me lo esperaba. Intento ocultar la sonrisa, pero ya lo ha notado. Ella inclina la cabeza mientras me mira—. ¿Qué?

—¿Desde cuándo eres tan simpática? —le pregunto—. Creía que teníamos un trato.

—Lo tenemos —dice—. Pero he estado pensando que quizá deberíamos replantear nuestro acuerdo.

—Replantear. ¿Y eso qué significa exactamente?

—Bueno, he sido un poco fría contigo desde… ya sabes. —Carraspea —. Debería esforzarme un poco más en trabajar contigo en el club. Quiero decir, has cumplido tu palabra de no meterte en mi camino y las pocas veces que lo has hecho ha sido para defenderme a mí o a las chicas. No digo que debamos… —Hace una pausa, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oye—. No digo que tenga que volver a pasar lo que pasó, pero quizá podríamos trabajar un poco en la camaradería entre nosotros.

—Hmm. —Esto es un giro de ciento ochenta grados, casi por completo. Si se tratara de otra persona, sospecharía más.

Sin embargo, Ember no forma parte de mi mundo. Y quizá eso la hace algo más sincera.

—Eres escéptico —aventura ella.

—Fuiste muy clara, Ember.

—¿No se me permite cambiar de opinión?

No sé qué responder a eso. Supongo que tiene razón, pero…

—¿Por qué no vamos a cenar? —propone—. Una noche de esta semana, cuando coincidamos libres. Hablamos del trabajo y de lo que esperamos el uno del otro. Así aclaramos las cosas.

—¿Me estás invitando a salir, Lorenzo?

Se sonroja y se ríe—. Solo es trabajo. Nada más.

—Claro. Solo trabajo. Si tú lo dices…

Me lanza una sonrisa traviesa y dice—. Así que no te hagas ilusiones. Lo digo en serio.

Antes de que pueda responder, veo a Sasha acercándose de nuevo, con tres botellas de Gatorade en brazos. Se acerca a mí y me da una, luego se vuelve hacia Ember.

—No estaba segura de qué sabor te gustaría —dice—, así que he cogido roja y naranja.

—Me quedo con la naranja. Gracias.

Se la entrega con una sonrisa. De repente me doy cuenta de que no recuerdo la última vez que Sasha ha reaccionado tan bien ante una mujer que haya entrado en mi vida. Siempre ha sido la primera en mirarlas con recelo. Esta vez, sonríe sin dificultad y se sitúa demasiado cerca de Ember. Está claro que quiere saber más sobre ella.

—Os dejo —me dice Ember—. Nos vemos mañana por la noche en el trabajo. Y un placer conocerte, Sasha.

—¡Igualmente! —responde ella, alegre. Nos quedamos mirando cómo se aleja unos segundos, y luego Sasha se vuelve hacia mí y pregunta—. Te gusta, ¿verdad?

—Es solo una de mis empleadas —le contesto a Sasha apartando la mirada de su trasero—. Nada más.

—Eso no responde a mi pregunta, papá.

La empujo de nuevo a la pista—. Vamos a terminar el partido.



Le echo la culpa a Ember por haber perdido. Su trasero en esos pantalones de yoga es suficiente para que cualquiera pierda la concentración.

Veo la pelota botar dos veces en el suelo y lanzo mi raqueta a la esquina.—Bien jugado, niña.

—Gracias —dice, saltando hacia mí con la energía de mil soles—. Mi pago lo quiero en chocolate, chocolate con pepitas, por favor.

—Hecho.

Recogemos nuestras cosas y las ruedas de mi cabeza empiezan a girar. ¿Podría Ember ser alguien con quien me lo tomara en serio? En cierto modo, parece estar convirtiéndose en la mujer perfecta para mí. Guapa, inteligente, sincera y honesta… *y* a Sasha le cae bien. Eso último puede que sea lo más importante.

En cuanto la idea cruza por mi mente, la desecho. Es demasiado recta para mí. No me imagino llegando tarde una noche y teniendo que explicar manchas de sangre en la ropa o un alijo de dinero o de drogas. No entendería lo importantes que son mis relaciones en la Bratva.

Como decía mi padre, es una *muzhik*. Él no habría visto con buenos ojos que una mujer así fuese la encargada del club.

Supongo que puede que tuviese razón. Si llegara a pasar algo allí…

—¿Papá?

Miro a Sasha. Está de pie, con la bolsa colgada de un hombro.—¿Sí?

—¿Podemos hacer esto otra vez la semana que viene?

—Por supuesto, peque.

Nos vamos. Tengo la mente en otra parte. Esta cena es solo trabajo y, por mucho que ella me atraiga, tiene razón. Debe quedarse en eso.

Salimos y, de inmediato, todo a mi alrededor se detiene en cuanto veo mi coche. Está aparcado delante y está demasiado bajo. Las ruedas están completamente desinfladas.

—Madre mía… ¿Es ese nuestro coche? —pregunta Sasha.

—Quédate aquí —le digo a Sasha. Bajo de la acera y me acerco corriendo al coche. Las cuatro ruedas están rajadas. Miro por el aparcamiento por si veo a alguien sospechoso. Nadie lo parece.

—¿Papá? —dice Sasha, con voz asustada y temblorosa.

—Quédate aquí —repito, caminando hacia ella y sacando el móvil del bolsillo.

—¿A quién llamas? —pregunta.

—A tu tío —le digo, y ahí lo dejo. Cuando encuentre al que ha hecho esto, le voy a abrir en canal.

13

EMBER

Esta mañana he pasado un buen rato pensando en lo que voy a decirle a la agente Rastelli cuando vuelva a hablar conmigo. Hasta ahora, no hay mucho que contar. Al igual que le dije antes, Roman ha mantenido sus asuntos lejos del club. Eso me inquieta. ¿Qué pasa si no hay nada que contar? Me comprometí a quedarme en el club durante tres meses. ¿Y si Rastelli decide actuar contra él de todos modos? ¿Le dirá que he sido yo quien lo ha delatado?

Es inquietante. Siento un pozo de remordimiento justo detrás del pecho que ni siquiera entiendo del todo, y empeoró cuando conocí a su hija el otro día. Es una adolescente bonita, educada y completamente normal. No hay nada en ella que sugiera siquiera que sabe a qué se dedica su padre. ¿Qué será de ella cuando vengan a por él?

¿Delatarle es lo correcto? Mi padre diría que sí. Diría que todo lo que le ocurra a él o a su familia será consecuencia de sus propias decisiones y que no deberíamos comernos demasiado la cabeza. Supongo que para él es fácil decirlo. Él nunca se acostó con nadie a quien arrestó.

Ojalá no hubiera tomado esa decisión. Imagino que todo sería un poco más sencillo. Últimamente sueño con él. Sueño con sus brazos rodeándome, su lengua en mi boca y mis piernas alrededor de su cintura… Han sido noches inquietas. Quizá debería hablar con mi médico para que me recete pastillas para dormir, y así poder descansar bien al menos una noche.

Hoy no me están vigilando. O por lo menos eso creo. Casi he llegado a la cafetería de la esquina y no he visto a ninguna persona rara sentada en coches ni merodeando bajo las farolas.

Supongo que ya no hay motivo para vigilarme. Ahora trabajo para ellos.

El móvil vibra justo cuando doblo la esquina donde está la cafetería. Es Natasha.

—Hola —digo—. ¿Qué haces despierta? Si ni siquiera es mediodía.

—Oye, escucha… Tengo un pequeño problema. Esperaba que pudieras hablar con tu jefe sobre ello.

Eso suena sospechoso. —¿No puedes preguntárselo tú misma?

—No. Bueno, supongo que sí, pero le caes bien. Igual es mejor que se lo digas tú.

Madre mía. Esto pinta mal. —¿Qué ocurre?

—Es sobre Carter —dice—. Ha… ha vuelto a beber.

Me detengo al sentir como una fría piedra se me instala en el estómago. —¿Has vuelto a verle?

—No. O sea… no.

—Natasha.

Suspira. —Vino a casa el otro día, ¿vale? Empezamos a hablar y, bueno, una cosa llevó a la otra…

—Joder. Carter. Cuando empezó a salir con el chico nuevo hace unas semanas, tenía la esperanza de no volver a oír ese nombre. Ese cabrón la mandó al hospital el año pasado. Se le fue la cabeza mientras estaba borracho y la golpeó tan fuerte que los médicos hablaban de hacerle cirugía reconstructiva en la cara. Le dije que si volvía a verle, yo mismo lo haría desaparecer.

—Me dijo que estaba sobrio —dice ella—. De verdad, vamos. Dijo que… que todo aquello del año pasado le afectó tanto que fue directo a rehabilitación.

—¿¿Le afectó *a él*?? ¿Lo dices en serio?

—Por favor, Em. No me juzgues por creerle. Siempre pensé que si dejaba la bebida todo sería perfecto. Y me juró que lo había hecho. Me enseñó la ficha de los seis meses.

Seis meses. Parece que la sobriedad no fue tan inmediata para él. Respiro hondo antes de lanzarme a la pregunta que queda flotando entre nosotras. —¿Te ha puesto la mano encima?

—No. Al menos todavía no. Anoche estábamos hablando por teléfono y me dijo que quería que dejara de bailar. Cuando le dije que no, perdió los papeles. Dijo que me mataría antes de que otro hombre pusiera un dedo sobre mí.

Sí, eso es una señal clara de que Carter ha vuelto a las andadas, suponiendo que alguna vez las dejara. —Te ha amenazado —digo.

—Sí. Estoy realmente asustada, Em.

Ahora entiendo lo que me está pidiendo. —Sabes que no puedo hacer lo que me pides, Tash.

—¿Por qué no? Tú viste lo que me hizo antes. Estuviste a mi lado todo el tiempo mientras me recuperaba. Sabes de lo que es capaz.

—Lo sé, pero estás hablando de algo… —bajo la voz, mirando a mi alrededor por si alguien escucha—. Estás hablando de algo que podría meternos a todas en la cárcel durante mucho tiempo.

—A él no podrían meterlo en la cárcel —dice, con un deje de amargura—. Le detuvieron, fue a juicio y todo. Y ahora anda por ahí como si no hubiera pasado nada.

—Le pusieron en libertad condicional…

—A la mierda con su libertad condicional. Le da igual. Em, de verdad creo que, si tiene la oportunidad, va a hacerme daño otra vez. Tienes que ayudarme.

—Vale, vale. —No soporto el tono de desesperación en su voz. Esas grietas que casi acaban en sollozos me rompen el alma—. Hablaré con él. Pero solo voy a contarle la situación. Lo que haga después, si hace algo, dependerá de él.

Ella solloza. —Suficiente. Gracias, Em.

—No me des las gracias todavía. Escucha, si necesitas cogerte unos días para lidiar con esto…

—Prefiero que no —responde ella—. Probablemente estoy mucho más segura en el trabajo que sola en mi piso.

No le falta razón. —Vale. Haré lo que pueda para asegurarme de que él no se acerque al club. Hablaré con Junie y todo eso. Le gustas, así que probablemente se apuntará encantado a echarte una mano.

—¿Espera, qué? ¿Que Junie está colado por mí?

Me río a pesar del frío terror que tengo en el estómago. —¡Sí! ¿Cómo no te das cuenta? Siempre te está mirando cuando estás en el escenario.

Ella se queda callada y durante un momento, lo único que oigo son sus sollozos. —Yo pensaba que hacía eso con todas las chicas.

—No, solo contigo. —Me gusta la idea de ella y Junie juntos. Natasha necesita un buen tipo en su vida.— Te prometo que haré todo lo posible por ayudarte. ¿De acuerdo?

—Gracias —dice ella.

Colgamos y me quedo un segundo quieta, sintiendo que estoy a la intemperie. El mundo de repente parece mucho más peligroso y aquí estoy yo de pie, sin ninguna clase de escudo que me proteja.

Hago el resto del camino a la tienda pensando en Natasha. Carter era un tío peligroso, pero pedirle a un jefe de la Bratva que intervenga y…

¿Y que haga qué? ¿Que lo liquide? ¿Pero en qué demonios estoy pensando?

Si antes ya existía alguna duda sobre acabar en la cárcel solo por estar cerca de la Bratva, una vez que le cuente a Roman lo que está pasando, no habría ninguna. Aunque no le diga explícitamente que vaya a por ese tipo, tengo la sensación de que estaría encantado de dar un paso al frente para proteger a Natasha cuando más lo necesita.

Curiosamente, es el tipo de persona que parece ser.

Hoy hay mucha gente en la cafetería. En cuanto entro en el local y respiro el intenso aroma a café tostado, tengo que ponerme a un lado de la puerta solo para poder meterme en la cola. La gente está alineada en los mostradores casi pegados unos a otros y todas las mesas están ocupadas.

Bueno. No tengo prisa por llegar a ningún sitio. Saco el móvil y empiezo a mirar las noticias. La cola avanza deprisa, así que no tardo mucho en conseguir mi café con leche y salir cuanto antes de ese ambiente tan agobiante. Al abrir la puerta y salir, alguien que entra choca conmigo por el hombro… y mi café con leche se me cae de la mano.

No llega muy lejos. El hombre que choca conmigo agarra el vaso a toda velocidad, pillándolo al vuelo a escasos centímetros de donde se me había resbalado de la mano.

—Uy —dice riéndose—. Lo tengo.

Me entrega el vaso mientras le miro para darle las gracias… y la sangre se me hiela.

Es un hombre de aspecto corriente. Pelo rubio dorado, cortado al ras por los lados y la parte superior más larga peinada con gel hacia atrás. Lleva una gran cicatriz que le baja desde la ceja y atraviesa un párpado. El párpado está levemente caído, el daño enturbiando un poco el iris oscuro. Su imagen ya es bastante dura… pero el cuello lo tiene *cubierto* de tatuajes.

Va vestido con un traje, de corte informal y un par de botones desabrochados. La pequeña parte de su pecho que asoma está completamente cubierta de inscripciones y símbolos rusos, en tinta negra. Incluso el dorso de sus manos está lleno de ellos.

Cojo el vaso intentando no parecer tan sorprendida como debo de estar. Me sonríe educadamente y dice, —Otra vida —mientras señala sus tatuajes.

—¿Perdón?

—Los tatuajes. Los has visto y seguro que piensas…

—Oh, no… Quiero decir, no estoy asumiendo nada.

—Puedes relajarte —dice con una leve risa—. Me los hice cuando era joven y tonto, cuando pensaba que pertenecía a un sitio en el que evidentemente no encajaba. Esa vida ya la dejé atrás.

Me siento tonta. La cara se me pone roja. —Perdón. Creo que no he disimulado muy bien, ¿no?

—La mayoría de la gente no lo hace. —Hace una pausa, mirándome de arriba abajo—. Soy Sergei. Sergei Durov.

—Encantada —respondo, dándole la mano.

—Perdona, sé que esto va a sonar a frase trillada, pero te juro que no lo es. ¿Te he visto en algún sitio, verdad?

Me encojo de hombros. Parece simpático, pero lo *último* que quiero ahora es que alguien intente ligar conmigo. —Dicen que tengo una de esas caras.

—Ya —responde él con aire pensativo. Entonces chasquea los dedos —. The Kitten's Paw. Trabajas allí.

Vale. Momento de marcharme. Doy medio paso hacia atrás y él se sonroja.

—Perdona —dice de inmediato—. Quería decir… Bueno, eres la encargada allí, ¿cierto?

—Eso es —respondo.

—Ah, genial. ¿No estaréis buscando personal de seguridad ni nada? Llevo meses buscando trabajo estable y… —Hace un gesto con las manos, girándolas para mostrar los bordes de sus tatuajes—. Te puedes imaginar que esto no me ayuda mucho para encontrar entrevistas.

Me relajo un poco. Un ex miembro de la Bratva reformado. ¿Quién habría pensado que eso existía? —Siempre buscamos gente —le digo—, pero no estoy segura de que sea el mejor entorno para alguien que intenta mantenerse en el camino recto. Los clubs de striptease están llenos de tentaciones.

—Bueno, igual no, pero hay que comer. —Rebusca en el bolsillo de la chaqueta y me entrega una tarjeta—. Aquí tienes mi número. Si alguna vez buscáis a alguien, llámame y puedo enviarte mi currículum.

Cojo la tarjeta. Es bastante sencilla, blanca con tinta negra y su nombre y número. *Sergei Durov*. —Vale —le digo, guardándola—. —Gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Me alejo pensando para mí, *Bueno, probablemente ha sido la conversación más normal que he tenido con alguien en semanas.*

Igual le llamo.



LLEGO TARDE. En algún momento, he perdido la noción del tiempo y ahora voy corriendo para llegar al trabajo. *Odio* llegar tarde. Especialmente desde que empecé a trabajar aquí.

Normalmente, ya hay alguien antes que yo. Algún guardia de seguridad, por lo general. Les he pedido a las chicas que se queden en sus coches si las puertas no están abiertas, por precaución, pero ha habido más de una ocasión en que he llegado con unos minutos de retraso y las he visto deambulando por el aparcamiento. El club no está en un barrio peligroso, pero aún así. Nunca se puede ser demasiado precavido.

Aparco en mi plaza, justo delante, justo cuando empieza a anochecer. Abrimos en media hora. Tengo que darme prisa…

Vaya. Todavía no hay nadie aquí. Me quedo junto al coche y echo un vistazo alrededor del aparcamiento mientras camino hacia la puerta principal. Ni siquiera Junie ha llegado aún. Reviso el móvil rápidamente. Bueno, no llego *tan* tarde, pero—

Un breve grito ahogado llama mi atención. Miro hacia la puerta de entrada y noto que está entreabierta.

Ni siquiera lo pienso. Corro hacia la puerta y, cuanto más me acerco, más escucho el forcejeo. El sonido de zapatos raspando el suelo y el gruñido de un hombre… Empujo la puerta hasta abrirla del todo. Las luces generales están encendidas. Las sillas siguen sobre las mesas. Y Natasha está en el suelo, con un hombre encima, sus manos alrededor de su cuello. Ella se resiste, con la boca abierta en un grito ahogado mientras clava las uñas en sus muñecas.

Carter la mira desde arriba, furioso, con la boca desencajada de rabia. —¡Maldita zorra! —gruñe mientras aprieta.

—¡Suéltala! —grito mientras corro y le agarro por los hombros, echando todo mi peso sobre su espalda. Él se ladea, soltándola por un instante. Natasha jadea buscando aire cuando él se gira y me agarra del pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás.

Se revuelve y me empuja con fuerza, lanzándome al suelo. Mi cabeza golpea contra el linóleo duro al tiempo que él vuelve hacia Natasha. Ella le tira manotazos, los brazos en el aire mientras sigue tosiendo y luchando por respirar.

—¡Te voy a matar! —grita. Su puño se alza y conecta con la cara de Natasha. Un ruido seco y desagradable retumba en el aire. Me reincorporo, trepando por encima de él y tirando de su pelo corto y grasiento. Él me sacude de un empujón y me vuelve a tirar al suelo. Caigo de lado, y en las sombras, veo a Junie tendida en el suelo junto a la barra, inconsciente o muerta. No lo sé.

Él vuelve a agarrar a Natasha por el cuello, y esta vez, sus ojos se dan la vuelta y agita las piernas. Va a matarla si no hago—

Recibe un golpe lateral con una silla. Ésta gira en el aire y le da de lleno en el hombro, haciéndole volcar de lado y apartándose de Natasha.

—Sujetadle. No le dejéis escapar —escucho detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo a Roman de pie sobre Carter, la silla caída a un lado. Me mira y empieza a acercarse. Tras él van sus hombres; uno de ellos es el de pelo largo, que siempre le acompaña. Creo que es su hermano. Sus ojos se iluminan al cerrar los puños y dirigirse hacia Carter, flanqueado por los demás.

Roman se arrodilla junto a mí y me ayuda a levantarme. —Espera —digo, señalando a Natasha. Ella está medio inconsciente, la cabeza ladeada de forma inerte—. Natasha—

—No te preocupes. Estará bien. Me encargaré de todo —le lanza una mirada a su hermano. Sus ojos se encuentran y él asiente. Roman me acompaña hacia fuera.

—¿Estás bien? —me pregunta en cuanto estamos fuera.

—Yo… estoy bien. —Me froto un punto dolorido en la nuca—. Creo que sólo ha sido el golpe.

Me examina con verdadero interés. —¿Seguro? ¿Necesitas ir al hospital? Puedo pedirle a Ares que te lleve después—

—Estoy bien. Natasha y Junie—

—Él las revisará y las llevará si hace falta —dice—. El asunto está resuelto. Te lo prometo. ¿Conoces a ese tío?

Asiento. —Es el ex de Natasha. Tiene antecedentes por malos tratos. El año pasado la mandó al hospital. —En el fondo, sé que no debería decir todo esto, pero no puedo evitarlo. Las palabras salen a borbotones—. Debería haber hecho algo. Me llamó hoy porque él volvió a amenazarla—

—La llamó él. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo… En realidad iba a hacerlo. —Él aparta la mirada hacia la puerta, y de repente me doy cuenta de lo que va a pasar—. Roman, no vas a hacerle daño, ¿verdad?

—Acabo de pillar a un intruso atacando a dos de mis empleadas e intentando matar a una de ellas. ¿Qué esperas que haga?

Le miro, atónita. —No sé. ¿Llamar a la policía?

Él resopla y dice: —Ese exnovio. ¿Cumplió condena por lo que le hizo?

Me quedo sin palabras por un momento. —Él… estuvo unos meses. El juez fue blando porque era la primera vez—

—¿Entonces por qué coño iba a llamarles? —Se inclina hacia mí, sus ojos azul océano quemando en lo más hondo de mi alma—. Llamamos a la policía, le meten dentro por quebrantar la condicional. Supongamos que le cae una condena gorda y le caen

veinte años. Buen comportamiento, está fuera en diez, quizá quince. Probablemente cinco si tiene un buen abogado.

—¿Cuál es tu punto?

—Mi punto es que Natasha nunca estará a salvo de él. Cinco años pasan volando y un día volverá para rematar la faena. Haciendo las cosas a mi manera, no vuelve jamás. —Hace una pausa y me observa como si quisiera comprobar que no tengo más heridas—. No le volverá a hacer daño a nadie.

Tiemblo. No quiero admitirlo… pero tiene razón. Natasha podría pasarse la vida huyendo de ese hijo de puta. Y… y quizá acabe viniendo también a por mí.

—Vete a casa —dice—. El club está cerrado hasta mañana. Si alguien pregunta, que ha reventado una tubería.

—¿Quieres que mienta?

—Quiero que hagas lo que se te manda, joder —me gruñe—. El asunto está resuelto. Me aseguraré de que tu amiga te llame cuando esté a salvo en casa.

Dicho esto, vuelve a entrar en el club. Cuando la puerta se abre, veo a Carter atado a una silla, sudoroso y con el pelo tapándole la cara. Me mira con los ojos muy abiertos, suplicante, y la puerta se cierra, cortándome la visión por completo.

14

ROMAN

Fue una noche larga y una mañana aún más interminable, pero el trabajo sucio ya está hecho y el negocio vuelve a la normalidad.

Cuando he llegado esta tarde a la oficina, todo seguía su curso como si aquí no hubiera pasado nada… aunque tendré que recordarle a Natasha que no se le escape nada delante de sus compañeros. Estoy bastante seguro de que lo dejé claro después de mandar a ella y Junie a que las revisaran, pero nunca se sabe.

La última vez que supe, ella estaba bien. Se ha ido con un ojo morado, algunos moratones y cortes de uñas alrededor del cuello, pero por lo demás, está bien. Me he asegurado de darle varios miles de dólares para que pueda tomarse un tiempo de descanso y recuperarse.

Mis chicos ya están por todo el local. Junie está en casa con una conmoción cerebral, así que igualmente he tenido que buscar a alguien que cubriera la puerta. Seguro que Ember está cabreada por eso, pero tendrá que aguantarse.

¿Y el novio de Natasha? No volverá a molestarla nunca más. Ya me he encargado yo de eso.

Estoy sentado en el sofá de mi despacho, tomándome una copa. Tengo los puños magullados y doloridos. Ese tipo tenía la cara dura y aguantaba bien los golpes. Los primeros puñetazos fueron como golpear contra el cemento. Eso sí, igual que el cemento, si golpeas lo suficiente al final se resquebraja y se desmorona.

Miro hacia abajo, al club, al lugar donde "arreglamos" las cosas. Ya han limpiado la sangre. Se han recogido y eliminado los dientes, dedos y trozos de pie que quedaron en charcos de sangre alrededor de su silla. El pecado que cometimos se ha ido tanto como él.

Llaman a la puerta. Me giro justo cuando se abre y Ember asoma la cabeza. —¿Estás ocupado?

—No —respondo—. Pasa.

Entra del todo y cierra la puerta tras de sí. Esta noche, como cada noche, está estupenda, con un sencillo traje de chaqueta color crema y su melena rubio platino recogida en un moño. Muy profesional y, joder, increíblemente sexy.

Aparto la mirada de ella mientras apuro mi vaso de vodka. Seguro que viene dispuesta a echarme la bronca por lo que ha pasado.

—Sé que dijiste nada de "negocios" en el local —digo, adelantándome a lo que va a soltarme—. Pero tienes que entenderlo. Lo de anoche era algo que tenía que suceder.

—No *tenía* que suceder —responde—, pero entiendo por qué lo hiciste. —Oigo cómo suspira hondo—. Gracias… por ocuparte de todo.

La miro por encima del hombro. Ella tiene las manos entrelazadas delante, con actitud humilde.

—Para que conste —digo—, no me gusta hacer cosas así. Desde mi punto de vista…

—¿Lo habrías hecho también por mí? —me pregunta.

Es una pregunta honesta. Merece una respuesta igual de sincera. —Por ti le habría ido aún peor por venir a por ti.

Ella no responde. Termina de entrar y se sienta sobre el brazo del sofá y dice: —Está bien saberlo, supongo. En fin, ya está hecho… y Natasha está a salvo. Te lo agradezco. Dejémoslo, ¿vale?

Asiento y le doy otro trago a mi copa. Ella frunce el ceño, centrando la mirada en mis nudillos enrojecidos y llenos de cortes.

—Eso tiene mala pinta —dice—. Deberías taparlos.

—Está bien —le respondo.

—No, no está bien. Espera.

Se da la vuelta y se va. Termino el vodka y, para cuando dejo el vaso a un lado, regresa con un botiquín. Se sienta junto a mí en el sofá y lo abre.—Las manos, por favor.

—Esto no hace falta.

—¿Qué clase de jefe serías si no pudieras seguir usando tus manos? —me espeta, ladeando la cabeza—. Ya tengo bastante con lo que tengo encima. Vamos a intentar que eso no se sume a la lista.

Le entrego la mano izquierda, apoyándola en su muslo mientras ella coge el alcohol y las bolas de algodón.—Te juro que cada vez que entro aquí, acabas metiéndome en un lío. Eres una mala influencia, señor Orlov.

Eso me hace sonreír, aunque no por mucho tiempo. En cuanto el escozor frío del algodón empapado de alcohol roza los pequeños cortes en mis nudillos, hago una mueca y frunzo el ceño. Ella me sujeta la mano con firmeza.

—Va a ser solo un segundo —dice, acercándomela de nuevo—. Vamos. Anoche te funcionaron bien, ¿no? Un poco de escozor no será para tanto.

Suelto una risita.—Deberías haber sido enfermera. Tienes justo el trato adecuado para ello.

Ella limpia mis nudillos con toquecitos. Poco a poco, noto cómo sus dedos acarician despacio mis palmas. Le aprieto los dedos y ella me dedica una sonrisa ladeada.

—Perdona. Supongo que nunca me había fijado en lo encallecidas que tienes las manos.

—No te gusta.

—Sí que me gusta, en realidad. Las manos ásperas son señal de trabajo duro.

—Me acordaré de eso. Dejé que me curara los cortes de ambos nudillos, observando lo delicada que era en su forma de tratarme. Está haciendo todo lo posible para no hacerme más daño del necesario en este momento. Es curioso. Es como si fuera una restauradora de arte, trabajando para devolver una pieza frágil a su estado original.

—Sé que no has venido aquí solo para curarme las heridas.

Ella asiente. —No, de hecho, he venido por asuntos de trabajo. Negocios del club, de verdad.

Se gira y lanza las bolas de algodón a la papelera que hay a unos metros. Después se ocupa de las tiritas, despegándolas de la superficie adhesiva y colocándolas sobre mi piel roja, llena de cicatrices y magullada.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Al terminar, tira el resto de la basura y cierra la caja de primeros auxilios. —Estaba pensando que, con todo lo que ha pasado, deberíamos empezar a hacer entrevistas para más personal de seguridad.

—No es necesario. Ya me he encargado de eso. Si no te has dado cuenta, tengo a uno de los míos en la puerta y a varios más trabajando de seguridad por todo el club.

—Ya, bueno… —Ella duda, mirando un instante sus manos—. De todas formas, no deberíamos depender tanto de tus hermanos para la seguridad. Quiero decir, sé que ese es el trato para que la policía no se meta aquí, pero ¿realmente necesitamos que ellos sean la seguridad habitual?

Levanto una ceja, escéptico. —¿Me estás tomando el pelo?

Ella frunce los labios y se revuelve incómoda en su asiento. —Voy en serio.

—No encontrarás mejor seguridad que la de la Bratva, milaya. Solo su reputación ya aleja a la gentuza.

—También puede atraer la atención indeseada —dice ella.

—¿Y qué más da? He cumplido mi palabra en cuanto a no hacer negocios de la Bratva aquí. Si hoy mismo vinieran a registrar el local, no encontrarían nada.

—Encontrarían *algo* —replica ella—. Aunque tuvieran que inventárselo. Y de todas formas, no entiendo por qué querrías arriesgarte, sea como sea.

Suelto un suspiro. Está bastante insistente con este tema. Supongo que el problema con el novio de Natasha la ha inquietado más de lo que admite.

—Vale —digo—. Puedes empezar a buscar. Pero quiero tener la última palabra.

—¿La última palabra? ¿Hablas en serio?

—Por supuesto. ¿Qué puedes saber tú de seguridad?

Ella resopla y dice: —Sé lo suficiente como para contratar a alguien decente. Ten un poco de fe, ¿eh?

Levanto las manos en señal de rendición. —Está bien. Has ganado. Contrata a quien tú quieras.

—Gracias. Pues resulta que ya tengo a alguien en mente, la verdad.

—¿De verdad?

Ella asiente. —El universo debía saber que iba a empezar a buscar, porque literalmente me topé con este chico ayer por la mañana, cuando iba a por mi café. Incluso había oído hablar del club y de mí. Creo que ha venido varias veces. Dijo que le estaba costando encontrar trabajo y preguntó si estábamos contratando gente.

Inclino ligeramente la cabeza, sintiendo una alarma tenue. *¿Un tipo que estaba flirteando contigo y crees que podría valer para este trabajo?* —Es una coincidencia un poco curiosa, ¿no te parece?

—¿De qué hablas?

Es tan lista y despistada al mismo tiempo que resulta hasta gracioso. —Seguramente estuvo aquí una noche, vio a la mujer atractiva mandando en el club y pensó que podría intentarlo contigo.

—No lo creo.

—¿Por qué no? Eres una mujer increíblemente guapa. Estoy seguro de que cualquier hombre movería cielo y tierra por estar contigo.

Ella sostiene mi mirada un instante, luego aparta la vista, sonrojada. —Me lo pones muy difícil para que lo nuestro siga siendo casual cuando dices cosas así.

—Puedo guardármelo para la cena. Nunca llegaste a ponerme fecha.

Ella parpadea, después su sonrisa se suaviza. —Domingo por la noche. En Georgio's. A las siete.

—Allí estaré.

—En fin —dice ella—. Le llamaré en mi descanso.

Se pone de pie, rompiendo por completo nuestra conexión. —De acuerdo. ¿Cómo se llama?

Antes de que pueda contestar, suena mi móvil. Lo saco del bolsillo y veo que es Ares.

—Tengo que coger esto.

Ella me hace un gesto para que continúe. —Adelante.

La observo salir de la habitación y después contesto la llamada. —Dime.

—Nuestro amigo ha sido visto por tu zona —dice Ares.

Sergei. Tenía la sensación de que era él quien me vigilaba desde el borde de mi propiedad. —¿Algún sitio cerca de mi barrio?

—Uno de los nuestros lo vio anoche sentado en su coche, al final de tu calle, durante varias horas. Sin duda está vigilando tus movimientos.

Eso no es bueno. Hay que ocuparse de esto cuanto antes. —Quiero que lo encuentren para ayer. ¿Entiendes?

—Se hará.

Cuelga. Hijo de puta. No puedo evitar pensar en Sasha volviendo a casa del colegio y topándose con ese tipo… o algo peor. Igual mi idea inicial de poner a alguien a vigilar la propiedad no era tan paranoica, después de todo.

Sea como sea, hay que encontrar a este tipo. Y rápido.

15

EMBER

Estuve casi una hora para llegar a este sitio. La agente Rastelli me envió un mensaje temprano esta mañana con la dirección y la hora para quedar. Nada más. Supongo que así es como va a funcionar todo esto.

Esa hora que tardé en llegar me sirvió para pensar bien en lo que estoy haciendo... aunque no es que no lo hubiera pensado antes. El tonteo con Roman me salió solo. Quizá demasiado fácil. Aun así, no creo que sospeche nada.

No paro de recordarme a mí misma que es un criminal. Incluso cuando conozco a su hija. Incluso cuando le vi saltar en defensa mía y de Natasha cuando hacía falta. Incluso cuando le he visto esforzarse por hacer del club un lugar más seguro para todas nosotras al poner a sus hombres como seguridad.

Esa última charla que tuvimos hace un par de días sigue rondándome. Estando sentada allí, sujetándole las manos ásperas, empecé a pensar en cómo se sentían en mi trasero aquella vez que follamos. La textura rugosa y el tamaño de sus manos agarrando mi cintura. Cuando me tenía entre sus brazos, no podía ir a ninguna parte.

Tengo que morderme fuerte el labio inferior para sacarme el recuerdo de la cabeza mientras estoy sentada en el aparcamiento. No es real, estos sentimientos que tengo. No son reales. Son fruto de la soledad y del anhelo por una especie de escudo que no he vuelto a tener desde que mi padre estaba vivo. Nada más. Tengo que recordármelo constantemente mientras sigo adelante con todo esto.

Y luego está la cena de esta noche. Ojalá consiga mantener la cabeza fría.

Salgo del coche y empiezo a caminar hacia la entrada del restaurante. Veo a Rastelli a través de los ventanales, mirando su teléfono, con una taza de café humeante delante de ella. Parece tan normal como cualquier otra mujer sentada en una cafetería.

Entro y enseguida levanta la cabeza. En cuanto me ve, guarda el móvil y da un sorbo tranquilo a su taza. Echo un vistazo y noto que el sitio está prácticamente vacío. Solo hay otra persona en todo el local y está sentado en el extremo de la barra del comedor.

—¿No podrías haber elegido una cafetería grasienta en la ciudad? —pregunto mientras me acerco—. Hay como veinte sitios así en el pueblo donde podrías haber quedado.

—Créeme. No querrías reunirte en ningún sitio donde alguien pueda reconocerte. Siéntate.

Tomo asiento en el lado opuesto del reservado. —Entonces, ¿cómo va esto? —le pregunto—. ¿Simplemente hablo y tú tomas notas?

—Básicamente es eso, sí. —Vuelve a ponerme esa sonrisa maternal. Me está poniendo un poco mala—. ¿Y qué tal va todo en el club? ¿Algún problema?

Enseguida me viene a la cabeza lo de Natasha y noto un nudo de miedo en el estómago. Ya he hecho las paces con lo que pasó. De repente, me parece mal traicionar así a su salvador. Lo que hizo pudo ser ilegal, pero nos salvó la vida a mi mejor amiga y a mí.

Ella arquea las cejas, esperando, así que digo: —Nada fuera de lo normal, la verdad.

Asiente lentamente. —¿Nada de nada? ¿Estás segura?

De pronto tengo la boca sequísima. Miro a mi alrededor buscando a la camarera. ¿No debería haberse pasado ya por nuestra mesa? —Mira, tengo muchísima sed. ¿Te importa si pido algo de beber o lo que sea?

Su sonrisa vacila un instante. —Adelante.

Localizo a la camarera y le hago una seña para que se acerque. Lo hace y le pido un vaso de agua. En cuanto se va, Rastelli dice: —¿Por qué no me hablas de tu amiga Natasha?

¿Cómo lo sabe...? Me encojo de hombros tan despreocupada como puedo. —Es solo mi amiga —contesto—. Baila en el club y vive enfrente de mi puerta. No está metida en nada raro.

La camarera vuelve con el agua. Esta vez, cuando se va, Rastelli dice: —Bah, pensaba que igual estaba metida en *algo*, al menos. Me da curiosidad saber si has oído algo.

Bebo un sorbo, intentando ocultar la preocupación en mi cara. No sé cómo puede saber lo que pasó. Quizá estén vigilando el club...

—No sé de qué me hablas —respondo—. ¿Quieres concretar un poco?

Rastelli suspira. —Hace unas noches, tu mejor amiga ingresó en el hospital con lesiones bastante graves. Un ojo morado, arañazos y marcas en el cuello y en la cara... El personal dijo que había tenido un accidente de coche, pero lesiones así suenan más a que estuvo en una pelea. —Me observa, intentando leer mi reacción. No le doy ninguna pista—. Por cierto, ¿cómo se encuentra? ¿Se está recuperando bien?

—Está mejor —digo—. No la retuvieron mucho tiempo. La dejaron irse esa misma noche, prácticamente, pero seguro que eso ya lo

sabes.

Rastelli no responde. Da un sorbo más a su café, como esperando que diga algo más. Al ver que no lo hago, suelta: —¿Sabes que todo esto? Quiero decir, vernos así... debería ser un poco más productivo.

—¿Y qué tiene que ver la situación de Natasha con el precio del té en China? —le pregunto—. Pensaba que estábamos aquí para hablar de Roman Orlov, no para cotillear sobre la vida privada de mi amiga.

—Bueno, tu amiga también es bailarina en el club que gestionas *y* la última vez que pasó una temporada en el hospital fue hace cosa de un año, cuando su novio la metió allí. No lo sacaría a relucir si no fuese porque, casualmente, su novio acaba de no acudir a su cita con el agente de la condicional. Lleva desaparecido unos días ya. ¿No resulta curioso?

Me empiezan a sudar las palmas de las manos, así que las pongo sobre mi regazo. Parece que no va a soltar el tema. —El *ex*novio de Natasha se puso en contacto con ella hace un tiempo —le digo—. O al menos eso es lo que ella me contó. Lo que pasó después, no tengo ni idea.

—¿Quizá fue él quien la hizo daño?

—Si lo fue, ahora estaría en la cárcel, ¿no? O quizá se largó de la ciudad o algo así. No lo sé. Tampoco es que tenga por costumbre seguir la pista a gentuza como él.

Me mira con escepticismo.

—No sé nada de eso, ¿vale? Natasha… Natasha ni siquiera me contó que él la había contactado hasta hace poco. Le daba demasiada vergüenza. ¿De verdad crees que me lo habría dicho si él la hubiera pegado?

—Quizá te habría pedido ayuda. Estás bastante cerca de la Bratva.

—Eso nunca sucedió. ¿De acuerdo?

Rastelli asiente, y creo que acepta esa respuesta. Da otro sorbo a su café y lo termina. Luego aparta la taza a un lado.

—Bueno, hemos notado mayor presencia de los hombres del señor Orlov en el club últimamente —dice—. Imagino que es por lo que haya pasado con tu amiga.

—El señor Orlov ha pedido recientemente a algunos de los suyos que trabajen como seguridad unas noches. Y, la verdad, estoy de acuerdo. Estoy concertando entrevistas para contratar gente y ponerla en nómina.

—Yo no haría eso —dice ella—. Quizá sea muy buena idea dejar que el señor Orlov se encargue de los problemas de seguridad que tengáis. Así sentirá que puede moverse con más libertad en el club, ¿no te parece?

Me remuevo incómoda en la silla. Por supuesto que para ella tiene sentido. Roman está más a gusto conmigo cerca, yo soy testigo de todo lo que hace, legal o no. Ese es el trato.

—Ya —digo.

—Así que, la próxima vez que nos veamos, tendrás algo para mí. Digo, para eso estamos aquí, ¿no? Me disgustaría mucho si lo relacionamos con algo fuera de estas reuniones y acabas implicada tú.

Amenaza velada recibida. Asiento y digo: —Tendré algo para usted pronto.

—Bien. Me alegro de que nos entendamos. —Saca la cartera y paga su café—. Que tengas un buen día, ¿de acuerdo?

Y con eso se va. La sigo con la mirada a través del cristal mientras se dirige a su coche, y lo único en lo que puedo pensar es en qué haré cuando Roman haga algo delante de mí. Ya estoy seleccionando a dedo cuál de sus ilegalidades debería mencionar.

Dios, cómo se ha degradado mi brújula moral en tan solo unas semanas.

—¿Quieres algo, cielo? —me pregunta la camarera. Me giro hacia ella y le sonrío amablemente.

—Creo que estoy bien. Gracias.

Me levanto y me marcho. El camino de vuelta a casa va a ser largo…



He tardado una hora en elegir el conjunto adecuado y, incluso ahora, sigo dudando.

He optado por sexy en vez de discreto para esta cita. Si el objetivo es confundir al gran jefe de la Bratva, este pequeño vestido rojo seguro que lo consigue. Tiene un escote tan pronunciado que no puedo ponerme sujetador, y el bajo apenas me llega a la mitad de los muslos. El tejido sedoso se ciñe a mi cuerpo como papel film y, para qué engañarnos, me hace parecer diez veces más atractiva de lo que creo haber estado nunca.

En cuanto al pelo, he estado dudando entre llevarlo recogido o suelto hasta que al final me he decidido por dejarlo suelto. Mientras lo miro en el retrovisor, vuelvo a juguetear con él, separando los rizos de las puntas para darle algo más de volumen.

Me veo bien. Lo repito una vez más en mi cabeza. *Me veo realmente bien*.

Salgo del coche y me dirijo hacia la puerta principal del restaurante. Esta noche está muy animado. En cuanto atravieso las puertas, el bullicio llena casi todo el espacio a mi alrededor. El olor a comida italiana es tan intenso como el sonido, y me envuelve como un cálido abrazo.

Es un sitio pequeño y bonito, con manteles blancos en todas las mesas, jarrones de flores en el centro y pequeñas velas apoyadas sobre la reluciente decoración en plateado y dorado que recubre las paredes. Casi todas las mesas están ocupadas por parejas de todo tipo y de todas las edades. Supongo que los domingos por la noche son noche de cita para todo el mundo.

No veo a Roman de inmediato. Me acerco a la mesa de la anfitriona. La anfitriona, una pelirroja menuda con grandes ojos azules, me sonríe.—Bienvenida a Georgio's. ¿Cuántos sois?

—En realidad he quedado con alguien. El apellido es Orlov.

Ella consulta la lista y, un segundo después, vuelve a mirarme.—Sígueme.

La anfitriona me guía por el restaurante y atravesamos una puerta en la esquina del fondo. Caminamos por un corto pasillo que lleva a una terraza exterior. Está rodeada por una valla de hierro con pequeñas rosas metálicas en las barras. El suelo de la terraza está hecho de bloques de piedra lisa, y en cada mesa hay un mantel blanco con pequeñas rosas rojas bordadas en el dobladillo y una vela encendida en el centro…

Y todas las mesas están vacías, excepto la del centro. Roman está sentado allí, con un traje a medida y corbata, sus músculos y hombros anchos apenas disimulados bajo la tela fina. En cuanto entramos, levanta la vista y sus ojos se agrandan antes de recorrer mi atuendo de arriba abajo.

Se pone de pie mientras nos acercamos. La anfitriona deja los menús y se disculpa, pero yo apenas lo noto. Siempre le sienta bien el traje, pero esta noche hay algo especialmente atractivo en cómo le queda. O quizá sea el hecho de que lleva el pelo peinado hacia atrás y que sus ojos azules parecen tener estrellas cuando me mira.

—Estás guapísima —dice—. Impresionantemente guapísima.

Me río por lo bajo.—Qué arte, Orlov. —Y luego—: Tú también estás increíblemente guapo.

Me retira la silla para que me siente y nuestra cita comienza. El camarero aparece casi de la nada y toma nota. Todo el tiempo, veo cómo intenta por todos los medios no fijarse en mi escote. Y, curiosamente, quiero que lo haga. Me gusta la atención que me dedica esta noche.

—Bueno —dice él después de que el camarero se marcha—, elección interesante de conjunto para esta noche. Si no supiera mejor, pensaría que intentas seducirme.

—Menos mal que lo sabes —respondo.

—Ah. Así que... ¿no intentas ponerme a cien, entonces?

—Me gusta el vestido. Creo que me queda bonito. Si eso te pone, poco puedo hacer yo, ¿no?

Él sonríe de medio lado en respuesta. El camarero regresa con nuestro vino y en cuanto se aleja, doy un sorbo a mi copa. Un merlot... está *realmente bueno.*

—Solo pregunto por el vestido porque dijiste que esto era una cena de negocios. Solo nosotros hablando del club.

—Eso dije —respondo—. Y lo decía en serio. También me gustaría aprovechar para conocerte un poco mejor. La forma en la que empezó todo entre nosotros fue... bueno, no es como suelo conectar con la gente. Esperaba que tuviéramos la oportunidad de conocernos de verdad como personas normales.

Él se ríe y dice: —No hay nada normal en esta relación. En ningún sentido.

Me ha pillado. —Aun así. ¿No te gustaría saber algo de la persona que lleva tu club? Yo querría saber cosas de mi jefe.

Asiente, sabiamente. —Interesante. Pensaba que alguien tan recta como tú preferiría no conocer los detalles oscuros y turbios de mi vida.

—Cierto... pero eso no significa que no puedas contarme los más alegres. Como lo de tu hija. Cuando te pregunté si estabas casado, dijiste 'Érase una vez'. ¿Te apetece explicártelo?

Toma un sorbo de su copa mientras su expresión se ensombrece. —La madre de Sasha murió cuando era pequeña —dice, seco. De repente, siento que acabo de meter la pata.

—Oh, eh, lo siento, no quise—

—Por favor —dice, sonriendo suavemente—. No te disculpes. Ya me han pedido perdón por eso lo suficiente para toda una vida. Además, tampoco es que lo supieras.

Es justo. —¿Qué le pasó? Quiero decir, si no te importa hablar de ello.

Él se queda callado, mirando hacia la oscuridad más allá de la terraza, hacia el muro de ladrillo a varios metros, tras un pequeño arriate tras el restaurante. —La mataron —dice—. Una bala perdida en una fiesta.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Un millón de preguntas me cruzan la cabeza. Él suspira.

—Pregúntame lo que te ronda por la cabeza.

—Estoy pensando que quizá no debería haberlo preguntado.

—Sí, rompe un poco el ambiente. En fin, desde entonces soy padre soltero.

—¿Cuántos años tenía Sasha?

—Acababa de cumplir cinco. Fue siendo muy pequeña.

Trago saliva con dificultad. —Probablemente es positivo que le pasara tan pequeña. Perder a un padre es duro.

Él asiente y entrecierra un poco los ojos. —Lo dices como si hablaras desde la experiencia.

Me encojo de hombros. —Mi padre. Él, eh, era policía. Murió en acto de servicio.

Roman arquea una ceja y pregunta: —¿Cuántos años tenías?

—Quince —digo—. A veces me pregunto si no habría sido mejor ser una cría cuando pasó. Con menos recuerdos.

Él bebe solemnemente, como si brindara por mi pobre padre difunto. —Si me viera ahora —añado—, seguro que se estaría marcando un breakdance en su tumba.

Roman se ríe. Empieza como un ronquido bajo y termina en una carcajada de barriga. Es contagioso, y de repente, yo también me estoy riendo. Dios, ¿qué nos pasa? —No tiene gracia —digo, cubriéndome la boca avergonzada.

—Bueno, no, la verdad es que no. Pero admite que la ironía tiene su punto. Míranos. Pobres almas solitarias con pasados trágicos. Prácticamente una novela de Dickens. Además, explica todo lo que llevo intentando descifrar de ti. Tu gran sentido de la justicia y ese empeño tuyo por el trabajo—

—¿Así que qué pasa? ¿Por ser hija de un poli tengo que ser siempre ejemplar?

—Resumiendo, sí.

Él sigue riendo y su cara se ilumina como el sol. Yo tampoco consigo parar. Bebo otro sorbo de vino para tranquilizarme. —Vete al cuerno —digo—. Sé ser mala cuando quiero.

—Si eres mala tendrá que castigarte... otra vez —dice él. Se me suben los colores. Puedo casi notar sus manos en mi trasero de

nuevo.

—¿Eso es lo que es... estar contigo? Quiero decir, todo este rollo Dom está bien pero—

—Es más que eso. Si estás conmigo, puedo ser más que solo tu amante. Ya soy tu maestro. Sería tu protector. Tu... todo.

Parpadeo mientras el corazón me late con fuerza en el pecho. —¿Cómo sabes que quiero que seas eso?

Él me sonríe con picardía y bebe de su vino.

—Ajá. Eso te gustaría, ¿verdad?

—Sí —responde enseguida—. Desde luego que sí. Creo que es justo lo que más necesitas, más incluso que este trabajo, más que un simple novio. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas.

—Presumes mucho —digo—. Puede que sea un lío, ¿eh?

—Probablemente —dice con una risa—. Me imagino que eres más problema para mí que yo para ti. Por suerte para ti, me encantan los desafíos.

Me fastidia un poco que eso seguramente sea verdad. Sobre todo ahora. Sobre todo teniendo yo quizá la llave de su libertad.

Llega la cena y de repente, todo se relaja. Comemos y hablamos y, por un rato, olvido todo lo demás. Cuando ya retiran los platos, le miro desde el otro lado de la mesa. Bajo esta luz ámbar parece estar resplandeciente.

No creo haber deseado nunca a un hombre tanto como ahora.

—Me estás mirando —dice mientras apura su copa de vino.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

Miro lo que queda de vino en mi copa. Hemos tomado dos copas cada uno. No es suficiente para considerarse demasiado, pero aún así me siento como si flotara.

—Sabes —dice—, Sasha pasa la noche en casa de una amiga. ¿Qué te parece si tomamos el postre allí esta noche?

Mi cabeza me dice que no debería... pero a estas alturas apenas la oigo.

—Suena divertido.

16

ROMAN

Quizá sea el aire cálido, el vino y el aroma de su perfume. Lo único que sé es que estamos conectando como la primera noche. Puede que incluso más.

Entramos en el vestíbulo de mi casa, y ella se detiene y mira hacia los techos altos y la lámpara de araña que cuelga justo delante de las escaleras que suben al segundo piso.

—Tu casa es preciosa.

Se gira, sus tacones rojos resonando suavemente sobre el mármol y su figura esbelta moviéndose con la elegancia de una bailarina. La observo girar y ella me mira, sus ojos azul cristalino brillando.

—Gracias —digo. Bajo la mirada hacia sus labios perfectamente formados, de color rosa. Me muero de ganas de probarlos.

—Ahora me estás mirando —dice ella.

—Te estoy imaginando sin el vestido —respondo con franqueza. Su rostro se sonroja.

—Pensé que te gustaba el vestido.

Me encojo de hombros mientras me acerco a ella.—Me gustaría más si estuviese en el suelo. Quítatelo.

Ella da un paso atrás, su mano sube al tirante izquierdo. Se detiene, me mira con los ojos entrecerrados.—Quizá podamos dejarlo puesto.

—O quizá te lo arranque yo.

Finge sorprenderse, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.—Qué agresivo.

—No me gusta que me tienten —digo—. Si sigues, quizá sienta la necesidad de castigarte antes de follarte hasta dejarte sin sentido.

Ella se muerde el labio.—Pero sabes que soy una chica buena, Roman.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo cumpliendo tu papel. Quítate el vestido.

Este juego del gato y el ratón tiene su gracia, pero me interesa más ver hasta dónde se pliega a mi voluntad. Sea fácil o difícil, me da igual. De cualquier modo, me pone.

Ella deja caer un tirante, y luego se aparta de mí, hacia las escaleras. Bien. Así que difícil.

Acorto la distancia que nos separa y la rodeo por la cintura. Cojo un puñado de su cabello y le echo la cabeza hacia atrás. Ella deja escapar un jadeo mientras se agarra a mi camisa.

—Las chicas buenas obedecen —gruño, inclinándome hacia ella, con la boca casi rozando la piel de su cuello. Se le eriza la piel cuando mi aliento le acaricia el cuello. Esta tortura es tanto para ella como para mí. Mi polla está tan dura que siento que va a estallar contra la cremallera.

—Como quieres portarte mal —digo entre besos en su cuello—, tendrás que pagar las consecuencias.

La suelto un momento, pero solo lo justo para girarla y empujarla hacia la barandilla. Entonces le subo el vestido, que ya de por sí es

demasiado corto, por encima de las caderas.

Un tanguita rojo queda encajado entre sus nalgas blancas y suaves. No podría ser más perfecto. Le agarro el culo con ambas manos y ella se apoya en mí, prácticamente suplicando que le quite el tanga.

—Te encantaría que te follara aquí mismo —digo mientras le recorro la piel suave con las manos—. Justo contra la barandilla.

—Sí, me encantaría —responde ella. Le doy una bofetada fuerte en la nalga derecha. Da un respingo y se aparta de mí. Le cojo de las caderas y la atraigo de nuevo.

—"Sí, señor" —digo—. O "Sí, papi". ¿Lo has entendido, princesa?

No contesta. Se muerde el labio inferior como si tratara de reprimirse. Le doy otra palmada en el trasero y sus ojos se ponen en blanco.

—¿Qué dices, Ember?

Nada. Le doy una palmada en cada nalga, una tras otra. Esta vez, grita de placer, con un gemido desesperado y tembloroso. La rodeo por la cintura con un brazo para sujetarla y empiezo a azotarla una y otra vez, observando cómo su piel nívea pasa del rosa al rojo.

Intenta contenerse. Se muerde fuerte ese labio inferior hasta que, por fin, no puede resistir más.—¡Sí! —grita—. ¡Sí, papi! ¡Sí, papi!

Le acaricio las nalgas doloridas mientras ella jadea y gime contra la barandilla.—¿Con el vestido puesto o quitado, amor mío?

—Quitado —responde. Y justo antes de que vuelva a azotarla, añade —: Papi.

Se abandona a mi mano mientras la acaricio. Los bordes del tanga se están oscureciendo de lo mojada que está. Llevo la mano hasta la tela entre sus piernas y encuentro enseguida su clítoris hinchado bajo la tela. En cuanto lo toco, se estremece, pero la sujeto con firmeza.

—Mm-mm —murmuro—. No vas a irte a ningún sitio, princesita. —Le froto el clítoris haciendo círculos pequeños.—Has venido a ese restaurante con este vestidito y esos tacones… y ese tanga. Has estado intentando tentarme toda la noche, ¿verdad?

Aparto el tanga a un lado y deslizo dos dedos dentro de ella. Sus paredes se cierran alrededor de ellos mientras los muevo lentamente dentro y fuera.—Tu coño está prácticamente empapado.

—He estado pensando en ti —dice ella—. Durante semanas, señor. Llevo deseando tenerte dentro de mí desde hace mucho…

—No sé si he terminado de castigarte —digo, aunque la visión de su coño empapado me hace la boca agua. El recuerdo de su sabor y su olor se me ha quedado grabado durante todo este tiempo—. Necesito que te corras antes de follarte. Quizá haga que te corras fuerte una y otra vez. Introduzco mis dedos con fuerza en su interior y un escalofrío le recorre rápidamente los muslos. Está tan mojada que sus muslos brillan con sus jugos. Y justo cuando sus rodillas empiezan a flaquear, saco los dedos y la suelto.

Se agarra a la barandilla, pero consigue mantenerse en pie. Chupo sus jugos de mis dedos. Dulce y ácido, tal y como recordaba.

—Quítate el vestido.

Esta vez, no duda. Se desliza los tirantes de los hombros y baja la cremallera del diminuto vestido. Cae sin esfuerzo por su cuerpo hasta el suelo.

—Y el tanga.

Se lo quita también. Empieza a quitarse los zapatos, pero la detengo.

—Déjalos puestos. —La tomo de nuevo en mis brazos y la beso, compartiendo su sabor entre los dos. Ella me muerde el labio con pasión, su mano se desliza hasta la marca de mi polla dura como una roca.

—Fóllame, por favor —gime en mi boca.

—Bésala primero.

Se arrodilla y me baja la cremallera del pantalón. Observo cómo saca mi polla y recorre varias veces el tronco con su lengua, por debajo y alrededor. Luego me toma entero en su boca. Miro asombrado cómo todo mi miembro desaparece en su garganta una y otra vez.

—Qué puta maravilla de chica —gimo. Apoyo la mano en su cabeza, mis dedos se enredan en sus cabellos rubio platino. Ella me mira con deseo mientras deslizo mi polla hasta el fondo de su garganta, hasta que sus labios rozan la base. Le sujeto la cabeza, manteniéndola ahí durante unos segundos para saborear el momento hasta que noto que empieza a arcada. Suelto su cabeza y ella me recorre con la mano, su boca bajando hasta mis huevos.

No puedo aguantarlo mucho más. La detengo, doy un paso atrás y la ayudo a ponerse en pie. Le tomo el rostro entre las manos y la beso, saboreando el rastro de nuestro sexo en sus labios. Estoy hambriento de ella. Esta noche quiero tenerla entera. Rompo el beso el tiempo justo para arrodillarme, levantarla y cargarla sobre mi hombro en un porte de bombero. Ella chilla y se ríe, sorprendida, pero se agarra fuerte mientras la subo por las escaleras hacia mi dormitorio.

Abro la puerta a patadas, que estaba entreabierta, y la tumbo en la cama. Ella se ríe feliz mientras se queda tumbada sobre mi edredón. Luego se incorpora sobre los codos, observándome mientras me quito la ropa.

Su cuerpo resplandece bajo la cálida luz ámbar de mi habitación... y es lo único que quiero ver. Me inclino sobre ella y nos besamos de nuevo. Sus muslos aprietan mis costados y sus piernas se enroscan con las mías, invitándome a seguir.

Le beso el cuello, después bajo hasta sus pechos, jugando con sus pezones con mi lengua. La cabeza de mi polla presiona contra su entrada, lista para cuando me deje entrar.

—No puedo esperar más —susurra—. Por favor, papi.

Le muerdo el pezón y ella jadea, arqueando la espalda. Sus gemidos son música para mis oídos. Sus brazos rodean mi cabeza mientras recorro su vientre a besos y hundo el rostro entre su dulce coño. Mi lengua recorre sus labios color rosa, después rodea su clítoris. Sus muslos tiemblan contra mi cara.

Sus manos se enredan en mi pelo y presiona su sexo contra mi cara mientras empiezo a succionar su clítoris. Y entonces se corre con un jadeo, maldiciones escapando de sus labios mientras sus muslos se estremecen. Sigo cada ola de su orgasmo mientras se retuerce contra mi cara.

—Es tan bueno —gime ella. Cuando me incorporo y contemplo su coño empapado, añade—: No pares.

Deslizo mi polla entre sus labios y la muevo arriba y abajo, del clítoris a su coño y de vuelta. Ella se muerde el labio, los ojos en blanco.

—¿Se te ha olvidado algo, milaya? —le pregunto.

—No pares, papi —gime en un susurro.

Le sonrío desde arriba. —Muy bien. Quiero oírte gritarlo para mí, cariño.

Me deslizo dentro de ella. Sus paredes aceptan y envuelven mi polla. Mientras observo todo lo que está ocurriendo, noto cómo me pongo aún más duro con cada embestida. Le acaricio el clítoris con el pulgar, apretando suavemente.

Su espalda se arquea mientras agarra la colcha. —Dios mío —gime —. Me estás follando tan bien.

—¿Te gusta así?

—Sí.

Retiro el pulgar de su clítoris y lo presiono contra su boca. Ella responde al instante, chupándolo mientras tomo una de sus manos y la coloco sobre su coño, dejando que sus dedos encuentren su clítoris suave y húmedo. —Juega con él para mí, cielo.

Ella gime y chupa, sus dedos acariciando su clítoris hinchado. Empiezo a follarla más fuerte y ella echa la cabeza hacia atrás, soltando mi pulgar. —Me voy a correr tan fuerte, papi.

Mi mano rodea su cuello, apretando suavemente mientras explota contra mí. Ahora la follo duro y profundo. —Mírame.

Lo hace. Sus ojos están nublados de deseo mientras el aire restringido, combinado con su orgasmo, la invade. Justo en el clímax, suelto su garganta. Con una voz fuerte y ronca, grita: *—¡Oh, Roman! ¡Fóllame!*

Me corro junto a ella, la intensidad de su pasión se derrama sobre mí, en mí, a través de mí. En el momento en que exploto dentro de ella, disminuyo el ritmo, acercándome y besando sus labios. Murmura palabras contra mi boca, sus brazos y piernas se enroscan alrededor de mí.

—Este coño es mío esta noche —gruño—. Dilo.

—Es tuyo —responde ella—. Todo tuyo, papi.

~

Me despierto solo. Siento su ausencia incluso antes de abrir los ojos.

Al despertar, alargo la mano y noto el espacio vacío. Las sábanas están heladas. Joder. ¿Se ha... ido?

Me incorporo y miro a mi alrededor en la penumbra de mi habitación durante unos segundos. De verdad no está aquí. Maldita sea, no me digas que simplemente me ha follado y se ha largado.

Salgo de la cama y me pongo los calzoncillos. En cuanto salgo al pasillo, oigo el sonido de un vaso tintineando en mi despacho, al fondo. Una extraña oleada de alivio me recorre mientras me dirijo hacia allí.

Cuando abro la puerta, está allí de pie, solo con mi camisa de antes. Está junto al mueble de las bebidas, un vaso de uno de mis licores en la mano. Me mira a través de su melena despeinada y sonríe.

—Lo siento. No quería despertarte.

Me acerco a ella y la agarro por la nuca, besándola con fuerza. Ella se inclina hacia mí, succionando suavemente mis labios y mi lengua. Su boca sabe a mi mejor whisky escocés.

—No deberías ponerte a explorar en la casa de un mafioso —digo cuando nuestros labios se separan. Empiezo a prepararme mi propio trago. Ella me observa mientras da un sorbo a su vaso.

—En realidad me alegro de haberme parado en tu despacho —dice ella—. Esta casa es enorme. Me da miedo perderme.

—Esta casa es pequeña comparada con las de otros jefes que he conocido —le respondo. Con mi copa lista, le cojo la mano y la llevo hacia los sofás junto a la chimenea. No hace suficiente frío esta noche para encender el fuego, pero lo hago de todos modos. Con solo pulsar un botón, las llamas rugen tras el cristal.

—Por ejemplo, los Ivanov —digo, sentándome a su lado—. Su Pakhan tenía una finca del tamaño de un par de campos de fútbol.

—¿Pakhan...? ¿Jefe?

Asiento.—Pyotr Durov. Su banda era... de miles de miembros y probablemente tenía cientos de años de antigüedad. Hace años controlaban este territorio.

—¿Controlaban? ¿Qué les pasó?

Me detengo. Es un poco raro que los haya mencionado precisamente esta noche. O quizá no tanto. Últimamente les doy muchas vueltas.

—¿Recuerdas cuando te conté que mi mujer murió por una bala perdida? —pregunto, y ella asiente—. Durov fue el responsable. Atacó a mi familia durante el quinto cumpleaños de mi hija.

—Dios mío —musita ella.

—Lo curioso es que ni siquiera recuerdo qué hice para cruzar la línea con él. Quizá nos estábamos creciendo demasiado. ¿Quién sabe? Lo único que sé es que un día soleado envió un ejército de sus hombres para acabar con todos nosotros. —Bebo y le lanzo una sonrisa amarga.— Fracasó. Sobre todo porque alguien los vio venir y mis hombres y yo pudimos reaccionar rápido.

Hago una pausa mientras el recuerdo vuelve a mí. Sigue pareciendo una herida que no termina de cerrar. Hablar de ello es como hurgar con un palo.

—Fue justo antes de que fuéramos a sacar la tarta —continúo—. Todos los niños del barrio tenían que estar allí. Algunos de mis chicos, con los que tenía mucha confianza, también estaban. Era un día tan normal como podía serlo. Incluso hacía sol. —Hago girar la copa en mi mano.— Fue una fiesta estupenda hasta que empezaron a silbar las balas.

Ella no habla. Con esta luz, casi parece etérea. El resplandor de la chimenea ilumina sus mechones color ceniza y le da un aspecto angelical.

—En fin —le digo—, después se tomó la decisión de responder al ataque, así que lo hicimos. Lanzamos una ofensiva contra todos ellos.

Frunce un poco el ceño mientras la confusión cruza sus ojos. —Hablas de ellos en pasado. ¿Quieres decir...? Bueno, ¿estás diciendo

que los eliminaste?

Asiento con la cabeza. Ella me observa durante unos segundos, incrédula y en silencio. —Dijiste que había *miles* de ellos. ¿Los mataste a todos?

—Mataron a mi mujer, Ember. Algunas guerras se pueden resolver hablando. A veces, incluso un intercambio de bienes o activos basta. No en este caso. No hay vuelta atrás de una ofensa así.

Ella aparta la mirada y baja los ojos hacia su copa. Puedo notar la inquietud que emana de ella.

—Y aquí está nuestro cruce de caminos —digo—. Una vez más, tu sentido de "chica buena" queda en entredicho.

Ember abre la boca, titubea, y luego, muy suavemente, dice: —Vengaste a tu mujer. La mataron y amenazaron a tu familia... y tú hiciste algo al respecto. —Se ríe y niega con la cabeza—. Y, mientras tanto, yo he estado saliendo con hombres a los que ni se les ocurriría defenderme de algún imbécil borracho cuando salimos.

No sé muy bien cómo tomar esta reacción, así que río con ella. —Está claro que has estado saliendo con los hombres equivocados.

—Puede —me dice, observándome un instante; luego, con una sonrisa lenta, añade—: Defenderías a cualquiera, ¿verdad? Si lo necesitara.

Me recuesto en el sofá y respondo: —No a cualquiera. Yo protejo lo que es mío.

Ella niega con la cabeza y da un sorbo más. —Tengo la sensación de que tú y tus amigos habéis tenido muy mala prensa a lo largo de los años.

—No es inmerecido. —Hago una pausa, sintiendo que debo ser sincero en este momento. Los peligros de estar conmigo no deberían ser algo que ella idealice—. Nunca he dicho que no sea un tipo peligroso, Ember. Lo soy. A veces, soy el peor de los tipos. Pero si

algo soy, es leal. Conmigo, nunca tendrás que preocuparte por quedarte tirada bajo la lluvia. Me aseguraré de que nunca te falte nada. Ni protección. —Hago una pausa y la observo de reojo—. Pero debes entender que soy un monstruo. Puedo ser tu monstruo, pero mi naturaleza es la que es. Eso no lo puedes olvidar nunca.

Ella se acurruca contra mí y, al rodearla con mi brazo, se acurruca en mi pecho.

—Mientras seas mi monstruo —susurra suavemente contra mi piel—. Enséñame... quién eres de verdad. De qué va todo esto. ¿Es mucho pedir? ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto... si es lo que realmente quieres.

—Lo quiero.

17

EMBER

Estar con Roman es lo más parecido a estar bajo los efectos de una droga que creo que jamás experimentaré. Y, pensándolo bien, quizá sea incluso mejor, porque siempre me han dicho que nunca es tan bueno como la primera vez. Pero con él, simplemente parece que cada vez va a más.

Y no es solo por el sexo. La forma en que me trata cuando estamos juntos, ya sea en público o en privado, es como si se hubiese entregado por completo a mí. Cuando hablo, me presta toda su atención. Y lo que es aún más importante, si hablo en el trabajo, se encarga de que todo el mundo me escuche.

¿Es esto lo que se siente cuando alguien realmente está a tu lado? Solo han pasado tres semanas. En términos de una relación, eso no es nada, ni para crear un vínculo serio con alguien. Y aun así, cuando me mira—aunque sea en el trabajo—me siento la mujer más guapa del mundo. Es de locos pensar que podría estar justo al lado del escenario mientras mujeres en tangas perrean contra una barra, y aun así él solo tiene ojos para mí.

¿Pero lo más desconcertante? Creo que está empezando a ocurrir en ambos sentidos. Muchos hombres atractivos vienen al club y no son

pocos los que intentan flirtear conmigo. Antes, quizás les hubiese echado otro vistazo si eran especialmente guapos. Ahora… es como si ni siquiera existieran.

Estoy de pie junto a la barra, esperando al barman. Está preparando unas siete copas para una despedida de hombres en el rincón más alejado. En cuanto termine, tiene que tomarse un descanso. He intentado recordárselo todas las noches en las que le toca trabajar, porque suele olvidarlo.

Pero mientras le espero, me sorprendo mirando por encima del hombro al espejo del techo, ese que está suspendido mirándome desde arriba. Sé que Roman me observa. A veces puedo sentir sus ojos clavados en mi nuca como una caricia cálida.

Quiero que esto sea de verdad. Lo deseo tanto que casi puedo saborearlo.

Odio saber que, al final, no podrá ser. Antes o después, Rastelli volverá a necesitarme y tendré que decidir de una vez por todas de qué lado estoy realmente. El problema es que ahora, ya no lo tengo tan claro.

La última copa se coloca en la bandeja y la camarera se la lleva. El barman alza la vista y le asiento, articulándole *Tómate un descanso*. Él asiente y avisa a su compañero, para que sepa que se va a tomar el descanso.

A partir de ahí, empiezo a volver a mi despacho. Solo cruzo medio local cuando Natasha me corta el paso. Los moratones de su cara y su cuello han desaparecido casi por completo. Apenas se nota bajo el maquillaje que estuvo herida alguna vez.

—Oye, escucha, puede que tengamos un pequeño problema —dice deprisa.

Uf. Odio oír esas palabras. —Avisaré a Junie. Señálame al tipo.

—No es eso. —Mira detrás de mí y hacia arriba, en dirección al despacho de Roman—. Es otra cosa.

—¿Qué pasa?

Ella suspira y se inclina hacia mí. —Sígueme a la sala VIP. Haz como si nada.

Se da la vuelta y se aleja. La observo unos segundos, confundida, aunque intrigada. Camino detrás de ella disimuladamente, parándome de vez en cuando a comprobar cómo están las mesas, para que parezca natural.

La sala VIP está *a tope* esta noche. En cada mesa por la que paso hay al menos un cliente con una bailarina contoneándose sobre sus rodillas. Es fin de semana, claro. Normalmente nos va bastante bien en noches así.

Natasha está esperando en la entrada del pasillo donde se encuentra la sala VIP más grande. Es el sitio que solemos reservar si viene algún famoso. Me acerco y le pregunto: —¿Qué ocurre?

Ella mira por encima de mi hombro, como si comprobara que nadie nos sigue, luego me coge de la mano y dice: —Vamos.

Doblando la esquina, nos quedamos bajo el arco de la sala VIP más grande. Habrá unas cinco personas sentadas en los sofás, bebiendo y tirando dólares a dos de las bailarinas. Las chicas están en lo suyo, tonteando y sirviendo chupitos antes de empezar los bailes privados.

Entre los clientes, hay tres chicos y dos chicas... Y yo conozco a una de esas chicas.

Es imposible no reconocer su melena de rizos pelirrojos y esos ojos enormes, inocentes, de cachorro. Es Sasha. *Ay, no.*

Natasha me tira de nuevo hacia atrás y susurra: —No quería llamar a seguridad porque son solo chavales, ¿vale? Si el señor Orlov o alguno de sus tipos se entera—

—Gracias, Natasha. Vuelve a la sala. Yo me encargo.

Ella se va y entro en escena. Nadie se fija en mí al principio, así que carraspeo. Las chicas están sonriendo y bromeando cuando levantan la vista y me ven. La cara de Sasha se le cae, como si se hundiera en el mar, en cuanto me ve.

—Disculpad —digo en voz alta. Las bailarinas me miran y se quedan petrificadas, sabiendo que pasa algo—. Siento pararos, pero ¿os importaría enseñarme algún DNI a todos?

Los tres chicos se miran, intercambiando miradas nerviosas entre ellos. Las bailarinas, intuyendo problemas, se levantan poco a poco y se apartan, fuera de la línea de fuego.

—S–Sí, claro —dice el grande, rubio, mientras busca la cartera. A juzgar por su pecho de tonel y brazos enormes, diría que es el cabecilla de este grupo de adolescentes. Sonríe con naturalidad y le guiña un ojo a su amigo más cercano, que lo mira serio, como una estatua. Los demás parecen aterrados, de hecho. Nadie se mueve mucho hasta que el gran rubio les anima con un gesto de cabeza.

Todos sacan sus carnés y me los enseñan. Los reviso uno a uno, deteniéndome en el de Sasha. Cuando la miro, ella baja la mirada avergonzada a sus manos.

—Hay que reconocerlo —digo—. Estos son bastante buenos. ¿Habéis estado aquí antes?

Miradas aún más nerviosas. El grandullón rubio carraspea y dice—. Sí, nos encanta este sitio. Estuve aquí el mes pasado en la despedida de soltero de mi compañero de trabajo—

—Más te vale que eso no sea cierto —le corto—. No podéis tener más de dieciséis años, entre los cinco.

Tres de los cinco se quedan más pálidos que la pared. Sasha sigue mirando al suelo. El grandullón rubio protesta—. Perdone, pero

todos tenemos más de veintiún años. No me gusta la insinuación de que nuestros carnés sean falsos—

—Así que, si es verdad que realmente habéis estado aquí antes —le interrumpo, imponiendo mi autoridad—, al menos tengo que creer que os lo pasasteis lo bastante bien como para querer volver. ¿Sabes lo que pasa si nos hacen una redada y vosotros, niñatos, os pillan aquí? Este club desaparece. No podréis volver a montar el numerito en vuestro club favorito, y estas chicas han trabajado demasiado duro esta noche como para que vosotros vengáis a fastidiarlo todo.

Echo un vistazo a las bailarinas. No hace falta que les diga que se marchen. Las dos se mueven al unísono y pasan junto a mí por el arco, recogiendo las partes de sus atuendos diminutos que ya se habían quitado.

—Vale —les digo a los adolescentes—. Todos fuera. Ahora mismo.

—Un momento— —empieza el grandullón rubio.

—No me hagáis llamar a seguridad, ¿vale? O peor aún, a vuestros padres —miro especialmente a Sasha. Su cara, ya pálida, se queda completamente blanca.

—V-Vale —dice Sasha, levantándose—. Nos vamos. Vamos, chicos.

Todos empiezan a salir en fila. Agarro a Sasha del brazo.—Tú no. El resto, marchaos. Podéis esperar a vuestra amiga en el aparcamiento.

Todos se quedan un poco confundidos, pero se van igual. Me giro hacia Sasha.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¿Tienes idea de lo que hará tu padre si te pilla?

—No quería venir —dice ella, con voz aguda de defensa—. Estábamos todos juntos y Joey empezó a hablar de ir a clubs de striptease. Dijo que tenía carnés falsos que parecían de verdad y que lo hacía todo el tiempo. Sería fácil, decía él.

Joder. Tendré que hablar con Junie sobre esto. ¿Quién sabe desde cuándo "Joey" y sus amigos llevan haciendo esto?

—No sabía que vendríamos *aquí* —continúa Sasha—. No podía decir nada, porque entonces pensarían que soy una blanda. Acabo de conseguir que me dejen estar con ellos, señora Lorenzo. No quiero que piensen que no soy guay.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza. Recuerdo lo que es ser adolescente y estar a merced de tus amigos cuando quieren meterse en líos. Mi padre siempre estaba encima de mí por esas cosas, pero nunca hizo más que castigarme. Nunca tuve que temer grandes broncas por su parte. No tengo ni idea de lo que hará Roman cuando se entere de esto.

—Vale. Esto es lo que va a pasar —le digo—. No sé cómo has llegado hasta aquí sin que te viera tu padre, pero dudo que vuelvas a tener tanta suerte. Dicho esto, te vas a ir conmigo por la parte de atrás. Vas a reunirte con tus amigos en el aparcamiento y les vas a pedir que te lleven a casa. Cuando llegues, mandarás un mensaje a tu padre y le dirás que estás bien.

Sus ojos se abren como platos.—¿No se lo vas a decir, verdad?

—Dependerá mucho de lo rápido que muevas el trasero. Vamos.

La cojo del brazo y empezamos a avanzar hacia la salida de emergencia al otro lado del pasillo. Mi cabeza va casi tan deprisa como mi corazón. Ser la hija adolescente de un jefe de la Bratva debe de ser lo más arriesgado del mundo.

Salimos fuera y apenas hemos dado unos pasos desde la puerta cuando oigo el inconfundible tono grave de Roman, retumbando a nuestras espaldas.

—¡Sasha! ¡Para!

Las dos nos quedamos congeladas. Sasha me mira asustada y luego ambas nos giramos.

Él está de pie en la puerta, sujetando la hoja abierta con el brazo. Sus ojos, oscuros de rabia, nos fulminan.—¿Pero qué. Coño. *Pasa*?

—Papá—

Avanza hacia nosotras, las aletas de la nariz dilatadas. Ha fijado a Sasha como si fuera un tiburón.—¿Se te ha ido la puta cabeza?

Instintivamente me pongo delante de Sasha, cortándole el paso.—Roman, cálmate. Solo ha cometido un error—

—¿Un *error?* —me lanza una mirada letal—. Un error es una abolladura en el coche. Esto está a años luz de ser un simple error.

—¡No quería venir! —grita Sasha desde detrás de mí—. Mis amigos—

Roman señala con el dedo por encima de mi cabeza y directamente a ella.—No te atrevas a mentirme, Alexandra Marie. Tienes quince años. ¡No tienes nada que hacer en un puto club de striptease!

—¡Eh, cálmate! —le grito por encima de Roman—. Solo es una cría. Ha hecho una tontería de cría—

Retrocede un poco y me mira como si no me reconociese.—¿Pero qué coño haces siquiera aquí? No te metas en esto.

—No —respondo, plantándome—. No hasta que te calmes lo suficiente para tener una conversación racional.

Da un paso atrás y me dedica una sonrisa amarga.—Vuelve dentro del club, Ember.

—Roman—

—Vuelve al puto club y mantente al margen —gruñe—. Esta es *mi* hija. La he criado yo solo durante los últimos quince años sin tu ayuda y no la necesito ahora. Lárgate.

El ardor de sus palabras resuena en mis oídos mientras le miro desde abajo. Me dan ganas de abofetearle, de llorar o de darle una

patada en las pelotas por eso.

Noto la mano de Sasha en mi hombro.—Está bien —dice ella—. Estaré bien.

La miro de nuevo. Está asustada. Se le nota en la mirada. Pero no es ese miedo que he visto antes cuando Roman está enfadado. No es el mismo miedo que tuvo Natasha cuando temía que Carter viniera a por ella. Y desde luego no se parece al que vi en los ojos de Carter cuando estaba atado a aquella silla.

Simplemente, es una adolescente que está en un buen lío con su padre. Debería apartarme.

Clavo la mirada en Roman y le suelto entre dientes—. Cálmate antes de hacer algo de lo que luego te arrepientas. —Con eso, vuelvo a entrar por la puerta trasera del club.

Joder. ¿Por qué tenía que ser tan cruel? Siento el nudo de un sollozo asomar en mi garganta. Lo reprimo y me enderezo. La noche ni siquiera ha llegado a la mitad.

Mi móvil vibra antes de que pueda dar un paso. Un mensaje de Rastelli. A las tres dentro de dos días, y el nombre del restaurante.

Genial. Simplemente maravilloso.

18

ROMAN

Sasha no me ha dirigido la palabra desde que entramos en el coche. No tengo ni idea de qué voy a hacer con esta chica.

Después de que Ember se fuera, estuvimos discutiendo en el aparcamiento durante unos minutos antes de que yo pusiera firmeza y la castigara de nuevo. *Hace nada* que le levanté su anterior castigo y así es como me lo agradece. A este paso, voy a tener que construirle una torre y encerrarla hasta que cumpla los dieciocho.

Entramos en el garaje. El coche ni siquiera se ha parado cuando ella ya está tirando del tirador de la puerta. Yo bloqueo las puertas rápidamente. El golpe seco y definitivo del *clic* del seguro la hace dar un pequeño sobresalto. Mira al frente, con la espalda recta como un palo y la mandíbula apretada.

—¿Qué te pasa, Sasha? —le pregunto—. Hace un mes hablabas de los entrenamientos de animadora e intentabas engañarme para que te comprara unos zapatos de suela roja. Y ahora, de repente, te pillo con chicos en tu cuarto y yendo a clubes de striptease. ¿Qué se supone que debería hacer contigo?

No dice nada. Se limita a quedarse sentada, mirando por el parabrisas.

—Respóndeme, Sasha.

Resopla.—Ya no soy una niña, papá —dice—. Soy prácticamente una adulta.

—Tienes quince años. Estás muy lejos de ser una adulta.

—En tres años me iré a la universidad —responde ella—. Podré votar, alistarme en el ejército—

—Si cuando tengas dieciocho quieres ir a clubes de striptease con tus amigos descerebrados, eso será otra conversación distinta. Ahora mismo, esta noche, eres mi hija de quince años. No vas a hacer lo que te dé la maldita gana. ¿Me entiendes?

Pone los ojos en blanco.

—No lo hagas, ¿vale? Ya estás bastante en la cuerda floja.

Se toma un momento, mirando sus uñas con inseguridad.—¿Y ahora qué? —dice en voz baja—. Otro mes castigada. Genial.

—Sí. Y esta vez, no vas a pasarte todos los días encerrada en tu habitación de morros. Mañana por la mañana, tu tío vendrá a buscarte. Vas a ayudar a limpiar las salas traseras del club antes de ir al colegio.

Su cara se retuerce al instante de asco.—¿¿Qué??

—Ya me has oído.

Se queda boquiabierta, con el gesto torcido como si fuera a vomitar. —Papá, ¡no pienso limpiar corridas en el suelo de un club de striptease! ¡Soy, soy menor de edad!

—Ah, ¿así que *ahora* sí quieres ser una niña?

—Lo digo en serio. Eso... eso es ilegal o algo así, ¿no? No puedes obligar a una menor a limpiar después de las strippers y el alcohol y, y... —Se queda sin palabras, incapaz de verbalizar del todo su repugnancia.

—El club estará cerrado —le aclaro—. No habrá bebidas, y estarás bajo la estricta supervisión del equipo de limpieza. Te levantarás temprano, todos los días, e irás a ayudar con la limpieza. Cuando termines, tu tío te traerá de vuelta para que te prepares para el colegio.

—No me lo puedo creer. No puedes obligarme a ir al colegio después de eso. Papá, no puedo ir oliendo a club de striptease todos los días. No puedes hacerme eso.

—Ya está hecho. —La miro de reojo. Me suplica con esos ojos grandes y castaños. Hubo un tiempo en que solo tenía que mirarme así para que yo cediera. Solía volver loca a su madre.

—Papá —dice—. Por favor.

Aparto la mirada y desbloqueo las puertas.—Vete a la cama, Sasha. Mañana te espera un día movidito.

Sale del coche de un portazo. Mientras la veo marcharse pisando fuerte por la puerta y entrar en casa, suspiro con pesadez. ¿Quién dijo que criar hijos era fácil?

Y ahora que ha pasado la tormenta, hay una persona a la que debo pedir perdón. Esta noche he perdido completamente los papeles cuando vi a Ember con Sasha. Parecía que todo era una gran conspiración delante de mis narices. Si Junie no hubiera visto a Ember entrar en las salas VIP, igual nunca me habría enterado de todo esto.

No. No es cierto. Ember me lo habría contado, o haría que Sasha me lo contase. No me la imagino guardándose algo así. Solo intentaba evitar que yo estallara con mi hija. No lo consiguió. Delante de sus narices, me convertí en ese monstruo del que le hablaba. Contárselo y que lo vea en persona, no es lo mismo.

Puede que la haya ahuyentado. Puede que *aún* la haya alejado incluso después de disculparme. Saco el móvil. La pantalla muestra

la hora—las tres de la mañana. Ember probablemente esté cerrando la caja en el club ahora mismo.

La llamo. A ver si contesta. La llamada conecta tras sonar casi cuatro veces.

—¿Sí, señor Orlov?

Uf. —Vale. Me lo tengo merecido.— Hago una pausa, escuchando el suave sonido de su respiración al otro lado. —Te pido disculpas por haber perdido los papeles contigo. Perdí el control cuando vi a Sasha en el club. No debería haber descargado mi enfado contigo. Sé que solo intentabas protegerla.—

Guarda silencio tanto tiempo que llego a pensar que ha colgado. Por fin, dice: —¿Hablaste con ella? Quiero decir, ¿hablaste sin gritar?

—Sí. Está castigada durante un mes. Y tiene que ayudar al equipo de limpieza cada mañana antes de ir al colegio.—

—Vaya —dice, y creo percibir una sonrisa en su voz—. Eso es bastante severo.—

—Mejor que encerrarla en una torre —bromeo—. Mejor de lo que mi padre habría hecho conmigo. Se ha ido a su habitación tan tranquila, sin ningún daño. Ni un solo pelo fuera de lugar. Es mejor que lo que yo y Ares tuvimos que soportar a su edad.—

Vuelve a hacer una pausa. Espero que no sea lástima lo que noto en ella. Detesto la lástima. —Quiero decir —añade, cambiando el tono de voz—, la *has* pillado en un club de striptease. Sería una ingenua si esperara *ningún* castigo.—

Tengo que detenerme un momento. Si no los hubiera pillado, puede que Sasha nunca me lo hubiera confesado. Debería estar enfadado con Ember por intentar protegerla de mi ira. Pero, por alguna razón, no lo estoy.

—Por lo que vale —dice—, tenía pensado decírtelo. Sé cómo debió de parecer todo, con lo de sacarla a escondidas por la puerta trasera

y todo eso, pero... pero nunca tuve intención de excluirte.— Se detiene, y escucho de fondo el suave roce de un lápiz rasgando algo. Está garabateando mientras habla, algo que la he visto hacer de pasada cuando habla por teléfono.

—Necesitabas encargarte de esa situación lejos del club —continúa —. El shock de encontrarla allí fue... no sé, supongo que temía que arruinaras vuestra relación y dijeras algo de lo que te arrepentirías por pura rabia. Sinceramente, creo que solo intentaba velar por los dos.—

Es noble. Quizá por eso no me enfada. —Gracias —digo—. Sabes, la mayoría de las personas en mi vida no me cubren las espaldas como tú. El miedo les impide hablar en situaciones como la de anoche.—

Ella se ríe. —Pensaba que no le gustaba la desobediencia, señor Orlov. ¿Desde cuándo le gusta que le lleve la contraria?

—Me gusta cuando me desafías. Y estar contigo ha sido precisamente eso.— Hago una pausa. Llevamos semanas dando vueltas al asunto de integrarla por completo. Le he hablado de lo que implica ser dueño de un club, desde luego. Pero he evitado a propósito contarle todos los detalles sobre el blanqueo de dinero para la banda y las particularidades de moverse en la sombra, incluso con la ley merodeando siempre. Hace semanas que mostró interés.

Lo que no se imagina es lo arriesgado que es en realidad. Si va a estar metida en todo esto, tiene que ser leal a mí. Completamente.

Creo que es esa mujer. Quiero creerlo, al menos.

—¿Qué haces mañana por la tarde?— pregunto.

—Probablemente dormir. ¿Por qué?

—Quedemos en el club. A la una, ¿te parece?

Ella se ríe. —¿Otra vez? Pensé que habíamos dejado claro que nada de tonterías en el trabajo.—

—No es por eso. Aunque si algún día cambias de opinión—

—No la he cambiado. Me gustas más en la intimidad del dormitorio. —

—Vale, vale. Solo dime que vendrás mañana por la tarde.—

—Iré. A la una.—

Cuelgo y me recuesto en el reposacabezas. Puede que sea ella. *Ojalá* sea ella.



Sus ojos se abren poco a poco mientras mira el libro de cuentas, abierto sobre mi escritorio ante ella. Ivan y yo estamos de pie, cada uno a un lado, mientras ella se sienta en mi silla, mirando los papeles amarillentos que le pedí a Ivan que trajera. Su dedo se detiene en una de las líneas y retira la mano lentamente.

—Esto no son las cuentas del club —dice—. Esto es... esto es para la Bratva.—

—Sí, eso es.—

Traga saliva y me mira. —Esto no debería estar en papel. Deberías tenerlo en un pendrive o algo así. Si cayera en malas manos, si la gente equivocada se enterara de la existencia de este libro—

—Nadie sabe de este libro salvo Ivan y yo —respondo—. Y ahora tú. —

Alzo la vista hacia Ivan. Tiene los labios apretados mientras observa a Ember con cautela. Esa desconfianza tan propia de la vieja escuela Bratva se refleja en su mirada. Se aclara la garganta y añade: —En última instancia, da igual si está en papel o en un pendrive. Si alguien quiere robar esta información, encontrará la manera de hacerlo. Así, *si* alguna vez necesitamos deshacernos de las pruebas,

puede eliminarse fácilmente con fuego y no con algún friki informático que cobre una fortuna.—

Ella le mira mientras habla, observándole detenidamente, luego vuelve la vista al libro, pasando la página despacio y repasando las anotaciones.

—Es una gran responsabilidad —dice ella.

—Lo es —respondo—. Pero se te dan bien los números. Tan bien como a Ivan, de hecho. Nos beneficia a todos si trabajáis juntos.

—No sé si soy la persona adecuada para encargarme de esto.

—Sí lo eres. —Me inclino hacia ella, captando su atención y mirándola a los ojos—. Puedes con esto. En el fondo, no es muy diferente a cuadrar las cuentas en el club.

Ella dirige la mirada a Ivan.—Y... ¿y quieres que trabaje con tu Obi... eh...

—*Obshchak* —digo—. Sí. Trabajarás mano a mano con Ivan. Él es el encargado de las finanzas de la Bratva. Es a quien le rindo cuentas de muchos de estos números al final del mes. Tú mantienes los libros equilibrados aquí y él en la trastienda.

Él arquea las cejas, su boca se curva en algo parecido a una sonrisa. —*Obshchak* es mi título en la Kostromo —explica—. Básicamente, soy el tesorero.

Ella mira sus antebrazos, tan tatuados como el resto de nosotros, en contraste con la camisa de vestir impecablemente planchada que lleva puesta y las gafas de montura fina apoyadas en su fina nariz. No puedo imaginarme qué estará pensando.

—¿Cuánto tiempo llevas encargándote de las cuentas? —le pregunta ella.

—Desde el último Pakhan —responde él con naturalidad—. Empecé por una deuda de mi padre. Me encargaron ser yo quien la saldase.

Y desde entonces, llevo en la nómina de Kostromo, por así decirlo.

—Vale —dice ella, y su voz tiembla un poco por los nervios—. Eh... creo que voy a necesitar un poco de tiempo para asimilarlo.

—Ivan. Déjanos solos unos minutos, por favor.

Ivan echa un vistazo protector al libro de cuentas, luego asiente y sale de la habitación.

—¿Es demasiado? —le pregunto. Ella no responde. Simplemente se queda sentada, mirando el libro de cuentas, con los dedos siguiendo las marcas del bolígrafo.—Para mí es importante que formes parte de mi mundo. Necesitas entender cómo funciona la máquina para comprender el papel que desempeño en ella.

Ella me mira con esos ojos, azules como el hielo y cálidos al mismo tiempo.—Solo necesito un momento para... para asimilar todo esto, supongo. Jamás, ni en un millón de años, pensé que realmente estaría en este lado de las cosas. No sé qué decir, la verdad.

Vaya. ¿Me habré equivocado? Ella aparta la mirada y respira hondo. —Tú estás de acuerdo con hacer esto. ¿De verdad entiendes que el dinero que he sacado de este club ha ido a parar a la Bratva? Todo este tiempo. Eso es lo que ha ocurrido.

—Lo sé —dice ella suavemente. Inclina la cabeza, curiosa—. ¿Eso es importante para ti, que yo sea plenamente consciente de todo esto?

Sonrío a pesar del tamborileo en mi pecho.—Cariño —digo, y veo cómo sus ojos se centran en mí—. Eres mucho más que mi amante. Tiene que ser así si quieres estar conmigo porque... bueno, yo no hago las cosas a medias. Mis intenciones contigo y con esta relación son serias. Quiero que estés a mi lado. En cada paso del camino.

Sus ojos se llenan de lágrimas y aparta la mirada, fija en el libro de cuentas. Por un segundo, pienso que la he cagado. Casi puedo oírla decir que esto *no* es lo que quiere. Pero, para mi sorpresa, dice:— Vale. Estoy dentro.

La tomo del brazo y la ayudo a incorporarse, besándola apasionadamente. Ella rodea mi cuello con sus brazos. Sus manos se enredan en mi pelo. Tengo que interrumpir el beso para calmar al monstruo que llevo en el pantalón.

—Tus labios son como vino —susurro apoyando mi frente en la suya —. Pero no puedo permitirme emborracharme todavía.

—Cierto —dice ella con una sonrisa—. Tenemos trabajo que hacer.

—Y tanto. —Llamo a Ivan para que vuelva a la habitación. Empieza la sesión.

Me recuesto y me sirvo una copa mientras Ivan le enseña los detalles de cómo fluye el dinero de nuestros negocios a nuestras arcas. Cada vez que vuelvo la vista hacia ellos, veo a Ember absorta en cada palabra, inclinándose hacia él con notable interés. Es como si absorbiera cada cosa que él dice.

Ivan, siempre la abeja obrera. Siempre siguiendo mis órdenes incluso cuando veo que no le agradan. Las reglas de la Bratva que aprendió fueron bajo la estricta política de no confíes en nadie, *especialmente* en tu mujer. Suele ser la primera en delatarte.

Por eso, al principio se muestra frío con ella, hablándole de los números con vagas indicaciones de los dedos. Pero ella no se lo permite. Cada cosa que él no le explica, ella le pide aclaración. Cada muestra de duda que él exhibe, ella le insiste. Le maneja con la fiereza de una auténtica reina de la Bratva. Es como si hubiera nacido para esto.

Tenía razón. Es curioso cómo ha llegado hasta aquí. La hija de un policía ahora está bajo mi protección de día y en mi cama de noche.

Y aún tengo mucho más que enseñarle.



Sus muslos tiemblan contra los lados de mi cara mientras llega al orgasmo. La sostengo por las caderas, mi boca succionando su clítoris. —¡Joder! —grita, con un puñado de mi pelo entre las manos.

Por fin la suelto y se queda sin fuerzas sobre la cama. Me incorporo y admiro su figura esbelta a la luz de la luna que entra por la ventana de mi dormitorio. Su piel brilla bajo la luz azulada, haciéndola parecer casi irreal. Como una ninfa que ha acabado entre mis sábanas.

Paso las manos por sus muslos y ella se estremece. —Espera —dice sin aliento—. Dame, dame un segundo.

Llevamos ya unas cuantas horas así, y la verdad, me apetece seguir un rato más. No me canso de ella. Aparto sus piernas a un lado y le doy una palmada juguetona en el culo húmedo, cubierto de sudor. Ella da un saltito y se ríe, dándose la vuelta y quedándose boca abajo.

—Debería reclamar ese culo esta noche —digo, apretándole las nalgas—. Dártelo bien con la lengua en el culo antes de follarte en condiciones.

—Eso sí que sería una experiencia —responde, algo dudosa—. Nunca he hecho nada por detrás.

—Entonces tendremos que cambiar eso—. Mi móvil vibra en la mesilla de noche. Suelto un suspiro fuerte y molesto. —Joder.

—Ignóralo —dice ella, girándose de lado.

—No puedo. Una llamada a las tres de la mañana nunca es una llamada que pueda ignorar. Me levanto de la cama y cojo el móvil. —¿Sí?

—Tenemos una llamada de nuestro tipo —es Ares—. ¿Estás solo?

Miro hacia Ember y le digo a Ares: —Un segundo. —A Ember le digo —: Tengo que atender esta llamada, cariño. Ahora vuelvo.

Me levanto y voy al baño, cerrando la puerta tras de mí. —Adelante.

—Abate dice que adelante —afirma—. Mañana por la noche a medianoche. Solo hay un detalle.

—Te escucho.

—Quiere quedar en el club.

Suelto un suspiro. —Vale, podemos hacerlo en el Steelo's. Tienen una sala grande en la parte de atrás—

—Quiere que sea en el Kitten's Paw —dice—. De hecho, estaba bastante insistente con eso. Se ha corrido la voz por la ciudad y quiere echarle un vistazo.

Vaya. Eso sí que no me lo esperaba para nada. Miro la puerta cerrada del baño y pienso en Ember tumbada en la cama, desnuda y vulnerable. Ella me impuso una única regla. No mezclar los negocios con el club.

—No podemos reunirnos allí —le digo a Ares.

—Créeme, no lo mencionaría si aceptase otra opción. Pero no lo hará. Está completamente empeñado en que sea en el Kitten's Paw o nada.

—El Kitten's Paw está fuera de límites. No hacemos negocios en el club nuevo.

—Ya se lo he dicho. Ha dicho que si no es allí, se acaba el trato.

Voy de un lado a otro, sopesando las opciones. Joseph Abate acudió a nosotros buscando fusiles de asalto. Dijo que los necesitaba para una guerra inminente con un rival. Abate y yo siempre nos hemos llevado bien, igual que ocurría con mi mentor antes que yo. Siempre ha sido todo muy fácil con Abate. Una especie de *razryadka* amistosa, distensión, como decían cuando existía la Unión Soviética. Somos una especie de "enemigos cordiales". No somos aliados, pero siempre estamos dispuestos a intercambiar recursos cuando es

necesario. Ha sido una relación bastante sencilla, todo hay que decirlo.

Hasta ahora. No sé cómo se va a tomar Ember que haya una reunión de este tipo en el club. Ella acaba de entrar en todo esto. Puede que sea demasiado pedirle esto.

—No entiendo tanto jaleo —dice Ares—. Hay un millón de clubes de striptease en esta ciudad. Al final, unas tetas son unas tetas.

—No cuando el tuyo está en la cima de la cadena alimenticia de culos y tetas —respondo—. Y no me apetece un follón porque no conseguimos ponernos de acuerdo sobre dónde quedar. Dile que hecho. Mañana a medianoche.

Cuelgo y me quedo mirando la puerta cerrada. Ella no tiene que enterarse. Al final, quien manda en el club soy yo, no ella. Soy el Pakhan. Mi palabra es ley.

Es curioso cómo saberlo no me hace sentir menos cabrón por ello.

Vuelvo al dormitorio. Ella está de pie junto a mi cómoda y lleva puesta una de mis camisas. Se gira al verme mientras se la abrocha, dejando a la vista parte del escote.

—Pensaba que podíamos coger algo de comer —dice—. ¿Quizá un tentempié a las tres de la mañana?

Me acerco a ella y rodeo su cintura con el brazo, atrayéndola hacia mí para besarla. —Eres todo el tentempié que necesito.

19

EMBER

Al menos intentó decir que no a tener la reunión en el club.

Me siento un poco culpable por haberle espiado. Ni siquiera sé por qué lo hice. Un momento estaba tumbada en la cama esperando a que volviera y, al siguiente, tenía la oreja pegada a la puerta.

Me doy cuenta de lo hipócrita que es enfadarme con Roman por hacer negocios en el club. Sobre todo ahora que estoy totalmente metida con él. Lo único que me preocupa es que Rastelli y el FBI se enteren. En cuanto descubran esto…

Bajo la mirada al mensaje que Rastelli me envió hace dos días. Se supone que tengo que quedar con ella esta tarde con "algo", como dijo antes. Dejó claro que tengo que cumplir con mi parte si quiero estar a salvo cuando vayan a por Roman. Me pregunto cuán segura estaría si le dijera que ahora somos amantes. Que él se ha enredado en mi corazón de una forma de la que jamás podré deshacerme.

Si lo pensara con lógica, podría desvincularme de la situación delatando a Roman. Podría confiar en que Rastelli me protegería cuando todo estallara. El único problema es que no la creo. Cuanto más lo pienso, menos segura me siento con esa opción. Quizá sea

porque Roman y yo nos hemos acercado más. No lo sé. Lo único que sé es que hablar con Rastelli ya no me parece lo correcto.

No puedo contarle a Rastelli nada sobre esta reunión. De hecho, ni siquiera puedo seguir en esta situación. Me siento sucia incluso por encontrarme así con ella.

Salgo del coche y me acerco a la puerta del restaurante. Quedar con ella en las afueras de la ciudad es aún más agotador ahora que Roman controla mi agenda. Ahora mismo, él piensa que estoy en una cita médica. Tuve que mentirle y decirle que era con la ginecóloga solo para que no hiciera demasiadas preguntas. Espero que no se haya dado cuenta de que mentía.

Como siempre, esto está muerto. Hay un par de personas en los reservados al otro lado del local, pero la sección donde Rastelli y yo nos reunimos está tan vacía como de costumbre. Rastelli ya está sentada en su sitio, bebiendo café y de cara a la puerta. En cuanto cruzamos la mirada, sonríe con ese aire maternal suyo.

—Has llegado —dice cuando me siento—. Ya empezaba a preguntarme. Llevas como cinco minutos de retraso.

—El tráfico —digo sin mirarla. En mi lado de la mesa ya hay una taza de café. La miro esperanzada.

—Pensé que te vendría bien —responde—. Yo siempre me empiezo a apagar sobre las tres. Considéralo una cortesía por el trabajo que haces para mí.

Suelto un suspiro y aparto la taza. —Mira, no voy a hacerte perder el tiempo hoy, Rastelli. No tengo nada para ti y, sinceramente, creo que te has equivocado de persona para ser tu confidente. Quiero salir de este acuerdo.

Su sonrisa se apaga poco a poco, transformándose en una mirada amenazante. —¿Cómo dices?

—Justo eso. Quiero salir.

—Aquí no hay salida —dice—. Tienes una obligación.

—No puedo seguir con esto, agente Rastelli. Es demasiado peligroso. Si Roman se entera…

Ella suspira. —Ya te lo he dicho, te protegeríamos. No corres ningún peligro por parte de Roman Orlov.

Parece tan convincente. Odio que parezca creerse a pies juntillas la sarta de tonterías que suelta. —¿Cómo? ¿Cómo me protegeríais? ¿Qué pasa si encuentro algo y él lo descubre antes de que pueda llegar a vosotros? No podéis hacer nada para protegerme de él. No creo que nunca pudierais.

Entorna los ojos. —¿Te han descubierto? ¿Es por eso esto ahora?

—N-no —balbuceo. No esperaba que me preguntara eso tan rápido —. Simplemente no quiero seguir con esto, ¿vale? No merece la pena.

—¿El hecho de no pisar la cárcel no te compensa? —Ahora me observa con atención, tamborileando los dedos sobre la mesa. El sonido es como el tictac de un reloj—. Es interesante. ¿Por qué no me cuentas de verdad qué está pasando?

—Ya lo he hecho. Tengo miedo…

—No, no es eso. Es otra cosa. ¿Cuál es el verdadero problema, Ember?

La miro fijamente. Me está leyendo como un libro abierto y eso me incomoda. ¿Ve la verdad? ¿Llevo las huellas de Roman marcadas por todo el cuerpo ahora mismo? ¿Puede notar que ya no soy la misma mujer que era cuando se acercó a mí por primera vez?

Da igual. Es como he oído decir a Roman alguna vez. No saben nada a menos que se lo digamos, y yo no pienso soltarle ni una sola palabra.

—Ajá —dice ella, echándose hacia atrás en la silla cuando no le respondo—. Ya veo lo que pasa. Te pedí que te acercaras a Roman Orlov… y vaya si lo has hecho, ¿no? Quizá demasiado cerca, ¿eh? —Aprieto la mandíbula, furiosa, y ella se burla—. La verdad es que ya imaginaba que podía pasar algo así. Lo extraño es que no puedo culparte. El tipo es bastante atractivo.

—Mira —le digo—, es que ya no quiero seguir con esto, ¿vale? No soy ninguna agente infiltrada. No me han entrenado para este tipo de cosas y, sinceramente, creo que es una irresponsabilidad meterme en medio del fuego así, sin más.

—Ah, pues yo no estoy de acuerdo —replica ella, su sonrisa vuelve y le ilumina los ojos como si encendieran luces—. Ahora eres su chica. Eres perfecta para esto. Mucho mejor que cualquiera de sus hermanos. Basta con que se le escape algo durante la almohada y tendremos todo lo que necesitamos para encerrarle. —Aparta su taza de café a un lado, apoya las manos en la mesa y se inclina sobre mí—. ¿Entiendes que ahora mismo tienes todo lo que necesitamos para atrapar a un tío como Roman Orlov? Quiero decir, si te lo has montado bien con él, apuesto a que sería capaz de traicionar a toda su familia por ti.

Me burlo. —Ahora estás siendo vulgar.

—¿Ah, sí? —Se inclina aún un poco más y susurra—. Yo no soy la que se está tirando a un jefe de la Bratva, ¿verdad? Eso ya es caer bajo en el mundo de las relaciones, por cierto. Dime, ¿qué pensaría tu padre?

—Deja a mi padre fuera de esto —gruño.

Ella se recuesta y vuelve a coger su taza de café, dándole un sorbo mientras me observa con cautela—. Ember, pensaba que, por la forma en que te has criado, entenderías lo importante que es no dejarse corromper por esta gente. Un buen polvo no es motivo para tirar por la borda tus principios, y te puedo asegurar que *rara vez*

sale bien la jugada. Tu hombre no es buena persona. Ni siquiera se le podría llamar decente, siendo sinceras.

Tengo que apretar la mandíbula para no soltarle una grosería. ¿Qué coño sabe ella realmente de Roman? Todo lo que conoce sobre él o sobre la Bratva está en alguna de esas carpetas manila que tiene por ahí en su escritorio.

—Ya sabes, los hombres de la Bratva tratan fatal a sus mujeres —continúa ella, tomando un sorbo de café—. Es parte de su cultura, parte de lo que son. El mejor escenario posible para ti, si sigues con esta relación con Roman Orlov, es que tarde o temprano se aburra de ti y acabe tirándose a todas las chicas de ese club vuestro. Y lo peor que te puede pasar es que te pegue una paliza la noche de bodas. No es buena persona.

—No le conoces —digo—. No tienes ni idea de quién es.

—Sé perfectamente de qué clase de hombre se trata. Sé lo que ha hecho. Te estás acostando con un monstruo, Ember. Una bestia suelta. Haz lo correcto y ayúdame a encerrarle antes de que cause aún más estragos en esta ciudad.

—Esta conversación se ha terminado —digo, poniéndome en pie—. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Me doy la vuelta para marcharme y casi atropello a la mujer que acaba de entrar.

—Uy —dice ella, agarrándome del brazo para detenerme. Nuestras miradas se cruzan y un reconocimiento helado me sacude cuando veo cómo sus ojos oscuros se abren sorprendidos.

—Dios mío. ¿Ember?

—Natasha —escupo a través de una sonrisa forzada—. Hola. Eh, hola.

Ella da un paso atrás, con una sonrisa grande y cálida en el rostro—. ¿Qué haces por aquí tan lejos?

Mi mente va a mil por hora. —Podría preguntarte lo mismo —respondo.

—Oh, he quedado aquí con mi chico. —Hace una pausa y mira por encima del hombro hacia Rastelli. Se me cae el alma a los pies—. ¿Amiga tuya?

Me he quedado sin palabras. Estoy justo al lado de la dichosa mesa. Ni siquiera puedo fingir que no la conozco.

Rastelli saluda educadamente con la mano—. Hola. —Se levanta y se acerca a Natasha, ofreciéndole la mano—. Soy Michelle, la prima de Ember.

—¿Prima…? —Natasha le da la mano, pero me mira con suspicacia —. Creía que no tenías familia en la ciudad.

—No la tengo —contesto, con la cabeza dando vueltas—. Michelle solo está en la ciudad por el fin de semana.

—Claro. Hay una gran convención tecnológica en la ciudad —dice ella—. Pensé que podríamos vernos y ponernos al día. —Me da un codazo como si la broma me hiciera gracia. No me río. Me limito a seguir sonriendo como una imbécil.

—Vale —dice Natasha, mirándonos a las dos y volviendo a mí—. Perfecto. Bueno, no me quiero entrometer.

—Oh, no, tranquila. —Rastelli saca la cartera y deja unos cuantos dólares sobre la mesa para pagar los cafés—. Ya me iba. Se acabó la hora de comer. Tengo que volver al hotel. Te llamo luego, Emmy.

Rastelli me da una palmada en el hombro y sale del local.

—¿Emmy? —Natasha se ríe—. ¿Desde cuándo eres "Emmy"?

No soy capaz de pronunciar palabra. Todo el paripé ha resultado sospechoso de narices. Ni siquiera puedo negarlo. Trago saliva con fuerza para conseguir que vuelva mi voz—. Nunca. Y tú, ¿con qué "chico" has quedado por aquí, eh?

—Mi camello. Ya casi es fin de semana y me he quedado sin maría.

Siento la cara como si me diera un sofoco. Y ahora, con Natasha quedando aquí con su camello solo unos minutos después de que Rastelli estuviera sentado justo detrás de mí... Siento que me voy a desmayar.

—Ey —dice, tocándome el hombro—. ¿Estás bien? Tienes la cara muy colorada.

—Escucha, tengo un problema serio. ¿Tienes un momento?

—Claro —responde—. Mi tipo suele llegar tarde, de todas formas.

La saco fuera. No puedo arriesgarme a decir nada mientras estamos en el bar. ¿Quién sabe si esos clientes de dentro son clientes de verdad?

—¿Qué pasa? —pregunta, ansiosa—. ¿Está todo bien?

—No. No, no está nada bien. Creo que la he cagado. Pero bien.

—Venga, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

No sé ni por dónde empezar, ni cómo hacerlo, la verdad. Simplemente lo suelto.—Michelle no es mi prima. Es del FBI.

Sus ojos se abren como platos.—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—¿¡ME ESTÁS TOMANDO EL PELO!?

—Baja la voz. Por favor —siseo, mirando alrededor del aparcamiento.

Se queda boquiabierta unos segundos, moviendo la boca sin emitir sonido. Por fin se lleva las manos a la cabeza y dice:—¿Pero cómo se te ocurre hablar con el FBI?

—Me recogieron una noche hace un mes, mes y medio. Saben quién es Roman y a qué se dedica y... querían que me acercara a él y les

contara lo que pasa en el club para poder montar un caso contra él.

Se le va toda la sangre de la cara.—¡Eres una *krysa*, Em!

—¿Una qué?

—¡Una rata! ¡Una chivata! —Se detiene, cerrando la boca de golpe. Luego suspira y dice—: Santísimo Cristo bendito.

—Sé que esto es grave.

—Muy grave, Em. ¿Cuánto les has contado?

—No mucho. Casi nada. —Hago una pausa, cruzando los brazos sobre el pecho mientras los nervios me sacuden por dentro—. Pero... pero anoche, me enteré de algo gordo sobre Roman—

—¡No me lo cuentes! —ladra—. Por lo que más quieras. No me digas nada. No quiero saber nada. Dime, por favor, que no le has contado eso a la agente.

—No, claro que no. De hecho, le acabo de decir que quiero salir de esto. No puedo seguir haciéndolo.

—Déjame adivinar. Ella no quiere soltarte. ¿Tiene algo con lo que te pueda pillar?

Niego con la cabeza.—Quiero decir, solo por culpabilidad por estar relacionada. Está empeñada en pillar a Roman y me va a arrastrar con él. ¿Qué se supone que haga? Roman y yo nos hemos hecho muy cercanos. No puedo hacerle esto.

—Aunque no fuerais tan cercanos, no puedes hacérselo —Su tono pálido se vuelve de un verde amarillento. De repente parece que va a vomitar allí mismo en el aparcamiento—. No quieres saber lo que los de la Bratva hacen con una *krysa*. El secreto y la unidad... es *algo enorme*. No puedes traicionarle.

—Eh, no me gusta lo que estás insinuando —le digo—. Puede ser lo que sea, pero nunca haría—

—Es Bratva —dice Natasha, con urgencia en los ojos—. Eso siempre va primero. Por encima de todo. Si se entera de que has chivado, no hay felación en el mundo que te salve—

—No he sido una chivata.

—Da igual. Si se entera de que incluso has hablado con el FBI, lo más benevolente que hará será dejar tu cuerpo en algún sitio al que pueda ir a visitarte una vez al año.

Niego con la cabeza con fuerza. No puedo creer que él me hiciera eso. No puedo.

—Hace un año —dice—, había una chica que trabajaba en el club. Solo bailaba de vez en cuando, ya sabes, porque tenía un novio que era de la Bratva. No lo hacía por el dinero. Creo que simplemente le gustaba bailar desnuda.

—Tash—

—Y un día, tuvo una bronca tremenda con él por... no sé. Da igual. Pero al día siguiente, vino comentando cómo él ganaba su dinero traficando y prostituyendo chicas, ya sabes, porque estaba cabreada con él. Una de las últimas cosas que nos dijo fue que "sería lo justo" que le denunciara a la policía. Aquella noche ya no la vimos más, ni la siguiente. Como a la semana, trozos de ella aparecieron en la playa—

—Para —le digo, firme. Tengo las palmas sudorosas. Se sienten resbaladizas contra los lados de mi pecho al abrazarme—. Lo pillo, ¿vale? No se jode a la Bratva.

—No se les traiciona. Jamás. Da igual quién seas. —Hace una pausa, mordiéndose el labio inferior mientras me mira con auténtica preocupación—. Y si de verdad quieres librarte de esa agente, tendrás que esforzarte más. Aléjate de ella y destruye cualquier pista de que os habéis conocido. Échale sal a la tierra si hace falta.

La escucho. Un miedo profundo me anida en el estómago. Siento que voy a vomitar.—No voy a volver a verla —digo—. Hoy ha sido la última vez.

—Bien. Sigue así.

No puedo creer que él llegara a hacerme daño... pero algo así es una traición. No puedo permitir jamás que sepa que he cruzado esa línea.

20

ROMAN

Miro el reloj. Faltan dos minutos para medianoche y no hay rastro de Abate. Llevo un rato esperándole en la oficina, de pie junto al cristal, viendo cómo el negocio sigue su curso habitual. Las chicas bailan, los clientes les lanzan billetes, la música sigue y sigue sin parar.

—Vendrá —dice Ares desde su sitio en el sofá. Parece relajado mientras da sorbos a su copa como si fuese una noche cualquiera.

—Más le vale —contesto—. Después de la que ha montado insistiendo en hacer esto aquí esta noche.

Ares esboza una sonrisa burlona pero no responde. Ambos sabemos que, a veces, nuestros socios pueden ser tan quisquillosos como divas entre bastidores en la ópera. —¿Está tu chica esta noche? No la he visto al entrar.

—No —respondo—. Sasha está resfriada, así que le he pedido que se pase a verla. Aunque no es la única razón. Es la justificación que le doy a Ares. Si esta operación se va al garete y todo se viene abajo, quiero que Ember esté lo más lejos posible del epicentro.

Ares se ríe por lo bajo. —¿Y cómo está la pequeña delincuente?

—Infeliz en todos los sentidos —suelto con un suspiro—. Ahora dice que la culpa de estar resfriada es mía. Que si no tuviera que levantarse tan pronto para fregar el suelo de este "club asqueroso", su sistema inmunológico no estaría por los suelos.

Ares se ríe a carcajadas. —Es demasiado lista para su propio bien. Tienes faena con esa chica.

—Y que lo digas. —Mi móvil vibra dentro del bolsillo. Lo saco y leo el mensaje de Junie en la entrada. Solo dice una palabra. *Entrando*.

—Hora de ponerse en marcha. Démosle la bienvenida que merece a nuestro invitado.

Salimos de mi despacho. Cuando bajamos, ya vemos a Abate y a los suyos atravesando la puerta. Abate es grande. *Pukhlyy,* como diría mi abuela. Incluso con el caro traje que lleva puesto parece estar incómodamente corpulento. Sorprendentemente, el traje le sienta bien, hecho a medida, con botones que cierran sobre su barriga sin que se abulten por la presión. Las hombreras están confeccionadas para simular unos hombros mucho más anchos de lo que realmente tiene y las mangas se ajustan perfectamente a sus brazos de flotador.

Nos ve casi de inmediato y asiente, sonriendo bajo su bigote perfectamente recortado. Siempre va bien vestido y cuidado; a la vez desprende un aire de dejadez que siempre parece rodearle. Por muchas veces que le haya visto, a menudo me pregunto cómo sería si no fuese un jefe mafioso, o lo desaliñado que podría parecer sin sus galas habituales.

—Roman. —Pronuncia mi nombre despacio, alargándolo como si tuviera más de dos sílabas. Me da la mano y me da una palmada en el hombro—. Bonito local tienes. ¿Sabes que este sitio es el último grito de la ciudad? Dicen por ahí que aquí se encuentra el mejor género de todo el entorno.

—Intentamos satisfacer a todos —respondo con una sonrisa fingida —. Vamos. Tengo una sala reservada al fondo para nosotros.

Los míos se mueven por la sala, atentos a cierta distancia. Hago un pequeño gesto a al menos tres de ellos para que nos sigan mientras cruzamos el gentío. Su gente avanza despacio, con la mirada pegada a las bailarinas del escenario.

Me inclino hacia Abate. —Diles a tus chicos que no se preocupen. Van a tener tiempo de sobra para conocerlas después de terminar nuestro asunto. Aquí todo sigue en su sitio.

Se ríe con una carcajada grave, como una foca, y contesta: —Yo, por mi parte, estoy deseando que llegue ese momento.

La mayor parte de la zona VIP está pensada para los clientes, con una gran sala abierta para los grandes apostadores y fiestas numerosas. Más allá está la sala privada. Cuando compré este sitio, planeaba convertir esta parte en un burdel o al menos en una zona donde cualquiera de las chicas pudiera sacarse un sobresueldo si quería. Pero desde que está Ember, esa idea se ha marchitado. Ya no me parece bien.

Mientras pienso en ello, siento que hoy todo está raro. Llevo así toda la noche. Insisto en que debe de ser por Ember y lo mucho que me estoy acercando a ella, pero ya ni siquiera estoy seguro de eso. Hay algo en el ambiente que me rodea. Lo noto en el ritmo de la música a través de las paredes. Algo aquí no encaja y no consigo dar con qué es.

Varios de los míos se quedan junto a la puerta mientras yo, Abate, Ares y su mano derecha entramos en la sala. El espacio es idéntico al de la mayoría de mis salones VIP: un sofá que recorre las paredes forradas de espejos y una mesa en el centro para las copas. Hay otra puerta en el lado opuesto que da al callejón. Tengo un coche esperando fuera para cuando se haga el intercambio.

—Esto sí que es algo —dice Abate después de que cierro la puerta tras de mí. Mira a su alrededor, frotándose su gran barriga redonda como si estuviera a punto de comer—. No he estado en un club de striptease tan bueno desde que hice aquel viaje al extranjero el año pasado.

—Ya —digo con la mayor amabilidad posible—. ¿Qué tal fue Ámsterdam?

Sonríe con complicidad—. Fue todo, amigo mío. Absolutamente todo. Si nunca has estado, deberías procurar ir al menos una vez al año. Yo pienso hacerlo.

Asiento—. He ido unas cuantas veces. Cuando mi hermano y yo éramos más jóvenes. Antes de que me cayera encima la responsabilidad de ser Pakhan.

—Motivo de sobra para volver —dice guiñando un ojo.

Ares y yo nos sentamos en el sofá y él se sienta al otro lado de la mesa. Su hombre permanece de pie, de espaldas a la pared, como un guardaespaldas—. Las normas y las leyes allí son mucho más relajadas. Está a años luz de esa sociedad puritana y rancia en la que se ha convertido América. Tanto que, si te quedas mucho tiempo, igual hasta te acostumbras demasiado.

Ya tengo las bebidas preparadas sobre la mesa. Se inclina por encima de su enorme barriga para coger una de ellas.

—Bueno —dice tras dar un sorbo—, vamos al grano. Tu hermano dice que tenéis algunos fusiles de asalto de calidad.

—Así es —digo—. Y él me ha contado que necesitas unos cuantos fusiles de asalto de calidad para un pequeño problemilla al otro lado de la ciudad.

—¿Pequeño? —se burla—. Te voy a decir una cosa, Orlov. Aquello que solucionaste hace años con los Durov... Así se hacen estas

cosas. Yo habría hecho lo mismo si hubiera podido, créeme. Me habría ahorrado los quebraderos de cabeza que tengo ahora.

—Nunca es tarde —respondo.

—Ah —me corta con un gesto—. Con nosotros los italianos funciona diferente. Tenemos protocolos y demás historias. Hay que hablar con el consejo de jefes y todos tienen que tener buenos motivos para que te permitan limpiar a cada uno de ellos. Conseguir que aprueben algo así da más problemas de los que merece. —Hace una pausa, mirando de reojo a su hombre de confianza—. Así que, creo que hablamos de siete cajas por diez mil cada una, ¿no?

—Quince.

Parpadea, su sonrisa vacila—. ¿Quince?

—No me entusiasma hacer negocios en este club —explico—. Verás, le va demasiado bien. Demasiado potencial para testigos y... otros problemas. No sé si te has fijado, pero el club está a reventar esta noche. Diría que varias docenas de personas podrían situarte aquí si saltara algún lío; así que, esos cinco extra son mi paga de riesgo.

Entrecierra los ojos, pero su sonrisa vuelve—. Sois unos cabrones astutos, los rusos. Eso tengo que reconocerlo. —Se toma un momento para deliberar en silencio, pero sé que no va a rechazarlo. Llevamos demasiado tiempo haciendo negocios juntos para eso—. De acuerdo —dice al fin—. Trato hecho. Los cinco extra irán en un pago aparte. Digamos, ¿una semana?

—Perfecto.

—Bien. Enseñadme la mercancía.

Nos levantamos y salimos de la sala por la puerta trasera. El callejón está prácticamente desierto salvo por el camión aparcado a pocos metros de la puerta. Ares se adelanta y abre el portón, dejando a la vista las pilas de cajas de madera. Coge una pata de cabra de un costado y abre una de ellas.

Abate se acerca a la caja y observa las armas bajo la luz de la luna. Asiente, aprobando—. Tiene buena pinta. Muy buena. Los M-4 y M-6 son difíciles de conseguir por aquí.

Ares saca una y se la entrega a su hombre de confianza—. Lleva un sistema de pistón de gas —le explica—, así que apenas necesita limpiarse a menudo. Como puede ver tu chico, pesa menos que un AR normal, pero tiene pegada.

Su hombre apunta con el arma hacia la oscuridad para comprobar el visor, luego asiente a Abate. Abate dice—. Me parece bien. Trae el dinero.

Su hombre devuelve el arma a la caja y se aparta, sacando el móvil del bolsillo y alejándose. Le oigo decirle a alguien—. Trae el coche...

—Tengo que decirte —comenta Abate—, siempre es agradable hacer negocios con profesionales. Últimamente he tenido problemas con esos nuevos que han aparecido en el Sur. Jovencitos que han montado un chiringuito de pastillas...

Las luces delanteras al fondo del callejón llaman nuestra atención. El coche se acerca despacio y se detiene a unos metros. Las puertas se abren y salen dos hombres de Abate, uno de ellos lleva un maletín. Se planta delante de mí y lo abre, enseñándome el dinero. Después él y Ares lo colocan sobre el capó para que Ares lo cuente.

—Sabes, cuando tu antecesor seguía al mando —dice Abate, sacando un puro del bolsillo—. Se lo coloca en la boca y saca un mechero—. Odiaba venir en persona a estas cosas.

—Soy consciente —respondo con aire casual, aunque el ambiente de repente se vuelve más denso y pesado a mi alrededor. Si estuviéramos en el bosque, los pájaros habrían dejado de cantar. De pronto, el peligro flota en el aire.

—Exacto —dice con una sonrisa más amplia—. Vosotros dos, tu hermano y tú, solíais ser los que—

Sus palabras quedan cortadas por el sonido de un rifle amartillándose. Entonces, de algún punto en la oscuridad tras el coche, alguien grita—. ¡Manos arriba!

Mierda. Todos nos quedamos petrificados durante medio segundo. Ares se incorpora lentamente, pero yo observo sus manos. Están bajando hacia sus costados.

De entre las sombras, rodean el coche de Abate y avanzan hacia los faros, armas en mano. Con equipamiento táctico completo y *FBI* en amarillo sobre el pecho, empiezan a rodearnos. Quizá tengamos uno o dos segundos para reaccionar.

Ares agarra la pistola del tipo más cercano y la empuja hacia arriba. Se dispara cuando le da un puñetazo en la cara, haciéndolo retroceder. Esto ha empezado.

Voy a por el que tengo más cerca y aparto su pistola a un lado mientras busco mi arma. Le golpeo en la cara con ella. Cae hacia atrás, sangrando por la boca. Le disparo en la cabeza antes de que pueda volver a levantarse.

Entonces empieza el tiroteo. Los hombres de Abate hacen lo que pueden contra ellos, pero todos menos la mano derecha de Abate caen abatidos en cuestión de segundos. Ares pasa corriendo a mi lado con la maleta en la mano. —¡Vámonos! —grita mientras cierra el maletero.

Nos metemos en el coche en cuanto empiezan a silbar las balas. No tengo ni idea de dónde han ido a parar Abate o su mano derecha. Lo único que sé es que tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Salimos derrapando del aparcamiento y pasamos junto a un despliegue de luces rojas y azules mientras la policía rodea el club. Entre todo el jaleo, no nos ven. Ares conduce la furgoneta calle abajo y nos metemos en el primer callejón que encontramos, por si acaso.

—Agáchate —dice, empujando mi cabeza hacia abajo. Nos escondemos mientras las sirenas se acercan, y después pasan de largo a toda velocidad. Tras unos segundos, ambos nos asomamos y miramos por la ventana trasera.

—Joder, eso ha estado cerca —dice Ares.

—Demasiado cerca.

—¿Y ahora qué hacemos? Las cajas—

—Hay que sacar esta furgoneta y las cajas de la puta carretera. Dentro de una hora tendrán toda la zona controlada.

Saco el móvil. La mayoría de mis chicos estaba esta noche en el club. Cualquiera que no haya recibido un disparo seguramente está siendo detenido ahora mismo. Tenemos que activar los protocolos para situaciones así. Marco el número de Ivan.

—¿Hola? —contesta con voz dormida.

—Ivan, necesito que nos veas en el almacén en una hora.

Hace una breve pausa y escucho movimiento al otro lado. —Vale. Imagino que las cosas no han salido como esperabais.

—No, no han salido. Una hora, Ivan.

Cuelgo y me reclino en el asiento. —El almacén del puerto. Vamos.

Ares pone la furgoneta en marcha y arrancamos.



Gracias a Ares y a que conoce los callejones y las calles secundarias, conseguimos esquivar a la policía hasta aquí. Paramos delante del almacén envuelto en penumbra, imponente sobre nosotros. Aquí fuera no se oye nada más que el chapoteo del agua en la orilla del lago, a un kilómetro aproximadamente. Salimos del coche justo cuando otro vehículo entra en el aparcamiento detrás de nosotros. Al

ver a Ivan aparcar a nuestro lado, empiezo a lamentar no haberle pedido que viniera con más gente.

Sale del coche. Lleva puesto un chándal apresuradamente y su pelo, normalmente impecable, está hecho un desastre. —¿Pero qué demonios ha pasado esta noche? —pregunta—. ¿Es cierto eso de que el FBI ha hecho una redada en el club?

—Sí —responde Ares—. Ha sido una locura. Puede que Abate haya caído. Yo no le vi cuando empezó la balacera.

—Ya compararemos información luego —digo, dirigiéndome a la parte trasera—. Vamos a meterlo todo cuanto antes en el almacén.

Abro el portón y los dos cogen una de las cajas por los extremos, cruzando el aparcamiento hasta la puerta principal del almacén. Los observo hasta que desaparecen en la oscuridad, y entonces saco el móvil. Si lo que ha pasado ya está en la radio, debería llamar a Sasha y Ember—

El sonido de un arma amartillándose resuena en mi oído y noto el frío del acero contra la nuca. —Ni se te ocurra moverte —alguien dice en fenya.

No me apetece nada esto ahora. —Esta noche has elegido a la persona equivocada para robar —le respondo—. Si te largas ahora mismo, te dejaré vivir.

—Eso no va a pasar, Orlov. Esta noche es tu ajuste de cuentas.

El tiempo y la distancia entre el momento en que me doy cuenta de que esto no es un robo cualquiera pasan en un parpadeo. Solo tengo un instante para decidirme antes de que dispare.

Tomo la decisión y me muevo rápido, agachándome bajo el arma y girándome justo cuando suena el disparo. Alzo el brazo y lo rodeo, golpeando el suyo y estampándolo contra el parachoques de la furgoneta. Grita cuando la pistola cae al suelo tras de mí. No le doy ni un segundo para reaccionar. Le meto un puñetazo directo en la

nariz. Su cabeza se echa hacia atrás y tropieza, sujetándose el brazo mientras la sangre le mana de las narices, que empiezan a inflamarse al instante.

—¡Joder! —maldice. Me mira con gesto torcido y le reconozco al momento.

La última vez que le vi era un chaval de doce años, un mierdecilla, con una pistola más grande que él. Entonces le desarmé y le hice ese corte en la ceja a modo de recuerdo. También le dejé marchar. Si hubiera sabido entonces quién era, le habría pegado un tiro en la cabeza.

Ahora todo cobra sentido.

—Tú debes de ser Sergei —digo.

Se incorpora. Es de mi misma estatura, aunque algo menos corpulento. Lleva el pelo rubio bien corto por los lados, pero demasiado largo por arriba, y ahora le cae por la cara mientras me observa.

—Y tú ya estás muerto —responde. Lleva la mano a un cuchillo que tiene en el cinturón y me ataca de un solo movimiento fluido. Apenas tengo tiempo de bloquearle, y me corta el antebrazo. Consigo darle con el dorso del puño en la mandíbula. Se tambalea otra vez. Le alcanzo en el pecho con un golpe de palma.

Está en el suelo solo un instante, pero se levanta de un salto, listo para más.

—¡Eh! —Gritan desde la puerta del almacén. Ares e Ivan deben de haber oído el disparo. Ambos miramos y los vemos corriendo hacia nosotros, armas en mano.

Sergei me señala con un dedo y dice: —La próxima vez, cabrón.

Echa a correr hacia la oscuridad, pero no antes de que Ares e Ivan abran fuego contra él. Las balas no le alcanzan y desaparece al girar la esquina.

Ambos pasan corriendo a mi lado para intentar atraparlo, pero unos minutos después vuelven guardando sus armas en la funda. —¿Quién coño era ese? —pregunta Ares.

—Problemas.



Las armas quedaron aseguradas sin complicaciones después de aquello, pero no dejo de darle vueltas a lo que ha pasado.

Me he vendado el brazo a toda prisa con un trapo aceitoso que he encontrado en el camión, lo que ha detenido la hemorragia, pero tendré que ocuparme bien de esto al llegar a casa para evitar que se infecte. Vaya puta pesadilla de noche.

Ares detiene el camión delante de la casa y dice: —¿Crees que deberíamos escondernos un tiempo? Sabes que esta noche no será la última vez que el FBI nos moleste. Si han llegado tan lejos, probablemente intenten allanar los otros negocios.

Niego con la cabeza. —Ivan tiene los libros y hemos podido salirnos con las armas y el dinero. No encontrarán nada más en el club. —La otra parte de todo esto no deja de atormentarme. Esa parte que grita que nos han infiltrado. Veo cómo Ares quiere decir algo. Me mira con expectación.

—Vete a casa —le digo—. Te llamo por la mañana.

Salgo del camión y entro en casa. Nada más entrar, veo a Ember sentada en el sofá, el móvil en la mano. Se pone de pie, con los ojos abiertos de preocupación. Deja el móvil distraídamente, centrando toda su atención en mí.

—He oído lo que ha pasado en el club. ¿Estás…? —Sus ojos bajan a la venda improvisada en mi antebrazo—. Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Es una historia larga. ¿Dónde está Sasha?

—En la cama —responde—. Son más de las dos de la mañana. Se acostó hace horas. Yo… —Sus ojos recorren la venda improvisada, negra y roja de suciedad, aceite de motor y sangre. Me coge del brazo para examinarlo mejor.

—Estoy bien —le digo. Frunce el ceño al ver el trapo.

—No, no lo estás. Hay que limpiar esto. Anda, ven.

Me lleva a la cocina y me sienta en la mesa. La observo mientras busca un paño limpio y un cuenco, luego abre el grifo en el fregadero. Hay algo en todo esto que me recuerda a cuando Mila estaba viva. La manera en la que me cuidaba al herirme, en silencio, sin hacer preguntas. Con cariño. Ember me recuerda un poco a esa calma que ella me traía después de una mala noche.

Se sienta enfrente de mí con el paño y el cuenco de agua templada y luego deshace la venda de mi brazo. —¿Qué es esto? ¿Aceite de motor? ¿De dónde has sacado este trapo?

—Me pillaron desprevenido. Era lo único que tenía a mano.

Suspira al ver la herida sucia. —Por lo menos has vuelto de una pieza. Menos mal.

Le sonrío pese al escozor que deja el paño húmedo sobre la herida. En silencio, limpia mi herida, su melena rubia platino cayendo sobre el rostro mientras trabaja.

—Ahora no voy a pedirte detalles —dice—, pero cuando quieras hablarlo, me gustaría saber qué ha pasado igualmente.

—Quizá sería mejor que no lo supieras. Esta es la parte de mi vida difícil de soportar, Ember.

Se detiene y me mira, después vuelve a centrarse en la herida. —Si esto va a seguir adelante entre nosotros, tengo que saberlo. Para que funcione, tenemos que ir a una, ¿verdad? Eso dijiste tú. Tengo que comprender que eres un monstruo. Bueno… si es así, entonces

debería saber qué ha hecho el monstruo para terminar con esta herida.

Tiene razón. Completamente. Todo o nada. No existe el término medio en este mundo.

—Necesitas desinfectante para esto. Y vendas decentes. Creo que tengo algunas en casa —dice—. Mientras tanto, me hará falta una tela limpia y algo de esparadrapo para cubrir la herida. No debe quedar al aire. Mañana por la mañana puedo volver y acabar de curártelo.

—Tengo vendas y alcohol —le digo, y añado—: Quédate conmigo esta noche.

Se detiene de golpe y me mira. —Roman—

—No es una petición.

Me observa detenidamente y luego asiente. —Vale.

Por encima de todo, es la decisión correcta. Con Sergei acechando ahí fuera, no hay lugar más seguro para ella esta noche que a mi lado.

21

EMBER

—Múdate conmigo.

Lo dice tan suave que apenas si llego a oírle. Levanto la cabeza de su pecho y le miro a los ojos. —¿Qué has dicho?

—Me has oído.

Me quedo sin palabras por un momento. Cuando volvió anoche, magullado y sangrando, lo único en lo que podía pensar era en que necesitaba ayuda. Me concentré en curar la herida de su antebrazo y no hice ninguna pregunta. Aunque tenía un millón rondando en la cabeza.

Anoche no hicimos el amor, pero me abrazó. Me pasé toda la noche envuelta en sus brazos, y creo que nunca he dormido mejor. Sobre todo, teniendo en cuenta todo lo ocurrido.

Quiero saber qué ha pasado con el club. Hablando en términos prácticos, necesito saber si hubo daños, detenidos o algo peor. ¿Voy a tener que avisar al equipo de limpieza para que vengan temprano mañana y lo dejen todo preparado? ¿Está el local precintado como si fuera una escena del crimen? Y si es así, ¿cuánto tiempo tendremos que estar cerrados?

Pero eso es solo la superficie. Los asuntos más importantes siguen pendientes ante mí. Ha sido el FBI quien ha hecho esto. Probablemente haya sido Rastelli. Aun así, no le he contado nada. ¿Por qué se molestaría ella siquiera con esto?

Si hubiera sabido que iban a entrar y desmantelar el club la misma noche de su reunión…

Que es otro lío completamente aparte. No se lo conté a nadie. Ni siquiera a Natasha. Pero no puede ser una simple coincidencia. Eso tenía que ser la razón por la que desmontaron el club. No había otra cosa. Al menos no que yo supiera. Supongo que la pregunta más importante, la que da miedo de verdad, es ¿cómo demonios se enteraron siquiera?

Pero un desastre tras otro. Roman acaba de preguntarme algo para lo que no estaba preparada. No ahora. No con todo esto.

—Roman, no puedo dejarlo todo y mudarme contigo así como así —le digo, con la cabeza dando vueltas pensando en todas las cosas prácticas que supone hacer algo así—. Tengo un contrato de alquiler en mi piso. Tengo cosas que necesitaría llevarme—

—No tienes que preocuparte por nada de eso. Yo me encargo. Solo tienes que decir que sí.

Me incorporo del todo, observándole. Me devuelve la mirada con tal seguridad, como si con solo mandarme fuese suficiente para que me doblegase a su voluntad.

No va a ser tan fácil. No esta vez.

—Anoche te dije que vas a tener que contarme lo que pasó. Creo que es importante que hablemos de eso ahora.

Él levanta una ceja. —¿De verdad lo crees?

—Sí. Lo creo. Roman, si quieres que deje atrás mi vida y me venga aquí contigo, vas a tener que hablar conmigo. ¿Qué te ocurrió anoche?

Suspira y me mira con una pequeña sonrisa en los labios. Me aparta un mechón de pelo de los ojos. —Está bien. Tuve una reunión con un socio. Joseph Abate. Buscaba mi ayuda con un problema que tenía, así que quedamos para vernos.

Me muerdo el labio, intentando fingir sorpresa. —¿En el club?

—Sí.

—Después de que te pedí que no hicieses negocios allí.

Él se detiene un instante, pero luego dice: —Sí. Kitten's Paw es un club popular ahora, y él no había estado desde todos los grandes cambios. Insistió en verlo antes de sentarnos a hablar, así que tuvimos que quedar allí.

Le miro con el ceño fruncido. —Espero que no estés insinuando que es culpa mía que rompieras la única regla que te pedí seguir. Conseguir que el club funcionase era un objetivo para todos.

Niega con la cabeza. —Solo te estoy diciendo por qué estábamos allí. —Hace una pausa y me clava la mirada. Hay una especie de prueba tras sus ojos. Algo de lo que quiere estar seguro—. ¿Eso es un motivo para romper lo nuestro? ¿Que haya ido en contra de tus deseos?

No lo es, y creo que él lo sabe, al menos en cierto modo. —Solo me hubiera gustado que me lo hubieras dicho.

—Seguro que no pretenderás que pida permiso—

—No, solo... Me habría gustado estar al tanto. Eso es todo. Tal vez, si hubiera sabido algo de antemano, podría haberme preparado por si acaso. Quizá los daños del FBI al club se podrían haber evitado si yo hubiera estado para atajarles.

Asiente despacio. —Es justo. La próxima vez, me aseguraré de que lo sepas antes de hacer algo así.

Aparto la mirada de sus ojos, fijándome en los tatuajes de su pecho. Siento que detectaría cualquier mentira si le mirase a los ojos en lo que viene ahora. —Así que el FBI asaltó el club. ¿Estamos en un lío?

—No lo creo —dice él—. Supongo que habrá algunos cargos menores. Ninguno de los de seguridad es un santo. Al menos la mitad de las bailarinas tiene antecedentes. Cualquier cosa realmente grave no estaba en el local.

—¿Ni siquiera por tu asunto? Quiero decir, ¿y si había alguien infiltrado o algo así?

—No creo que lo hubiera.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque estoy tumbado en la cama contigo en vez de en una celda —responde él con una sonrisa suave. Recorre mi brazo con sus manos ásperas y un escalofrío me recorre la espalda hasta la base. La forma en la que me toca para calentarme debería estudiarse.

—¿Y tu brazo? —pregunto—. ¿Te lo hizo uno de los agentes del FBI?

Su sonrisa se desvanece.—Eso es un poco más complicado.

—¿Tan complicado que no puedes hablar de ello?

Hace una pausa y después dice:—Todavía estoy intentando averiguar exactamente qué está pasando. Si me ves callado, es por eso. Necesito asimilarlo antes de empezar a compartir mis ideas.

Supongo que tiene sentido.—Cuando lo tengas claro, me lo contarás, ¿verdad?

—Sí. —Su mano se desliza por mi cintura y me da una sensación de manta protectora.—Pero por si acaso, quiero asegurarme de que estés a salvo. Por eso necesito que te vengas a vivir conmigo lo antes posible. Tu piso no es ni de lejos tan seguro como debería en los próximos días.

—¿"Próximos días"? ¿Qué significa eso exactamente? ¿Esto va para largo?

—Ember, cariño, ahora mismo necesito que confíes en mí. ¿De acuerdo? Solo quiero que estés a salvo. Y aquí, en esta casa, estás más segura conmigo que con cualquier otra persona en este planeta. Pase lo que pase.

Lo dice con una seguridad absoluta. Como si ni siquiera pudiera plantearse lo contrario. No creo haber conocido jamás a alguien que tuviera ese tipo de confianza en una situación tan delicada como esta.

Sin embargo, le creo. Este hombre me mantendrá a salvo cueste lo que cueste.

—Vale —digo—. Me va a llevar un rato recoger mis cosas.

—De momento, haré que mi hermano te lleve a por lo esencial. Más tarde, mandaré a un equipo a recoger el resto de tus cosas. No tendrás que mover ni un dedo.

Su mano recorre mi espalda y me atrae hacia él, besándome intensamente. Mientras me muerde suavemente el labio inferior, susurra:—Quédate conmigo, Ember. Siempre te protegeré.

Me derrito en sus brazos mientras sus manos se cuelan en mis bragas y me agarra las nalgas. Una cálida conexión florece en mi pecho al sentir cómo se endurece contra mi vientre.

Le creo. Es una locura que sea así. Pero creo cada palabra que dice.



Ares no me dijo demasiado mientras me acompañaba de vuelta a mi piso, y yo tampoco le pregunté mucho. Me sorprendí echándole miradas de reojo en el coche, viendo tanto de Roman en sus rasgos. Es un poco inquietante lo mucho que se le parece. Es más pequeño

en cuanto a músculos y estatura, y su pelo es mucho más largo y suele llevarlo recogido en una coleta, pero tiene los mismos intensos ojos azul océano y la misma expresión pétrea. O incluso más fría. Cuando entramos al edificio, miraba a todas partes menos a mí, vigilando, supongo. Se comportaba tal como Roman le había indicado. Como mi protección. ¿De qué? Esa es la pregunta del millón.

Ya estamos en el piso y él se queda plantado junto a la puerta, esperándome, mientras yo voy dando vueltas recogiendo lo básico. Meto en una maleta toda la ropa que puedo, cojo mis productos de aseo y algunas cosas sencillas más que quepan bien en la maleta, y ya estamos saliendo otra vez. Al irme, echo un vistazo a la puerta de Natasha, con ganas de despedirme. No sé cuánto tiempo voy a estar fuera, ni siquiera si podré hablar con ella mientras esté en casa de Roman. Por cómo Ares me apremia, parece que no va a haber tiempo para eso en absoluto.

En el coche, se me ocurre preguntarle:—¿Hay alguien buscándome?

Me echa un vistazo mientras mete la marcha.—¿Has hablado con Roman de eso?

Debería haberme esperado esa respuesta.—Ha salido el tema —digo.

—Hmm. Probablemente sea mejor no hacer demasiadas preguntas —dice él.

—Eso imaginaba. Pero ¿no crees que es importante que sepa si alguien va detrás de mí? Así quizá también pueda estar pendiente.

Se ríe por lo bajo, igual que Roman cuando digo algo que le parece una tontería, y responde:—Ahora tienes a la hermandad para cuidarte. Ya no es tu problema.

Eso resulta a la vez inquietante y extrañamente tranquilizador. También me deja sin palabras. No sé qué responderle.

Por suerte, el trayecto de vuelta no dura mucho. Al llegar a la finca, lo primero que me llama la atención son los hombres patrullando el terreno con fusiles de asalto. Ven a Ares y asienten al pasar junto a nosotros. Al acercarnos a la casa, alcanzo a ver gente en el tejado, vigilándonos mientras sostienen rifles de francotirador.

Pues vaya. Supongo que no estaba bromeando, ¿verdad?

Ares me ayuda con la bolsa y volvemos a entrar en la casa. Nada más poner un pie en el salón, Sasha aparece bajando las escaleras. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta vieja, y una gorra cubre esa maraña de rizos pelirrojos.

—Hola, tío Ares —dice, y luego, mirándome a mí, añade—: Eh.

—Hola. —Saludo con la mano—. Curioso conjunto.

—Tengo que ir a limpiar al club —responde con una sonrisa cansada —. Un castigo de mi padre.

—No te preocupes por eso hoy —dice Ares—. Tu padre tiene el día bastante ajetreado y me ha pedido que yo te lleve al colegio. Anda, ve a cambiarte.

Parpadea confusa—. Espera, ¿qué? Pero papá...

—Haz lo que se te dice, ¿vale? No necesito que me des problemas.

Asiente con cautela, lanzándome una mirada interrogante antes de girarse y subir de nuevo las escaleras. Me pregunto cómo habrá sido lidiar con esto toda su vida. Parece entender cuándo y dónde hacer preguntas y a quién retar. Pero me intriga si realmente es consciente del peligro de desafiar a la hermandad.

Llega más o menos a la mitad de las escaleras antes de detenerse al mirar por una de las ventanas y quedarse absorta. Sólo está parada unos segundos, pero suficiente para que Ares le diga: —Sasha.

—Ya voy —murmura, y termina de subir las escaleras.

—¿Dónde está Roman, por cierto? —le pregunto a Ares en cuanto ella se ha ido.

—Está ocupándose de unos asuntos. Solo un poco de trabajo en el club.

—¿Trabajo en el club? ¿No debería estar yo allí?

—Si quisiera que estuvieras allí, me habría pedido que te llevara —responde, con un tono completamente seguro—. Quédate tranquila y ponte cómoda hasta que vuelva.

Y tras decir eso, se marcha de nuevo hacia fuera, probablemente a esperar a Sasha. Le observo alejarse y, durante unos minutos, me quedo de pie en medio del salón con la maleta a mis pies. *Ponte cómoda.* Miro hacia la lámpara de araña sobre mi cabeza y los techos altos de la mansión. Jamás he tenido un hogar que se le acerque ni de lejos.

Subo las escaleras con la bolsa hacia la habitación de Roman, pero me detengo al pasar junto a la de Sasha. Su puerta está entreabierta y la oigo moverse al otro lado. Quizá debería acercarme a hablar con ella.

Dejo la bolsa en el suelo y llamo a la puerta entreabierta de Sasha —. Eh, Sasha —digo—. ¿Te importa si hablamos un momento?

Hace una pausa y luego: —Claro, pasa.

Abro la puerta. Ella está junto a la ventana, sigue con la camiseta y los vaqueros, una mano sujetando la cortina mientras mira fuera. Tiene el ceño fruncido y se muerde el labio inferior. ¿Sería esto una señal de que debería preocuparme más? Si ella está claramente preocupada, ¿no debería estarlo yo también?

—¿No deberías estar vistiéndote?

—Sí —responde apáticamente—. ¿Sabes que la última vez que hubo tantos Bratva en la finca fue después de mi quinto cumpleaños? —

Me mira con la pregunta en los ojos—. ¿Te ha contado mi padre eso ya?

—Me dijo que tu madre fue asesinada —respondo, todavía algo sorprendida. A pesar del poco tiempo que he pasado con ella en estas semanas, no había pensado en cuánto sabría o no Sasha sobre mi relación con su padre. Pero, por otro lado, habrá notado lo mucho que he estado últimamente en esta casa.

Asiente, aceptando mi respuesta—. Yo estaba justo a su lado cuando ocurrió —dice—. Creo que papá piensa que lo he olvidado porque era demasiado pequeña, y como nunca hablo de ello con él... Pero, ¿cómo se olvida una de ver cómo una bala atraviesa el pecho de tu madre?

—Quizá piensa que lo has bloqueado —le digo. Ella se encoge de hombros.

—Supongo que tiene sentido. No sabes cuántas veces he deseado que fuera así.

Qué horror. No puedo imaginarme lo que debe de ser eso. Cuando pienso en la muerte de mi padre, todo ocurre en mi cabeza. Nadie jamás me dio detalles sobre cómo sucedió, dónde le alcanzó la bala ni nada por el estilo. ¿Quién haría eso con un niño?

Sasha no tuvo el privilegio de la ignorancia. Ella estuvo en primera fila. De repente, la inocencia en sus ojos ya no parece tal. Ahora se ve cansada y envejecida.

Vuelve a mirar por la ventana, con la mano sujetando suavemente la cortina blanca translúcida—. Por si te preguntabas por todos los Bratva que seguro viste al llegar, estamos en confinamiento o a punto de estarlo. Algo pasa y papá quiere protegernos.

La culpa me pesa como una losa en el corazón. Jamás debería haber accedido a hablar con esa maldita tiburona. Seguramente ahora no estaríamos aquí si no lo hubiera hecho.

—¿Esto pasa a menudo? —le pregunto, y ella resopla.

—No. Papá no suele dejar que esas cosas invadan mi día a día. Le gusta que sea una adolescente normal... —Se le apaga la voz y, suavemente, musita—: sea lo que sea eso.

Se vuelve a quedar callada y por un momento pienso que quizá está bien. No está llorando. Desde luego, no se ha hecho pedazos. Simplemente está sumida en sus pensamientos. Supongo que yo también lo estaré cuando termine de deshacer la maleta.

—¿Sabes qué está pasando? —me pregunta.

—No... estoy segura —balbuceo, sin saber cuánto debería contarle, si es que debo contarle algo. Decido optar por lo que está en todas las noticias—. Anoche registraron el club. Seguramente tenga que ver con eso.

—Ah. Por eso el tío Ares me lleva hoy al colegio en vez de al club — Hace una pausa y luego se gira hacia mí, arqueando una ceja con escepticismo—. Pero los clubes de striptease son legales. ¿Por qué lo asaltaría el FBI?

Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa tímida.—Lo siento, Sasha, pero sé lo mismo que tú. Anoche estaba aquí contigo, ¿recuerdas?

—Ya, pero... ¿no te contó nada de lo que pasó? ¿Nada de nada?

—No, la verdad es que no. —Uf, eso me hace sentir sucia, pero no puedo contarle la verdad. Ni siquiera yo tengo toda la historia—. Mira, pase lo que pase, ¿por qué no intentas no comerte mucho la cabeza? Seguro que lo mejor es vestirte como dijo Ares y prepararte para el cole.

Ella suspira y se aparta de la ventana.—Hoy va a ser un asco. Estar bajo vigilancia sin levantar sospechas en el colegio significa que voy a tener escolta todo el día. ¿Sabes lo que es estar en clase y mirar por la ventana y ver a un tío lleno de tatuajes mirándote desde su

coche o simplemente de pie, plantado en la acera? Esa va a ser mi vida cada día hasta que todo esto pase.

Se acerca a su cajón a buscar ropa y yo lo interpreto como la señal para dejarla sola.—Al menos estaré aquí cuando vuelvas —le digo—. Tengo la sensación de que pasaremos mucho tiempo juntas mientras tu padre se ocupa de este lío. Quizá esta tarde podamos ver alguna película antigua o algo así.

Me sonríe de vuelta. Es una sonrisa cálida y reconfortante.—Sí —dice ella—. Suena bien.

Salgo de su dormitorio y vuelvo a arrastrar mi maleta hacia la habitación de Roman. Llego, dejo la maleta junto a la cama y cierro la puerta... y ya estoy sola.

Nunca debería haber hablado con Rastelli. De algún modo, eso ha sido el detonante de todo esto. Me niego a creer que no está todo relacionado de alguna manera. También se me ocurre que quizá ella ni siquiera sabía nada de la reunión de Roman. No tengo detalles sobre quién está en la cárcel, o muerto, o si siquiera han encontrado algo que justifique que nos tengan cerrados. Nadie me ha llamado y Roman está fuera 'encargándose' de todo. No tengo ni idea de qué más puede estar pasando.

Pero no me parece nada descabellado pensar que quizá Rastelli hizo esto solo para demostrar que podía. Tiene que haber conseguido una orden para hacer lo que hizo, pero ¿acaso es tan complicado lograrlo? Ya sabía perfectamente quién era Roman. Quizá solo le dijo a un juez que quería hacerlo y con eso le bastó.

La última vez que hablé con ella, le dije que no quería seguir con esto. Parecía muy segura de que no me quedaban más opciones *que* cooperar. Me cuesta creer que lo que pasó anoche no fuese un ajuste de cuentas.

Mierda. Mierda. Mierda. Seguramente ni siquiera sea la última vez que nos pase algo así. Seguro que le sigue la pista a todas las

propiedades de Roman. Quizá tenga pensado asaltarlas todas. En cuanto corra la voz de que el Kitten's Paw y el resto de propiedades de Roman están en el punto de mira, la gente dejará de venir. Y si la gente deja de venir...

Es una puta mierda. Tengo que hablar con ella. Tengo que hacerle entender que esto no puede hacerlo. Que debe dejarme en paz a mí y al club. No puedo permitirlo.

Doy un paso hacia la puerta y me detengo. Si intento salir, Ares insistirá en venir conmigo. Roman no va a querer que salga sola por ahí. Tendré que esquivar a su gente si quiero salir de la propiedad.

Salgo del dormitorio y me acerco de puntillas hacia las escaleras, lo justo para poder ver el salón de abajo. No hay nadie en la planta baja en este momento. Probablemente puedo escabullirme por la cocina sin que nadie lo note.

Bajo las escaleras, observando y escuchando con todos los sentidos alerta. Al pasar por el vestíbulo, veo la silueta de Ares recortada por el cristal de la puerta principal. Sigue esperando a Sasha. Incluso si me ve salir, no podrá seguirme y llevar a Sasha al colegio. Eso me dará algo de tiempo para escaparme.

Cruzo rápidamente la cocina, salgo por la puerta de atrás hacia la terraza. Todavía tengo que rodear la casa hasta donde está aparcado mi coche, pero eso no debería llevarme más que unos minutos. Prácticamente echo a correr cruzando el césped hasta la esquina más alejada de la casa. Doblo la esquina y sigo por un sendero medio cubierto de maleza hasta llegar a la entrada principal. Hay varios coches aparcados en fila... pero el mío sigue al fondo. Anoche lo aparqué a unos pasos de la puerta principal, dejando sitio para que Roman aparcara al llegar. Mi coche está en la posición perfecta para salir directo... así que eso hago. Me acerco a mi coche, me subo por la puerta del copiloto y me deslizo al asiento del conductor.

En cuanto arranque el coche, sabrán que me estoy yendo. Cuando vuelva, Roman va a estar furioso conmigo por hacer esto... pero ese será un problema para más adelante. Ahora mismo, tengo que arreglar todo este lío.

Arranco el coche, meto la marcha y salgo por la entrada circular. Al pasar junto a la puerta principal, veo a Ares bajando las escaleras a toda prisa, con la vista fija en mi coche. Ya estaré lejos antes de que pueda alcanzarme.

22

ROMAN

—Juro que no he dicho nada. ¡Ni siquiera conozco a ningún agente del FBI!

Junie está sentado en la silla, las lágrimas luchando por salir de su ojo hinchado. El labio inferior le cuelga, grueso y sangrante, y un lado de su cabeza empieza a amoratarse por mis repetidos puñetazos.

Yo sigo ahí delante de él, frotándome los nudillos doloridos mientras le miro desde arriba. Cuando se me pase la adrenalina, el brazo me va a arder. No creo que vaya a tener oportunidad de descansar y recuperarme a corto plazo. Todavía quedan muchas cosas por hacer y cabezas que golpear.

Llevamos en este sótano buena parte de la mañana, y Junie lleva aquí toda la noche. Tras esconder las armas, mandé a Ares e Ivan a descubrir al topo. No tardaron en señalar a Junie, que fue el único al que detuvieron y soltaron solo un par de horas después. Era una señal de que no tenían nada contra él, o de que había llegado a un acuerdo con ellos. En cualquier caso, ahora mismo es el mejor candidato. Por lo que yo sé, pudieron llegar antes a él y ahora solo querían que pareciese legítimo, así que le arrestaron.

Sea como sea, estamos a punto de descubrir la verdad. Hay que reconocerle algo al tipo. A pesar de sus lloriqueos, Junie ha aguantado esta paliza como un hombre hasta ahora. La mayoría ya se habrían desmayado.

Oigo a Ivan suspirar detrás de mí. En ruso, dice: "I think he'ha orinado encima."

Miro sus vaqueros y veo cómo crece una mancha húmeda en la entrepierna. —¿Tienes miedo? —le pregunto—. ¿Te preocupa que te mate a golpes?

Todo su cuerpo empieza a temblar y asiente. —Por favor —murmura, la saliva cayéndole de la boca ensangrentada—. Te lo juro, no he sido yo. No he hablado. *No* hablaría.

—Cuéntame de nuevo lo que viste —le digo mientras me acerco a la mesa detrás de él. Ivan ha traído varios instrumentos de tortura solo para esta ocasión: alicates, una podadora, un martillo de bola… y un trapo. Cojo el trapo y me limpio la sangre de los nudillos.

—Estaba de pie en la puerta —dice él—. Como todas las noches. Revisaba carnés y vigilaba que no hubiera problemas.

—¿Y después?

—Entonces vi todas las luces y... y corrí. Solo corrí.

—Ajá. —Me acerco de nuevo y me inclino hacia su cara—. Te arrestaron y luego te soltaron. ¿Algún motivo por el que el tuyo fuese mucho más rápido que el de los demás?

—No tenían nada —dice, la voz quebrándosele en sollozos—. Yo no he sido un chivato, señor Orlov. Tiene que creerme.

—Convénceme. Me encantaría oír—

Oigo cómo suena el móvil de Ivan. Suspiro y le miro por encima del hombro. Él se lleva el móvil al oído, hablando en voz baja mientras

me mira con gesto de disculpa. ¿Cuántas veces le he dicho que no lleve el móvil encima cuando estamos trabajando?

Ahora me he distraído. Uf. Problemas y más problemas. —Aguanta ese pensamiento —le digo a Junie. Camino hacia Ivan justo cuando cuelga—. Mejor que hubiese sido Dios mismo.

—Era importante —responde—. Ares ha pedido a Boris que lleve a Sasha a la escuela.

Frunzo el ceño. —¿Por qué?

—Tu… encargada se ha ido, por lo visto. Él ha ido tras ella.

Eso me desconcierta. ¿Se ha ido? ¿Qué significa eso? —¿Se ha marchado?

—Al parecer, sí.

Eso no tiene sentido. Ember estaba de acuerdo con mudarse. Sabía que yo quería que estuviera protegida en todo momento. ¿Qué está haciendo?

—Llámale de nuevo. —Va a buscar su móvil, pero le agarro de la muñeca—. Sube y llama desde arriba. Dile que averigüe exactamente adónde va.

—Sí, señor.

Se marcha y yo vuelvo junto a Junie. —¿Por dónde íbamos?



OTRA HORA dándole a Junie hasta que por fin pierde el conocimiento... y aun así, nada. Me limpio las manos mientras le observo, inclinado, la boca entreabierta mientras la sangre gotea al hormigón bajo sus pies. La cara le parece carne picada, pero sobrevivirá.

No es el topo. Miro el resto de herramientas sobre la mesa metálica que podría haber usado con él, pero ya no veo necesario hacerlo. Al final, solo lloraba mientras le molía a palos, deshaciéndose en una mezcla inservible.

Muchos aguantan palizas así... pero normalmente no me suplican que pare durante todo el tiempo. Suelen ser los que me escupen a la cara y juran que en cuanto se liberen, me van a destruir.

Miro su cuerpo inerte con algo de remordimiento. Lo siento, Junie. A veces hay que romper huevos para encontrar un topo.

Subo las escaleras y entro en la casa. La puerta del sótano da directamente a mi cocina, donde encuentro a Ivan sentado en la isla, tomando un café. Se incorpora al verme, señalando su taza.—Espero que no te importe. Ha sido una mañana larga.

Echo un vistazo a la cafetera medio llena. Al menos ha dejado algo para mí.—No pasa nada —digo, yendo hacia los armarios a por mi taza—. ¿Hay novedades de Ares?

—No. Lo último que dijo fue que ella iba hacia el oeste por Main.

Hacia el oeste por Main. Esa calle atraviesa toda la ciudad y sale del pueblo. Sé que no ha decidido escaparse así sin más. No me lo creo. Me sirvo el café, dándole vueltas en silencio.

—Junie no es el topo, ¿verdad? —pregunta Ivan.

—No, no lo está.

—¿Queda algo de él ahí abajo?

Doy un sorbo a la taza y hago una mueca. Esto está fuerte de cojones. —Sí —le digo—. Vivirá. Pero va a necesitar un médico, así que…

—Yo me encargaré —dice él. Da un sorbo a su café en silencio durante un momento, y luego añade—: Roman, no quiero

preguntarte esto, pero ¿has considerado a todos los forasteros del club?

—Por supuesto que sí —respondo, algo indignado—. He hecho los arreglos necesarios para que suelten a todos los que están en la cárcel en cuanto fijen la fianza. Cuando salgan, empezaremos a dar vueltas.

—Bien. ¿Y tu encargada?

—¿Qué pasa con ella?

Él inclina la cabeza hacia mí con complicidad.

Una llama de ira me sube por dentro. —No.

—¿Ni siquiera te lo has planteado? Con todos mis respetos, Roman, todos hemos visto lo que pasa cuando un Pakhan deja que su khuy tome decisiones. Eres más listo que todo eso. No considerarla…

—Ella no es la topo —digo firme—. Y no pienso tolerar ni una insinuación de que lo sea.

Él se pone tenso y deja la taza en la encimera. —Entiendo que puedas tener sentimientos fuertes hacia ella. Pero enfoquemos esto tácticamente. Si estuviéramos en guerra con otra Bratva y quisieras infiltrarla, ¿no sería este el mejor método? De todas las formas que hay para acercarte a otro Pakhan, una mujer tiene que estar en lo más alto de la lista. Es una debilidad universal, ¿verdad?

Oigo lo que dice, pero eso no significa que me guste. —Ella no es una debilidad —le contesto, esforzándome por mantener la voz neutra.

—¿No lo es? Parte de la razón por la que estamos aquí sentados, encerrados, es por la redada, ¿no? Es un insulto a lo que significa ser Bratva que nos estemos escondiendo. ¿Por el FBI? ¿Desde cuándo tememos a la ley?

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —gruño. —Déjalo ya, ¿de acuerdo?

Él levanta las manos en señal de rendición. —Vale, lo siento. Solo te pido que pienses con cabeza fría, nada más. En esta vida, no se puede confiar en nadie. A veces, los enemigos visten rostro de amigo… o incluso de amante. No quiero verte caer por las acciones de una extraña.

Le lanzo una mirada fulminante. —Lo tengo bajo control. No te preocupes de eso.

—Sí, señor.

—Encárgate del desastre de abajo, por favor. Estaré en mi despacho. —Salgo de la cocina sin decirle nada más.

Llego al despacho y me dejo caer en el sofá, tomando otro sorbo de café. Por mucho que me gustaría quitarle importancia a las preocupaciones de Ivan, tiene razón. Una jodida buena razón. Lo que acaba de decirme, yo mismo se lo habría dicho a otro en su lugar. Las mujeres son las mejores infiltrándose en una Bratva porque siempre nos pillan con la guardia baja.

Es la mayor trampa del mundo, en realidad. Si evitamos a las mujeres, corremos el riesgo de que se cuestione nuestra hombría. Deben de existir una docena de palabras en ruso y en Fenya para ese tipo de debilidad y ninguna es favorable. Un Pakhan que no folla es peor que uno que no sabe defenderse. Es peor incluso que un hombre sin brazos ni piernas.

Así que dejamos que esas mujeres entren en nuestras vidas, corriendo siempre el riesgo de que nos vendan al mejor postor. La cuestión no es si debo o no creer que una mujer podría traicionarme, sino si Ember sería capaz de hacerme algo así.

Creo que la conozco. Es noble hasta la exageración y, sobre el papel, la clase de mujer más equivocada para mí y para esta vida. Pero cuanto más tiempo estamos juntos, parece que nuestras brújulas

morales empiezan a sincronizarse. Yo soy algo más gris de lo que era y ella se ha oscurecido un poco. Nos estamos convirtiendo en algo nuevo los dos. Algo que no se puede definir dentro de este mundo.

Me estoy poniendo poético, pero no por ello deja de ser verdad.

Al menos, esa ha sido mi percepción. No me gusta la idea de poder estar equivocado en todo. Al fin y al cabo, ella no está aquí. Y lleva fuera por lo menos una hora.

Saco el móvil del bolsillo y lo enciendo. Ares sabía que estaba ocupado, así que llamó a Ivan. Debería mandarle un mensaje para avisarle de que tengo el teléfono operativo de nuevo.

Oye, escribo. *Llámame cuando la localices.* Dudo un momento. Puede haber mil razones por las que se haya ido. Debo dejar claro que no quiero que le hagan daño.

Cuando la encuentres, añado, *no le pierdas de vista y asegúrate de que vuelve entera.*

Envío el mensaje y dejo el móvil en la mesa de centro.

Una hora fuera. La última vez fue vista yendo hacia el oeste por Main. Hay restaurantes, tiendas, muchos sitios en los que debería estar ahora mismo. Un millón de posibilidades.

El móvil vibra. Es Ares llamando. Una sensación nauseabunda me revolotea por dentro mientras descuelgo.

—Hey —dice—. Acabo de ver tu mensaje. ¿Junie?

—No es nuestro hombre. —Casi no quiero preguntarlo—. ¿La has encontrado?

—Sí. La estoy viendo ahora mismo. Está sentada en una cafetería a un kilómetro más o menos de la salida de la ciudad con Michelle Rastelli.

Rastelli… ? No. No puede ser. —¿La agente Rastelli? ¿FBI?

—La misma.

Me quedo sin palabras. Llevamos casi un año sabiendo de Michelle Rastelli y su puta unidad. Ha sido responsable de al menos tres detenciones de los míos en ese tiempo. Antes se decía que todo Bratva acaba teniendo un demonio rondando si hace las cosas bien. Ese demonio suele venir con forma de FBI.

Ember está reuniéndose con una agente del FBI. Ivan tenía razón. Me han pillado por sorpresa. Joder. Ni lo vi venir. Debería haber sabido que intentar meter a alguien tan recto en nuestro círculo era una locura. Maldita sea por no darme cuenta antes.

—¿Cómo quieres que lo maneje? —pregunta Ares. La pregunta más sencilla y aún así con docenas de respuestas posibles. Ares es un ejecutor muy bien entrenado y uno de los mejores asesinos que he conocido. Si le dijera que se encargue de las dos, no solo lo haría sin dudar, sino que lo haría rápido y sin levantar sospechas en una cafetería llena antes de que nadie se diese cuenta de nada.

Como Pakhan, tengo el deber de dar esa orden. Mi deber es proteger a los hermanos.

No puedo. Ni siquiera cuando está tan jodidamente claro. Tal vez sigo en estado de shock, aferrándome a la esperanza de que Ares necesita unas gafas. O quizá necesito que Ember me mire a los ojos y me diga que estos últimos meses juntos no han significado absolutamente nada. No será real hasta que suceda.

—Tráela aquí —le ordeno y cuelgo. Necesito que me lo diga a la cara. Necesito escuchar de sus labios las palabras.

Y entonces… tendré que arrancarme el corazón con mis propias manos.

23

EMBER

Esta puede ser la primera vez desde que llevo reuniéndome con Rastelli en este restaurante que lo veo así de lleno. El aparcamiento está a rebosar de coches y desde aquí parece que no hay ni una sola mesa libre. Salgo de mi coche, y algo me dice que eche un vistazo alrededor, por si acaso. No veo ni coches ni caras conocidas. Estoy bastante seguro de que nadie me ha seguido.

Como ya he dicho, salí de allí demasiado rápido para que Ares pudiera seguirme, y gracias a Dios por ello. Ni siquiera quiero imaginar qué pasaría si me encuentra aquí.

Entro en el restaurante y me golpea una cacofonía de sonidos. Docenas de conversaciones, el chisporroteo de la comida friéndose en la cocina, platos y cubiertos entrechocando. Y el olor a tortitas dulces y bacon flotando sobre la sala.

Miro a mi izquierda, al sitio donde solemos vernos. Ella está sentada allí con una taza de café delante, sonriéndome expectante. Mi estómago se revuelve en cuanto veo esa sonrisa tan maternal. Ojalá tuviera un cuchillo para arrancársela de la puta cara.

Me acerco y me siento. —¿Qué coño habéis hecho?

Me mira sorprendida, con una pequeña sonrisa, y dice: —Bonita manera de saludar. Creía que tu padre te había enseñado mejores modales—

—Registrasteis mi club —escupo, inclinándome hacia ella—. Te digo que quiero salir de este trato y vuestra respuesta es joderme el medio de vida, ¿estáis locos?

Ella me observa, y su sonrisa se apaga un poco. —¿Tu medio de vida? ¿Te refieres a tu trabajo? ¿No eras tú quien lo llamó así? "Solo es un trabajo", ¿verdad?

—Allí no había nada —hago todo lo posible por decirlo en un tono lo bastante bajo para que las mesas de al lado no nos oigan—. Te dije que no pasaba nada en el club. Te dije que no sabía nada. ¿Por qué no puedes dejarme marchar y olvidar esto?

—Porque, resulta que sí pasaban muchas cosas en tu pequeño club. Al menos, anoche las hubo. —Da un sorbo a su taza, entrecerrando los ojos, y luego mete la mano debajo de la mesa y saca una carpeta manila, abriéndola.

—Echa un vistazo —dice, desplegando fotos de la escena del crimen ante mí—. Imágenes del callejón trasero con cuerpos tendidos en charcos de sangre. La mayoría llevan equipos tácticos y chalecos antibalas. Uno tenía un agujero de bala en la cabeza y sus ojos muertos miraban al infinito.

Me estremezco e intento apartar la vista. Ella desliza otra imagen hasta mí. Un hombre corpulento con traje de negocios, boca abajo sobre el asfalto, con un charco de sangre de un rojo oscuro y brillante bajo él.

—Vaya, fíjate en eso —dice ella—. Parece que sí pasaban bastantes cosas en tu club, después de todo. Este de aquí es Joseph Anthony Abate. Era uno de los jefes de la familia Cantinelli. Recibió una bala en la garganta. Probablemente cortesía de tu novio.

—¿Cómo sé que esto es real? —digo apretando los dientes—. Harías cualquier cosa por asustarme para que vuelva a pasarte información, ¿verdad?

Ella ladea la cabeza mientras yo me recuesto despacio, intentando no dejar ver el escalofrío que me ha recorrido, pero es demasiado tarde. Se ha dado cuenta de que estoy descolocado. —¿Cómo está tu novio esta mañana? Seguro que está bastante cabreado de que nos cargásemos el trato que tenía con Abate.

Así que lo sabía desde el principio. No sé si eso lo empeora o lo mejora. Sobre todo porque esa información no la ha sacado de mí.

—Bueno —digo—, realmente no me necesitáis, ¿no? ¿Cómo supiste que tenía una reunión con alguien?

—Un pajarito me lo contó.

—*Yo* nunca te lo dije.

—No he dicho que fueras tú el pajarito —dice entre risas—. Pobre alma ingenua. Dejaste muy claro cuál era tu postura. Ya no quieres ayudarnos y, la verdad, a mí no me importa. Pediste marcharte y puedes hacerlo. Resulta que ya no te necesitamos.

Me limito a quedarme mirándola, confuso. —¿De qué demonios hablas? Dijiste—

—¿De verdad pensabas que eras la *única* persona a la que habíamos pinchado? —pregunta ella soltando una risita—. Ay, por Dios. Poner una trampa de miel para un mafioso es solo una forma de cazar al gato. Los confidentes los hay de todos los colores y tamaños.

Alguien más. Alguien más le ha delatado. —¿Quién? ¿Quién era tu confidente?

Ella da un sorbo a su café en silencio, sin dejar de mirarme con esa expresión tan exageradamente agradable.

—¿Quién ha sido? —le siseo—. Dímelo.

—¿Por qué iba a contártelo? ¿Para salvarte de la acusación segura a la que te vas a enfrentar cuando tu novio descubra que has estado teniendo estas charlitas conmigo? —Se inclina hacia mí y me mira con desprecio—. No te debo absolutamente nada, Ember. Tú fuiste quien dimitió.

Me empiezan a temblar las rodillas, no sé si de miedo o de rabia. Ahora mismo no lo distingo. —Si Roman se entera de que uno de los suyos es el topo de verdad, ¿sabes lo que les va a hacer?

—Sí. Sé perfectamente lo que hará y por eso no pienso dejar que vuelvas corriendo a contárselo. Ahora eres la enemiga, cariño. Te has dejado embaucar y has decidido ponerte del lado del diablo. Y esto funciona así: protejo a mi fuente… no a los criminales que tenemos que encerrar. Lo siento, querida, pero vas a tener que apañártelas sola.

No me lo puedo creer. No tengo nada. Mientras me siento aquí, en un silencio lleno de rabia, ella termina su café.

—Este sitio está bastante lleno —dice—. Mucha gente que podría reconocer a alguna de las dos, ¿eh?

Un frío temor me recorre el cuerpo cuando la oigo decir eso. Miro a mi alrededor rápidamente. No veo a nadie de la Bratva de Roman. Pero claro, tampoco conozco a todos y cada uno de ellos. No sé cuántos hombres tiene realmente Kostromo ni hasta dónde llega su influencia.

—Tienes cara de asustada —dice, completamente seria—. No puedo culparte. Yo estaría aterrada. Supongo que es el precio que se paga por elegir el bando equivocado, ¿no?

No respondo. Qué zorra. Qué zorra más horrible y repugnante. Y ahí se queda, sentada, poniendo esa falsa cara de compasión. Maldita psicópata.

—No soy completamente desalmada —dice con un suspiro—. Escucha, bromas aparte, todavía podemos protegerte si quieres. Si

te vienes conmigo ahora mismo, puedo meterte en protección de testigos. Solo tienes que—

—No —respondo simplemente.

Parpadea, atónita por mi respuesta—. ¿No? ¿En serio?

—Eres una persona vil y despreciable —digo, la voz temblorosa mientras me arden los ojos de rabia y lágrimas—. Aunque fuese tan imbécil como para aceptar tu oferta, no puedo confiar en ti. Roman tenía razón. La ley está llena de víboras. Tú eres la peor de todas.

—De verdad deberías aprender en quién puedes confiar en este asunto, Ember.

—¿Y se supone que debo confiar en ti? —Mi voz es aguda, descontrolada, al borde de gritar o romper a reír histéricamente—. ¿Tengo que creer que de repente te importo de verdad? ¿Y si hoy alguien me ve y corre a avisarle? Estoy jodida, y nadie lo sabe mejor que tú.

La fachada desaparece. Ya no es comprensiva ni maternal. Ni siquiera sonríe de forma malévola. Se limita a mirarme con los ojos vacíos, como si alguien hubiera apagado el interruptor de su interior —. Sería una verdadera pena que le llegase a él la noticia de que nos hemos visto hoy —dice de forma insípida—. Pero si insistes en quedarte de ese lado de la línea, ¿qué puedo hacer? —Saca su cartera y paga el café, después recoge todas las fotos y las mete en el sobre.—En fin. Mucha suerte, Ember. Intenta cuidar de ti misma, ¿eh?

Se marcha y, de repente, siento que estoy colgando al borde de una rama, girando al ritmo del viento y esperando solo esa ráfaga fuerte que me empuje de una vez al vacío.

¿Qué hago? ¿Cómo salgo de esta? Me he largado de casa a la carrera. Seguro que ahora mismo todos me están buscando. ¿Y qué le digo a Roman cuando vuelva? ¿Puedo *alguna vez* decirle la verdad?

Le he pedido muchísima sinceridad, y ahora tengo que ocultar la mayor mentira que jamás le diré. Esto no es algo que pueda perdonar nunca.

Me levanto de la mesa. Supongo que tengo una hora para pensar cómo hacerlo. Solo sé que, al menos por ahora, Roman no puede enterarse de esto. No creo que lo entienda ni que vuelva a confiar en mí si llega a saberlo algún día.

Lo que sí sé es que, seguro, hay alguien dentro de la hermandad que quiere llegar hasta él. Quizá pueda encontrar la forma de contarle, al menos, eso.

Salgo del bar y me dirijo al coche, ajena a lo que ocurre a mi alrededor. Él estará allí cuando yo vuelva, de eso estoy segura. En el fondo, casi espero que no esté—

Alguien me agarra del brazo y, de repente, me arrastra. Miro y veo que es Ares, caminando a mi lado y tirando de mí mientras avanzamos juntos.

—¿Ares? ¿Qué—?

—Sigue andando —dice—. Te llevo de vuelta a casa de Roman.

Mierda. Joder. Intento mirar hacia atrás y él tira de mi brazo para que siga adelante.

—No hagas eso. Mira al frente, ¿vale?

—Escucha, no estaba haciendo lo que piensas. Déjame explicar—

—Nada que explicar —dice, negando con la cabeza de manera tranquila. Caminamos hasta su coche; me indica que suba al asiento del pasajero y abre la puerta.—Entra.

Joder. Mierda. Me ha visto hablando con Rastelli. Joder. Me fulmina con la mirada cuando no me muevo.

—¿Vas a ponérmelo difícil?

Me empiezan a temblar las rodillas. Estoy jodida. Entro en el coche. En cuanto estoy sentada en el asiento del pasajero, se cierran los seguros. Veo cómo rodea el vehículo y abre la puerta del conductor.

Mientras se monta, los ojos me escuecen. Al menos me lleva de vuelta—sin duda, por orden de Roman. Pienso que, si Roman hubiera querido matarme, ya lo habría hecho.

¿Pero esto es mejor? Madre mía. ¿Cómo salgo de esta ahora?

24

ROMAN

Oigo cómo el coche se detiene y ya estoy yendo hacia el vestíbulo.

En la hora que ha pasado desde que Ares llamó, me he tomado unas copas para calmar mi enfado. Pero no está funcionando realmente. Sigo furioso.

La puerta se abre y ella entra con Ares justo detrás. Mira hacia el suelo, incapaz de mirarme a los ojos. Es la postura más culpable que he visto en mi vida.

No me lo puedo creer. Ha sido ella quien me ha estado delatando a los federales. Todo este tiempo… no significó nada. Solo estaba jugando conmigo para traicionarme.

—Déjanos —le ordeno a Ares. Sin decir una palabra, él obedece y se marcha por la puerta principal. Yo simplemente la fulmino con la mirada, esperando a que hable. Que me pida alguna excusa de inocencia. Pero no lo hace. Se queda allí, mirando al suelo, como una niña castigada.

—¿Dónde estabas? —pregunto.

Ella toma aire y responde: —Sabes dónde estaba.

—Quiero oírtelo decir. ¿Dónde estabas, Ember?

Tarda una eternidad en contestar. Cada segundo que pasa, la rabia me sube por dentro. Por fin, habla despacio, como si desactivara una bomba: —Sea lo que sea lo que pienses… Te juro que nunca te he traicionado.

—¿"Júrame"? ¿Jurar? ¿Tienes idea siquiera de lo que significa esa palabra?

—Roman…

—¡Te estabas reuniendo con un federal, Ember! —le grito—. ¡Un puñetero agente federal! Todo este tiempo, yo pensaba que te estabas acercando a mí. Que estábamos enamorándonos… —me detengo. No. No voy a pronunciar esa palabra. No aquí. No delante de ella—. Pensaba que lo nuestro era real.

—Lo es.

—¡No lo es! No cuando me das la espalda y corres a delatarme a Rastelli. Solo dime una cosa. ¿Cómo demonios supiste siquiera de la reunión con Abate? Jamás hablé de eso contigo. ¿Cómo lo supiste?

Ella levanta la vista hacia mí, con los ojos azules asustados y llenos de lágrimas.

—¡RESPONDE!

Ella pega un respingo y se aparta de mí, temblando. Lágrimas gruesas le ruedan por la cara. —No se lo dije. No le conté nada.

—No te he preguntado eso—

—Sé a lo que te refieres —dice, alzando la voz—. Jamás le dije a Rastelli nada sobre la reunión ni nada sobre ti ni sobre la Bratva. No fui una chivata.

—Eres una maldita mentirosa —digo.

—No te estoy mintiendo, Roman. Te lo juro—

—Ares te vio reuniéndote con ella en una cafetería —gruño—. Ni siquiera niegas que has estado hablando con ella. ¿De verdad quieres que me crea que no eres una *krysa?*

—Ella quería que delatara, ¿vale? —Las lágrimas empiezan a desbordarse por su rostro—. Y hace un par de meses… Hace un par de meses creí que tal vez lo haría. Que era lo correcto. ¡No quería ser la encargada de un jodido bar de la Bratva, Roman! ¡Nunca he soñado con formar parte de esta mierda! ¡Tú me arrastraste!

—Tampoco es que te resistieras mucho, Ember. No actúes como si yo hubiera agitado mi varita mágica de oro y no te hubiera quedado otra que seguirme. Viniste a mí por voluntad propia.

—¡Lo sé! —grita ella, la voz al borde del llanto—. Pero al principio no era así. Yo… jamás pensé… —Se detiene y se limpia una mejilla empapada con el dorso de la mano—. Cuando las cosas se pusieron serias entre nosotros, le dije que no quería saber nada más. Que no iba a ser su maldita soplona nunca más.

—¿De verdad?

—¡Sí! —me ladra, con los ojos muy abiertos, llenos de una intensidad feroz y endemoniadamente atractiva. No me extraña que empezara a enamorarme de ella—. Le dije que quería largarme y, a cambio, ella hizo una redada en el club. Y hoy, no podía dejar de pensar que haber hecho aquello causó todo esto y me sentía culpable, ¿vale? Solo fui a verla para decirle que se largara de una vez por todas.

Sus palabras son tan apasionadas que casi me las creo. Doy un paso atrás y digo: —Coge tus cosas y lárgate de mi casa.

Se queda helada, pasmada. Antes de que pueda decir nada más, añado: —No quiero oír tus excusas ni tus mentiras. Da gracias que solo te estoy diciendo que te vayas y no que te ejecuten. Fuera. Ahora.

Me doy la vuelta y me marcho. De regreso a mi despacho y mi copa. Si no vuelvo a verla, será demasiado pronto.

No llevo ni unos instantes en el despacho cuando oigo la puerta abrirse a mi espalda. Me giro y la veo allí plantada.—¿Estás sorda? —le suelto—. Te he dicho—

—Te he oído —dice, acercándose a mí—. No me voy a ir tan fácilmente, Roman. Vas a escucharme.

—No tengo por qué escucharte. ¿Lo entiendes?

—Podrías hacer que me mataran, sí. Eso lo tengo claro. De hecho, es lo único que siempre he entendido de esta relación. Eres un monstruo. Eres el gran lobo feroz. Entendido.

Se planta justo delante de mí, encarando mi rostro—. Toda esta charla sobre que soy una chivata y te olvidas de algo muy importante. Jamás traicionaría al hombre al que amo. Jamás.

Parpadeo, confundido. *¿Amor?* Me aparto de ella en dirección a mi carrito de bebidas.—Tú no me amas.

—¿Y por qué crees, si no, que estoy aquí ahora mismo? Con lo que me gruñes amenazas, desde luego que no es por mi salud.

La ignoro mientras tomo un vaso limpio para mi licor. Se acerca a mí, y sus ojos van y vienen de mi cara a mis manos mientras preparo otra copa.

—¿Cuántas llevas ya?

—Eso no es asunto tuyo. Ya no.

—¿Estás borracho?

Estrello el vaso contra el carrito y suena con una docena de tintineos como una lámpara de araña colgante.—¿Y a ti qué te importa? —le espeto. Ella vacila, pero aún puedo ver la determinación en sus ojos.

—Escúchame, Roman. No soy la rata entre los tuyos. Alguien le contó a Rastelli lo de la reunión con Abate, pero no fui yo.

—De verdad que estás colmando mi paciencia, Ember.

—¡Bien! Quizá si aprieto lo suficiente, empieces a escucharme. No soy tu enemiga. Jamás te haría daño de esa manera. Hablé en serio, Roman. Estoy enamorada de ti. Jamás—

—No vuelvas a decir eso —le gruño—. No tienes ni idea de lo que significa amar a un hombre como yo. No tienes lo que hace falta para estar a mi lado cuando todo el mundo te diga lo contrario. No tienes el estómago para aguantarlo.

Eso le duele y, al hacerlo, a mí también. Sé que acabo de cruzar una línea. El labio inferior le tiembla, pero se endurece cuando recupera la compostura.—Estás lleno de mierda, Roman.

Pongo los ojos en blanco.—Lo que tú digas.

—Y encima te escaqueas. No perderías el tiempo conmigo si pensaras que algo de eso es verdad. Ya estaría muerta si de verdad lo creyeras. —Hace una pausa, me observa, las comisuras de su boca se estremecen.—De hecho, creo que tú también me quieres.

—Creo que deliras.

—Perfecto. Dímelo a la cara, entonces. Dime que no me quieres. Que todo esto no ha sido más que un rollo sin importancia y que intentas salvarme la vida solo por pura "bondad". Hazlo y me iré. Me marcharé sin decir ni una palabra más.

Me burlo de ella.—Solo quieres provocarme.

—Lo que quiero es que entres en razón. Dime que no me quieres.

La forma en que me mira, desafiándome... Bebo de mi copa y la dejo a un lado.—Vete.

—No.

—Ember.

—Acabo de darte la manera más sencilla de librarte de mí y no eres capaz, ¿verdad?

La miro a los ojos y el hielo que hay en ellos derrite algo en mi interior. No soporto estar haciéndole daño. No soporto tener que alejarla. No puedo más con que el amor, o lo que sea esto, no sea suficiente al final.

—No voy a repetírtelo —dejo mi copa y me acerco a ella. Ella cruza los brazos con desafío.

—Hazme marchar, Roman.

Estando tan cerca de ella, sintiendo su aura de fuerza mezclada con el dulce aroma de su piel, me remueve por dentro.

Sigo enfadado con ella. De hecho, estoy furioso. Pero también estoy muy excitado ahora mismo. Sexy se queda corto para describirla. Quiero su sumisión tanto como quiero su carácter. Ahora mismo deseo cada parte de su cuerpo.

Ella lo percibe. Inclina la cabeza un poco hacia mí y, con un tono bajo y sensual, dice—. He dicho que me hagas marchar.

La agarro del brazo y la giro, atrayéndola hacia mí mientras le sujeto los brazos a la espalda. Ella jadea, sorprendida, y mientras me inclino sobre su cabello, me deleito con su dulce fragancia. Le gruño al oído—. Siempre la maldita mocosa. ¿Qué se necesita para que entiendas que nadie me exige nada?

Jadeando, responde—. Solo dime que no me quieres.

—No debería tener que decirte nada —le muerdo el lóbulo de la oreja. Su respiración se entrecorta y se muerde el labio.—A estas alturas deberías saberlo, *milaya.*

Con una mano paso a sujetarle las muñecas y con la otra rodeo su cintura y le bajo la cremallera de los vaqueros.—Eres una mocosa de

mucho cuidado —le susurro mientras mi mano se desliza bajo su ropa interior. Mis dedos acarician el vello suave de su pubis y bajan hasta entre sus piernas. Encuentro los labios de su coño empapado y los acaricio despacio.

—Por supuesto que estás calada —murmuro en su oído—. Te pone cachonda ser una mocosa, ¿verdad?

No responde, así que aprieto más su muñeca. Ella gime, —Sí.

Dejo de acariciarle el coño y digo—. Esto no es nuevo para ti. Sí... ¿qué?

—Sí, Señor —susurra. Mueve las caderas para que mi mano salga un poco de su ropa interior. Le estiro la muñeca hacia arriba. Ella gime de dolor. Vuelvo a hundir la mano en sus bragas, haciendo rodar su clítoris bajo mis dedos.

La respiración de Ember se acelera y trata de no gemir. Hace todo lo posible por no disfrutarlo.

—No vengas ahora con vergüenzas. —Apoyo la cara en el hueco de su cuello y la beso en la piel.— Déjame oírte. ¿Quieres que te folle este coño?

—Sí, Señor —repite ella, con una voz entrecortada y desesperada.

—Esa es mi niña. —Deslizo mis dedos dentro de ella y le muerdo el cuello. Sus paredes se ciñen alrededor de mis dedos mientras un gemido escapa de sus labios.— ¿Te encantaría que te follara aquí mismo, eh? Arrancarte estos vaqueros, follarte ese coño perfecto y pequeñito. Respóndeme, Ember.

—Me encantaría, papi.

Sonrío contra su cuello. Mi polla presiona a través de mis pantalones contra su culo, dura como una roca y a punto de estallar. Me froto contra su trasero mientras la acaricio con los dedos. Ella se apoya en mí, mordiéndose el labio para intentar contener los gemidos. Deslizo

los dedos hasta su clítoris y empiezo a hacer círculos, una y otra vez, con la yema.

—¿Te gusta así?

—Me encanta, joder, Señor.

—Debería hacer que te corras así. Que te vengas toda en mi mano y luego te eche de aquí a patadas.

Ella deja escapar una leve risa.— Todavía no lo has dicho. No me voy hasta que lo digas.

Guau. Me detengo y la miro de perfil. Ella me lanza una mirada de reojo. Sigue desafiándome.

—Te voy a follar hasta que grites mi nombre. Te haré correrte una y otra vez, y cuando creas que no puedes más, te haré correrte más fuerte que nunca en tu vida. Y cuando ya no te quede nada, te echaré de esta casa sin dudarlo. ¿Lo entiendes?

—¿Todo eso solo por no admitir que me quieres? No creo... *¡Joder!*

Presiono sobre su clítoris con fuerza y casi se le doblan las piernas.— Otra vez te estás olvidando de tu lugar. Déjame recordártelo.

La suelto solo el tiempo justo para bajarle los vaqueros, y luego la aprieto contra la pared y me bajo la cremallera. Cuando libero mi polla, la agarro de las caderas.— Ábrete de piernas para mí, preciosa.

Ella lo hace, y empiezo a frotar mi polla entre sus muslos, presionando el glande entre sus labios y deslizándolo arriba y abajo por sus jugos.

—Suplicamelo —gruño—. Quiero oírte suplicarme por esta polla.

Tarda unos instantes. Se apoya más en mis manos a medida que se moja aún más. Por fin, gime:— Fóllame. Dame lo que quiero, por favor.

—¿Quieres que te folle duro?

—Dios, sí. *Por favor*, papi. Seré tu niña buena a partir de ahora.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Me deslizo dentro de ella, embistiéndola con fuerza. La oleada de sensaciones me cubre, su coño estrecho agarrando mi polla y obligándome a gemir.— Eres tan... jodidamente... estrecha...

La manera en que la follo, el sonido que hacen mis muslos al chocar contra la parte trasera de los suyos, sus gemidos entrecortados mientras clava las uñas en la madera de las paredes de mi despacho. Nada en el mundo podría mejorar este momento. Tengo que reducir el ritmo para no correrme demasiado rápido.

Mis manos suben bajo su camiseta, agarrando sus tetas, apretándolas. Sus gemidos rítmicos empiezan a temblar cuando me muevo más despacio, más metódico.

Ella se endereza, rodeando mi cuello con un brazo y apretando su coño contra mí. Su boca encuentra la mía y me besa, con una ansia voraz que me arrastra con ella.

—Te quiero, Roman —gime.— Joder, te quiero de verdad.

Sus palabras, la forma en que se siente, me pierdo. Me pierdo por completo en ella.— Ember...

—Dilo, papi —gime ella.— Dile a tu niña que la quieres.

—Te quiero. —Me sale sin esfuerzo. La quiero. Creo que la he querido desde hace tiempo. La agarro de nuevo de las caderas y la empujo hacia adelante, follándola duro. Necesito acabar con esto. Tengo... que acabar con esto...

Ella se corre antes que yo. Su cuerpo tiembla bajo mi agarre mientras grita mi nombre. Yo me corro con fuerza, llenándola en cada embestida.

Me separo de ella, todavía con el cuerpo vibrando. Ella no pierde el tiempo y se da la vuelta, poniéndose de rodillas delante de mí. La observo mientras me limpia con la lengua, pasando por mi miembro para lamer la mezcla de nuestro sexo. Cuando me la mete en la boca, vuelvo a empezar a ponerme duro.

Esos ojos mirándome desde abajo. Esa cara preciosa y maldita...

—Para —le digo.

Ella continúa, tomándome aún más profundo. La agarro de la cabeza y me saco de su boca.— He dicho que pares.

Me aparto de ella y, curiosamente, noto los ojos arder. Tengo que darle la espalda mientras me subo la cremallera.— Ponte la ropa, recoge tus cosas y lárgate.

Al principio no dice nada. Tal vez creyó que el sexo cambiaría las cosas... o mi confesión... No lo sé. Por fin la oigo pronunciar mi nombre.— Roman...

—No es suficiente. —La voz se me quiebra un poco. Joder. Esto no debería estar pasando así. Esta mujer no me va a romper.— Tienes que irte, Ember.

Nada. Ni un sonido, ni una palabra. Solo la sensación de sus ojos clavados en mi espalda.

—Por favor. —La palabra sale suave, pero firme.

La oigo moverse después de eso. No dice nada mientras se viste. Ni tampoco cuando sale por la puerta.

Cuando ya se ha ido, vuelvo a mi copa abandonada y me repito que así es mejor. Que tiene que ser así.

25

EMBER

No es suficiente. Probablemente es lo más doloroso que me ha dicho jamás… y Roman es capaz de tejer una red de palabras que deberían haberme destrozado. Me resulta curioso que, al final, sean solo esas tres palabras las que consiguen hacerme añicos.

Supongo que tiene razón al decir que no entiendo realmente el estilo de vida de la Bratva. Por todo esto, debería haberle contado todo a Rastelli… No, pensándolo bien, al menos he podido oírle decir que me quiere. Al menos he podido sentir su contacto una última vez.

Subo al piso de arriba para coger mi bolsa aún sin hacer. No sé muy bien cómo voy a salir de aquí. Probablemente tendré que llamar a un Uber. No ha hecho volver a ninguno de sus hombres…

Paso por delante del dormitorio de Sasha y oigo movimientos al otro lado de la puerta cerrada. ¿No se supone que debería estar en el colegio?

No debería molestarla. Quiero decir, en realidad acabábamos de empezar a conocernos. Probablemente no le debo nada, ni siquiera una despedida. Sin embargo, justo empezaba a caerme bien y creo que yo también empezaba a gustarle a ella.

En otro universo, podría haber sido una gran madrastra para ella. Debería despedirme antes de marcharme. Es lo correcto.

Me acerco a su puerta y llamo. —¿Sasha? ¿Estás ahí dentro?

Tarda unos segundos, pero el pomo gira y ella abre. Saca la cabeza con cautela. —Hola —dice, con una expresión preocupada en la cara.

—¿No tendrías que estar en el colegio?

Suspira y luego asoma la cabeza por la puerta hacia las escaleras. —No está abajo, ¿verdad? ¿Ni ninguno de los suyos?

Niego con la cabeza. —Tu padre está ocupado en su despacho ahora mismo.

Ella me responde con un 'ah' silencioso mientras asiente. —Debe de estar teniendo un mal día hoy. Genial. He elegido el peor día posible para saltarme las clases. Me va a matar cuando me encuentre aquí arriba.

Me encojo de hombros levemente. —Aún es temprano. Seguro que puedes conseguir que te lleven. —Entonces caigo en la cuenta de que era Ares quien se suponía que debía llevarla. Mierda. ¿He estropeado yo también eso?— Ah… eso era cosa de tu tío, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros y dice: —Se tuvo que ir y le dijo a uno de los otros que me llevase. Y yo le dije que hoy no tenía clase. —Me quedo sin palabras y se me debe de notar en la cara porque añade —: No saben nada de mí. Mi padre últimamente ni siquiera sabe cuándo tengo clase.

—Pero seguro que no te lo dejaría pasar. Deberías ir al colegio, Sasha. No querrás meter en líos a nadie, ¿verdad?

—Supongo —dice ella—. Pero preferiría quedarme en casa hasta que esto pase. Quiero decir, en vez de tener a alguien detrás de mí todo el día. Créeme. Molesta mucho más de lo que parece.

Supongo que tiene razón. —Bueno, intenta no meterte en líos. Tu padre ya tiene bastante encima.

Ella sonríe y luego me observa, ladeando la cabeza con curiosidad. —Vaya manera de decirlo. ¿Te vas a algún sitio?

—Sí. Tu padre me ha pedido que me marche. Creo que esta es la última vez que vamos a vernos.

Su sonrisa desaparece. —¿Qué? ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—Sash—

—Porque no lo decía en serio. Nunca lo dice en serio. Sólo tiene que hacerse el duro a veces, nada más. De verdad, es de las mejores personas del mundo cuando tienes ocasión de conocerle.

—No es eso en absoluto. Él, quiero decir, *los dos* hemos decidido que es mejor dejarlo. Eso es todo. Suele pasar en las relaciones.

Por un momento parece que va a ponerse a llorar. Luego abre la puerta y sale, con una expresión decidida. —Déjame hablar con él. Me escuchará.

—No. —Le cojo las manos y digo—: No hay nada que puedas hacer, ¿vale? Ya está hecho. Hazme un favor y cuida de tu padre, ¿de acuerdo? A partir de ahora. Se acabó eso de colarse en clubs de striptease o saltarse las clases.

Sus grandes ojos marrones se llenan de lágrimas. —Esto no es justo. Mi padre… hace tanto que no está con nadie y de verdad necesita a alguien. Ya sé que se hace pasar por el típico ruso duro, pero en realidad está mucho más solo de lo que imaginas. No podéis romper.

Es tan dulce... Le pongo la mano en el hombro y digo: —Tranquila, Sasha. De verdad. Solo… haz lo que te dije, ¿vale? Portaos bien con tu padre.

La abrazo y comienza a sollozar. Apenas hemos tenido oportunidad de conocernos, ha pasado tan poco tiempo. ¿Cómo hemos podido

crear un vínculo tan fuerte y tan rápido?

Un golpe y un grito se oyen desde abajo. Las dos rompemos el abrazo y miramos hacia el rellano del segundo piso. —¿Qué ha sido eso? —pregunta ella.

—No lo sé. —Tras eso, se oye aún más alboroto. Gruñidos y peleas. El sonido de puñetazos cayendo. —Quédate aquí.

Camino hacia el rellano y me detengo en cuanto veo las escaleras hacia abajo. Dos hombres están en el salón, uno con el brazo alrededor del cuello del otro, apretando mientras el otro se agita. Reconozco al que está siendo reducido. Es uno de los hombres de Roman.

Pronto me doy cuenta de que también conozco al otro hombre. Su cara, desfigurada por el esfuerzo, lucha contra él. El pelo largo y rubio cae sobre el rostro, mientras los lados rapados quedan ocultos. Lleva puesta una camiseta que tapa la mayoría de sus tatuajes, pero aún así está cubierto de tinta. Parece que tiene moratones a medio curar en un lado de la cara, pero desde aquí puedo ver la cicatriz sobre uno de sus ojos.

El chico de la cafetería. El que iba a citar para una entrevista. Sergei Durov. ¿Pero qué demonios...?

Gruñe con fuerza y retuerce el cuerpo. El aire se parte por el estruendo del cuello del hombre, mientras el brazo de Sergei lo gira bajo su barbilla. De repente, el hombre se queda inerte, los ojos en blanco. Sergei lo sujeta unos segundos más antes de dejar caer el cuerpo sin vida.

Oh... no.

Levanta la mirada y sus ojos se cruzan con los míos. Una sonrisa lenta y amenazadora se dibuja en su rostro.

Me doy la vuelta y echo a correr. Sasha está de pie en el pasillo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

Le cojo las manos. Por el ruido de sus pisadas subiendo, estará aquí en cualquier momento. Cojo a Sasha y la meto en su dormitorio, cerrando la puerta. —Tenemos que escondernos.

—¿Ember? ¿Qué ocurre?

Miro alrededor, entre el desorden de la habitación de la niña. ¿Debajo de la cama? ¿En el baño? Veo la puerta de su armario, llena de ropa desbordándose por el suelo. La agarro por la muñeca y corro hacia él.

—Vamos —digo. Nos metemos en el armario y nos ocultamos tras la pared de ropa colgada delante de nosotras. Apenas me da tiempo a cerrar la puerta antes de escuchar cómo la puerta del dormitorio de Sasha se abre de golpe.

Con la luz entrecortada que entra por las rendijas del armario, miro a Sasha y me llevo el dedo a los labios. Ella asiente temblorosa, comprendiendo.

—Siento no haber podido ir a la entrevista, Ember —le oigo decir. Oír mi nombre en su boca me pone la piel de gallina—. Ha sido inevitable. Habría preferido que todo esto fuera más civilizado.

Lo oigo moverse por la habitación, buscándonos. Mierda. Tal vez deberíamos haber saltado por la ventana.

—No te lo estás poniendo nada fácil —le oigo decir—. Cuando te encuentre...

No llega a terminar la frase. La puerta se abre de golpe y aparta la ropa a un lado, dejándonos al descubierto. —Aquí estáis.

Le empujo, pero es como empujar una pared. Me agarra por los hombros y me lanza fuera del armario. Caigo bruscamente al suelo, por poco no me doy con la cabeza en la moqueta. Me giro justo a tiempo para verle sacar a Sasha del armario. Sasha grita y se revuelve mientras él la sujeta por las muñecas.

—¡Suéltame! —Ella intenta darle una rodillazo en la entrepierna, pero él lo esquiva ágilmente. Con un rápido movimiento la gira y la envuelve, levantándola del suelo. Ella chilla, pataleando.

Otro hombre aparece en la puerta y se queda petrificado cuando ve la escena, hasta que se fija en mí en el suelo. —¿Cuál de las dos?

—Da igual —dice Sergei—. Nos las llevamos a las dos.

El otro hombre va a por mí y yo intento escabullirme. Me agarra por detrás y me alza del suelo. Gritando, mordiendo, pataleando, ambas somos arrastradas fuera del cuarto y hacia las escaleras traseras al otro lado del pasillo.

—¡ROMAN! —Grito justo antes de que una mano me cubra la boca. Sigo gritando contra ella, pero me sujetan con fuerza.

Dios mío. Espero que me haya oído. Espero que lo detenga...

26

ROMAN

Oigo su voz mientras cojo la pistola de la caja fuerte del despacho. Lo primero que llamó mi atención fue el sonido de la pelea, después los gritos. Me sacó de la niebla del alcohol y del resplandor tras el sexo como una alarma, encendiendo mi instinto de lucha antes incluso de ser plenamente consciente de ello.

Pero es el sonido de su voz lo que me despeja de golpe. Resuena como una campana por los pasillos justo fuera de la puerta del despacho. Meto un cargador completo en la pistola y cojo dos más de la caja fuerte para guardarlos en los bolsillos.

Me giro y veo a Ivan abriendo la puerta del despacho. —¿Qué demonios está pasando ahí fuera? —le pregunto—. ¿Dónde está Ares?

—Nos están atacando —responde—. ¿Esa es la única pistola que tienes?

—Por supuesto que no. —Me doy la vuelta para volver a la caja fuerte y cogerle una también.— Deberías saber ya que no se debe andar por ahí sin una.

—Queda registrado.

Mientras dice esto, percibo un movimiento reflejado en el cristal del mueble-bar. Es un movimiento rápido, un brazo que se alza y apunta hacia mi espalda…

Me agacho y me lanzo al suelo, empujando el mueble-bar a un lado mientras me cubro detrás de uno de los sofás. Encima de mí, se oye el estallido de los disparos. Las balas atraviesan el cojín del sofá sobre mi cabeza.

Antes de que me dé cuenta de lo que acaba de ocurrir, Ivan dice: —Más te vale salir. Hazte el favor y facilítalo.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Mi mente intenta buscarle una excusa. Algo ha aparecido tras Ivan o…

No. Todo ha pasado demasiado deprisa para que sea otro que él. Saco la pistola del cinturón y ruedo, pegando la espalda contra la pared. La monto. —Esto sí que es una sorpresa —digo—. De todos, habría jurado que tú eras el más leal.

—Deberías saberlo mejor. La Bratva no es leal a nadie. Ni siquiera a sus propios hermanos, si sirve a su causa.

Se acerca despacio, pero por su voz sé que casi está encima de mí. —Me parece que has perdido el norte, Ivan —le digo. El mueble-bar está justo a mi lado. Meto el brazo libre por detrás mientras él se acerca.— La Bratva siempre ha sido cuestión de lealtad.

—Eso solo fue cierto cuando aprendí a ser Bratva a los pies de mi padre, Pyotr. Te acordarás de mi padre… ¿verdad? ¿Pyotr Durov?

La sangre se me hiela. Ahora todo encaja. El topo que buscaba, aquel que conocía la reunión y llevaba todos los libros de Kostromo. No sé cuánto de eso está en manos de los federales, pero sí sé lo fundamental.

Es Ivanovo. Y ahora entiendo perfectamente el peligro en el que me encuentro.

—No importa —dice él—. Tras diez largos años, por fin llega la venganza—

Al terminar la frase, rodea el sofá, pistola en mano. Empujo el mueble-bar con fuerza justo en ese momento. Sale disparado hacia él mientras el arma se dispara. Saltan chispas y cristales cuando el mueble le golpea y la bala rebota en el vidrio.

Eso solo me da unos segundos, pero más que suficientes. Él, furioso, da la vuelta al carro y, al estrellarse, una cascada de hielo y cristales estalla ruidosamente. Apunto y disparo mi pistola, dándole de lleno en el pecho tres veces. Gime, intenta devolver el fuego, pero tropieza hacia atrás y cae al suelo.

Me pongo de pie rápidamente y me acerco a él mientras se retuerce y desangra en mi suelo. Sus ojos buscan los míos mientras se esfuerza por levantar el arma.

No tengo palabras de despedida para él. Ha pasado diez años urdiendo su venganza solo para fracasar. Que arda por ello. Levanto el arma, apunto a su sien y aprieto el gatillo. Su cabeza da un latigazo al romperle la bala un agujero en un lateral. Sus ojos se apagan y su cuerpo queda inerte.

Corro hacia la puerta del despacho y bajo por el pasillo en dirección al salón. Uno de los hombres que tenía de guardia en la entrada de la casa yace muerto en el suelo, cerca de la escalera, con el cuello retorcido en un ángulo antinatural. Paso por encima de él y subo las escaleras a toda prisa.

No hay nadie en el vestíbulo principal, nadie en la habitación de Sasha, y en mi cuarto, la maleta de Ember está junto a la cama, intacta.

—¡Roman! —La voz de Ares retumba por toda la casa. Salgo corriendo de la habitación y me dirijo hacia la escalera.

Ares está abajo, con la pistola en una mano y una expresión desquiciada en los ojos. Me oye antes de verme y, por instinto,

apunta su arma hacia mí. En cuanto reconoce que soy yo, se relaja.

—¿Estás bien? —me pregunta en ruso.

—Estoy bien —respondo mientras bajo de nuevo por las escaleras. Varios de mis hombres entran detrás de él, con las armas desenfundadas, preparados para el combate. Les ordeno que se repartan y registren la casa, y entonces me fijo en el cuerpo que hay en el suelo. Es Boris. Se suponía que hoy iba a llevar a Sasha al colegio. Mierda.

—Pobre desgraciado. He oído un ruido fuera y he ido a mirar. Cuando he vuelto, él ya no estaba y la puerta estaba abierta. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Ivan —digo—. Es el topo. O lo era, al menos. Lo que queda de él está en el despacho.

—¿Qué? —dice Ares, incrédulo.

—Eso no es todo. Creo que se han llevado a Ember. Probablemente también a Sasha.

—¿Ellos?

Asiento.— Sergei y cualquier otro que se haya aliado con él. Esto es venganza por aquel asunto de hace diez años. Sergei e Ivan son hijos de Pyotr.

En todos estos años, nunca había visto el rostro de Ares volverse de piedra hasta ahora. La venganza es una fuerza poderosa cuando le llega el turno. Y ya sabemos demasiado bien el precio que hay que pagar cuando su mirada maldita se posa en ti. Pero no hay tiempo para prepararnos para la guerra que, inevitablemente, se avecina cuando demos con Sergei y sus hombres. Ahora tenemos problemas más urgentes.

—Quiero que los encuentres —le digo—. No pueden haber ido muy lejos. Hace nada he oído gritar a Ember y Sasha. Probablemente acaban de salir de la finca—

—Entendido. —Saca su móvil y marca varios números. Tras unos segundos, habla en ruso con quien acaba de descolgar.— Acaban de irse. Tienen a la hija del Pakhan y a Ember Lorenzo...

Me aparto, buscando a los demás. Mientras tanto, necesitamos asegurar el perímetro. No sé cuántos hombres tiene Sergei a su servicio. Ni siquiera sé si son restos de los Ivanov o mercenarios, o gente a la que haya logrado convencer para que se una a su causa. No tengo ni idea del ejército que ha conseguido reunir durante la última década, ni de cómo ha conseguido moverse con sigilo tras tanto tiempo.

Solo sé que su padre fue el responsable de arrebatarme a mi mujer y que, en respuesta, yo le quité a toda su familia... o eso creía. Ahora Sergei quiere terminar lo que su padre empezó hace tantos años. Qué poética venganza: ir a por Sasha y Ember.

Tengo que recuperarlas. Necesito que Ember y Sasha estén a salvo.



Ha pasado una hora desde que ocurrió todo.

Se han llevado los cuerpos de Ivan y mi guardia para deshacerse de ellos, y quienes no están peinando la ciudad en busca de Sergei están aquí, protegiendo la casa y a mí mismo bajo una fuerte vigilancia.

No sé cuál era el plan completo. Cuanto más pienso en la traición de Ivan, más me pregunto cómo pudimos no descubrir a ninguno de los dos. Ivan formaba parte de esta Bratva desde antes que yo. Y cuando sucedió todo, él no era uno de mis soldados. Su labor nunca había sido estar en primera línea como los otros.

¿Pero qué estaría pensando cuando fui a por su familia? No habría tenido tiempo de advertir a su padre. Aquel primer ataque fue fulminante. Reuní a todos mis hombres que tenía cerca y lo

asediamos la misma noche que mataron a mi esposa. Pero el resto, cuando salí en busca de cada una de las familias y asociados de su banda... ¿dónde estaba él entonces?

¿Llevaban él y Sergei planeando esto en secreto todos estos años? Recuerdo la última vez que vi a Sergei. El crío con la pistola en el umbral de mi casa. Era un domingo por la tarde como cualquier otro. Mila llevaba una semana enterrada y Sasha dormía en su cuarto. Abrí la puerta y ahí estaba el mocoso, apuntándome con una pistola.

El arma se encasquilló. Es la única razón por la que sigo vivo. Saqué mi cuchillo y le rajé la cara por su insolencia. Después le quité la pistola y lo eché a patadas de mi propiedad.

¿Había algún gran plan que se puso en marcha en cuanto mataron a Pyotr? Quizá Ivan se reunió con Sergei después de aquello y empezaron a urdir todo. Puede ser. O tal vez llevaban todos estos años esperando la ocasión perfecta para desestabilizar mi Bratva.

Estoy en el salón, mirando de vez en cuando hacia la ventana. Espero ver regresar uno de los coches de mis hombres con Sasha y Ember sentadas en el asiento trasero. Tengo ojos y oídos por toda la ciudad. Sé que solo es cuestión de tiempo hasta que alguien las vea, y, siendo realistas, una hora no es nada en este tipo de situaciones. Pero ahora mismo, desde este lado de la valla, siento como si ya hubieran pasado mil años.

Ares entra en la sala, pero le oigo antes de verle. Está hablando por teléfono en Fenya rápidamente. —…Está bien. Manténme informado. — Cuelga justo cuando se detiene frente al sofá. —Las fronteras del condado están todas cubiertas. Si siquiera se les ocurre acercarse a alguna de ellas, nos avisarán en cuestión de minutos.—

—Bien,— digo. —La casa también está segura.—

Ares asiente. Frunce el ceño mientras me observa detenidamente. Tiene una pregunta rondándole.

—¿Qué?— pregunto, cansado. —¿Qué ocurre?—

—Nada,— responde, reculando. —Será mejor que dé otra vuelta por el perímetro.—

—Dilo de una vez. No tengo la cabeza para intentar interpretar lo que estás pensando ahora mismo.— Creo que ya sé lo que le ronda por la cabeza. Si nuestros papeles estuvieran cambiados, sería lo mismo que yo pensaría.

Suspira. —No es precisamente el mejor momento. Y dudo que quieras oír lo que tengo que decir.—

—Dímelo igualmente.—

Vacila, luego suspira y dice: —¿De verdad quieres que rescatemos también a Ember? ¿Después de lo que ha hecho? No nos costaría nada dejarla a Sergei.—

No sabría explicar la emoción que me invade. ¿Ira? ¿Justicia, quizá? No lo sé. Ni siquiera sé si me ofende su pregunta. A fin de cuentas, tiene todo el derecho a plantearla.

Cuando no respondo, dice: —Lo siento, hermano. Pero tenía que preguntar—

—No, no. No pasa nada. Al fin y al cabo, no es descabellado preguntar qué hacer si encontráis a Ember.—

—Sería sensato saberlo de antemano, sí.—

Pienso en esos últimos momentos que estuvimos juntos. Le dije que la quería. Ni siquiera lo hice para tranquilizarla. Era lo que sentía. Lo que llevo sintiendo. Y, en definitiva, fue la razón por la que quise que se marchara en vez de tener que imponerle el castigo que normalmente le daría a una *krysa*.

Quizá era más que eso. No soy idiota. Fuera ella el topo o no, todavía podía volver con los federales y traicionarme. Podría hacerlo por dolor, por despecho o simplemente por el maldito bien común. Por eso no dejamos que vivan. Por eso los chivatos siempre pagan por irse de la lengua.

La dejé marchar porque sabía que no sería capaz de matarla. Jamás podría dar esa orden. Estoy tan implicado con ella como ella lo estuvo conmigo.

Tampoco soporto la idea de que otra persona la mate.

—Traedlas aquí,— es todo lo que le digo a Ares. —Vivas y sin un rasguño. Ya decidiré qué hacer con ella entonces. ¿Queda claro?—

—Como el agua.—

Mi móvil vibra. Lo saco del bolsillo y me quedo helado. Número desconocido.

—¿Qué pasa?— pregunta Ares. Le miro y luego respondo a la llamada.

—¿Sí?—

—Vaya. Hola, Roman. Cuánto tiempo sin vernos.—

No necesito ninguna pista para saber quién es. Maldito engreído.

—Sergei, supongo,— digo, mirando a Ares. —Justo estábamos hablando de ti.—

—Sabía que me pitaban los oídos. Espero que fuera para bien.—

—No tienes tanta suerte. Justo estaba comentando con mi ejecutor qué partes de tu cuerpo quería cortar y echar de comer a una piara de cerdos enfadados.—

—Uy, qué violento. No sé si es muy inteligente por tu parte intentar enfadarme, teniendo en cuenta que tengo una pistola en la cabeza de tu preciosidad.—

Se me revuelve el estómago. No quiero ni imaginarme una pistola en la cabeza de Sasha. —Si haces daño a cualquiera de las dos, te mataré.—

Él resopla. —Oh, no te pongas así. Están bien. Por ahora, al menos. —

—¿Qué quieres?—

—A ti. Solo y desarmado. Podemos vernos después de que anochezca y resolver todo esto de una vez por todas. Digamos en tu almacén. Podemos arreglar ese asunto pendiente allí también. ¿Te parece?—

Aprieto los dientes. Meterme en su trampa, desarmado y solo, es lo *último* que quiero hacer. Pero, por Dios, si les hace algo…

—Hecho,— le respondo.

—No llegues tarde.—

Cuelga y Ares dice enseguida: —¿Qué ha pasado?—

—Quiere que nos veamos en el almacén,— le digo. —Solo y desarmado.—

—Eso ni de broma va a pasar.—

—Oh, iré,— le respondo. —Pero no sin un plan.—

27

EMBER

Mi mente no ha parado de dar vueltas desde que nos cogieron. Nos ataron y nos pusieron una venda en los ojos, luego nos lanzaron en la parte trasera de un coche. Ahora estamos aquí, en la oscuridad, con el olor a tierra y metal por todas partes.

Creo que es un edificio abandonado o un almacén, pero con esta oscuridad es imposible saberlo. Sergei me quitó la venda de los ojos, supongo que por cortesía. Vaya cortesía. Apenas puedo ver nada en esta habitación.

Nos sentó en estas sillas que parecen de metal, rozando la parte trasera de mis zapatos; los brazos atados a la espalda. Oigo a Sasha sollozar a mi lado—respiraciones cortas y rápidas, como si intentara no hacer demasiado ruido. Me parte el alma, más aún porque probablemente estoy tan asustada como ella.

No sé por qué ha hecho esto Sergei ni cuál es su objetivo final... pero no nos ha matado, así que debe querer algo de nosotras. Lo malo es que sabe que yo sé quién es. Ni siquiera se molestó en taparse la cara. Eso podría significar que, cuando consiga lo que busca, no piensa dejarnos con vida.

En cualquier caso, no podemos esperar a que venga alguien a rescatarnos. Tenemos que salir de aquí como sea.

—¿Sasha? —susurro. Siento que se mueve junto a mi brazo y que contiene la respiración—. Eh, tranquila. Estamos bien. Seguimos vivas, y eso es bueno. Significa que aún tenemos una oportunidad de salir de aquí.

—¿Quiénes son estas personas? —pregunta en voz baja—. ¿Son enemigos de mi padre?

—No lo sé. Pero tiene pinta, ¿no? —Trago saliva con dificultad. Tengo la boca tan seca que parece el desierto—. Quienes sean da igual. Lo importante es salir de aquí y alejarnos de ellos antes de que lleven a cabo el plan que tengan para nosotras.

Ella sorbe por la nariz y dice—: ¿No crees que... no crees que nos vayan a matar, verdad?

Querría mentirle, decirle que no, que todo va a salir bien. Pero Sasha es una chica lista de quince años que se ha criado en este mundo. No puedo cometer la injusticia de mentirle.

—Escucha —digo—, voy a ser sincera contigo, ¿vale? No sé exactamente lo que piensan hacer con nosotras. Lo que sí sé es que, de momento, les servimos para algo. Mientras siga siendo así, no nos matarán... pero eso no significa que no puedan hacernos daño, así que no podemos quedarnos aquí.

Ella solloza y vuelve a llorar.

—Eh, eh. Sé que da miedo, Sasha, pero tenemos que mantenernos fuertes si queremos salir de esta, ¿de acuerdo?

—¿Va a venir papá a por nosotras? Tiene que venir, ¿verdad?

—Estoy segura de que lo intentará, pero Sasha... —¿Cómo se lo digo? ¿Cómo le explico que es posible que no llegue a tiempo, o que quizá nos toque luchar por nuestra vida contra estos hombres?

Tomo aire y me obligo a serenarme. Ahora no es momento de dudar. Ni puedo venirme abajo. Si yo no soy fuerte, ella tampoco lo será.

—Va a hacer todo lo posible para encontrarnos —le digo—. Mientras tanto, tenemos que ponérselo más fácil cuando llegue aquí. ¿Vale?

Ella vuelve a sorber por la nariz—: V–Vale. Tengo mucho miedo, Ember.

—Yo también. Y no pasa nada. Está bien tener miedo. Eso no significa que no podamos luchar por nuestra vida. Sea lo que sea lo que esta gente quiera hacer con nosotras, no tenemos por qué ponérselo fácil, ¿verdad?

Siento su hombro moviéndose contra el mío mientras respira hondo y suelta el aire—: Eso es —dice tras aspirar con fuerza.

—Vale. —Y repito, más para mí—: Vale. Me recoloco en la silla. Tengo los brazos rodeando las esquinas del respaldo y atados a la altura de las muñecas con fuerza. Al moverme, noto claramente el plástico clavándose en la piel.

Bridas. De todas las cosas que podían haber usado para atarnos... Se me encoge el estómago mientras intento recordar aquel truco que aprendí hace años.

—Lo primero es lo primero —digo, deslizando los pies hacia delante. No me han atado los pies a la silla, así que puedo ponerme de pie. Eso es bueno. Muy bueno—. Vamos a deshacernos de lo que nos ata.

—¿Cómo? Estas cosas están muy apretadas. Me hacen daño en las muñecas.

Me pongo de pie despacio. La silla se desliza ligeramente hacia atrás con mi movimiento. La habitación se llena del sonido metálico y rápido de las patas de la silla arañando el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Escucha con atención —le digo a Sasha—. Tus pies no están atados a la silla, ¿verdad?

Una pausa y, después—. No. Creo que no.

—Bien. Ponte de pie, despacio. Intenta no volcar la silla. No queremos hacer demasiado ruido.

Escucho cómo su silla araña el suelo y siento el calor de su brazo alineándose con el mío.—Vale. Ya estoy de pie.

—Bien, bien. Espero que esto funcione. En realidad, no lo he probado desde que lo aprendí por alguna moda en redes sociales hace años. El vídeo trataba de proteger a mujeres si intentaban secuestrarlas y, en aquel momento, sólo pensé que no venía mal saberlo «por si acaso». Jamás imaginé que algún día lo tendría que usar de verdad.

—Vale, inclínate hacia adelante —le digo a Sasha mientras yo también me inclino—, levanta los brazos lo más alto que puedas… —Noto su movimiento mientras sigo mi propio consejo—. Ahora baja los brazos, llevándolos con fuerza por detrás de tu espalda. Tan fuerte como puedas.

Lo hago… y nada. Se me cae el alma a los pies por un instante.—Inténtalo de nuevo. Sigue hasta que las bridas se rompan.

Lo hago otra vez y escucho el característico chasquido de las bridas y mis muñecas se aflojan. Estoy libre. Oigo a Sasha gruñir mientras lo intenta una vez más… luego otra vez y *crack*.

—Dios mío —jadea—. ¡Ha funcionado! Ya somos libres.

Me dan ganas de saltar de alegría, pero sé que no debemos. Aún nos queda un largo camino para salir de este lío.—Eso es —le digo, alargando la mano y dándole una palmada en el hombro. Por fin mis ojos empiezan a acostumbrarse a las sombras de la habitación y distingo el suave brillo de su rostro mientras me mira sonriendo.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Busquemos la puerta e intentemos salir corriendo.

Me alejo y ella me agarra la muñeca.—Espera un momento —dice—. Esos hombres… llevaban tatuajes rusos. Símbolos de bandas.

Recordé a Sergei y su torso cubierto de tatuajes que se extendían hasta el cuello y el dorso de las manos.—Eso es, Sergei, el principal, es un ex Bratva.

—No existen los ex Bratva —dice ella—. Es una especie de compromiso de por vida. No puedes simplemente dejarlo y ya está.

Se me encoge el estómago.—¿Qué quieres decir?

—Probablemente *sea* enemigo de mi padre. Como parte de otra Bratva. Incluso podría ser otro Pakhan. Si algo de eso es cierto, entonces todos se rigen por el mismo manual. Nos van a tener vigiladas.

Alzo una ceja en la oscuridad. Para ser una niña, desde luego sabe mucho sobre esa vida.—¿Eso… lo sabes seguro?

—Estoy bastante segura de que es lo que haría mi padre. Nunca le he visto retener a gente ni nada por el estilo, pero sí sé que a veces no puedo bajar al sótano porque el tío Ares o alguien más vigila la puerta.

Tiene sentido. Es innegable. Incluso atadas, Sergei seguro que quiere proteger lo suyo.—Buen punto —digo—. Hay que pensar en un plan.—Empiezo a pasear por la habitación, dando pasos cortos, cavilando. No hay manera de que las dos podamos con tan solo uno de esos hombres. Parecen auténticos muros de ladrillo.

Mi pie topa con la silla, casi la tira. El sonido del metal raspando el suelo interrumpe mis pensamientos.

Me pregunto cuántos golpes con una silla de metal haría falta para tumbar uno de esos muros.

—Vale, creo que tengo una idea. Pero voy a necesitar tu ayuda.

—Lo que sea.

Asiento en la oscuridad. *Por favor, que esto salga bien*.



La habitación se parte con el sonido de mi voz. Al romper el silencio absoluto que nos rodea, casi me sobresalto y dejo de hablar, y mi voz se quiebra en el primer grito. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo, gritando más fuerte.

—¡Alguien! ¡Por favor! ¡A ella le pasa algo! ¡Necesito ayuda!

Me llevó unos minutos recorrer el perímetro de la habitación con la mano sobre la fría superficie de hormigón de la pared, pero al final conseguí encontrar la puerta y luego el picaporte y las bisagras para saber hacia dónde se abriría. Por suerte para nosotras, se abre hacia fuera, hacia el mundo exterior. No tendré que preocuparme por darle sin querer a la puerta en vez de a la cabeza del matón.

Me sitúo junto al marco de la puerta con la silla de metal levantada sobre mi cabeza. Pesa un demonio. Casi demasiado para mí, pero eso es bueno: cuanto más pese, más fuerte dará el golpe.

Sasha se une a mis gritos desde su silla en la oscuridad, gimiendo con fuerza.—¡Mi tripa… ooooh! ¡Me duele la tripa!

La verdad, parece demasiado teatral. Espero que quien nos vigile se lo trague.

Desde el otro lado de la puerta, oigo: —¡Cállate de una vez ahí dentro!

Vale. Confirmado. Hay un tipo vigilándonos. Y parece que solo es uno. —¡Por favor! —le grito de vuelta—. Ella está muy enferma. Ha estado vomitando y tiene mucha fiebre. Creo que podría desmayarse.

Nada. Ni una respuesta. Mierda.

—Si le pasa algo, tu jefe se va a cabrear —digo, esperando que mi teoría inicial fuese acertada—. ¡Especialmente si no haces nada por ayudar!

Más silencio. Los brazos empiezan a cansárseme, así que empiezo a bajar la silla. El inconfundible sonido de las cerraduras al abrirse capta mi atención y levanto la silla de nuevo. Los brazos me tiemblan por el peso, pero aún la sujeto con fuerza.

Mantengo la vista al frente, esperando y escuchando el roce de la puerta sobre el suelo sucio… y por fin ocurre.

La luz azulada y tenue del exterior se cuela como si fuese un reflejo lunar, iluminando la parte trasera de la cabeza y los hombros de un hombre grande que cruza el umbral. El haz de luz da de lleno en Sasha, que sigue sentada en su silla. Espero a que se dé cuenta de que solo hay una persona y una silla en esta habitación.

Tarda un segundo en comprender lo que está pasando; un segundo que es más de lo que realmente necesito. Con un grito, lanzo la silla con todas mis fuerzas, apuntando a su cabeza. El metal impacta en la nuca y los hombros, haciéndole tambalearse hacia delante.

Sigue en pie. Lleva una mano a la parte trasera de la cabeza mientras gruñe de dolor e intenta girarse hacia mí. Levanto la silla, la balanceo con todas mis fuerzas, esperando golpearle mientras se gira. Las patas de la silla le dan en la cara, con un golpe seco. Se tambalea hacia un lado y luego cae al suelo con un ruido sordo. La luz azul resalta el charco de sangre que empieza a formarse bajo él.

Sasha se pone en pie, con los ojos muy abiertos. —Vaya —dice—. Le has dado un buen golpe.

Dejo caer la silla y le cojo la mano. —Vamos. Rápido.

Salimos corriendo de la habitación y nos adentramos en la bruma azulada del pasillo. No sé hacia dónde correr ni dónde está la salida, pero cualquier dirección es mejor que quedarnos aquí.

Corremos por el pasillo hasta llegar a otra puerta que conduce a un espacio enorme, de techos altos. Lucernarios estratégicamente colocados proyectan haces de luz azul cada pocos metros, iluminando decenas y decenas de cajas de madera para envíos.

Almacén. Las cajas, con forma de ataúd, me revuelven el estómago. Tengo el presentimiento de que, si hubiésemos seguido cautivos, acabaríamos dentro de una de esas cajas, para no volver a salir jamás.

—Vamos —le digo a Sasha mientras avanzamos por el pasillo entre una de las filas de cajas—. Seguro que una de estas filas lleva a la salida.

Avanzamos unos metros antes de escuchar pasos. Varios pares se arrastran en algún lugar detrás de nosotros.

Oigo a alguien decir algo en ruso y los pasos se dispersan en todas direcciones. Sasha me mira con los ojos bien abiertos, llenos de miedo.

—Ha sido una jugada bastante lista. —Es Sergei. Su voz resuena por todas partes, rebotando en las paredes—. Sabía que debería haber usado cuerda o cinta americana… pero suelen dejar rastro cuando la policía investiga, ya sabes. Las bridas de plástico son mucho más prácticas porque la gente las utiliza para todo.

Sasha empieza a temblar a mi lado. La tomo del brazo y avanzo despacio, con los oídos atentos a cualquier indicio de que alguien esté cerca.

—Voy a encontrarte —dice Sergei—. Este almacén no es tan grande. No hay muchos sitios donde esconderse.

Esto parece una película de acción absurda. Ahora es cuando yo debería contestarle. Alguna respuesta ingeniosa mientras me escabullo y acabo con sus hombres uno a uno. El único problema es que yo no soy ninguna espía superinteligente. Solo soy una persona normal, intentando sobrevivir.

Me detengo al final de una fila y le susurro a Sasha: —Espera.

Asomo la cabeza por la esquina. No hay nadie en este pasillo. Aprieto la mano de Sasha y cruzamos corriendo al siguiente pasillo de cajas.

—Sabes —dice la voz de Sergei—, podrías ponérmelo fácil. No tengo intención de hacerte daño a ti ni a Sasha. No, a menos que me obliguéis. Rendeos ahora y todo esto será mucho más sencillo para vosotros.

A estas alturas le ignoro por completo. Estoy buscando cualquier indicio de libertad mientras avanzo entre estas filas improvisadas de cajas de madera con forma de ataúd. No van a conseguir atraparnos tan fácilmente.

Avanzo por un pasillo y veo una rendija de luz en el suelo, llamándonos como el horizonte en la distancia. La puerta. La salida. Acelero el paso hacia ella.

La mano de Sasha se separa bruscamente de la mía. Ella chilla, pero el grito se corta de golpe y queda ahogado. Me giro de inmediato y veo a Sergei sujetándola—una mano sobre su boca, la otra apuntándole a la sien con una pistola.

—Aquí estáis —dice él, soltando una risa repugnante.

Me quedo paralizada, uno de mis pies aún señala el camino hacia la libertad. No puedo irme sin Sasha. No puedo—

Me agarran por detrás. Un brazo fuerte me levanta y empieza a arrastrarme hacia atrás. Por encima de mis gritos, Sergei dice: —Esta vez, usad cinta americana.

28

ROMAN

Llego al almacén y veo cuatro coches aparcados delante. Dos de ellos tienen los faros encendidos, apuntando hacia la puerta principal. Una fina lluvia cae alrededor de los coches, creando una neblina resplandeciente bajo las luces amarillas.

Qué teatral. Nadie podría acusar nunca a los Durov de carecer de sentido del drama en este tipo de situaciones.

Aparco el coche y una oleada de recuerdos emerge. El padre de Sergei, Pyotr, de pie en el sendero iluminado de nuestra última reunión, su pelo ralo casi brillando bajo las farolas encima y detrás de él. Lleva una gabardina mientras me fulmina con la mirada.

—Los jóvenes Pakhans os aferráis demasiado a historias de amor sin sentido.

Esa fue su respuesta después de que hice mis acusaciones. Los demás Pakhans que nos rodeaban aguardaban con la esperanza de que pudiéramos llegar a algún tipo de entendimiento o acuerdo. Para ellos, solo era una "desavenencia". Al fin y al cabo, ningún civil debía resultar herido. Solo era una consecuencia de un trato que se había ido al traste. Estas cosas pasan.

Pero mi mujer estaba muerta. Mi mujer estaba muerta y este pedazo de mierda pensaba que solo era una "historia de amor sin sentido".

Esa noche fue la noche en la que decidí que debía morir. Él y toda su prole de la Bratva, su esposa, sus hijos, todos los que llevaban el apellido Durov. El primer golpe fue en su casa, en mitad de la noche. Pyotr, su mujer, sus tres hijos, todos asesinados en la cama.

Fui yo quien le voló la cabeza a Pyotr. Fui yo quien vio cómo se apagaba la luz en sus ojos.

Durante semanas después, busqué a cualquier otro familiar. Envié mensajes a mis contactos en Rusia para encontrar a algún otro pariente. Y, uno a uno, fui recibiendo informes de sus respectivos exterminios.

Pensé que esto estaba terminado. Por supuesto que no lo estaba. Supongo que nunca lo está.

Salgo del coche y me adentro en la niebla fría que me rodea y camino hacia la luz. Nada más salir, se abren las puertas de los coches y los hombres de Sergei bajan de ellos y rodean la zona iluminada. Camino despacio, haciendo un repaso mental de todos los presentes. Entre siete y nueve hombres, más o menos.

Sergei sale de uno de los coches y da un paso hacia la luz, sonriente y apuntándome con una pistola. —Hasta ahí has llegado —ordena. Me detengo al borde de la luz. Él agita la pistola. —Arriba los brazos.

Levanto los brazos y uno de sus hombres se acerca y empieza a cachearme. —¿No te fías de mí, Sergei?

—Por supuesto que no —responde—. ¿Qué idiota confiaría en la palabra del asesino de su padre?

Suelto una risotada mientras su hombre me palpa las piernas y luego se aparta. —Nueve hombres, por lo que veo —digo—. ¿Todo esto solo por mí?

—Conozco bien tu reputación —dice él—. Se cuentan historias sobre lo peligroso que eres, incluso desarmado. No pienso correr riesgos.

—Me parece una cobardía —le suelto, ladeando la cabeza—. Se ve que el valor no es hereditario. Tu hermano tenía más agallas que tú. Al menos lo intentó solo.

Su sonrisa vacila. Puede que las noticias corran rápido entre nosotros, pero no hay forma de que sepa lo de Ivan todavía.

—¿Ha sido idea tuya? —le pregunto—. ¿Un plan de respaldo por si el tuyo fallaba? ¿Qué habrías hecho si él hubiera tenido éxito?

—¿Qué le has hecho a mi hermano? —pregunta. Intenta mantener la compostura, pero noto el temblor en su voz.

—Ah, ya veo. Así que el hermanito actuó solo. Seguro que se enteró de tu ataque y vio su oportunidad. Eso es muy interesante… y muy estúpido. Deberíais haber estado más coordinados en el ataque.

—Si le has tocado un solo pelo de la cabeza—

—He hecho bastante más que eso —respondo—. Parece que solo quedas tú para continuar el legado de Pyotr… o solo quedas tú para que acabe contigo.

Levanta la pistola. —Mucho hablar para un hombre desarmado. Debería pegarte un tiro en la puta cabeza.

—Deberías. ¿A qué esperas?

Vacila, los ojos le tiemblan, el labio inferior le tiembla. Le he sacado de sus casillas. Buena señal, no tiene tanto control como cree. —Tenemos asuntos pendientes —dice—. Está el tema de tu encargada y de tu hija.

—No las quieres a ellas. Me quieres a mí. Déjalas ir. No importan.

—Oh —responde, acercándose más—, pero yo creo que sí que son *muy* importantes. No perderías el tiempo si no lo fueran. ¿Sabes? Es curioso. Yo no pensaba llevármelas a las dos. La chica era suficiente,

la verdad. Solo iba a ser un anticipo de la venganza que me corresponde… pero entonces me topé con tu encargada. La señorita Lorenzo.

Su sonrisa se ensancha y se me cae el alma a los pies. Parece que este cabrón es más listo de lo que aparenta.

—Tengo que decirte, Roman. Está bastante buena. Pero eso no es nada especial. Tú estás rodeado de mujeres impresionantes todo el santo día. Así que tiene que haber algo más en ella. Y también me parece que es imposible que no te acuestes con ella. Tiene un aire que grita Reina de la Bratva. Guapa, inteligente… muy capaz. Es perfecta.

—No es nada —miento—. Solo es una empleada.

—Déjate de chorradas. Seguro que te la estás tirando.

—Esa puerta se abre en ambos sentidos, Sergei. Puede que tenga labia con las mujeres, pero ellas también tienen que saber tratarme a mí. Ya no pierdo el tiempo con historias de amor tontas. Como te he dicho, solo es una empleada.

Entrecierra los ojos, intentando descubrir a qué juego estoy jugando. Ojalá pudiera decir lo mismo de Sasha y sonar convincente. Si piensa que no significan nada, el control que cree tener sobre mí deja de existir.

—Ya veo —dice por fin—. Bueno, pues quizás debería devolvértela. Poco a poco.

—No sería lo más inteligente.

—¿No lo sería? Ilumíname, ¿por qué?

—Aún la necesito. Sacó mi club de la bancarrota en menos de un año —digo—. Es imposible encontrar a alguien así. No me gustaría perderla.

Se ríe por lo bajo y asiente despacio. —Touché, Roman. Touché. Aun así, no puedo dejarla marchar. No puedo dejar que os vayáis ninguno de vosotros. ¿Lo sabes, verdad? Después de lo que hiciste, de lo que me costó… No me queda nadie. Todos los que me importaban están muertos por tu culpa. —Me observa con cuidado —. De rodillas.

Vacilo, pero finalmente me arrodillo. —¿Cómo lograste escaparte de mí, por cierto?

Inclina la cabeza mientras se acerca a mí. El cañón de su pistola sigue apuntando a mi frente. —¿Perdón?

—¿Qué pasó con tu padre? Cuando fui con mis hombres a por él, creía que solo tenía tres hijos. Y cuando busqué a los demás familiares, recorrí la ciudad y casi el planeta entero intentando localizarlos a todos. Pensaba que los había cazado a todos. Y, aun así, tú e Ivan lograsteis escabulliros. A Ivan le entiendo; la mala suerte le llevó con la Bratva equivocada todos estos años. Pero tú… Debería haberte encontrado hace años.

Se detiene delante de mí y arquea una ceja. Pasan unos segundos en los que debate si contarme la verdad. Finalmente, dice: —Estaba en el extranjero cuando murió. Viaje escolar a Francia. Y nadie sabía lo de Ivan. Era… ¿cómo se dice? Un hijo fuera del matrimonio. Mi padre nunca lo reconoció públicamente, por respeto a mi madre.

Suspira mientras baja la pistola un momento, distraído por su propio pasado. —Ivan se unió a tus filas porque el socio de mi padre tenía una deuda que había que saldar. No sé los detalles exactos, pero sí sé que Ivan intentó recurrir primero a nuestro padre en busca de ayuda. Cuando le rechazó, nuestro padre ofreció sus servicios como pago.

—Vaya —digo—. Y aun así quería matarme.

—Le quería. Como yo. Unos años después de morir él, estaba consumido por la venganza. Supongo que tenía algún plan para

eliminarte él mismo, pero… supongo que nunca fue capaz. Y luego, un día, me encuentra y unimos fuerzas. Decidimos que la mejor manera de vengarnos, por fin, era hacerlo juntos.

Asiento. —Ya veo. Ivan se descontroló y puso a los federales tras de mí. Se estaba impacientando con tu plan, ¿verdad?

Sergei vuelve a entrecerrar los ojos mirándome, su mano se mueve nerviosa en torno al arma. —Se impacientó. Siempre ha sido así.

—Eso fue. Si hubiese confiado en que su hermano tenía todo bajo control, quizá seguiría vivo.

Eso ha sido la gota que colma el vaso. Sus ojos se endurecen y la boca se le retuerce de furia. Sube la pistola de golpe para disparar. Me estremezco mientras el estruendo del disparo retumba…

Y un agujero ardiente aparece en su hombro. Da un traspié hacia atrás, con una expresión de sorpresa en el rostro mientras la sangre empieza a brotar de la herida. En segundos de confusión, alza la vista por encima de mi cabeza. —Hijo de—

Otro disparo y esta vez le alcanza en la frente. El agujero surge justo cuando una salpicadura de sangre y sesos estalla por la parte trasera de su cabeza. Sus ojos giran y sus piernas retroceden de manera automática. Finalmente, cae al suelo.

Nadie se mueve hasta que Sergei está en el suelo, y es una lástima para ellos. Yo ya estoy sacando el cuchillo oculto en el tacón de mi bota. Lo lanzo y atino al más cercano en la garganta, haciéndole retroceder mientras un arco de sangre brota y salpica el suelo.

Disparos del rifle francotirador de Ares resuenan en la oscuridad, derribando a tres más al instante. Dos de ellos, aterrorizados, intentan volver a sus coches. Otros dos han decidido abrir fuego.

Me aparto de un salto, recibiendo una bala en uno de mis brazos. El escozor me hace encogerme, pero no me frena mientras corro hacia uno de los caídos y cojo su pistola.

Devuelvo el fuego, alcanzando a uno de ellos cinco veces en el pecho y haciéndolo caer. El último recibe un disparo en la cabeza del francotirador de Ares. Los dos restantes intentan huir, su coche retrocede y se aleja. Me incorporo y disparo contra el coche. Las balas rebotan en el capó y atraviesan el parabrisas sobre el asiento del conductor. La cabeza del conductor da un latigazo mientras su cuerpo es acribillado.

Cuando el coche reduce la marcha, la puerta del pasajero se abre y el último hombre sale rodando. Le dejo ponerse en pie y observo cómo trata de escapar a rastras. Ares le deja llegar hasta la mitad del aparcamiento antes de pegarle un tiro en la nuca.

Así, sin más, se ha acabado. Me planto sobre los cuerpos que quedan tras todo esto, todavía alerta, preguntándome si habrá más esperándome al entrar en el almacén.

Mi teléfono vibra. Miro la pantalla y veo que Ares me ha mandado un mensaje. *"La caballería está en camino. No entres sin mí."*

No quiero esperar. Ember y Sasha están en algún lugar dentro y me necesitan. No podré ayudarlas si alguien me pilla desprevenido.

Ares no tarda en situarse a mi lado. Segundos después, veo su silueta acercándose corriendo, el cuello largo de su rifle colgando junto a él. —No tiene mucha gente —dice, algo jadeante—. No he visto a nadie mientras venía.

Quería organizarme un ejército. En mi cabeza, había vuelto a hace diez años, con la rabia nublándome la mente mientras borraba del mapa a cada uno de ellos. Pero no hay nadie a quien destruir. El pequeño grupo de Sergei ha sido liquidado con solo Ares y yo en escena.

Aun así, tengo que encontrar a Ember y Sasha. Necesito saber que ese cabrón no ha roto su palabra y las ha hecho daño. Necesito saber que están bien.

Ares me entrega mi pistola y me la guardo en la bota. El arma semiautomática sigue caliente entre mis brazos. —Vamos —dice.

Entramos corriendo por la puerta principal.

29

EMBER

Oímos los disparos desde la habitación justo cuando uno de los hombres de Sergei terminaba de atarme las muñecas con cinta adhesiva. Había empezado por Sasha, asegurando la primera vuelta de cinta en sus muñecas, y ahora estaba comentando lo de taparnos también la boca. Ella está sentada a mi lado en el suelo de esta habitación oscura y desprovista de todo, con el rostro empapado en lágrimas mientras solloza quedamente.

Sin embargo, nada más oír los disparos, se levantó y sacó la pistola de su cinturón, caminando hacia la puerta donde otro de ellos está de pie justo fuera. Le dice algo en ruso, y el otro le responde con una frase breve.

Fuera lo que fuera lo que ha pasado, no estaba en sus planes. No, al menos, a juzgar por lo cautelosos que se han puesto de repente. Miro a Sasha y le lanzo una mirada cargada de esperanza.

Ya está aquí. Roman ha venido a rescatarnos. O eso espero. Espero que Sergei no haya acabado con él. Espero—

El primer hombre le grita al otro, agitando la pistola por encima de la cabeza. *Ve a mirar,* parece estar diciendo. El otro discute y señala

hacia nosotras dos. No quiere dejarnos solas. Al final, el segundo hombre cede y desaparece tras la puerta.

El primero se vuelve hacia nosotras y suspira. —Habéis dado más problemas de los que valéis —dice mientras coge la cinta adhesiva —. Me alegraré cuando todo esto acabe.

La cinta se despega con un ruido seco. Arranca un extremo con los dientes y lo desprende del rollo de un tirón, luego empieza a acercarse a mí. Al colocarla sobre mi boca, dice: —Quizá Sergei nos deje divertirnos un poco contigo antes.

Me mira durante un largo instante, después baja la mano para agarrarme un pecho. Se inclina sobre mí y, de repente, me veo envuelta en una nube de vodka fuerte y un aliento asqueroso. —Sí —afirma mientras lo aprieta—. Creo que vas a ser muy divertida—

La puerta se abre violentamente a su espalda. Da un salto y se gira justo cuando el puño de Roman le asesta un golpe brutal en la barbilla. Su cabeza se echa hacia atrás y la sangre salpica por el aire. Roman le golpea de nuevo mientras el hombre cae al suelo con un ruido sordo.

Roman se abalanza sobre él y comienza a pisotearle la cabeza. Me doy la vuelta, cerrando los ojos con fuerza mientras el sonido de la habitación se llena del ruido húmedo de su bota aplastando la cabeza del hombre una y otra vez.

Siento el frío y liso contacto de una hoja en una de mis muñecas, luego noto un tirón y un chasquido cuando cortan mis ataduras. Abro los ojos y veo a Roman de pie sobre el amasijo que antes era un hombre. A mi espalda, oigo a Ares decir: —Tranquila. Ya estás a salvo.

Asiento, pero es un movimiento automático. No puedo apartar la vista de Roman, recortado en la luz de la luna, con el pelo desordenado cayéndole en la cara mientras se aleja de nuestro agresor.

Se arrodilla junto a su hija mientras Ares la libera a ella después. Le habla en voz baja en ruso y ella se echa a llorar, acurrucándose contra el pecho de su padre.

Ha venido por nosotras…

O quizás ha venido por su hija. Yo sólo estaba en el camino.

Me quito la cinta de la boca con cuidado y me pongo en pie. Roman me lanza una mirada, y luego le dice a Sasha: —Vamos, hay que llevarte a casa.

Ya está dándose la vuelta antes de que pueda decir nada. Supongo que no debería sorprenderme. Está claro que sigo siendo una extraña. Mi libertad es más una cortesía que una misión.

Supongo que debería dar las gracias por no haber decidido dejarme aquí, o terminar el trabajo que Sergei sin duda habría acabado tarde o temprano. Ares camina detrás de mí mientras yo sigo a Roman, que rodea con el brazo a su hija, que no deja de temblar.

Es un buen padre. Mejor que muchos hombres. Me alegro de que Sasha esté bien. Me alegro de que, al final, ella siempre pueda contar con él.

Al salir al aire fresco de la noche, inhalo profundamente, dejando que el aire me refresque los pulmones. En mi mente sólo puedo pensar en qué será lo siguiente. Ni siquiera tuve oportunidad de deshacer mi maleta, así que imagino que lo único que queda es que se encargue de traerme el coche.

Hay sombras moviéndose a nuestro alrededor, entrando bajo el haz de los faros de coches aparcados. Parece que estoy en un escenario, como si me hubiera perdido un gran desenlace teatral. Hay cuerpos a los lados, los zapatos carísimos relucen levemente bajo las luces amarillas…

Las sombras entran por completo en la luz. Los hombres de Roman. Nos rodean y le hablan rápido en ruso. Él les contesta con frases

cortas y precisas. Mientras habla con el más cercano, anima a Sasha a que le siga en la oscuridad. Ella obedece, aunque antes de alejarse me lanza una mirada preocupada por encima del hombro.

Roman me mira fugazmente, y luego, por encima de mi cabeza, le dice a Ares en inglés: —Llévatela también. Yo iré dentro de un rato.

—Entendido. —Ares me agarra de la mano y tira de mí para que le siga—. Vamos.

Le sigo, manteniendo la vista al frente. Este *es* el final. Pase lo que pase a partir de ahora, lo nuestro se ha acabado.



Ares aparca delante de la casa y estaciona el coche. No hemos dicho ni una palabra desde que nos metió a las dos en el vehículo y se alejó del lugar. Sinceramente, no tengo nada que decirle. Ni a él ni a nadie.

Miro por la ventanilla del copiloto hacia la casa, y siento que el corazón se me hunde en el estómago. No estoy segura de qué esperaba. Realmente no tuve tiempo de sentarme a fantasear con que Roman viniera a rescatarnos como un caballero de brillante armadura, cogiéndome en sus brazos, agradecido de que haya salido ilesa y con vida. Me siento egoísta por pensar siquiera así, cuando Sasha se merece mucho más ese final de lo que yo jamás lo haré.

—Quiere que te quedes aquí hasta que vuelva —dice Ares—. Sé que no te lo ha dicho directamente, pero se sobreentiende lo que espera.

Le miro, viéndole y al mismo tiempo sin verle. Solo intento no ponerme a llorar. —Ni siquiera tengo mi coche aquí —le digo—. No podría irme aunque quisiera.

Ares asiente brevemente y después echa un vistazo al asiento trasero, donde Sasha ha ido sentada en silencio. —Bien, vamos a entrar.

Sale del coche y da la vuelta para abrir ambas puertas. Sasha y yo subimos las escaleras y entramos juntas en la casa, en un silencio solemne.

La casa parece mucho más grande de lo normal. Puede que sea porque él no está. O quizá porque me iré pronto. Camino por el salón, pasando junto a los restos de manchas de sangre donde uno de sus hombres murió intentando protegernos a todas. Tanto derramamiento de sangre por amores que hace tiempo nos dejaron atrás.

Al llegar al segundo piso, Sasha se vuelve hacia mí. —¿Estás bien?

Me detengo y la miro como si la viera por primera vez. Está ahí de pie, con sus grandes ojos marrones llenos de curiosidad y preocupación.

—Estoy... estoy bien —balbuceo. Intento forzar una sonrisa, pero siento que no funciona, así que me doy por vencida. —Voy a darme una ducha. Deberías intentar descansar un poco.

—Lo dudo —responde con una pequeña risa—. No creo que vuelva a dormir en mucho tiempo. Y además, no pienso cerrar los ojos hasta que papá vuelva a casa. —Hace una pausa y ladea la cabeza hacia mí—. Somos muy afortunadas, ¿sabes? A pesar de todo. Incluso con esta vida. Creo que somos bastante afortunadas.

—Supongo —es lo único que puedo decir.

Me voy y deambulo hasta la habitación de Roman. Al cruzar el umbral, su aroma me envuelve. Dulce, almizclado, cálido... Su olor despierta tanto dentro de mí. La sensación de sus brazos rodeándome, el frescor de su beso en la nuca...

En el fondo, es lo mejor. Nunca estuve hecha para ser su reina... ni su trofeo. Estar con él no estaba en nuestro destino.

Me acerco a mi maleta, todavía cerrada. Sigue ahí, silenciosa al lado de la cama. Menuda montaña rusa ha sido todo esto.

La subo a la cama y la abro, buscando ropa limpia. Tengo las manos y los brazos llenos de la suciedad del suelo del almacén y mi pelo huele a polvo y a tierra. Estoy deseando ducharme y quitarme todo eso de la piel.

Entro en el baño principal y abro la ducha. Mientras me desvisto, me sorprendo a mí misma en el espejo. Moretones tenues en las nalgas, arañazos en las caderas, señales de la pasión de nuestro último encuentro.

¿Dónde diablos voy a encontrar a otro hombre como él? ¿Tendré que resignarme a pasar la vida con un contable simpático y seguro en su lugar?

Entro en la ducha y dejo que el agua caliente se lleve todo lo que siento. Me sentiré mejor cuando esté limpia y con ropa fresca. Será como empezar de cero, en cierto modo.

No tardo mucho. Estoy el tiempo justo para quitarme la suciedad del cuerpo y lavar el olor a miedo de mi cabello. Cuando termino, salgo, me seco y me visto. El espejo refleja de forma difusa mi propia imagen, el pelo mojado cayendo en ondas blancas alrededor del rostro y los hombros, una camiseta vieja y unos vaqueros descoloridos. Sin maquillaje. Sin máscaras. Solo yo.

Me recojo el pelo en un moño rápido y salgo del baño, la ropa sucia bajo el brazo. Me detengo. Sasha está junto a mi maleta, con una expresión extraña en la cara. Levanta la vista y sonríe.

—Nunca llegaste a deshacer la maleta —dice.

Ay, madre. ¿Cómo le explico esto? Justo cuando empezábamos a conocernos.

—No —respondo, acercándome con la ropa sucia a la maleta. La meto en el gran bolsillo bajo la tapa para separarla y luego voy a cerrarla.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

Había una parte de mí que esperaba haberme marchado antes de tener que explicar nada, pero supongo que no tengo escapatoria. Y quizá deba ser así, dado que yo misma he provocado este problema desde el principio.

—Escucha —le digo—, tu padre y yo... No está funcionando entre nosotros. Me temo que voy a tener que irme.

Sus ojos se agrandan y asoma una línea de lágrimas. —No —dice—. No puedes irte. Él te salvó.

—Sasha.

—No puedes, ¿vale? Acabas de llegar. Y mi padre te necesita. Puede que no lo demuestre como los demás, pero... le gustas mucho. Quiere que te quedes. Te salvó igual que a mí. Eso significa algo.

Es tan dulce. Dios, ojalá fuera tan sencillo. La tomo suavemente por los hombros. —Es más complicado que eso. A veces, que te guste alguien no es suficiente. A veces, suceden cosas que no se pueden evitar.

—¿Como qué? —me pregunta—. Porque sea lo que sea, no puede ser tan grave. No puede ser... —

—Lo siento, Sasha —digo con firmeza—. Es así. No puedo cambiarlo.

Llaman a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación. Las dos miramos hacia allí, con ese mismo resquicio de miedo que aún nos persigue después de todo lo que ha pasado.

Una voz familiar atraviesa la madera. —¿Ember? Soy Roman. Déjame entrar.

30

ROMAN

Ahora que todo ha terminado, todo empieza a encajar en mi cabeza.

Es como si el reloj hubiese dado marcha atrás, de alguna manera. Intento centrarme en organizar la limpieza y en planificar también el traslado de las armas. Con el almacén comprometido y la limpieza del club aún pendiente, los próximos días serán ajetreados.

Normalmente, estaría preparado para ello. Siempre estoy listo para luchar, construir y reconstruir por la hermandad. Sin embargo, esta vez, siento que falta algo.

Algo ha cambiado dentro de mí. En el momento en que vi al hombre de Sergei con las manos encima de Ember, todo se volvió confuso y actué. Toda la contención que alguna vez tuve desapareció en esos instantes. Necesitaba limpiar la faz de la tierra de ese cabrón que se atrevió a ponerle la mano encima.

La última vez que sentí eso por una mujer, me casé con ella. Pase lo que pase, mi mente y mi cuerpo se han conectado a Ember. Nací para protegerla y cuidarla.

No es fácil para mí asumirlo, después de tantos años. La rescatamos a ella y a mi hija y, por mi propia cordura, me centré en Sasha. Me aseguré de que estuviera bien. Todavía no alcanzo a asimilarlo del todo.

Ha pasado más o menos una hora desde todo aquello y aquí me encuentro. En mi coche, mirando hacia mi casa y preguntándome qué voy a decirle a Ember en cuanto cruce la puerta. La última vez que hablamos, le dejé claro que quería que se marchara. Estaba convencido de que había sido ella quien me había traicionado.

Mi corazón, o lo que queda de él, sabía más. Lo supo cuando hicimos el amor por última vez. Lo ha sabido siempre.

Tengo que enfrentarme a ella. Pase lo que pase ahora, sea como sea, tiene que saber lo que tengo en la cabeza.

He entrado en casa. Sigue necesitando una limpieza a fondo. Nuestros limpiadores van a tener trabajo de sobra estos días, entre mi casa y el almacén. Tengo que dejar todo eso a un lado, al menos por ahora.

Subo las escaleras y llego a la primera planta. Me asomo a la habitación de Sasha y veo que no está. Y entonces oigo su voz al otro lado del pasillo.

A través de la puerta, la escucho hablando en tonos desesperados. Cuanto más me acerco a la fuente, la puerta cerrada de mi dormitorio, más la oigo.

«… sea lo que sea, no puede ser tan grave…»

Oigo la voz baja de Ember. Serena. Firme. Está intentando tranquilizarla.

Llamo a la puerta y las conversaciones cesan. —¿Ember? —digo, y me quedo en silencio, medio esperando que responda. No lo hace—. Soy Roman. Déjame entrar.

Al principio, nada. Es casi como si se hubieran quedado en silencio para ocultarse de mí. Como si yo no las hubiese oído hablar.

Por fin, el pomo gira y la puerta se abre. Ember me mira con esos ojos llenos de alma. Han pasado de su habitual azul gélido a un gris invernal. La tristeza que desprenden es tan grande que la siento en el pasillo.

Apenas me sostiene la mirada un instante, antes de apartarla y hacerse a un lado—. Pasa.

En cuanto entro, Sasha dice—: Papá, dile que no puede irse.

Sigue allí, todavía con la ropa con que la encontramos. Su cara sigue sucia y su pelo rojo sigue revuelto, manchado de la porquería del almacén. La suciedad en su rostro y las manos la hace parecer aún más desesperada.

—Por favor. —Las lágrimas le llenan los ojos y empiezan a deslizarse por sus mejillas, abriéndose paso por la suciedad en surcos—. Dile que se quede.

—Sasha... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—¡No! ¡No me digas que me vaya ni que todo va a salir bien! *No*. ¡No va a estar bien mientras dejes que Ember se marche! ¡No puede irse! E-ella te quiere. ¡Y es lo mejor que te ha pasado nunca! ¿Es que no lo ves?

Tomo a Sasha suavemente por los hombros y le digo—*Tú* eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Sasha. Hoy has pasado por mucho y no voy a permitir que te alteres por algo que ni siquiera entiendes.—

Su rostro se derrumba delante de mí, las lágrimas corriendo ahora como ríos. —Papá —solloza—. Por favor, no hagas esto.—

Suspiro y aparto un mechón de su pelo de la cara. —Ve a ducharte y cámbiate, por favor.—

—Papá…—

—Me has oído, Sash.— No grito. Ni siquiera lo ordeno. Las palabras son firmes, insistentes. Es suficiente. Se aleja de mí, lanzando una mirada impotente por encima de mi hombro hacia Ember. Luego nos deja solos.

Y así estamos. Ember pasa junto a mí, va hacia su maleta y empieza a cerrarla con la cremallera. —Esto es duro para ella —digo—.

Ella asiente. —Tiene quince años. No lo entiende. Pero no te preocupes. No estará enfadada contigo para siempre. Sigues siendo su padre.—

No digo nada. No sé qué decir. Esta punzada en mi interior quiere alcanzarla.

—Sé que no hay nada más que pueda decirte —dice en voz baja, sus dedos recorriendo la línea de la maleta—. No voy a hacerte perder el tiempo ni a suplicarte que me dejes quedarme. Lo que hice…— Se detiene y respira hondo. Cuando vuelve a hablar, su voz tiembla.— Lo sabía. Me crió un policía. Conocía los riesgos que podía haber al hablar con el FBI y aun así… aun así quedé con ellos.—

—Ember—

—Déjame terminar.— Se gira hacia mí, sus ojos firmes aunque la voz le falle.— Sabía de tu reunión, pero nunca se lo conté. Algo en mi interior me impidió decirles nada que pudiera hacerte daño. Creo que es porque… es porque nunca he querido que tuvieras que sufrir. ¿Es raro? ¿Que yo quiera eso para ti?—

No tengo respuesta. Todo lo que puedo hacer es observar. Es como si estuviera aquí dejando que el agua se me resbale entre los dedos.

—En fin, puedes odiarme por reunirme con ellos. Puedes decidir que no soy de fiar por todo eso, pero estoy aquí, diciéndote ahora mismo que no soy la topo. Nunca lo fui. Jamás podría...—

—Lo sé, Ember.— Las palabras salen casi sin querer.— Sé que no les has contado nada.—

Ella ladea la cabeza con curiosidad. Mueve los labios, pero no sale ningún sonido.

—Por si te sirve de algo, fue Ivan. ¿Sabes, mi *obshchak*?—

Su nariz se frunce.— ¿El contable? ¿El de las gafas?—

—No te dejes engañar por su aspecto tímido. Era Bratva, de los pies a la cabeza. Resulta que servía a otro Pakhan y yo nunca lo supe.—

Ella se queda mirándome un buen rato, luego dice— ¿Entonces… me crees?—

Suspiro. Este sentimiento que llevo tratando de reconciliar, lo que hay en mi corazón, contra lo que he estado luchando aunque todo lo que tenía delante me decía lo contrario…— Creo, en el fondo, que siempre lo he creído —digo—. Tienes que entenderlo, Ember, la idea de que nunca se puede confiar en nadie está grabada a fuego en la hermandad. Nos enseñan desde pequeños que incluso tu propia sangre te traicionará si les conviene.—

Ella asiente y reflexiona un instante.— No sé si eso hace que todo esto sea mejor o peor.—

—No lo hace —respondo—. Me alejé de ti porque me han enseñado a no escucharme a mí mismo. La Bratva lo es todo, ¿sabes?—

Ella simplemente me mira, con todo el daño que le he causado reflejado en sus ojos. Tras unos segundos, aparta la mirada y baja los ojos hacia sus manos.

—Decía en serio lo que dije —murmura—. Estoy enamorada de ti. Incluso ahora. Incluso al final de esta relación. Yo…— Se interrumpe, luego vuelve a mirar su maleta.— Siempre te querré, Roman.—

Me acerco a ella y le toco la barbilla, elevándosela hacia mí.

—Yo también decía en serio lo que *yo* dije —le respondo—. Te quiero. Llevo arrastrando este vacío en mi interior desde que murió mi mujer, sin que nada lo llenara... hasta que llegaste tú. Entraste en mi vida y me hiciste cambiar de opinión sobre lo que necesito en una mujer.— Rodeo su cintura con un brazo y la atraigo hacia mí. Ella se deja, rindiéndose fácilmente a mi caricia.

—No te vayas —le digo.—

Me inclino hacia ella, mis labios rozando los suyos mientras ella levanta la cabeza hacia mí.— No me quieres —dice suavemente—. Soy una extraña.—

—Eres mía. Nunca podrás ser una extraña.— La beso. El sabor conocido de sus labios calienta mi cuerpo y llena mi corazón. Cuando nuestros labios se separan, solo digo una palabra.— Quédate.—

Ella rodea mi cuello con los brazos y volvemos a besarnos. Me tira sobre la cama, sus manos buscan los botones de mi camisa.

—Te quiero, Roman —susurra una y otra vez—. Te quiero.—

31

EMBER

—Despierta, amor mío.

Han pasado seis meses desde el día que decidimos que esto merece la pena luchar por ello. No puedo creer lo lejos que hemos llegado desde aquel momento en que estábamos los dos de pie en su dormitorio, yo con la maleta lista para marcharme y él abriéndome su corazón.

Me besa la nuca y sus manos ásperas recorren mis caderas. Su polla dura como una roca se presiona contra mi culo.

El grave tono de su voz y la sensación de su cuerpo pegado al mío son lo que me arranca del sueño. Su boca se desliza hacia mi hombro, alternando besos suaves con mordiscos hambrientos.

—Roman —gimo—. ¿No puedes esperar? Nos casamos en unas pocas horas.

—No —dice él, deslizando la mano entre mis muslos. Hicimos el amor toda la noche y todavía tengo partes de mi cuerpo que me duelen, pero en cuanto sus dedos bajan por el suave vello de mi pubis y resbalan hacia mis labios, noto cómo vuelvo a estar mojada.

—No me canso de ti —dice mientras me besa, sus dedos deslizándose dentro de mí. Abro las piernas, enredando una de ellas con la suya mientras me folla con los dedos, su boca buscando la mía.

—Ya estás tan mojada —gime en mi boca. Dobló los dedos, frotando el trocito hinchado y hambriento justo en el interior de mi coño. Gimo contra él, enroscando mi melena en torno a su cuello.

—Vas a hacer que me corra —susurro, y él sonríe contra mi boca.

—¿En mis dedos? —Su pulgar presiona mi clítoris, jugueteando con él rítmicamente. Se me encogen los pies mientras él obra su magia en mí—. Eso no podemos permitirlo, ¿verdad?

Me hace sentir tan bien que apenas puedo con ello. Le muerdo el labio y él se ríe, hundiendo aún más sus dedos dentro de mí.

Entonces me suelta, y me da la vuelta poniéndome boca abajo. —No te he dicho que puedas correrte aún —dice, dándome una azotada en el culo. Aferro un puñado de sábanas, ansiosa por lo que viene. Me aprieta las nalgas mientras se coloca entre mis piernas. Lo siguiente que siento son sus dientes marcando mi nalga.

Me sobresalto de sorpresa y él abofetea el lugar donde me ha mordido. —Te he dicho lo que pasa cuando te mueves tanto.

Me muerdo el labio cuando me separa las nalgas. Nunca he hecho algo así antes y una chispa de temor me atraviesa. —Roman. Espera, yo… Oh… *oh, Dios mío…*

Su lengua rodea mi ano, cálida y húmeda al presionar contra él, acariciándome con suaves lametazos. Me gusta tanto que arqueo la espalda, elevando las caderas hacia él. Su boca me sigue y apoya sus brazos bajo mí, agarrándose a mis muslos mientras su lengua se adentra, hundiéndose dentro de mí.

Nunca antes me han follado el culo y, desde luego, jamás me habían hecho esto. La intensidad es increíble.

Justo cuando estoy tan mojada que goteo, se detiene y vuelve a azotarme el culo, una vez y otra, antes de estrujarme las nalgas doloridas con sus manos.

—Ojalá pudieras ver la vista desde aquí —dice mientras presiona la punta de su polla contra mi coño, deslizándola arriba y abajo por mi clítoris—. Eres jodidamente perfecta.

Se desliza dentro de mí, llenando mi coño y golpeando ese punto dolorido en mi interior. Gimo y suspiro mientras me agarra de las caderas, follándome fuerte. La parte trasera de mis muslos choca una y otra vez contra los suyos mientras sus gruñidos de deseo se mezclan con los míos.

Entonces baja el ritmo y un dedo suyo presiona mi ano. —Te quiero entera, Ember —dice—. Cada parte de tu cuerpo y cada agujero. Necesito estar dentro de ti de todas las formas posibles.

Los jugos me resbalan por los muslos mientras él me mete los dedos, follando ambos agujeros con una precisión lenta. Me inclino hacia él conforme se mueve y mete otro dedo, abriéndome más. —Joder, Dios mío —gimo al mezclar el dolor y el placer dentro de mí. Mete otro dedo, y grito su nombre. *¿Cómo puede esto ser tan placentero?*

—Estoy… estoy a punto —gimo. Él me azota el culo con fuerza, haciéndome saltar las lágrimas.

—No, no lo harás —dice él, sin aliento—. No vas a correrte hasta que yo te lo diga. ¿Me entiendes?

Tengo que morderme el labio para intentar controlarme. Me da otra bofetada.

—¿Lo entiendes? —Lo dice con firmeza.

—Sí —gimo desesperadamente.

—¿Sí, *qué?*

—¡Sí, papi!

Me concede la cortesía de ir más despacio, sus profundos gemidos graves llenan la habitación. —Qué chica tan jodidamente buena eres. Tu precioso culito está todo abierto para mí.

Me encanta cómo me felicita. Le sonrío mientras usa su mano libre para acariciar mi culo con ternura. —Date la vuelta, pequeña.

Me libera de su agarre para que pueda girarme. Me observa, sus ojos devoran mi cuerpo en silencio. Se inclina sobre mí, su brazo rodea mi espalda y me arrastra hacia él. Me coloco a horcajadas sobre él y su polla vuelve a deslizarse dentro de mí. Me sostiene el culo mientras me besa, follándome con embestidas largas y lentas.

—Eres toda mía —susurra. Luego me agarra de la cintura y me levanta. La cabeza de su polla se desliza hacia atrás y presiona contra mi ano.

—Despacio —le pido. Me sujeto a él mientras se mete en mí, bajándome al mismo tiempo. La presión lenta se convierte en dolor y hago una mueca, clavándole las uñas. Se detiene.

—Relájate —dice—. Déjate llevar, pequeña. Estoy contigo. —Gimoteo con inseguridad como respuesta.— Confía en mí, cariño. Nunca te haré daño.

Le hago caso y relajo el cuerpo. Se hunde profundo en mí y es como tocar el cielo. Cuando empieza a moverse, sólo puedo agarrarme a él mientras me escapan jadeos entrecortados.

—Así me gusta —susurra, acariciador—. Acéptalo, cariño. Acéptalo todo.

Empuja con más fuerza, y es como si algo se rompiera dentro de mí. El gemido que sale de mis labios es áspero, pura pasión animal. Se inclina sobre mi pecho y muerde mi pezón. Le sujeto la cabeza, mis dedos enredados en su pelo y la cabeza echada hacia atrás.

—No puedo... aguantarlo... —logro decir. Voy a correrme. No puedo evitarlo. Mi cuerpo me traiciona.

Me folla más fuerte, sus manos abren mis nalgas.—Déjate llevar, mi amor —gime entre mis pechos—. Deshazte para mí.

Y me dejo ir. Me arrolla como una ola y me corro. Mi cuerpo tiembla mientras me sujeta, todavía follándome el culo.

Con los brazos rodeándome, me recuesta sobre la cama. Sin salir de mí, me levanta y separa las piernas, sus dedos acariciando mi clítoris hinchado. Me aferro a las sábanas, las olas de mi orgasmo suben de nuevo.

Me corro y es glorioso. Siento sus manos sujetándome mientras empuja profundo dentro de mí hasta que noto su semen llenando mi culo. Con un gemido gutural, me besa, su lengua encuentra la mía y la acaricia suavemente.

—Dios, te quiero —dice.

—Te quiero —gimoteo—. Te quiero, Roman.



Llegamos por los pelos a la iglesia. Cruzo a toda prisa la nave principal donde me voy a casar, pasando como un suspiro entre todas las flores blancas y las filas de sillas, y subo las escaleras por las que haré mi entrada. Todo se ve tan bonito.

Nada más entrar corriendo al vestuario, todo el mundo está histérico.—¡Dios mío, ¿dónde has estado toda la mañana?! —dice Natasha. Me lleva directa al vestido sin dejarme responder.

Sigo sintiéndole en mi cuerpo, pero eso siempre me pasa después de hacer el amor. Es como su forma de quedarse conmigo siempre que tenemos que separarnos. Al menos, después de hoy, ya no

tendremos que separarnos. Todas las mañanas podré despertarme a su lado.

Me meto rápidamente en el vestido con la ayuda de Natasha. Es todo encaje y cristales, de corte sirena, ceñido por la cintura y las caderas y acampanado en el bajo. Me debió de llevar una eternidad encontrarlo. Recorrí todas las tiendas de novias de la ciudad hasta que Roman se enteró de mi búsqueda. Enseguida me encontró una mujer amiga de la Bratva—Magda, una anciana de manos torcidas que sólo hablaba ruso. Logré que me hiciese un vestido exactamente como quería... bueno, con ayuda de Natasha como traductora, claro.

Por fin tengo el vestido puesto y me giro para mirarme en el espejo. Todavía me falta peinarme. Mi pelo sigue algo alborotado de esta mañana. Y aún me tengo que maquillar... pero, madre mía. Estoy preciosísima.

—Vaya —suspira Natasha, con la mano en el pecho—. Roman va a perder la cabeza cuando te vea. Espero que esté preparado para venirse abajo delante de todos sus hermanos.

Me río. No creo que Roman vaya a romper a llorar por mí, pero sí sospecho que va a querer arrancarme esto a la mínima oportunidad.

Natasha me lleva a la habitación de al lado, donde me espera un bonito tocador rosa para peinarme y maquillarme. La mujer que he contratado se supone que es la mejor de la ciudad. Espero que también sea rápida. No tenemos mucho tiempo antes de que empiece la ceremonia.

Me siento y me miro en el espejo mientras mi largo cabello rubio platino pasa de insulso y liso a unos rizos grandes y preciosos, recogidos en una cascada de ondas doradas. Cuando los últimos rizos están en su sitio y comienza la tarea de maquillarme, llaman a la puerta. Natasha se levanta y dice—Nadie se mueva. Yo lo abro.

Sale corriendo hacia la puerta y se apoya en ella.—¡Contraseña!

En voz bajita escucho a Sasha susurrar—Palomitas.

Natasha abre la puerta y la mete rápidamente.—Venga, venga —dice mientras cierra la puerta detrás de ella—. ¿Cómo está la cosa abajo?

—Ajetreado —responde—. Está todo el mundo aquí… —Mira más allá de Natasha hacia mí y su boca se queda abierta—. Guau. ¡Estás guapísima!

Siento cómo se me encienden las mejillas.—Gracias —respondo.

—¿Estás nerviosa? Papá sí que lo está.

Me río.—Me cuesta mucho creer eso.

—Créetelo. Está de un lado para otro como un león enjaulado. El tío Ares ha ido a por un chupito de vodka para ver si se calma un poco.

La verdad es que es gracioso imaginar a Roman nervioso por casarse conmigo.

Se sienta a mi lado y observa mientras la maquilladora me aplica otra capa de sombra de ojos.—No veo el momento de casarme —dice.

Me río entre dientes.—Sin ánimo de ofender, cariño, pero yo sí que puedo esperar. Ahora tienes que terminar el instituto y la universidad—

—Ya lo sé, ya lo sé. Es solo que... cuando os veo juntos a ti y a papá, me dan ganas de tener lo que tenéis cuando sea mayor. ¡Ah! —De repente rebusca en el bolsillo y saca una cajita de joyas—. No sé si tienes ya el tema de algo prestado, pero quería darte esto.

Me entrega la caja. La abro y encuentro un collar de oro precioso con una diminuta piedra de zafiro.

—Me lo regalaron por mi cumpleaños cuando era pequeña —dice encogiéndose de hombros—. Lo último que recibí antes de... ya sabes. Me lo dio papá, así que querré que me lo devuelvas.

Se me llenan los ojos de lágrimas.—Oh… Oh, Sasha, es un detalle precioso.

La maquilladora se inclina hacia atrás, coge un pañuelo de su carrito y me lo da. Me seco los ojos y le doy las gracias.

—Siento no haber conseguido el resto, mamá, pero no podía dejar pasar el día sin darte algo. Quizá esto pueda ser lo viejo y lo azul.

—Claro, yo… —Me detengo, sus palabras tardan un segundo en llegarme. Me arden los ojos por nuevas lágrimas—. Oh… Madre mía. —Me giro hacia la maquilladora mientras noto que me vienen los sollozos. Intento disculparme pero las palabras se me atragantan.

—¡Ay, no! —exclama Sasha, tomándome las manos. Natasha se acerca corriendo y la maquilladora me da unos toquecitos en los ojos.—¡Perdona! ¡No quería ponerte triste!

—No lo has hecho —consigo decir, apretando sus manos—. Estas… estas lágrimas son de felicidad. —Me mira con una sonrisa algo insegura rozándole la comisura de los labios. Supongo que debería explicárselo antes de desmoronarme del todo.—Me has llamado mamá.

—¿De verdad? —parpadea, y de pronto se le ilumina la cara—. ¡Supongo que sí!

La abrazo y reímos y lloramos juntas.

—Vale —dice Natasha, secándose los propios ojos—. Vamos a terminar esto antes de que todas arruinemos el maquillaje. Todavía tenemos que casarte, Ember.

—Eso, eso. —Cojo un pañuelo y limpio con cuidado las lágrimas. Hasta la maquilladora se está secando los ojos a estas alturas.—Vamos a casarme, entonces.

Entre el maquillaje y los últimos retoques, no pasa mucho tiempo hasta que vuelvo a mirarme en el espejo. El pelo lleno de miles de rizos hermosos, un velo blanco prendido en la cabeza, un vestido blanco de encaje que abraza mi cuerpo.

En menos de una hora, seré la señora Roman Orlov. ¿Se puede saber qué año más extraño?

Natasha se acerca por detrás y me pone las manos en los hombros. Puedo oír la música empezar justo al otro lado de la puerta.

—¿Lista?

Asiento. Estoy tan preparada como lo estaré nunca.

Salimos juntas de la habitación y vamos por el pasillo. Cuando nos acercamos a las escaleras, decoradas con miles de rosas blancas, siento el corazón latir a mil por hora. El subidón de adrenalina es lo único que mantiene mis pies en movimiento.

Piso el rellano y la música cambia para anunciar mi llegada. La planta baja está llena de gente. Hay tantos Bratva con sus mejores trajes que los tatuajes asoman por el dorso de las manos y entre los cuellos abiertos.

Y en un altar hecho de rosas blancas, está Roman. Levanta la vista y sus ojos azul océano brillan como diamantes. En cuanto me ve, las comisuras de sus labios se alzan. Y lo único que siento es amor.

Así que. Así empieza mi nueva vida. Jamás pensé que la hija de un policía acabaría siendo una reina de la Bratva… pero aquí estamos.

Y no lo cambiaría por nada del mundo.

32

EPÍLOGO

EMBER

Algunos dirían que un año no es tiempo suficiente para plantearse expandirse, pero Roman parecía realmente decidido a hacerlo.

Llevo corriendo de un lado para otro desde la mañana y hasta bien entrada la tarde, intentando asegurarme de que todo está listo para cuando se abran las puertas. No ha sido sencillo, ya que Roman ha mantenido los detalles de la compra bajo llave.

No sé a qué viene eso. Antes de casarnos, acordamos que la única forma de que esto funcionara era que yo estuviese completamente involucrada. Es decir, tenía que estar tan metida en el mundo de la Bratva como él. Esa idea fue suya. Me dijo una vez que la mejor manera de derribar a un Pakhan era acercándose a quienes tenía más cerca, y la mayoría de las veces, las esposas de la Bratva no sabían nada de los negocios de sus maridos.

Pienso en aquella conversación mientras vamos sentados en la parte trasera del coche camino de la inauguración. Después de todo este tiempo, él se ha portado bien conmigo manteniéndome informada—dentro de lo razonable, claro. Nunca me cuenta cosas que no quiero saber. Al fin y al cabo, he aceptado que parte de su negocio implica

movimientos turbios e ilegales y cosas así, pero tampoco quiero conocer los detalles. A veces, saber demasiado no es nada bueno.

¿Pero esto? Esto es distinto y, sinceramente, me siento un poco quemada por ello. Nunca he querido ser gerente toda mi vida. El objetivo siempre había sido tener mi propio club algún día… no pasarme la vida gestionando los suyos.

No debería pensar así. Sé que sus intenciones son buenas. Sé que está construyendo esta vida para los dos, asegurándose de que no me falte de nada. Es noble. Es la mejor parte de él.

Pero, solo por una vez, me habría gustado tener algo mío. Mi propio club. Mi propia empresa… Son los viejos impulsos que tenía hace años. Antes de Ricky. Cuando veía el mundo como un mar de posibilidades. Han cambiado tantas cosas desde entonces. Quizá debería relajarme, disfrutar de ser la esposa de un jefe de la Bratva en vez de aspirar a más. ¿Es una muestra de ingratitud pensar así?

—¿Ember?

Su voz me saca de mis pensamientos. Le echo un vistazo y estoy a punto de apartar la mirada. Hoy está especialmente atractivo con su traje informal, los primeros botones desabrochados. Su pelo oscuro recién cortado, las líneas pulcras y ordenadas alrededor del cuero cabelludo. La barba perfectamente recortada, casi impecable.

Me encanta cómo luce. Me encanta cómo me mira. Incluso hoy. Incluso después de un año. No creo que llegue a cansarme nunca de mirarle.

—Perdona —digo, dedicándole una pequeña sonrisa—. Solo estaba… pensando.

—Llevas semanas algo distante. ¿Quieres hablar de ello?

Me dan ganas de soltar una carcajada irónica. Supongo que en el fondo todo esto está teñido de un poco de resentimiento. Me encanta cómo siempre elige el momento menos oportuno para

hablar de estas cosas. Ahora no es el momento de hablar del sueño al que he tenido que renunciar por ser su esposa.

—¿Quizá más tarde? —respondo, haciendo todo lo posible por mantener un tono neutral—. Ahora solo quiero terminar de una vez con esta inauguración…

Me quedo a medias cuando doblamos la esquina. Hay una fila de gente en la calle que casi llega hasta el final de la manzana. Todos van vestidos con ropa de club; las mujeres con vestidos cortos y brillantes, los hombres con trajes caros y cadenas de oro…

¿Toda esta gente está esperando para la gran apertura del club?

—Dios mío… —susurro. Oigo a Roman reír.

—Increíble, ¿verdad? La campaña de publicidad por la que aposté ha dado resultado. Va a ser una inauguración espectacular.

Y tanto que lo es. Supongo que debería haber confiado en el criterio de Roman. Está claro que estamos listos para dar el salto. Solo que no me imaginaba que tanta gente estaría interesada en un club de striptease.

—Esto es una locura —digo, mientras el coche se detiene ante la entrada del club—. Estoy… estoy alucinando.

Roman extiende la mano y me aprieta la rodilla.—Y esto no es todo. Ya verás.

El conductor abre primero su puerta, luego rodea el vehículo y abre la mía. Roman está ahí, ofreciéndome la mano para ayudarme a salir.

Una alfombra roja conduce a la puerta y las cámaras no paran de dispararse. Frente a la fila hay un grupo de fotógrafos que nos gritan intentando captar nuestra atención, como si fuésemos celebridades. La multitud a la cola vitorea delante de ellos. Tengo que taparme la boca para no reír de alegría.—¿Todo esto por un club de striptease?

—No es un club de striptease —grita él por encima del bullicio. Le miro justo cuando saca una llave del bolsillo y me la entrega.—Es tu club.

Miro las llaves incrédula.—¿M–Mi club?

—Feliz aniversario, princesa.—Me besa y siento que podría echar a volar.

Por supuesto que no se había olvidado de mí. Claro que este era el plan desde el principio. Por eso ha mantenido en secreto los detalles de la compra.

—Gracias… —murmuro, abrazándole con todas mis fuerzas—. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero.—Se separa de mí con una sonrisa y dice:—Ahora, vamos a dar comienzo a la fiesta, ¿de acuerdo?

Me ofrece su brazo y yo enlazo el mío. Juntos, subimos hasta la entrada del club…

De no tener nada, a reina de la Bratva, a propietaria de un club. Mi vida no puede ir mejor.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Reyes del Inframundo

Su Esposa Reacia

Padres de la Bratva

El Pequeño Secreto del Padre Bratva || El Premio Prohibido del Padre Bratva

Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition)

Dangerous Games (SPANISH Edition) || Dangerous Refuge (SPANISH Edition) || Dangerous Obsession (SPANISH Edition)

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa